
Libre
DE
Pecados
KELLY DREAMS
ETERNAL
MI Vals
CON LA
Muerte
KELLY DREAMS

ETERNAL

Libre de Pecados y Mi Vals con la Muerte

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

ETERNAL
Libre de Pecados y Mi Vals con la Muerte
© edición 2025
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

Para mis lectoras.
Gracias por estar ahí.

Kelly.

INDICE

COPYRIGHT
INDICE

LIBRE DE PECADOS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
EPÍLOGO

MI VALS CON LA MUERTE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22

EPÍLOGO

LIBRE DE PECADOS

Después de casi un milenio pagando sus pecados, **Gerion**, uno de los soldados de élite del purgatorio, sabe que el pago total de su deuda está cerca, todo lo que necesita es llevar a cabo esta última misión y rescatar a una mujer cuyo destino podría alterar el equilibro del cielo y el infierno.

Para **Shura**, dejar atrás una vida marcada por la pérdida, las pesadillas y los engaños, es primordial, pero para hacerlo, tendrá que escapar primero de la clínica en la que lleva dos años recluida, una misión aparentemente imposible… hasta que apareció él.

Dos mundos en colisión y un camino compartido llevarán a Gerion y Shura a poner a prueba sus almas y su capacidad de perdón.

PRÓLOGO

Clínica de reposo Rainbow,
Kennewick

—Buenos días, Shura.

Shura se sentó cuidadosamente en la silla, cruzó las manos sobre el regazo y puso su rostro más amable. Ella sabía, mejor que nadie, que no era sabio mostrar ninguna clase de emoción o rebeldía, no si deseaba salir de esa habitación como había llegado y disfrutar un día más de la libertad que le ofrecía el patio.

Demasiadas veces había probado esas acolchadas celdas, casi tantas como las ocasiones en las que se despertaba con la lengua pastosa por las drogas o probaba el demoledor y disuasorio chorro de agua fría con la que pretendían controlarla. Si todas aquellas torturas no la habían enloquecido, haciendo realidad el pronóstico por el que la habían encerrado allí, nada podría.

—Buenos días, doctora Pietro —saludó respetuosa—. Me encuentro bien, gracias. Estoy mucho más tranquila.

—Bien, bien —respondió la mujer y escribió algunas notas. El rostro rubicundo y el flamígero pelo rojizo contrastaban estrepitosamente con el carácter frío y metódico de la psiquiatra—. ¿Y las pesadillas? ¿Han vuelto?

Una de sus grandes pesadillas estaba ante ella y no tenía nada que envidiar a las que la rondaban durante la noche. Estar sentada en ese asiento, frente a esa mujer, privada de libertad y encerrada como un pájaro con las alas cortadas era su principal pesadilla, una

que siempre la estudiaba con ojos sagaces esperando verla fracasar una vez más.

—No —murmuró sumisa—. Duermo mucho mejor. Las pastillas ayudan.

Sí, unas que no tomaba, una medicación de la que había aprendido a deshacerse sin que nadie lo notase.

—Estupendo, eso es una buena noticia —comentó con esa vocecilla que le taladraba la cabeza—. Sin duda has experimentado una notable mejoría, suficiente para hacer un ajuste en la medicación.

Se obligó a mantenerse estoica y vulnerable, a no dar muestra alguna de su interior satisfacción. Una que nada tenía que ver con las palabras de esa zorra y sí mucho con sus propios planes.

—Si considera que es lo adecuado para mí, estará bien, doctora Pietro —replicó sumisa—. Solo deseo recuperarme para poder volver pronto a casa.

—Estás haciendo grandes progresos, Shura —aseguró dejando el bolígrafo a un lado y cruzando las manos sobre la mesa para mirarla. Esa era su gran prueba, ahora que estaba atenta, buscaría cualquier indicio que le dijese que estaba mintiendo—. En este último trimestre has experimentado una clara mejoría…

Y no precisamente gracias a ti, perra.

—Pero considero que todavía puedes mejorar más —continuó sin quitarle la mirada de encima—. No queremos que tengas una recaída…

Con recaída se refería a los arranques de ira que hacían que esa zorra tuviese que llamar a los celadores para reducirla y drogarla por su propia seguridad.

Tuvo que obligarse a permanecer sentada sin mover un músculo, fingiendo seguir alelada y bajo los efectos de la inagotable medicación que le recetaban. Teresa Pietro quería que sus pacientes estuviesen agradecidos de estar bajo sus cuidados, ella, sin embargo, solo deseaba perderla de vista de una vez por todas.

—Así que, en vista de los actuales resultados, voy a retrasar la convocatoria de evaluación de la junta de evaluación un mes más —declaró cruzando las manos sobre la libreta, a continuación la miró a

los ojos—. Te recetaré unas vitaminas para fortalecer tu organismo y así ganar un poco más de fuerza. Las pruebas ante el tribunal pueden resultar duras.

Sucia zorra.

Le sostuvo la mirada, esos ojos no dejaban de evaluarla, esperando a que explotase, que mostrase su verdadero carácter y le diese una excusa para castigarla.

Espera sentada, perra.

—Si considera que es lo mejor para mí, estoy conforme —declaró sumisa—. Solo deseo dejar esto atrás, quiero estar completamente curada y que no se repitan esos episodios alucinógenos. Ahora sé que lo que vi no es real, que ha sido producto del estrés y la pena. Echo mucho de menos a mi difunto marido.

La mujer asintió como si aquello fuese lo que debía decir.

—Es normal, querida, no todo el mundo es capaz de enfrentarse a un golpe así —la reconfortó complacida con su actitud —. Pero lo estás haciendo muy bien. Muy pronto podrás volver con tu familia, estar con la gente que te quiere y que se preocupa por ti. Ellos te cuidarán y te apoyarán.

Sí, la misma jodida familia que la había encerrado allí, una que no tenía el más mínimo interés en que saliese de esas cuatro paredes pues hacerlo, supondría perder todo lo que habían ganado.

Tras la muerte de Dan todos se habían vuelto contra ella, no habían tardado ni dos semanas en recluirla en esa clínica de reposo, un nombre civilizado para lo que era en realidad; un sanatorio mental.

«Sé perfectamente lo que vi. No fue una alucinación, no lo soñé. Ellos lo mataron, esos malditos demonios lo mataron».

Sus protestas y súplicas no le habían dado otro resultado que el terminar entre esas cuatro paredes, sola, aislada y más cerca de la locura de lo que lo había estado jamás. Había empezado a cuestionarse todo hasta el punto de que ya no sabía ni siquiera quién era ella misma.

—Pues es todo por hoy —la despidió la facultativa—. Puedes volver con tus compañeros y disfrutar de esta primaveral mañana en

el jardín. Te vendrá bien tomar un poco el sol.

Se levantó lentamente, odiaba a esa mujer con todas sus fuerzas. Ella la retenía allí en contra de su voluntad, a petición de la puta que nunca la había tragado y se había opuesto desde el principio a su matrimonio.

—Gracias por su tiempo, doctora —le dijo sumisa—. Seguiré sus consejos, sé que harán que me recupere muy pronto.

Lo que no le cabía duda que harían sería aumentar su rabia y afianzar sus planes de venganza, una que llevaba dos años fraguándose en su mente, los mismos que llevaba allí internada y que muy pronto se cobraría.

Dio media vuelta y dejó que su rostro perdiese esa estúpida expresión y adoptase una más propia, una de profunda decisión. No iba a esperar más, esa noche las cosas echarían a andar y dejaría atrás ese infierno.

CAPÍTULO 1

Esa misma noche…

De todos los lugares a los que Gerion había sido asignado desde el momento en que se convirtió en soldado del Purgatorio, aquel era de lejos el más absurdo de todos.

—Clínica de reposo *Rainbow*. —Leyó la placa de entrada y echó un rápido vistazo al edificio que tenía ante sí—. De arco iris tiene más bien poco, casi te invita a preguntar: *«Cómo te gustan las camisas de fuerza, ¿sencillas o con lunares?».*

¿Qué clase de penitente iba a encontrar allí? Más aún, ¿por qué se le había encargado sacarla de aquel lugar? Desde luego las instalaciones no eran para que sus clientes se sintiesen como en un spa, difícilmente podía imaginarse a alguien teniendo siquiera agradables pensamientos con lo depresivo que parecía todo.

Se tomó su tiempo en evaluar el edificio, las entradas y las salidas, los turnos rotatorios de los empleados… podría tirarse allí días sin que le importase demasiado, después de todo el tiempo era algo relativo para un *Pecador*. En su parcela del mundo no existían las prisas, cuando tenías toda la eternidad para cumplir con tu penitencia, poco importaban el paso de los años, los siglos o incluso los milenios.

Podías pertenecer a cualquiera de los dos bandos, Cielo o Infierno, pero como quebrantases las reglas una sola vez, tú culo estaba destinado al *Purgatorio* y a la armada de los *Sinners*.

Ángeles o demonios, soldados o mensajeros, daba igual de qué lado te hubieses caído, al gremio al que hubieses pertenecido, en el momento en que cruzabas las puertas del piso intermedio pasabas a

ser un *Sinner*; un pecador con un único objetivo: expiar tus pecados para volver a casa o permanecer en ese limbo por toda la eternidad.

Habiendo pasado ya más de mil años bajo la supervisión y las órdenes del único que ostentaba el título de general en el *Purgatorio*, Arthurius Sin, el sumar puntos y ganarte la oportunidad de volver a casa era algo que estaba en el primer lugar de su lista.

Ya ni siquiera se preocupaba por la misión que se le asignaba una vez al año, se limitaba a aceptar las órdenes y llevarlas a cabo, pues cada nuevo éxito lo acercaba un poco más a su meta; salir de aquel agujero y volver a casa.

Y este éxito en particular prometía dejarlo más cerca que nunca de su meta.

—Shura Elizabeth Regis —pronunció su nombre en voz alta—. Viuda, rica y desequilibrada…

Habría sido un detalle si con toda la información sobre ella le hubiesen dado también una foto o con lo que pudiese identificarla con facilidad, pero eso nunca sucedía. No, los *Sinners* solo sabían quién era su penitente cuando se cruzaban en su camino.

Hizo a un lado las repetitivas quejas, consciente de que no harían nada para haberle la vida más fácil a los soldados del purgatorio y avanzó hacia la entrada.

Las puertas automáticas se abrieron para él a pesar de estar cerradas, no era un momento adecuado para hacer visitas, pero tampoco iba a preocuparse en exceso por ello.

Se coló en el interior sin ser visto, no había demasiada luz, pero tampoco la necesitaba, las señales que marcaban la salida y las luces de emergencia eran suficientes para él.

Avanzó con tranquilidad, sin apresurarse, fijándose en el mobiliario y la decoración diseñada para transmitir una sensación de calma y paz engañosa típica en todas las clínicas.

—Qué asco, si Charlie me hubiese cambiado el turno no estaría aquí.

El apagado murmullo de unas voces llegó desde el fondo del pasillo en el que la luz se filtraba a través de la puerta abierta y le informaba que el personal del turno de noche ya andaba por el edificio.

—Ya sabes cómo es, le gusta hacerse el interesante.

—¿Interesante? Tendría que ponerse un tanga de leopardo y bailar la Macarena para que resultase medianamente interesante.

—¿No lo hizo ya en la fiesta del año pasado?

—No, ese fue Roco, uno de los pacientes de la doctora Pietro.

—Ah, sí, el nudista.

Si le diesen un bol de palomitas y le facilitasen una cómoda butaca, se habría quedado a disfrutar de la rocambolesca conversación. Las mujeres estaban hastiadas y dispuestas a ponerse a despotricar contra todo aquel que resultase una buena diana.

Un ligero cosquilleo en la nuca despertó sus sentidos, agudizándolos. Dejó atrás la sala de recreo y continuó en línea recta hasta la siguiente intersección dónde creyó ver un par de piernas desapareciendo dentro de una habitación; el problema era que dichas piernas no iban caminando, sino que alguien iba tirando de ellas.

—Si la gente supiese realmente lo que pasa en las clínicas de reposo, no se les ocurriría venir a pasar sus vacaciones aquí —murmuró para sí antes de seguir al desaparecido.

La habitación resultó ser una nueva sala de recreo con un segundo acceso que permanecía abierto y con las llaves todavía danzando en la cerradura. El sonido de algo de grandes proporciones siendo arrastrado por el suelo parecía hacerse más fuerte en el silencio de la noche, mientras una voz llena de irritación murmuraba improperios cada tres palabras atrayendo su atención.

—Esto es un despropósito, para qué molestarse en planear dejar K.O. a alguien cuando el muy idiota es capaz de hacerlo solito, solo tienes que dejar que se pise los cordones y se golpee él mismo con la pared. En serio, y luego dicen que los que tenemos trastornos mentales somos los pacientes. Será burro el tío. Puestos a caerse, ¿no podía haberse dado el trompazo en un lugar más discreto? Si lo ven, saltarán al momento las alarmas y a la mierda mi plan. Tengo que esconderlo, pero joder, pesa una puñetera tonelada.

La escuchó resoplar, un nuevo golpe y un bufido.

—Y por dios, menudo olor. Estoy segura de que existen insecticidas que huelen mejor que esa colonia. *¡Puaj!*

La voz femenina empezaba a desvanecerse, pero las intensas emociones que palpitaban en ella eran tan potentes como para dejar una estela a su espalda. Satisfacción, rabia, alivio y una poderosa necesidad de huir, de abandonar ese lugar dejaban claras sus intenciones.

—Maldita sea, tío, estás haciendo que me retrase en mis planes…

Escuchó un nuevo golpe seguido por un femenino y enfadado resoplido, pero más allá había otra cosa, una importante necesidad de… ¿Qué demonios era eso?

Como soldado del *Purgatorio* tenía la habilidad de leer las emociones de los penitentes, indagar en su alma y encontrar los pecados por los que estaban condenados, pero en ella… todo era demasiado confuso, como si sus pecados y sus deseos se hubiesen fusionado en uno solo convirtiéndolo todo en un galimatías sin sentido.

—Joder… pesas una tonelada. —Su voz volvió a hacerse más palpable a medida que se acercaba a dónde se encontraba—. ¿Por qué no os ponen a vosotros también a dieta? Sin duda ahorrarían en caaaaa…

La palabra quedó cubierta por el sonido de platos y cubiertos cayendo al suelo.

Si su intención es pasar desapercibida no lo estaba haciendo nada bien.

—Mierda, mierda, mierda…

Echó un vistazo a su espalda esperando ver a las empleadas que había escuchado en la sala de recreo de camino para ver lo que había ocurrido, pero debían estar sordas como tapias para no haberse enterado de aquel incalificable supuesto intento de fuga.

—Increíble —murmuró, sacudió la cabeza y avanzó hacia el lugar del sonido.

A estas alturas tenía curiosidad por ver a la mujer que era capaz de hacer tanto escándalo a aquellas horas de la noche sin que nadie la detectase, la misma que podía arrastrar un peso muerdo del doble de su tamaño por los pies y, como acababa de comprobar en

sus propias carnes, clavarle un cuchillo en el hombro con un pequeño gritito de banshee.

Debería haber prestado más atención a la definición del término «Clínica de reposo y salud mental», pensó bajando la mirada sobre la empuñadura plateada que sobresalía de su hombro, *todo indica que los cuerdos son los que vienen de visita, no los que están internos.*

El aguijonazo de ardiente dolor le atravesó el hombro pasó a un segundo plano cuando echó un vistazo al mango del cuchillo incrustado en su carne y que ya dejaba un círculo de sangre en su camiseta.

—Ay dios, ay dios, ay dios.

Arrugó la nariz ante el femenino lamento y levantó la cabeza para encontrarse con una azorada mirada.

—Así que tú eres la penitente —mencionó, sabiendo intrínsecamente que ella era la mujer a la que había venido a buscar.

Había momentos en los que no te quedaba otro remedio que detenerte y analizar la situación, especialmente cuando acabas de clavarle un cuchillo a alguien.

Shura le echó un vistazo al celador inconsciente en el suelo, al que había amordazado con unas bragas y envuelto como a una momia con la ropa de la cama; una tenía que ser creativa y aprovechar los recursos a su alcance. Entonces se giró y contempló al enorme y atractivo tipo vestido de negro al que acababa de apuñalar con un cuchillo de mantequilla. Sus ojos verdes se habían clavado en ella y, probablemente la habrían hecho temblar de no ser porque la visión de la sangre que resbalaba por el interior de la manga de su chaqueta y le empapaba la mano, goteaba sobre el suelo haciendo que se le revolviese el estómago.

—Oh, señor —jadeó llevándose la mano al pecho en un intento por contener las náuseas—. Me has dado un susto de muerte, ¿por qué has aparecido de la nada? ¿Mira lo que me has obligado a hacer? —Volvió a mirarle y se pasó una mano por el pelo con gesto angustiado. Esto no era lo que tenía en mente, nada de esto debería

estar pasando. Lo había estudiado todo cuidadosamente, cronometrado cada momento y ahora, las cosas se habían complicado por un estúpido error—. Ni se te ocurra morirte, ¿eh? Eso no entra en mis planes y no tengo tiempo para cambiarlos tan drásticamente.

Él enarcó una ceja y respondió con un bufido.

—No tenía pensado hacerlo.

—Mierda, joder —Se mordió el labio indecisa sobre cómo proceder—, te clavado un cuchillo.

—Créeme, me he dado cuenta —replicó él, se llevó la mano al hombro y tiró con fuerza, arrancando el arma de la carne—. Es difícil olvidar algo así.

Se le encogió el estómago una vez más y las arcadas la llevaron a llevarse la mano a la boca.

—¿Tenías que hacer eso ahora? —Se encogió, obligándose a darle la espalda para evitar vomitar—. Joder, odio la sangre… me da náuseas…

—Por si no lo has notado, yo soy el que está sangrando y herido, no me siento demasiado magnánimo en estos momentos cómo para preocuparme por tu sensibilidad.

Su tono de voz y la ironía que detectó en él la llevaron a replicar con más energía de la que pretendía.

—Pues sería todo un detalle de tu parte —rezongó—, por no hablar que contribuiría a calmar la situación.

Esos ojos verdes se clavaron en los suyos como un dardo y le arrancaron un escalofrío.

—No soy detallista.

—Una verdadera pena —murmuró en respuesta y miró de nuevo su hombro. Incluso la tela negra parecía demasiado oscura, sin duda empapada por la herida—. Hay demasiada sangre.

—No me digas.

—La condescendencia no lleva a ninguna parte.

—Lamento decirte que el secuestro tampoco —señaló con un gesto de la barbilla el cuerpo inconsciente del celador.

Siguió su mirada y se mordió el labio inferior. ¿Por qué justo ahora? No. Su plan de fuga no podía irse por el desagüe de esa

manera, no soportaría quedarse en esa institución más tiempo. Si se daban cuenta de lo que había hecho, no solo no la soltarían en la vida, sino que la encerrarían en una celda de aislamiento y se olvidarían de ella.

—No es exactamente un secuestro. —Se justificó y señaló al tipo—. Y su inconsciencia no es cosa mía, el muy idiota se tropezó con los cordones y se pegó un porrazo contra la pared al trastabillar… En este caso soy inocente.

Él ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Le has amordazado con unas bragas y envuelto en una sábana?

Puso los ojos en blanco y replicó por lo bajo.

—Intenta dar con un pañuelo o unas cuerdas en este sitio y verás a dónde te lleva.

Deslizó la mirada sobre ella de una manera que la ponía nerviosa, era como si fuese capaz de ver a través de sí misma.

—Empiezo a cuestionarme tu salud mental.

Jadeó y abrió los ojos como platos ante tal afirmación y se apresuró a desmentirle.

—Que sepas que estoy perfectamente cuerda, gracias —replicó y optó por darle la espalda. Miró a su alrededor y, tras considerar de nuevo sus opciones, se agachó para coger las piernas del celador y empezó a tirar de él con visible esfuerzo—. Si me disculpas, tengo que esconderle para que no lo vean y poder largarme de aquí.

—Ya veo que eres la candidata perfecta para la medalla a la *«Persona más cuerda del año».*

—Estás muy apegado a la ironía, ¿no?

—Digamos que sale a la luz cuando una mujer me apuñala.

—Te prometo que no fue apropósito —le aseguró arrastrando su carga hacia el armario escobero al otro lado de la sala—. Si me das unos minutos de margen, podrás irte a la enfermería y decirles que eres uno de esos pacientes a los que les gusta auto infringirse heridas y que necesitas que te echen un vistazo…

—Me apuñalaste tú —le recordó—, eso no es una herida auto infringida.

Entrecerró los ojos y lo miró de nuevo. Desde luego, no tenía pinta de paciente, no vestía como uno. ¿Sería entonces parte del equipo médico? O quizás, *ella* había enviado a alguien para asegurarse de que nunca pudiese salir de allí…

—Bien, pero no has negado ser un paciente —replicó esperando poder extraer algo de información que le ayudase.

La manera en la que ladeó la cabeza y se la quedó mirándola puso nerviosa.

—Tampoco lo he confirmado.

Abrió la boca para preguntarle quién demonios era entonces, pero el inesperado murmullo de voces procedentes del final del corredor hizo que dejase caer las piernas del celador y se girase como un resorte.

—Maldita sea, estoy perdiendo el tiempo tontamente…

—Eso no puedo ponerlo en duda.

—Mira, en serio, siento mucho haberte apuñalado, te prometo que no era parte de mi plan —se disculpó de nuevo retrocediendo hacia el otro lado de la sala, olvidando ya su carga—. Te acompañaría yo misma a la enfermería, pero no puedo perder más tiempo, tengo que salir de aquí.

—Ya veo.

No, no creía que lo hiciera. Estaba claro que era un paciente, esa mirada extraña no podía pertenecer a alguien cuerdo.

—Tengo que irme…

—Lo sé —replicó avanzando hacia ella—, estoy aquí para que puedas hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Marcharte.

Parpadeó un par de veces seguidas y sacudió la cabeza.

—¿Por qué habrías de ayudarme a salir de aquí si ni siquiera nos conocemos?

Él sonrió, su sonrisa le iluminó el rostro dotándolo de mayor atractivo, si es que eso era posible.

—Eso tiene solución, Shura —replicó pronunciando su nombre —. Me llamo Gerion Sacra, soy un *Sinner* y estoy aquí por orden del piso intermedio.

—¿Qué piso intermedio?

—*El Purgatorio*.

Arrugó la nariz.

—¿Y eso qué es? ¿Otra clínica de reposo?

Dejó escapar una carcajada ante sus palabras.

—Bien podría serlo dado todo lo que se cuece allí dentro —admitió entre risas—, pero no, digamos solo que… Ha llegado el momento en que pongas en movimiento la vida que has dejado en pausa.

Dicho eso, el hombre que tenía frente a ella hizo algo que prefería no haber visto y que la envió de golpe a la locura que había estado intentando evitar durante esos dos años de encierro. El tipo desplegó un par de enormes y emplumadas alas gris claro, acortó la distancia entre ambos y las envolvió a su alrededor.

CAPÍTULO 2

Esa mujer estaba dispuesta a desplumarle, literalmente. Las plumas más finas y superficiales de sus alas volaban entre ellos, las pequeñas manos de largos dedos se cebaban en sus extremidades arrancando sus preciadas plumas y, diablos, cuando alcanzaba alguna primaria, el tirón dolía como el demonio.

—No, no, no. ¿Por qué? —clamó haciendo volar una pluma más —. ¡Casi dos malditos años intentando convencerme a mí misma de que nada de esto había sido real y acabo en manos de una jodida gallina!

—El término correcto sería *Sinner*, pero dado tu escaso conocimiento sobre mí, podría utilizar *Erelim* o ya, puestos a ser tremendamente obvios, *ángel*, como definición —replicó particularmente aburrido con el calificativo que le había puesto—. *Gallina* no está en mi vocabulario, en ninguna de sus definiciones. Por otro lado, te agradecería que dejases de arrancarme las plumas.

—¿Por qué demonios tienes que tener plumas si no eres un pavo? —gimió llevándose las manos a la cabeza y hundiendo los dedos en su pelo.

—Lo que hay que oír.

Sin más, desenfundó las alas, las extendió y sacudió con fuerza, para volver a plegarlas y hacerlas desaparecer. A su alrededor quedaban las plumas que le había arrancado en un evidente momento de enajenación mental.

—No puedo creer que te quieran realmente fuera de ese lugar —musitó para sí. Se cruzó de brazos y la miró con ojo crítico—. Tu estado emocional está un pelín… desequilibrado.

Su respuesta fue inmediata y desesperada.

—¡No estoy loca!

Señaló las pruebas que evidenciaban sus dudas al respeto.

—Me has desplumado… como a una gallina, poniéndonos vulgares.

—¡No deberías tener alas! —Lo recorrió con un gesto de la mano de la cabeza a los pies para enfatizar sus palabras—. ¡No es natural!

Gerion dejó escapar un profundo resoplido y replicó con calma.

—Es perfectamente natural si estás en mi pellejo.

—¡No! ¡No lo es! —insistió ella a voz en grito—. Maldita sea, ¡eres un puto *bicho* con alas!

—No hay necesidad de ser insultante.

Entrecerró los ojos dispuesta a irle a la yugular, pero el repentino cambio de iluminación en el muro que los separaba ahora de la propiedad en la que se encontraba la clínica, fue una efectiva interrupción.

—¿Dónde…?

Por primera vez en los últimos minutos fue consiente de algo más que la pesadilla convertida en realidad que tenía ante él. Su previo disgusto se esfumó como si nunca hubiese existido y empezó a mirar de un lado a otro, tratando de asimilar el hecho de encontrarse fuera de la institución que la había retenido esos dos últimos años.

—¿Estamos? —Él completó la frase que dejó en el aire—. En la parte exterior del muro este. El aparcamiento está en la cara opuesta y la carretera discurre por…

—Estoy fuera —murmuró para sí, intentando asimilar esa particular victoria—. El plan ha dado resultado. ¡Estoy fuera!

—Si consideras un plan el amordazar a un tío con unas bragas e inmovilizarlo con ropa de cama…

Se limitó a ignorarle, lo último que le importaba era lo que había dejado dentro cuando todo lo que quería era gritar de felicidad por encontrarse del otro lado de ese maldito muro.

—Bien, estoy fuera —confirmó, como si necesitase escuchárselo decir a sí misma en voz alta—. La primera parte del plan se ha resuelto con relativo éxito.

—Si todos tus planes son como este, preveo un prematuro hundimiento al estilo *Titanic* —replicó viéndola caminar de un lado a otro murmurando en voz baja.

—¿Te importaría guardar silencio durante unos minutos? —Detuvo abruptamente su paseo y lo encaró—. No me dejas pensar.

La miró de la cabeza a los pies y chasqueó la lengua.

—Me cuesta creer que puedas centrarte en algo ahora mismo o en cualquier otro momento.

—Oye, eso ha sonado a insulto.

—¿Ah sí? —Curvó los labios con afectación—. En ese caso, debería disculparme, ¿no?

Esos bonitos y fogosos ojos se entrecerraron sobre él y una vez más vio las emociones bailando en ellos.

—Tú no eres solo un ángel, también eres gilipollas.

Se encogió de hombros.

—Algunos te dirán que esas dos acepciones pueden ir juntas.

—Y tú lo sabes de primera mano, ¿no?

Ahogó una risita y se limitó a mirarla mientras retomaba su caminar de un lado a otro.

—¿Eres siempre tan agradable con aquellos que te echan una mano?

—No he pedido tu ayuda, de hecho, te apuñalé, ¿recuerdas?

—Cómo poder olvidarlo —le dijo con palpable sarcasmo—. Eres la primera persona que me apuñala por el simple hecho de ayudarla.

Ella se detuvo y resopló.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Una medalla al mérito voluntario? —le soltó y abrió los brazos—. Lamentablemente no dispongo ahora mismo de material de manualidades para confeccionarte una.

—Me asombra la infinita cantidad de respuestas que pareces tener para todo.

—He tenido tiempo más que suficiente para practicar —rezongó echando un fugaz vistazo hacia el lejano edificio—, no es cómo si me permitiesen hacer mucho más.

Siguió su mirada, entonces volvió a posarla sobre ella.

—¿Cuál fue el motivo por el que te recluyeron en ese… centro vacacional? —Inquirió. Aquello era algo que todavía se le escapaba.

Por otro lado no era como si el general tuviese a bien ofrecerles a sus soldados toda la información necesaria cuando les adjudicaba una misión.

El estilo de Arthurius Sin era más bien el de *«hazlo y no protestes»,* con un profundo hincapié en la parte de no protestar.

Cuando lo llamó esa misma mañana y le asignó esta misión, solo le recordó que sería mejor que no metiese la pata si quería mantener el ranking y sumarse otro tanto que lo dejaría más cerca de su vuelta a casa.

«Esta misión puede resultar más beneficiosa para ti de lo que piensas. Sácala del lugar dónde está retenida y tráela al Purgatorio, su viaje comenzará aquí».

Había querido preguntar el motivo, pero el paso de los siglos le había enseñado a evitar castigos innecesarios y llevarle la contraria al general o cuestionar sus órdenes, solía traer consigo consecuencias mucho menos que agradables.

—Más allá de tus… ocasionales episodios psicóticos, no pareces tener un verdadero desorden mental que justifique tales cuidados.

—No sufro de episodios psicóticos ocasionales —replicó entre dientes—. Y los motivos por los que terminé ahí dentro no son asunto tuyo.

—Dado que te he sacado de ahí dentro, diría que sí lo son.

Sacudió la cabeza y lo apuntó con un dedo.

—No, no lo son —insistió y parecía muy decidida—. La realidad es que no sé quién eres, ni el motivo que te ha llevado a hacerlo, ni siquiera sé por qué sabes mi nombre o por qué estabas allí para empezar… No sé nada de ti… salvo que tienes alas y eso, gallinita, no me inspira la menor confianza.

—Sé algunas cosas sobre ti, porque se me ha encomendado la tarea de sacarte de ese lugar y llevarte al Purgatorio —declaró con sencillez—. No tengo todos los detalles, pero parece tener que ver con el hecho de que el saber que existen individuos como yo no te altera tanto como el hecho de constatar que somos reales…

—Han intentado convencerme de que lo que vi hace dos años no era real, que el infierno que viví fue producto del estrés y del accidente dónde… —Se detuvo abruptamente. No quería decirlo, no

quería enfrentar algo que le había pasado y con lo que parecía haber luchado todos esos años—. Nunca fue un accidente, ese día, esas… cosas… No fue un accidente, fue un asesinato.

Las últimas palabras abandonaban sus labios iluminadas por el repentino encendido de luces alrededor del muro. Pronto empezó a ulular una sirena en la noche y el alumbrado interior de la clínica cobró vida dando aviso de que algo había ocurrido en su interior.

—¡Mierda! —jadeó ella, consciente de lo que estaba ocurriendo —. ¿Cómo demonios pueden haberse dado cuenta ya? Si no han pasado más que unos pocos minutos…

—En ocasiones unos pocos minutos marcan la diferencia —le dijo tendiéndole la mano—. ¿Nos vamos?

La forma en la que miró su mano y luego el iluminado edificio del que acababa de escapar le dijo mucho más de lo que seguramente ella querría que supiera. Masculló algo entre dientes y posó la mano en la suya, no sin una advertencia.

—No hagas que me arrepienta.

Cerró los dedos en torno a la suave y cálida mano y, por primera vez, vio exactamente quién era Shura Regis y lo que esa mujer iba a traer consigo.

—Haré lo que pueda.

Aferró su mano y tiró de ella hacia su pecho, la rodeó con un brazo y la retuvo contra su pecho. Había llegado el momento de abrir el camino que ella debía recorrer, uno que prometía estar plagado de baches.

CAPÍTULO 3

Fortaleza Sinner
El Purgatorio.

El Purgatorio era uno de esos lugares en los que nadie quería entrar, pero una vez lo hacían se quedaban tan embelesados como sorprendidos por lo que allí encontraban.

El piso intermedio, como solían conocerlo en la alta y baja esfera, era como una mezcla de la eterna claridad del cielo y la tosca oscuridad del infierno, salpicada por la mortalidad de la humanidad, un lugar donde se medía el peso de los pecados, se pesaba el alma y se decidía hacia qué lado se decantaría la eternidad. Un limbo, en realidad, regido por una única persona que obedecía al cielo y al infierno por igual, eso cuando no se le cruzaban los cables y hacía lo que le daba la santa real gana.

Gerion deslizó lentamente el brazo que retenía el cálido cuerpo femenino contra el suyo. Ella no se movió, a duras penas parecía capaz de respirar mientras miraba con ojos abiertos como platos el trasiego que se generaba a su alrededor.

Los había llevado a ambos al patio de la *Fortaleza Sinner*, una enorme construcción de dura y fría piedra que imitaba los castillos medievales y entraba en consonancia con la finalidad para la que era ocupada; el acondicionamiento, adiestramiento y supervisión del cuerpo de élite encargado de los limpiar los pecados de la humanidad.

Para algunos era como una especie de cárcel en la que cumplir condena, para otros una oportunidad de encontrar su propia

redención, pero sobre todo era un lugar en el que no solían pisar los mortales que todavía tenían una larga vida por delante.

Los penitentes eran las únicas almas vivas a las que se les concedía una excepción y siempre y cuando estuviesen acompañados en todo momento por un Pecador.

—Bienvenida a la Fortaleza.

Sus palabras le provocaron una sacudida, se giró al momento hacia él y lo agarró por la pechera de su chaleco de cuero.

—¿Dónde estamos? ¿A dónde me has traído? —No lo soltó, pero se giró para mirar por encima del hombro consciente de los numerosos hombres y mujeres que se paseaban por el patio o lo atravesaban de una u otra manera.

El piso intermedio estaba habitado por ángeles y demonios, miembros de los gremios *Angelus* e *Infernus* con sus peculiares características.

—No, no, no —negó con la cabeza con gesto desesperado, para finalmente volverse hacia él—. No puedes secuestrarme. No he tardado tanto tiempo en idear una manera de salir como para que venga otro chalado y me rapte.

—Te recuerdo que tú eres la única que lleva el pijama del sanatorio.

—¡Para disimular! —le pegó en el pecho, entonces se llevó las manos a las caderas—. Difícilmente me habrían dejado estar en el patio llevando ropa de calle, la cual, por cierto, me retiraron casi desde el momento en que llegué a ese lugar.

—Pues disimulas muy, pero que muy bien, empiezas a convencerme de veras de tus... problemas mentales.

—¡Yo no tengo problemas mentales! —Siseó y golpeó el pie en el suelo como una cría con una rabieta—. Maldita sea, ¡sácame ahora mismo de aquí!

—Lo haré después de...

—Vaya, vaya, pero quién es esta potrilla…

Gerion puso los ojos en blanco al escuchar la voz de uno de los *Sinners* pertenecientes al gremio *Infernus*. No tenía ni que darse la vuelta para saber que Rissan Martus estaría acompañado de su inseparable hermano, Aris.

—Ella está fuera de tu menú, Rissan.

Un hombre moreno, con aspecto desenfadado y una socarrona sonrisa curvándole los labios entró en su rango de visión al inclinarse delante de la chica para quedar a la misma altura de su mirada.

—Entonces, ¿por qué me restriegas el postre en la cara? —ronroneó al tiempo que la examinaba con la mirada, siendo lo bastante precavido como para no cometer el error de tocar a la humana sin su permiso.

—Cierra los ojos, así evitarás la tentación —replicó tirando de Shura hacia él.

Su acción lo hizo chasquear la lengua, pero finalmente se enderezó mirándole.

—No funcionará, huele demasiado bien.

Entrecerró los ojos a modo de advertencia. Si bien ambos pertenecían al mismo ejército, eran de dos gremios diferentes y la actitud de Rissan solía exasperarlo lo suficiente como para querer ir a por sus colmillos.

—Pues deja de respirar.

El *sinner* del gremio *Infernus* se rió entre dientes, entonces suspiró.

—Eres un egoísta.

—No hay ni una sola persona cuerda en este lugar, ¿verdad?

Solo fue un susurro, pero todos ellos tenían una audición privilegiada.

—¿Y lo dice la que todavía lleva el pijama del sanatorio mental del que la han rescatado? —La respuesta llegó de Aris. El rubio era el polo opuesto de su hermano, no solo físicamente, sino en lo referente a su actitud. Era como si los dos fuesen dos caras de una misma moneda.

—Al menos yo no voy disfrazado de… ¿qué? ¿Guerrero ninja?

La rápida y contundente respuesta los sorprendió a todos, pero ni siquiera les dio tiempo a réplica, pues ya se había girado hacia él para increparle.

—¿A dónde diablos me has traído?

—*Al Purgatorio* —Se le adelantó Rissan.

—¿A dónde?

El demonio ladeó la cabeza y se lamió los labios antes de sonreír dejando a la vista sendos colmillos.

—Si te quedas conmigo un ratito, te lo digo.

—Ni lo sueñes. —Lo atajó Aris señalándole a él—. Está aquí con Gerion, no para que la hagas parte de tu menú.

—Estoy dispuesto a ser magnánimo y compartir.

—Pónmelo por escrito —le soltó su hermano, sus ojos se posaron sobre la chica y sacudió la cabeza—. Si eres inteligente, te mantendrás lejos de sus colmillos.

Ella parpadeó.

—¿Has dicho colmillos? —Jadeó ella, pero a pesar de todo se inclinó hacia delante, como si quisiera cerciorarse.

—Shura…

Ante su tono de advertencia, la chica volvió a enderezarse y sacudió la cabeza haciendo volar su pelo.

—¿A qué maldito y extraño parque temático me has traído?

Las carcajadas de Rissan los envolvieron a los cuatro.

—Se le conoce como *«el campo de juegos del General Sin».*

—¿Y quién demonios es el General Sin?

—Ese sería yo, querida —replicó una profunda voz masculina a su espalda—, el encargado de esta particular guardería.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante la irónica observación de su jefe.

—De General de los ejércitos a Cuidador de guardería, la cosa mejora por momentos, jefe.

Los había que no sabían mantener la boca cerrada, pensó Gerion mirando de reojo al imbécil que acababa de abrir la boca.

—Aris, llévate a tu irritante hermano o lo mato aquí mismo.

—No deberías hacer promesas que no vas a cumplir, general, le quitas toda la emoción al asunto de convertirse uno en hijo único.

—Largo. —Una sola orden fue suficiente para que ambos se esfumasen en el aire—. Bien, ¿dónde estábamos?

Su jefe podía ser un verdadero cabronazo cuando se lo proponía, pero si estaba de buen humor podía resultar incluso tratable. Con casi dos metros de altura y la envergadura de una montaña, la presencia del irritante pelirrojo con la cara marcada por

dos cicatrices era suficiente disuasión para cualquiera que quisiera inmolarse a sí mismo.

—No he llegado a escaparme, ¿verdad? —escuchó a Shura, quien levantó la cabeza para mirarle—. Todo esto no es más que un efecto secundario de las drogas que me han inyectado. Tú no me has sacado de allí, esto no es real, no estoy en un castillo medieval y ese tío no me recuerda a un jodido guerrero escocés.

Su jefe sonrió de soslayo, se giró hacia él y le informó.

—Ve a que te miren esa herida, Gerion. Entretendré a tu invitada y la pondré al corriente del motivo por el que ha llegado hasta este punto y este lugar... —le ordenó, obligándole a aceptar sus órdenes al tiempo que se giraba hacia ella—. Y en respuesta a tus preguntas… Sí, mi *Sinner* te ha sacado de ese lugar y todo lo que has presenciado hasta el momento es tan real como tú misma, querida Shura.

—Preguntaría cómo demonios sabes mi nombre, pero dadas las respuestas que obtengo últimamente, creo que me guardaré la curiosidad.

Él sonrió con afectación, extendió una mano y la invitó a acompañarle.

—Estoy seguro de que podría darte unas respuestas bastante interesantes al respecto, querida —replicó dándole ya la espalda para llevarse consigo a la chica—. Ven. Dejemos que Gerion encuentre quién cure la herida que le has infringido mientras te tomas una taza de té y buscamos algo más adecuado para ponerte que ese pijama de hospital.

No tuvo opción a réplica, apenas sí tuvo tiempo de echar una fugaz mirada por encima del hombro en su dirección antes de que el general la envolviese con el brazo y ambos se desvaneciesen.

Se llevó la mano al hombro e hizo una nueva mueca al notar la humedad bajo sus dedos, tendría que obedecer y hacer que le curasen esa herida, solo entonces estaría en condiciones de ocuparse de esa mujer.

CAPÍTULO 4

Pasillos de piedra, velas de cera iluminándolos desde sus soportes, puertas de madera maciza, tapices, polvorientos suelos, en un abrir y cerrar de ojos, Shura había dejado de estar ante las puertas del sanatorio para encontrase en las entrañas de un viejo castillo medieval en compañía de un coloso que le ponía los pelos de punta.

Los sucesos de la última media hora, porque por más que le costase hacerse a la idea, no parecían haber pasado más de unos veinte o treinta minutos, la hacían replantearse si todo aquello a lo que se estaba enfrentando no sería parte de alguna nueva alucinación inducida por la medicación.

Había perdido la cuenta de todos los pasillos por los que había pasado, la cantidad de escaleras que había subido y bajado antes de llegar a una acogedora sala de estar en la que ardía el fuego del hogar. Dentro de lo austero del mobiliario, le sorprendió encontrar un servicio de té de porcelana inglesa sobre una enorme y robusta mesa de caoba.

—Has recorrido un largo camino hasta este punto —escuchó la voz de su acompañante, quién se había limitado a guardar silencio hasta ese momento—, y has superado cada uno de los escollos que has encontrado en el camino. Sin embargo, mucho me temo que no ha sido más que el principio, querida, Daniel te ha metido, sin pretenderlo, en una guerra interna de la que quizá no salgas viva.

Las palabras la golpearon, no solo por el tono duro y frío con el que las pronunció, sino porque había pronunciado un nombre en concreto.

—Sí, has escuchado bien.

Le indicó una de las robustas sillas de la mesa en una muda invitación a tomar asiento.

—Daniel Regis, tu difunto marido, es el responsable de que estés ahora mismo aquí.

—¿De qué está hablando? ¿De qué conocía a mi marido?

—Era un buen líder de su casa, un hombre decente, en realidad, de los que ya quedan pocos —continuó con aquella inesperada información—. Se aseguró de que, en caso de que llegase a pasarle algo, pudieras tener acceso a esto.

Al decir eso, cruzó la sala y se detuvo ante un pequeño arcón que adornaba un largo mueble, lo abrió y extrajo de dentro lo que a todas luces era una Tablet.

¿Podía haber algo más bizarro que un hombre vestido como un guerrero antiguo, en medio de un salón de estilo medieval, llevando en las manos una moderna Tablet?

—Te ha dejado un vídeo que creo fervientemente que deberías ver —dejó el dispositivo en la mesa frente a ella—. Despejará muchas de las dudas que has tenido a lo largo de estos dos años y te mostrará la única verdad a la que debes aferrarte.

Miró el aparato sin comprender todavía qué era lo que estaba pasando allí.

—No entiendo…

Levantó una mano silenciándola.

—Tómate el té —le ordenó y señaló el baúl que había abierto previamente—, y coge lo que necesites para cambiarte.

Dicho eso, dio media vuelta y salió por la puerta sin decir una sola palabra más.

—Esto no puede estar pasando, es imposible que todo esto esté pasado en realidad, tengo que estar drogada hasta las cejas —musitó deslizando la mirada por la habitación hasta detenerse de nuevo en la humeante taza de té que tenía delante y finalmente en la Tablet—. No, es que no tiene sentido, él no habría…

Tan pronto como sus palabras salieron de su garganta se perdieron en la soledad de la habitación.

—Pero, y si…

Sus dedos cayeron sobre el cacharro antes de ser consciente de lo que hacía en realidad, acomodó la funda protectora para servirle de soporte y encendió el dispositivo.

—Oh dios…

La primera imagen que apareció tras el fundido en negro fue la de su marido, el cual lucía esa atractiva y picaresca sonrisa que tantos estragos había hecho en su pecho y, cuando los labios que tantas veces había besado se movieron y su voz salió de los altavoces integrados, el corazón se le hizo pedazos.

—Hola, amor mío. —Su voz era como la recordaba, firme, masculina y aterciopelada—. Si esta grabación ha caído en tus manos, significa que yo ya no estoy a tu lado y ha llegado el momento de que sepas la verdad.

Las lágrimas empezaron a caer de sus ojos cuando paró la imagen, necesitando unos instantes para asimilar de nuevo su imagen, procesar el sonido de su voz y, en definitiva, volver a vivir de nuevo el dolor de saber que ya no estaba con ella.

La hora y media que Shura permaneció en el pequeño salón fue la prueba más difícil a la que se enfrentó en su vida. Verle después de dos años sabiéndole muerto, escucharle después de haber pasado todo ese tiempo encerrada entre cuatro paredes echándole de menos e intentando mantenerse cuerda, resultaba tanto un regalo como una pesadilla. El saber que su presencia allí había sido orquestada por él incluso antes de que todo cambiase con ese inesperado accidente, hacía que no supiese si echarse a reír, a llorar o resucitarle para poder matarle con sus propias manos.

Había sido incapaz de reaccionar o decir algo coherente cuando retomó la grabación. El hombre que había cuidado de ella durante todos esos años, el único que la había querido a pesar de su procedencia y que prefirió desoír a aquellos que le aconsejaban no casarse con una mujer sin pedigrí; palabras textuales de su entonces cuñada, volvía a ella en una grabación.

Vestido con ese eterno traje italiano que tan bien le sentaba, con la siempre pulcra corbata desabrochada colgando precariamente del cuello y el pelo negro salpicado aquí y allá con alguna que otra cana que le confería un aire más interesante, Daniel ocupaba su asiento tras el macizo escritorio de madera que había en la biblioteca; su lugar preferido.

Escucharle hablar rompió algo en su interior, la dejó tan indefensa como a una niña y no pudo articular palabra mientras le

escuchaba sin oír realmente lo que le decía, sabiendo que una vez terminase esa reproducción no podría encontrarle, no podría recuperar lo que él le había dado, no podría tenerle de vuelta.

—Mi pequeña Shura —comenzó la grabación. Su voz fuerte y sensual la estremeció ante su añoranza. Durante el tiempo que la retuvieron encerrada hizo hasta lo imposible por recordar su tono y la forma en la que modulaba las palabras, pero con cada día que pasaba, ese recuerdo se iba difuminando—. Grabo estas palabras sabiendo que es posible que llegue el momento en el que el tiempo se me acorte y ya no me permita estar a tu lado.

Se lamió los labios y tragó buscando el habla que había perdido tras el shock de verle de nuevo.

—Dan… esa es la frase más trillada de la historia.

—Lo sé, lo sé, es una *frase trillada* y no, no aporta ningún consuelo —continuó él. Por momentos parecía estar manteniendo una conversación con ella, como si pudiese leerle la mente, pero entonces, eso era algo que solía hacer muy a menudo. Nadie la comprendía tan bien como él—. Pero vas a estar bien, no te dejaría sin saber que he hecho todo lo posible para que así sea en caso de que yo te falte.

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Preferiría que no lo hubieses hecho y hubieses permanecido a mi lado.

—Sé que ahora mismo tu mente estará bullendo llena de preguntas, que necesitarás respuesta a todas y cada una de ellas y que posiblemente no sean fáciles de asimilar —continuó sin dejar de mirarla, su rostro estaba siempre dirigido hacia la cámara—. Me confieso culpable por ello, por haberte mantenido en la ignorancia, por haber deseado protegerte con tanto ahínco que permití que una parte de lo que soy quedase fuera de nosotros. Ahora me doy cuenta de que debí haberte preparado para esto, para lo que tendrás que enfrentar, pero incluso ahora mismo, mientras grabo estas palabras, sigo negándome a hacerlo.

Hizo una pausa, bajó la mirada y supo instintivamente que le costaba decir aquello. Daniel Regis, el hombre más fuerte que había

conocido jamás, su pilar en la vida dudaba ahora ante esa cámara de vídeo desde la que le hablaba.

—Pero eres fuerte —continuó entonces y parecía totalmente convencido de ello—. Si ocurre algo, si por algún azar del destino tengo que dejarte, sé que podrás seguir adelante y lo harás, que tendrás gente a tu lado que te apoyará y cuidará de ti…

Sacudió la cabeza sin evitar hacer de nuevo una mueca. Daba igual las veces que lo hubiese escuchado decir esas palabras, su respuesta era la misma.

—No sabes lo que estás diciendo, Dan, no lo sabes…

Se pasó la mano por el pelo y suspiró antes de volver a concentrarse en la grabación, mirándola de nuevo a través de esa pantalla.

—Ah, Shura. Ojalá pudiese decirte algo, cualquier cosa que pueda ahorrarte el dolor y la soledad que debes haber padecido, el que ahora mismo debes estar sintiendo al verme de nuevo y el que vendrá —dijo con convicción—. Es tan irónico estar hablando sobre la propia muerte y ausencia, pero sé que me conoces lo suficiente para intuir que me resulta tan absurdo como divertido.

Suspiró, tenía que darle la razón.

—Siempre has tenido un sentido del humor extraño, cariño mío.

Lo vio ladear la cabeza, sus labios se curvaron adquiriendo una sonrisa traviesa.

—Si todo ha ido como debería, así lo espero, ahora mismo debes de estar en esa sala antigua y polvorienta que Arthurius tiene en la *Fortaleza del Purgatorio* —continuó con voz firme y una inesperada seriedad en su semblante—. Espero que tu primer encuentro con este nuevo mundo que se abre ante ti haya sido amable. Solo quiero lo mejor para ti, deseo que tengas la vida que te mereces, una llena de luz y esperanza. Así que, por favor, no seas muy dura con el *Sinner* al que estés a cargo, abre la mente y acepta lo que la vida te ofrece y, sobre todo, disfruta de cada pequeño momento. ¿Me lo prometes que lo harás?

Su respuesta fue instantánea.

—No.

Lo escuchó reír, casi como si hubiese escuchado su respuesta.

—Estoy convencido de que tu respuesta habrá sido negativa —aseguró él jocoso ajeno a su propia respuesta, entonces sacudió la cabeza—. Te he mimado demasiado, tendría que haber sido un poco más estricto, pero es imposible, especialmente cuando me miras con esos maravillosos ojos desprovistos de cualquier maldad.

Se le encogió el corazón ante la dulzura en su voz. Lo echaba tanto de menos.

—Me encargaré de dejar todo listo para que puedas disponer de lo que te pertenece llegado el momento, no tienes nada de lo que preocuparte, alguien se encargará de gestionar todo tu patrimonio y de mantenerlo a salvo hasta que deba serte entregado.

Apretó los labios, deseando decir tantas cosas y sin encontrar las palabras para hacerlo. No quería que dijese esas cosas, no quería que hablase con tanta naturalidad cuando las cosas no eran tan sencillas como él había previsto.

—Borra ese puchero de tus labios, mi Shura —interrumpió de nuevo sus pensamientos, atrayendo su atención al momento con ese tono de voz demandante—. ¿Crees que no sé qué lo estás poniendo? ¿Crees que no sé lo que sientes en estos momentos? Sí, soy culpable. Culpable de muchas cosas, la primera de quererte tanto que no puedo concebir la idea de que sufras cuando yo ya no esté a tu lado para protegerte. Espero que mi hermana haya cumplido con su palabra y te esté protegiendo en mi ausencia…

—¿Protegerme? —Puso los ojos en blanco—. ¡Esa perra me encerró, Dan, me mantuvo prisionera entre cuatro malditas paredes durante dos años!

Él continuó en la pantalla ajeno a su explosión.

—Lo sé, lo sé. Nunca te ha caído bien, no voy a culparte por ello, yo mismo no la soporto del todo y es parte de mi familia —confesó—, pero tengo que confiar en que al menos honrará nuestro apellido y te protegerá por ello.

—Si supieses la verdad, oh, Dan, si hubieses sabido lo que iba a ocurrir…

—Vamos, vamos. Nada de pucheros —continuó ajeno a su respuesta—, dame esa bonita sonrisa que adoro en ti, la que borra

las malas horas que paso en el trabajo y que me recibe cada vez que atravieso la puerta.

No pudo evitarlo, intentó sonreír para él.

—Eres mi luz, Shura, la que ilumina mi alma —aseguró, sorprendiéndole con esa declaración tan impropia en él. Si bien era un hombre cariñoso y adorable, nunca había sido dado a esa clase de muestras de afecto—. Bien, y ahora cuéntame, ¿quién ha llegado hasta tu puerta? Espero que no hayas sido tan loquita como para arrancarle los pelos…

Hizo una mueca, ¿habría tenido su marido el poder de la videncia?

—Pelos no, pero plumas… —murmuró y echó un rápido vistazo en dirección a la puerta. Entonces resopló y se giró de nuevo hacia la pantalla—. Maldición, Daniel, ¿cómo has podido hacerme esto?

—Necesitas vivir, Shura —continuó él—. Ese es el motivo por el que contacté con Arthurius. Necesitas perder esa eterna compostura y disfrutar de lo que el mundo te ofrece. Aunque solo sea por una vez, durante un momento, quiero que pienses en ti misma antes que en los demás y disfrutes de todo lo que se te presente en este inesperado camino. Necesitas desmelenarte, entrégate al placer, a toda clase de placer; te aseguro que el sexo sin compromiso y para jugar puede ser realmente divertido.

Se atragantó ante sus palabras, empezó a toser y tuvo que tragar varias veces antes de poder responder a eso.

—No puedo creer que me estés animando a…

—Lo sé, lo sé... —se rió él ajeno una vez más a su reacción—. ¿Quién soy yo y qué han hecho con tu marido? Nada ha cambiado, mi amor, soy el mismo de siempre, solo que he puesto en voz alta los pensamientos que tan a menudo rondan por mi mente. Nos conocemos desde que eras una niña, he estado a tu lado durante mucho tiempo y sé que tiendes a esconderte, a ocultarte dentro de tu coraza y expresas aquello que los demás queremos oír, no lo que tú deseas. Y yo deseo que eso cambie para ti.

Ladeó la cabeza y bajó el tono de voz, como si le contase un secreto.

—¿En serio crees que no he disfrutado del sexo contigo? —la pregunta estaba llena de picaresca—. ¿Qué me acostaba contigo por algo tan absurdo como el compromiso marital? Nena, si te enseñé a jugar en el dormitorio es porque realmente disfrutaba haciéndolo. No existe otra mujer para mí y no existirá mientras viva, Shura. Eres mi compañera, la única que me está destinada y con la cual, y el tiempo nos lo permite, espero que tengamos hijos.

Sus palabras la dejaron sin aliento, una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla.

—Hay algo que debí haberte mostrado desde el principio, que debería haberte explicado para que comprendas lo importante que eres en mi vida y evitarte así tantas dudas, pero pensé que tendría más tiempo… —Sacudió la cabeza, se echó hacia atrás en la silla y le dedicó un guiño—. Bien, supongo que ahora es tan buen momento como cualquier otro y dado que solo verás esta grabación si todo se desmanda…

Se quedó sin palabras cuando el rostro masculino adquirió un tono más oscuro y bronceado, su piel mudó a un extraño dorado salpicado de rojo, pero fueron los tatuajes tribales que descendían desde la raíz del pelo en su sien, cubriendo su mejilla, barbilla y cuello en el lado derecho junto con unos ojos mucho más intensos y claros lo que la dejó sin respiración una vez más.

—¡Sorpresa! —La voz de su marido sonó un poco más profunda y mucho más sexy. Era incapaz de dejar de mirarle, abrumada tanto o más que la primera vez que había presenciado ese cambio en el video—. Respira, amor, sigo siendo yo. Lo juro.

—Sí, claro… proyecto extraño de *Jedi oscuro* —farfulló. A pesar de que esta era la tercera vez que reproducía el vídeo, seguía sin ser capaz de relacionar aquella mutación con su marido. De hecho, lo que más la ofendía era el hecho de que él se lo hubiese ocultado, que hubiese ocultado todo esto ya que si lo hubiese sabido, quizá las cosas habrían sido muy distintas.

—Supongo que además del susto que debes haberte llevado, estarás enfadada —continuó pasándose la mano por el pelo, adquiriendo de nuevo la apariencia humana que conocía a la perfección—. Estarás pensando que te he engañado, que te he

mentido durante todo el tiempo que estuvimos juntos y que en qué otras cosas podré haberlo hecho.

—Diablos, sí…

—Y, sin embargo, la realidad es muy distinta —continuó con un resoplido—, puesto que lo que acabo de mostrarte es algo que ya sabías pues lo descubriste por accidente hace un par de años.

Sacudió la cabeza.

—¿Recuerdas esa fiesta, la borrachera? —la apremió a pensar en ello—. No fue a causa del alcohol que no recordases esa noche. Tus recuerdos fueron ahogados por el miedo, por la incomprensión y las lágrimas. Sufriste tal crisis de ansiedad que no respondías a nada y no podía verte sufrir de esa manera. Preferí nublar esos momentos y dejar que pensases que sencillamente estabas demasiado borracha para saber qué había ocurrido.

Recordaba perfectamente ese suceso y lo avergonzada que había estado al día siguiente. Ella no solía beber y emborracharse le había dado mucha vergüenza.

—Todo lo que deseo es que seas feliz, que disfrutes de la vida y de lo que esta te ofrezca cuando yo ya no esté —continuó con gesto serio—. Quiero que seas tú misma, que aceptes todo aquello que desees, que te impliques y lo hagas sin remordimientos. Nunca me has traicionado y nunca lo harás, Shura, pero ahora deseo que sigas adelante, quiero que vivas todo lo que no has vivido conmigo, que disfrutes de cada momento, de cada paso del camino…

Sus palabras eran sinceras, podía notarlo en su voz, verlo en su mirada. Dan no era dado a las mentiras, no sabía mentir.

—Ojalá haya tenido tiempo suficiente para cuidarte como mereces, para hacerte sonreír y, si me he tenido que ir, por el motivo que sea, no haya sido por algo que te haya causado excesivo dolor —enfiló la recta final de su carta—. Quiero que vivas, pero que vivas para ti, que disfrutes de la vida y de lo que esta te ofrezca y quiero que me prometas algo…

—Vas de culo si piensas… —argumentó una vez más, sabiendo que le iba a pedir.

—No protestes, amor, solo sal ahí fuera, sonríe con esa coquetería innata que nos deja a los hombres babeando a tus pies y

aprovecha al máximo el tiempo que pases en compañía del *Sinner* que ya debe estar junto a ti.

Resopló.

—Se equivocaron de chalado —declaró convencida—, tendrían que haberte encerrado a ti y no a mí.

Daniel esbozó una amplia sonrisa, su rostro evidenciaba que estaba pensando en algo que solo él veía.

—Está claro que no se lo vas a poner fácil, pero también sé que, si te das la oportunidad, disfrutarás y tendrás contigo un bonito recuerdo y una nueva perspectiva de la vida que te ayudará en los años venideros Porque eso es lo que deseo, que vivas una larga y feliz vida, de la forma en la que quieras vivirla y, sobre todo, que no estés sola —sentenció con mucha firmeza—. Eres una criatura que necesita compañía, la soledad no es para ti.

—Debiste haber pensado en eso antes de irte, idiota —lo acusó.

Extendió la mano hacia la pantalla y posó los dedos sobre ella.

—Prométeme una última cosa y hazlo con el corazón o no lo hagas. —Volvió a ponerse serio—. Prométeme que lo intentarás, que vas a poner de tu parte y que disfrutarás de cada instante sin pensar en nada que no sea disfrutar, ya sea del sexo, del tiempo, de la comida…

—¿Quieres dejar de endilgarme a la gente?

—Ya sé, ya sé —continuó divertido—. En mi mente puedo ver tu reacción a mis palabras. Sonrojada hasta la punta del pelo. Siempre has sido muy tierna, cariño, pero el sexo es el sexo y está hecho para disfrutarlo. Así que deja a un lado los convencionalismos, cierra los ojos y disfruta, Shura, permítete, por una vez en la vida, ser totalmente libre.

Puso los ojos en blanco.

—No vas a cambiar jamás, Dan —reconoció para sí misma. Ese es el hombre al que había amado, con quién había pasado los mejores años de su vida y a quién no había olvidado.

—Mi dulce Shura, no dejes que nadie apague tu espíritu —continuó él—, no permitas jamás que alguien te imponga su

voluntad. Eres mi vida, has sido y serás siempre mi amor, la mujer a la que querré eternamente.

Se echó hacia delante, su semblante perdió parte de su sonrisa y se volvió más serio.

—Antes de irme quiero que prestes mucha atención —declaró a continuación—. Este es tu hogar, ahora y siempre, eres la única poseedora de la llave, no permitas que nadie te lo quite o te aparte de él, porque nadie excepto tú tiene derecho sobre estas cuatro paredes o nuestra casa.

Hubo un sonido al fondo, una voz lejana en la que se reconoció a sí misma.

—Ah, ya estás aquí. —Se acercó a la cámara y la acarició una vez más como si pudiese acariciarla a través de ella—. Me reclamas, amor mío y espero que sigas haciéndolo hasta que nuestro tiempo juntos llegue a su final. Se feliz, pequeña Shura, deja todo el dolor a un lado y vive tu vida. Hazme ese último regalo.

El video terminó y se lo quedó mirando consciente de que no volvería a verle, que ese pequeño instante había sido robado y ella volvía a estar sola. Dan ya no estaba para protegerla, no había estado allí cuando esa perra la hizo salir del hospital para meterla en el sanatorio. Una breve visita al cementerio, un simbólico funeral y su tiempo de duelo había comenzado en la fría y estéril habitación del sanatorio.

Volvió a coger el mando y reprodujo de nuevo el mensaje por cuarta vez permitiéndose, recordándole, deleitándose con su voz y llorando por primera vez en los últimos dos años por el hombre al que había querido y al que, se daba cuenta, no había conocido realmente.

CAPÍTULO 5

Gerion contempló la robusta puerta de madera del salón de reuniones de la Fortaleza. Sabía que la mujer que acababa de rescatar de aquella clínica estaba allí dentro, enfrentándose a la vida que había tenido, una llena de secretos que salían a la luz en su momento de mayor vulnerabilidad.

Se había pasado dos años luchando con sus propios demonios, intentando encontrar una respuesta a algo que no sabía si era real o producto de una deteriorada salud mental, para descubrir que estos no solo eran reales sino que traían consigo un enorme equipaje del que no sabía nada.

Shura no era una humana cualquiera, su matrimonio con Daniel Regis la convertía en una hembra importante dentro del gremio *Infernus*, en especial para una de sus siete casas principales, lo que daba otro sentido al hecho de que hubiese estado recluida hasta entonces.

El silencio que había envuelto la sala en los últimos minutos se rompió con un sonoro estruendo al que acompañó la airada voz de la chica.

—¿Qué esperas que haga ahora? —Su voz atravesó las paredes poniendo de manifiesto su ruptura emocional—. ¿Cómo has podido ocultármelo durante tanto tiempo? Si me lo hubieses contado todo desde el principio, si hubieses sido sincero… ¡No habría tenido que pasar estos últimos dos años en ese lugar!

Su mundo era un enigma para la mayoría de la humanidad, lo que sabían sobre teología o demonología lo achacaban a libros antiguos y a las distintas doctrinas de la Iglesia, pero la realidad era un poco más complicada.

El bien y el mal no era sino un concepto dual, cambiante dependiendo de los ojos que lo veían. Ni los ángeles eran seres puramente celestiales, representantes del bien, ni los demonios dueños de la oscuridad y la maldad que se les atribuía. Ambos gremios se regían por estatutos, por políticas internas y casas gobernantes, siete por cada bando.

Daniel Regis era el dirigente de una de las *Casas Infernus*, un hombre que se había preocupado de una pequeña humana, haciéndola su esposa, otorgándole una posición, pero privándola al mismo tiempo de quien era él realmente, de lo que era y dejándola más sola de lo que había estado en toda su vida.

—¡No tienes ni idea de la clase de zorra que es esa mujer! ¿Ocuparse de mí en tu ausencia? ¡Ella es la única culpable de que casi haya enloquecido allí dentro! Y tú… tú… ¡Tus explicaciones llegan tarde! ¡Jodidamente tarde! —De vez en cuando el sonido de golpes y acompañaban a la airada voz, debía estar destrozando la sala, cosa que no le preocupaba tanto como el que pudiese hacerse daño a sí misma en el proceso—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Por qué! Maldita sea, yo estaba presente cuando ocurrió, no fue producto de mi imaginación, ni una alucinación, fueron a por ti… ¡Fue un maldito asesinato!

Hablaba del accidente en el que había perdido a su marido, uno ocurrido en circunstancias bastante extrañas, según había podido averiguar.

Se había hecho un parte sobre una colisión entre vehículo, un incendio y posterior explosión. Los informes de la policía decían haberla encontrado a ella tirada a unos cuantos metros del lugar del accidente, como si hubiese sido despedida del vehículo, aunque dejaban constancia del hecho de que sus heridas no correspondiesen con un golpe de tales proporciones.

Por otro lado, las declaraciones que había hecho ella sobre el accidente hablaban de agentes externos, de una intervención y no de un accidente. Sus palabras no habían sido tomadas en cuenta, es más habían sido utilizadas en su contra para ingresarla en esa clínica.

Entonces, ¿qué había detrás de todo aquello? ¿Se había tratado realmente de un accidente desafortunado o un atentado contra la vida del cabeza de la casa Regis? ¿Quién se había atrevido a ir contra una de las siete casas del gremio *Infernus* y por qué esta no había hecho nada para tomar represalias o esclarecer los hechos?

Había demasiadas incógnitas, un incesante goteo de preguntas sin respuestas rodeaba a esa mujer y daba un nuevo color a su misión.

—Me mentiste, me ocultaste… esto… y has contribuido sin saberlo al infierno que he padecido estos dos años —continuó ella ahora con un tono más dolido que irritado—. ¿Piensas que un maldito video va a arreglar las cosas? ¿Qué diciéndome ahora quién eres, qué es todo esto, vas a arreglarlo? ¡Tu elección de custodios apesta! ¡Mira a dónde me has enviado! ¡Estoy en el jodido Purgatorio y ni siquiera sé si el nombre es metafórico o real! ¡Me has dejado en manos de un jodido tipo con alas! ¡Un puto ángel! Dios, si esto no es suficiente para hacerme perder la poca cordura que me queda, no sé qué más necesito…

Su voz fue desapareciendo hasta convertirse en un susurro, la desesperación que había en sus palabras obedecía a la necesidad de un control que no podía ejercer, a encontrarse perdida en medio de un mundo que en realidad desconocía. En más de un aspecto, Shura se había perdido a sí misma.

Optó por abrir la puerta sin más, al momento hizo un recuento de todo lo que había tirado por el suelo o hecho añicos, sin duda había descargado su frustración en lo primero que encontró por delante sin importarle demasiado lo que fuese y finalmente posó los ojos sobre ella.

El pijama de hospital había desaparecido y en su lugar llevaba puesto el atuendo básico de una hembra del ejército *Sinner*. Vestida de negro de la cabeza a los pies, el ajustado conjunto de piel y cuero se adaptaba perfectamente a cada una de sus curvas realzando una figura que había estado oculta bajo la indumentaria del hospital.

—¿Has terminado de redecorar la sala? —Preguntó obligándose a dejar de mirarla para señalar el desorden de la habitación.

—No he hecho más que empezar —replicó con la voz tomaba por las lágrimas a pesar de que intentaba mantener la barbilla erguida en gesto de rebeldía.

—Quizá necesites algunas clases de decoración o contratar a alguien que sepa a lo que se dedica —replicó con palpable ironía.

No respondió, se limitó a caminar en su dirección con la obvia intención de sobrepasarle y marcharse.

—Shura… —la cogió del brazo, impidiéndole salir—. Este no es un lugar vacacional, no sería sensato recorrerlo sola.

—No quiero hacer turismo, quiero volver a casa —le dijo bajando la mirada sobre su mano—. Quiero meterme en la cama, cerrar los ojos y rogar que cuando vuelva a abrirlos, ni tú ni esto seáis reales.

—Me temo que las cosas no funcionan así.

Tiró de su brazo para soltarse y la dejó ir.

—¿Crees que no lo sé? —replicó. No sabía si estaba irritada o asustada, pero toda ella temblaba de pies a cabeza—. Hace poco más de una hora estaba en una clínica de reposo, planeando mi huida, deseando volver a casa y ahora… Ahora acabo de ver un vídeo que grabó mi marido antes de morir, dónde me confiesa que me ha mentido, que no es quién decía ser, que hace que las pesadillas que he tenido desde el accidente que le costó la vida y casi termina con mi cordura, son reales y no producto de mi destrozada mente. Me dice que confíe en alguien que no conozco, que siga adelante con mi vida cuando ni siquiera sé ya si tengo una jodida vida. ¡Así que no me digas cómo funcionan las cosas!

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se resistía a dejarlas caer, el dolor se reflejaba en esas profundidades verdes y, por primera vez, escuchó el murmullo de su alma, los pecados a los que se aferraba, la culpabilidad, la rabia, el miedo…

—No fue un accidente —continuó con voz quebrada—. Fue un asesinato, un atentado… y él lo sabía, era consciente de que algo como eso podía ocurrir. ¡Y me lo ocultó! ¡Me ocultó sus preocupaciones, su vida, quién era en realidad! ¡Me mintió, maldita sea! El único hombre al que quise y en quién deposité mi confianza, me mintió y ya no me queda nada.

Solo había una posible respuesta para su rabia, aunque intuía que no serviría de nada.

—Te estaba protegiendo.

—¡No necesito que nadie me proteja! ¡No necesito que nadie cuide de mí! ¡No quiero una maldita niñera! —Las lágrimas cayeron finalmente por sus mejillas y vio cómo se rompía en pedazos delante de él—. Y lo que quiero ya no puedo tenerlo, jamás podré…

—La vida es un camino que da muchas vueltas, lo que hoy pierdes, es posible que lo encuentres de nuevo mañana —comentó con voz neutra—. Solo tienes que seguir caminando.

—No quiero seguir caminando, quiero detenerme, sentarme en un puto banco y que le den al mundo —replicó limpiándose las lágrimas con las manos—. Quiero volver a mi casa, eso es lo que quiero hacer ahora mismo. Así que, si eres tan amable de decirme cómo salir de aquí, te lo agradeceré eternamente.

Enarcó una ceja. Seguía temblando, el dolor estaba ahí, pero se estaba obligando a hacerlo a un lado, al igual que las lágrimas, para encontrar algo a lo que aferrarse y no dejarse vencer por el llanto.

—Te llevaré yo mismo.

—No es necesario.

—Lo es —sentenció—. No saldrás de aquí sin mí.

Verla llevarse las manos a la cintura e inclinarse hacia delante con los ojos entrecerrados fue todo un espectáculo, especialmente porque el ajustado corpiño le levantaba de manera encantadora los pechos y estos asomaban como dos frutas maduras.

—¿Eso es una amenaza?

—Es la constatación de un hecho —le informó obligándose a dejar de mirarle el escote—. Solo hay dos maneras de salir de este lugar, una es cumpliendo tu condena y la otra… irte con aquel que te ha traído de visita.

Su respuesta la llevó a fruncir el ceño, hizo un mohín con los labios y finalmente le tendió la mano.

—En ese caso, sácame de aquí antes de que a alguien se le ocurra condenarme a vete tú a saber qué.

—Nadie puede condenar a otro a pasar la eternidad en el Purgatorio. —No pudo evitar contestar en voz baja—. Son tus propios pecados los que hacen que esa puerta se abra y se cierre encerrándote en sus dominios.

—Hablas como si conocieses el mecanismo de primera mano —comentó sin dejar de mirarle.

—Lo conozco —admitió cogiéndole finalmente la mano—. Lo conozco muy bien.

Ella abrió la boca para decir algo, pero se lo impidió atrapándola de nuevo contra él, desplegó las alas con un solo pensamiento y la envolvió con ellas.

—Te llevaré a casa —le informó y advirtió al mismo tiempo que ella se tensaba mirando por encima del hombro aquella extremidad emplumada—. Y, solo para que lo tengas presente, arráncame una sola pluma y te dejaré caer en el primer río con cocodrilos que encuentre en el camino.

No le dio tiempo a responder, le ciñó la cintura y los trasladó a ambos a la mansión que la pequeña hembra humana llamaba hogar.

CAPÍTULO 6

Mansión Regis,
Seattle

—¿Shura?

—¿Qué?

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—Entrar en mi casa.

—¿Y por qué no utilizas la puerta de entrada?

—Porque no tengo las llaves.

Una conversación totalmente razonable y coherente, se dijo con total ironía. Gerion ya no sabía si echarse a reír o dar media vuelta y largarse por dónde había venido, empezaba a cuestionarse muy seriamente si la estadía de la chica en aquella clínica no obedecería realmente a mejorar su salud mental.

Después de aparecerse en el rellano del porche, su acompañante se había quedado completamente paralizada, mirando la puerta lacada blanca y el llamador dorado como si fuese una serpiente. Su inmovilismo la llevó entonces a bajar los escalones y caminar hacia uno de los laterales de la casa para detenerse bajo el emparrado ante el que estaban ahora.

Las luces del edificio iluminaban ciertas zonas de la casa, creando sombras que jugaban en la oscuridad de la noche y allí

estaba ella, intentando subir por el entramado de madera hasta el balcón que se alzaba a su izquierda.

—¿Has pensado en llamar al timbre para que te abran?

Su respuesta fue soltar un resoplido y mirarle por encima del hombro desde el segundo peldaño al que ya llevaba varios minutos aferrada.

—No puedo arriesgarme a que esa zorra esté al acecho y no solo me impida entrar, sino enviarme de nuevo a ese lugar —replicó totalmente convencida con su proceder—. Ahora, ¿qué te parece si en vez de criticar, me echas una mano y me ayudas a subir? No llego al maldito balcón desde aquí.

La evaluó brevemente con la mirada, recreándose en el perfecto culo que le hacía el pantalón y la manera en que le moldeaba las piernas.

—Eres menuda y no levantas un palmo del suelo.

Ella respondió con un bufido de indignación y se giró lo justo para increparlo.

—Y tú tienes alas, capullo, ¿es que me queje de ello?

Enarcó una ceja en claro gesto irónico.

—No, tú no eres de las que se queja, eres de las que directamente pasa a tomar cartas en el asunto —le recordó sarcástico—. ¿Tengo que recordarte lo que le hiciste a mis alas?

—Oh, vamos, ponte en mi lugar —resopló de nuevo—. No todos los días se te presenta delante alguien que tiene dos enormes extremidades emplumadas.

—Ni todos los días aparece alguien dispuesta a apuñalarte con un cuchillo de mantequilla —replicó siguiendo su línea de pensamiento.

—Si hace que te sientas mejor y me eches una mano, tan pronto termine aquí te soplaré la herida para que deje de dolerte —rezongó y señaló un punto por encima de su cabeza—. Ahora, ¿puedes ayudarme a subir?

Sacudió la cabeza.

—Cada vez me convenzo más de que tu estancia en esa clínica obedece a tu falta de salud mental y no a…

—¿Quieres dejar de criticar mi cordura?

Señaló lo obvio.

—Lo haré cuando bajes de ahí y llames al timbre como una persona normal.

Su respuesta fue entrecerrar los ojos y clavarlos sobre él.

—¿Vas a ayudarme o piensas insultarme hasta el día del juicio final?

—No es un insulto, es una constatación de un hecho.

A jugar por sus continuos bufidos, la paciencia femenina estaba llegando al límite.

—Si no vas a ayudarme, ¿para qué demonios te quedas?

—Para evitar que te rompas el cuello al trepar por una pared con la intención de allanar tu propia casa entrando por el balcón —sentenció cruzándose de brazos—. Vamos, bájate de ahí. Si en los últimos diez minutos no has pasado del segundo escalón, te llevará al menos toda la noche llegar a ese balcón.

—No te he pedido opinión, Gerion, solo ayuda —replicó ella pronunciando su nombre con una particular inflexión—. Necesito entrar en mi casa y asegurarme que esa perra no puede tocarme un solo pelo antes de que pueda ponerla de patitas en la calle.

—¿Quién es esa supuesta *«perra»*? —preguntó. Llevaba tiempo haciendo mención de una mujer, pero no había concretado su identidad, aunque podía suponer de quién se trataba.

—La hermana de Daniel —replicó con un resoplido—. Se me están cansando las manos, ¿piensas hacer algo o no?

Posó las manos en su cintura y tiró de ella hacia atrás.

—Sí, bajarte de ahí —declaró haciendo eso mismo—. Debería preocuparte más que esa «perra» llame a la policía porque una desquiciada ha allanado su casa entrando desde el balcón, a que te prohíba traspasar el umbral entrando por la puerta principal.

Se giró hacia él como un resorte.

—Ya te he dicho que no tengo las llaves.

—Y yo que llames al timbre.

—Estas no son horas de llamar al timbre. —Su réplica le sonó tan ridícula que no pudo hacer otra cosa que negar con la cabeza.

—De acuerdo, señora Regis, centrémonos un poco —pidió, intentando conseguir un poco de tiempo en aquella acelerada locura

—. Corrígeme si me equivoco. Dices que esta es tu casa.

—Lo afirmo.

—Eso quiere decir que, tu marido ha hecho testamento y te ha dejado esta casa… y posiblemente otras propiedades, ¿no?

Su rostro perdió un poco de la decisión que lo embargaba, se lamió los labios y asintió.

—Daniel hizo un testamento al poco tiempo de casarnos, decía que quería asegurarse de que nada me faltase en caso de que él… falleciese. —Sacudió la cabeza—. Pero no sé… no sé qué pasó con eso, yo… En esos días no era yo misma y después… acabé en esa clínica…

La muerte de su marido, unido a lo que quiera que hubiese presenciado durante el atentado, había sido demasiado para que su mente humana pudiese procesarlo con normalidad. No le habían dado tiempo para hacerlo, alguien se había encargado de que no lo tuviese y ese alguien prometía ser la misma persona que la había encerrado en la clínica; la hermana de Daniel Regis.

—Ella fue la responsable de que acabase en ese lugar —continuó y pudo escuchar la rabia en su voz—, así que tengo muy claro que no me recibirá con los brazos abiertos. Por el contrario, lo hará con una camisa de fuerza en las manos y dos celadores, uno a cada lado… como aquella vez.

La vio estremecerse al recordar un episodio concreto de su pasado, uno que llevaba aferrado en el alma y del que se culpabilizaba. Deseaba haber luchado, deseaba haberse plantado y decirles a aquellas personas que estaba llorando por su marido, que no estaba loca y que se pondría bien si la dejaban en paz. Deseaba haberse impuesto a su cuñada y haberla echado de su casa, evitar que tomase las riendas y destruyese su vida de la manera en que lo había hecho.

Sabía que había pecado de ingenua e incauta y que por ello había pasado dos años pagando las consecuencias. Se culpaba a sí misma por no haber hecho nada por evitarlo, un pecado imperdonable a ojos femeninos.

—Se ha ido apropiando poco a poco de lo que es mío y yo le he dejado —continuó con visible rabia para con la mujer y para

consigo misma—. Pero se acabó, no volverá a hacerlo. Voy a sacarla de mi vida así tenga que comprarme una maldita escopeta de caza y coserla a perdigonazos.

—Dudo que cualquiera en su sano juicio esté dispuesto a venderle un arma a alguien que acaba de salir de una Clínica de reposo.

—En ese caso buscaré a alguien que esté tan loco como yo —siseó y volvió a dar media vuelta para intentar trepar de nuevo por la estructura de madera.

—El cielo no lo permita —murmuró para sí antes de atraparla de nuevo y volver a ponerla en el suelo.

—Suéltame ahora mismo —protestó intentando liberarse de sus manos—. Y márchate. Si no vas a ayudarme, lo mejor que puedes hacer es desaparecer de mi vida.

—Ya basta. —La atrapó contra su pecho, pero ella no dejó de revolverse, lo que hizo que su propio cuerpo reaccionase al momento a los estímulos. Tuvo que obligarse a mantener una saludable distancia entre su despierto sexo y ella, lo último que esperaba era que esa desquiciada despertase su deseo—. Deja de comportarte como una niña con una rabieta.

—¡No soy ninguna niña y menos aún tengo una rabieta!

Se inclinó sobre ella, rozándole el oído con los labios al hablar.

—Créeme, soy muy consciente de que el cuerpo que se restriega contra mí no es el de una niña, pero tu actitud está siendo sumamente infantil —confesó sin pudor alguno, para finalmente soltarla—. Quieres enmendar tus errores y créeme, soy el primero que desea que lo hagas, pero el escalar un emparrado no es la forma de hacerlo.

Su rostro se había enrojecido ligeramente, su mirada se había vuelto esquiva, pero no por ello tiró la toalla.

—Lo de entrar por la puerta no es… —No llegó a terminar la frase, sus ojos se iluminaron y dio un paso hacia delante—. Espera, tú puedes meternos dentro. Sí, claro, ¿cómo demonios no lo pensé antes? Lo has hecho antes, me sacaste de la clínica y luego me llevaste a esa fortaleza y…

Negó con la cabeza.

—No es posible —confesó—. Este lugar está protegido, no puedo atravesarlo sin invitación.

—Yo te invito.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Podrás invitarme una vez tú estés dentro —le informó, entonces le indicó el porche de entrada—. Desde ese momento, podré entrar y salir sin necesidad de usar la puerta, pero no antes. Este edificio tiene unas protecciones espectaculares y únicas.

—¿Protecciones?

—Piensa en ello como un hechizo. —Se encogió de hombros—. Nadie puede entrar a menos que reciba una invitación expresa del dueño de la casa o de aquel que asentó la protección.

—¿Eso quiere decir que yo tampoco puedo entrar?

—Las protecciones están destinadas a agentes sobrenaturales, no a humanos.

Se giró y miró la casa como si pudiese hacerse un dibujo mental de lo que él acababa de explicarle, entonces sacudió la cabeza y lo miró.

—De acuerdo, llamemos al maldito timbre —resopló—. Pero si intentan echarme los perros encima, tú irás primero.

Optó por no responder a eso y la guió hacia el porche.

—Nadie va a echarte los perros encima en tu propia casa —le prometió—, entre otras cosas, porque no tienen perros.

La mansión era una construcción bastante peculiar, bastante tosca y oscura por fuera, parecía rescatada de la edad media y enclavada en una amplia y moderna parcela a las afueras de la ciudad. Intuía que su aspecto tenía mucho que ver con el aura de poder que emanaba de sus piedras y que disuadía a los posibles intrusos de traspasar el portón principal.

—¿Quieres hacer los honores? —rumió ella deteniéndose una vez más a los pies de la escalera que llevaba a la puerta que presidía la entrada—. Ve, llama y yo mientras vigilaré desde aquí.

Le rodeó la muñeca con los dedos y tiró de ella.

—Se ha acabado el tiempo de huir —le informó dejándola frente a la puerta e impidiendo al mismo tiempo que pudiese

escapar—. Esta es tu casa, tu herencia y ya es hora de que reclames tu lugar.

—No te quejes si deciden encerrarnos a los dos —replicó ella intentando soltarse de su agarre—. Y créeme, lo mío no será nada en comparación con lo tuyo.

—Deja de retrasar lo inevitable y llama a la puerta.

Sacudió la cabeza, retorció la mano en su muñeca una vez más y estiró el brazo libre hacia el timbre.

—Si muero, que sepas que volveré en forma de fantasma para atormentarte por toda la eternidad.

—Con una amenaza como esa sobre mi cabeza, haré hasta lo imposible para que eso no suceda.

Ella resopló, oprimió el botón y al momento sonó la campanilla del timbre, a la que siguió el chasquido de la cerradura y la puerta abriéndose lentamente.

—Bienvenida a casa, Shura —le susurró al oído, consciente de que el lugar reconocía a la mujer como su ama y le permitía la entrada.

CAPÍTULO 7

—¿No piensas entrar?

Shura seguía contemplando la puerta que se había abierto parcialmente por si sola, ladeó la cabeza y echó un vistazo a través del umbral sin decidirse a traspasarlo. Este era su hogar, el lugar en el que siempre debió estar, su casa y Daniel lo sabía, se había encargado de recordárselo en cada ocasión que había tenido.

«Este es tu hogar, ahora y siempre, eres la única poseedora de la llave, no permitas que nadie te lo quite o te aparte de él, porque nadie excepto tú tiene derecho sobre estas cuatro paredes».

Tomó una profunda bocanada de aire y empujó lentamente escuchando el suave deslizar de las bisagras, la mortecina luz de una lámpara de pie situada a un lado del recibidor incidió sobre el umbral creando sombras extrañas.

El conocido aroma de la casa le reportó un ramalazo de nostalgia, casi podía ver a Roberts abriendo la puerta para darle la bienvenida al hogar. Echó un vistazo alrededor del recibidor y se lamió los labios, todo estaba igual que cuando se marchó.

—Todo está igual… —murmuró y cerró los ojos, inspirando profundamente—. Todavía huele a lavanda y la entrada, todo es igual.

—Me arriesgaría a decir que no todo —declaró él con voz seria, un instante antes de tirar de ella hacia él y deslizarla tras su espalda de modo protector.

—Pero ¿qué…?

No necesitó preguntar a qué se refería, pues la acerada y brillante hoja de algo a medio camino entre una lanza y una espada

que empuñaba un completo desconocido, se interponía entre Gerion y el umbral que llevaba del recibidor al salón principal de la casa.

—Oh, joder —jadeó y dio un respingo, apretándose contra su compañero.

—¿Quiénes sois?

La voz del hombre que los apuntaba era profunda y matizada con un acento que no lograba descifrar. Con piel oscura, casi negra y lo que solo podían ser unas cicatrices en forma de tatuajes en sus sienes, cuello y parte del hombro que dejaba al descubierto su extraña indumentaria, contrastaba estrepitosamente con los ojos dorados que no perdían detalle. Llevaba la cabeza rasurada y a ambos lados del cráneo parecía tener pintados unos símbolos en color blanco.

—No es inteligente apuntar a un invitado con un arma.

La tranquila y aburrida respuesta que le brindó su acompañante la hizo rechinar los dientes.

—No le hables así, ¿no ves que tiene una cosa afilada en las manos?

—Y pienso utilizarla a menos que me digáis ahora mismo quienes sois y cómo habéis conseguido traspasar la barrera.

—¿Qué barrera? —frunció el ceño y miró de nuevo a su alrededor—. ¿Te referías a eso con lo de «la casa está protegida»?

—Sí, es la barrera que protege tu hogar —le dijo sin perder de vista el arma que todavía lo apuntaba—. Tu marido tenía razones más que suficientes para proteger su hogar y a los que lo habitaban.

—¿Su marido? —El hombre de color ladeó la cabeza y entrecerró los ojos sobre ella como si de esa manera pudiese verla mejor—. ¿Quién eres, humana?

Abrió la boca para hacerle la misma pregunta, pero una conocida voz la interrumpió.

—¿Señora Regis?

Su mirada pasó del peligroso tipo al hombre de mediana edad que apareció tras él.

—¿Niel? Roberts, ¿eres tú?

El hombre posó la mano con contundencia en el brazo que portaba esa extraña y amenazadora arma y pasó frente a él.

—Truro, baja esa cosa antes de que hieras a alguien.

El aludido frunció el ceño y dudó en obedecer.

—Han entrado sin invitación —apostilló—, por no mencionar que yo no les he abierto la puerta.

El mayordomo bufó.

—Es tu ama, idiota —declaró con ese tono seguro y ronco que siempre tenía—. Es la señora Shura, la viuda del señor Regis.

—¿La loca?

La ironía en su voz, unida a la sorpresa y esa sencilla palabra, hizo que quisiera pegarle.

—Si vuelvo a escuchar de nuevo esa palabra, yo…

Gerion reaccionó rápidamente, impidiéndole hacer algo estúpido.

—Quieta.

Lo señaló dejando clara la evidencia.

—Me ha llamado loca.

—Y dadas las circunstancias, no será el único —replicó él y miró al tipo del arma—. Baja eso…

El *guerrero medjay* entrecerró los ojos, miró de nuevo a la mujer y mantuvo su posición.

—¿Cómo podemos saber que es realmente ella?

—¡Baja eso ahora mismo o te lo meteré por el… —Se adelantó el mayordomo, a quién parecía traerle sin cuidado la afilada hoja—. ¡Cómo te atreves a apuntar a la señora!

—Está bien, Roberts, es…

—¿Estás seguro de que esta mujer es la misma que está internada en ese sanatorio mental?

—Clínica de reposo —lo corrigió el hombre con firmeza firmeza —. Y cómo puedes ver, cabeza hueca, acaba de volver a casa.

—Sí, vestida a lo *Catwoman*.

—Gerion, déjame pasar —pidió educadamente, entonces añadió—, voy a matarle.

—Ni lo sueñes.

El arma empezó a bajar lentamente hasta quedar apoyada en el suelo mientras la señalaba con gesto despectivo.

—¿Vas a decirme que *eso* no es un síntoma de locura, viejo?

Roberts se dedicó a darle la espalda y caminó hacia ellos.

—No tuviste tiempo de conocer personalmente al señor Regis —declaró sin más.

—¿Vas a decirme que también estaba… ya sabes… *cu-cu*?

Su gesto cambió por completo, se giró hacia su interlocutor y bajó el tono de voz al censurarle.

—Por sugerir algo así te habría hervido en aceite.

—Y eso lo habría hecho sin duda un hombre interesante —añadió Gerion quién parecía entretenido con aquellos intercambios.

—¡Eso es una calumnia! —exclamó al mismo tiempo—. Daniel nunca haría daño a una mosca.

—¿Estás segura?

Apretó los labios, ahora ya no estaba tan segura de poder afirmar aquello con la misma intensidad y precisión que antes. Con todo, a pesar de lo que había descubierto, no creía que Dan fuese un hombre distinto a cómo lo había sido con ella.

—Entonces, ¿es ella de verdad?

—Lo es —declaró y miró a Gerion—. Aquí nada malo va a ocurrirle.

—Ya le has oído, puedes soltarme —insistió y como no le hacía caso lo miró con cara de pocos amigos—. Gerion, suéltame.

Él duplicó su gesto y empezó a desenredar los dedos de su muñeca. La pérdida de calor y contacto fue tan fuerte que estuvo tentada de recuperar su mano.

—Así que… es realmente *ella*.

La sorpresa en la voz del portador del arma la llevó a girarse de nuevo en su dirección.

—Mi nombre es Shura —replicó y lo miró de arriba abajo—, pero el tuyo lo desconozco. ¿Quién eres y qué haces en *mi* casa?

—Soy Truro —contestó sin dejar de mirarla—. El guarda personal de la mansión.

Parpadeó sorprendida por la respuesta.

—¿Y desde cuándo tenemos un guarda personal?

—Señora, ¿ha venido para quedarse? —Los interrumpió Roberts, atrayendo su atención hacia él.

Conocía al mayordomo desde hacía el mismo tiempo que conocía a Daniel, el hombre siempre había sido amable con ella, educado, pero cuando se había casado con el señor, pasó a convertirse en un fiero defensor de su causa, incluso ante la perra. Miró a su alrededor, al lugar que una vez había sido su hogar y al que no iba a renunciar.

—Que intenten echarme.

La alegría y el orgullo se reflejaron en la seria mirada masculina, le faltaba hincharse como un pavo.

—Ojalá el señor Daniel estuviese aquí para verla ahora.

Sonrió en respuesta, pero fue incapaz de hacer otra cosa, así que optó por ir directa al meollo del asunto.

—Lamento haberos importunado a estas horas, pero me urgía regresar.

—Esta es su casa, señora, no tiene que pedir disculpas por volver a su hogar sea la hora que sea —le aseguró el mayordomo con inusitado fervor—. Siempre estaremos aquí para recibirla.

Asintió agradecida y se tomó unos momentos para mirar a su alrededor, recordando el lugar y buscando la valentía que necesitaba para preguntar:

—¿Ella está aquí?

—¿Quién? —Se interesó Truro, quién seguía sosteniendo esa inusual arma, pero ya no con gesto amenazador.

—La garrapata que se ha pegado a mi casa.

—¿Y esa sería? —insistió curioso.

—Se refiere a la señorita Regis, *medjay*.

Aquello hizo que el aludido esfumase su arma, literalmente y diese un entusiasmado paso adelante.

—Sí, sois vos, no cabe duda que sois vos —aseguró, le cogió la mano y se la llevó a la frente—. Bienvenida a la mansión, *mi señora*, estoy a vuestra disposición.

Retiró la mano y dio un paso atrás con visible confusión encontrándose con el duro y firme cuerpo de Gerion, quién parecía no estar nunca demasiado lejos de ella. El cambio de actitud del *medjay* fue de lo más inesperado.

—Algo me dice que no le cae demasiado bien la «perra» —le susurró él al oído.

Sí, eso parecía, pensó, lo cual era bueno ya que hacía que tuviese un hombre de su envergadura y armado de su lado.

—¿Dónde está? —insistió. Necesitaba saberlo, necesitaba saber qué la esperaba.

—No está aquí —contestó Gerion mirando a su alrededor como quién busca algo en el aire y no lo ve—. No la siento en la casa, pero si noto su huella… personal…

El mayordomo asintió, corroborando sus palabras.

—La señorita Regis se ha marchado, señora —le confirmó Roberts—. Estuvo aquí cuando la llamaron de la clínica de reposo en la que usted… er… estaba y salió con visible premura.

—Corría como si tuviese un cohete en el culo —concretó Truro como si la sola idea le hiciese ilusión.

—¿Para hacerme una visita? —replicó con palpable ironía—. Oh, qué amable, especialmente cuando no lo ha hecho en los últimos dos años.

—¿Desea que se le informe de su llegada? —sugirió el mayordomo.

Sonrió de medio lado.

—Sí. En el momento exacto en que suba las escaleras de la puerta principal —aceptó y miró a su alrededor—. Y quiero también que todas y cada una de las cosas que ella haya comprado o le pertenezcan sean dejadas en la entrada.

—¿Señora? —El mayordomo abrió los ojos como platos.

—Joder, esto se pone interesante.

¿No había sido lo suficiente clara?

—Quiero a esa perra fuera de *mi* casa —declaró con fiereza—. No la quiero aquí. Mañana hablaré con el abogado de mi marido, Daniel debe haber dejado todo arreglado y ya es hora de que me ponga al día.

—Sabía que el señor no la desampararía —aseguró el mayordomo visiblemente conmovido—, que no permitiría que le sucediese nada malo ni siquiera después de su partida…

—Solo haz lo que te pido —declaró sin más—. Quiero a esa mujer fuera de mi hogar.

—Sí, señora —asintió encantado.

Satisfecha se giró entonces hacia el extraño guardián.

—Truro, has dicho que eras el guarda de la mansión —comentó —. ¿Qué implica eso exactamente?

—Mucho más de lo que se ve a simple vista, aunque imagino que eso ya lo habrás intuido, ¿no?

La pregunta vino de su acompañante, quién seguía a su lado.

—¿Qué quieres decir?

Miró a ambos hombres y luego a ella.

—Esta es una casa muy antigua.

Eso era indiscutible.

—Más vieja que la mugre —aceptó—. ¿Tiene algo que ver eso con que él sea el guarda?

Los dos actuales habitantes de su casa se tensaron, se miraron entre ellos y finalmente a Gerion.

—De acuerdo… no más misterios, por favor, he tenido bastante para una sola noche —levantó ambas manos y resopló—. Sea lo que sea, decídmelo ya. Si no he enloquecido hasta el momento, no creo probable que vaya a hacerlo ahora.

—Dado que pareces comprender mejor las cosas con demostraciones, permíteme.

Dicho eso, echó un vistazo a su alrededor, se apartó de ella y extendió la mano hacia delante. Al instante un chispazo recorrió la sala, las prístinas alas se desplegaron por sí solas y cada uno de los presentes dio un salto ante la inesperada energía estática que los alcanzó de revote.

—Diablos, Gerion, ¿qué te he dicho sobre hacer cosas sin avisarme antes? ¡Vas a conseguir que me dé un infarto!

Sacudió las alas y las plegó con comodidad a su espalda.

—Te acostumbrarás.

—Eres…

—Tu actual guardaespaldas.

—En tus sueños, querrás decir.

—Y no dejan de llover sorpresas… —murmuró Truro.

—Eres un *Sinner* —declaró el viejo mayordomo con los ojos abiertos como platos. Entonces la miró a ella.

—¿Debo suponer que tú también perteneces a la clase de los raritos, Roberts? —preguntó al ver la mirada preocupada del hombre.

Este fue incapaz de pronunciar palabra, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Usted sabe… sabía lo que el señor Daniel… lo que él…

—¿Qué era un demonio o lo que sea con piel dorada y un motivo tribal en la cara? —respondió con un resoplido—. Acabo de enterarme. Aunque me ha recordado que yo ya lo sabía con anterioridad…

Él asintió visiblemente afectado.

—Tuvo que hacerla olvidar, estaba tan preocupado por usted, todos lo estábamos y ahora… —El hombre estaba realmente emocionado—. Ahora ha vuelto a casa, señora.

No sabía que decir. La emoción del anciano la emocionaba a su vez, pero el ver que todos, en cierto modo le habían ocultado cosas, le habían ocultado la realidad, dolía. No podía evitar sentirse engañada, excluida, aunque lo hubiesen hecho por su propio bien.

—Me di cuenta de que las cosas no eran lo que parecían ser cuando se produjo el accidente —comentó entonces—. He pasado los últimos dos años intentando convencerme de que no estaba loca y lo que había visto era real.

Sacudió la cabeza y señaló a su compañero.

—Y entonces, apareció aquí el *plumillas* y todo se fue a la mierda.

—Tengo nombre, puedes utilizarlo.

Enarcó una ceja y lo miró con gesto irónico.

—¿Puedo llamarte Ger para abreviar?

—No.

Una rotunda negativa.

—Entonces seguiré llamándote *plumillas*.

Esa intensa mirada se clavó en ella, lo vio chasquear la lengua y se acercó hasta quedar a su altura.

—No, no lo harás —declaró con seguridad—. La casa está protegida por alguna especie de vínculo de sangre, nada ni nadie puede entrar a menos que tenga algún vínculo contigo o con tu difunto marido. Eso hace de estas cuatro paredes un fuerte inexpugnable.

Arrugó la nariz y expuso la primera pregunta que se le pasó por la cabeza.

—Si era tan seguro, ¿por qué no permaneció en su interior?

—Porque nadie puede vivir eternamente en una jaula, Shura, ni siquiera tú.

Desvió la mirada y se encontró con la del mayordomo.

—¿Deseáis que os prepare una habitación para descansar?

La idea de dormir, de ocultarse debajo de las sábanas y perder la conciencia durante unas horas era una gran idea, pero a pesar de lo mucho que deseaba estar aquí, ahora se sentía sin fuerzas para enfrentarse a sus fantasmas.

—El dormitorio principal no se ha tocado desde que dejasteis el hogar —insistió Roberts—. No he permitido que nadie traspasase sus puertas. Solo yo y una de las empleadas…

Sacudió la cabeza. No podía entrar allí, ese lugar había sido su pequeño mundo, el suyo y de Daniel, no se sentía con fuerzas de enfrentarse a ello todavía.

—La habitación amarilla…

—Prepara una para los dos. —Lo atajó su acompañante—. No vas a quedarte sola la primera noche en esta casa.

Lo miró y expuso lo obvio.

—Es mi casa.

—Lo sé.

Arrugó la nariz y resopló.

—No estaré sola, Roberts y el señor Truro están aquí. —Señaló lo obvio—. Además, acabas de decir que esto es como un fuerte inexpugnable.

—Y lo es —admitió estirando las alas y, con una sacudida, las hizo desaparecer de nuevo—. Pero me necesitas aquí, así que me quedaré.

—¿De dónde has sacado la peregrina idea de que te necesito? —replicó enarcando una ceja—. No quiero decir que no te agradezca en el alma que me hayas ayudado a salir de la clínica o el que me hayas traído a casa…

—Como he mencionado hace escasos segundos, *«considérame tu nuevo guardaespaldas»* —le recordó y se cruzó de brazos—. Hasta que todo esto se arregle, permaneceré a tu lado.

—Bien, si eso te hace feliz, Roberts puede prepararte…

—Prepararé la habitación dorada para ambos —informó el mayordomo adelantándose a sus órdenes e impidiéndole pedir una nueva invitación para él—. Y me encargaré personalmente de que recojan todas las cosas de la señorita Regis y las dejen a los pies de las escaleras del porche.

El tono casi entusiasmado del hombre evitó que protestara, jamás había visto al viejo Roberts tan contento por algo.

—En ese caso yo me ocuparé de que la perra del infierno no cruce las puertas ahora que la nueva ama de la casa está aquí —declaró Truro caminando con parsimonia hacia la puerta principal—. Y gracias por la deferencia de señor, *miladi*, pero no es necesaria, no soy otra cosa que el guardián de esta casa.

—¿Acaba de llamarla perra del infierno?

Gerion esbozó una perezosa sonrisa, pero no respondió a su pregunta.

—¿Y qué ha querido decir con que es el guardián de la casa?

—Es el protector de este lugar y de la familia que la habitan —respondió Roberts, quién estaba en proceso de irse—. El señor Daniel lo conoció en uno de sus viajes por África he hizo algún pacto con él. Tras su muerte se presentó y no se ha movido de aquí desde entonces, señora. El señor le pidió que cuidase de esta casa y lo hará hasta el fin de sus días.

Los viajes de su marido eran otra de las incógnitas presentes en su vida, una que ni siquiera ahora estaba segura de poder desentrañar.

—Truro es un *Djinn* —comentó entonces Gerion.

—¿Un qué?

—Un demonio semita al que los seres humanos suelen confundir con los… genios —concretó—. Es un espíritu de fuego y humo capaz de adquirir la apariencia humana y este, en particular, está al servicio de tu casa.

—Un genio.

Él asintió.

—Dime que no te refieres a uno de esos que vienen en botellas, lámparas… ya sabes, como el de *Aladino*.

—Con su permiso, señora, iré a preparar la habitación.

El mayordomo eligió ese momento para ausentarse dejándola en la entrada de su casa con su acompañante, una clara retirada.

—Has tenido suficientes emociones para una sola noche —respondió finalmente Gerion—. En un abrir y cerrar de ojos has pasado de vivir en un mundo para despertarte de golpe en otro. No pretendas entenderlo todo en un solo instante, Shura, es imposible.

Dejó escapar un profundo suspiro, él tenía razón, pero aun así no podía evitar sentir la necesidad de preguntar, de saber.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, esto es… —lo recorrió con la mirada—. Tú eres un ángel… o, ¿cómo te ha llamado? Un *Sinner*… ¿Un pecador?

—Soy más bien un erradicador de pecados —le dijo—. Pero eso no es importante ahora. Estás agotada, necesitas descansar.

—Lo sé —aceptó la realidad de esa afirmación—. Pero… Al menos respóndeme a una sola cosa.

Casi le pareció verlo resoplar.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué quieres quedarte conmigo?

—Porque esa es mi misión —respondió sin ambages—. Quedarme a tu lado, ayudarte a encontrar el camino que debes recorrer, hará que mi saldo con el Purgatorio se reduzca y cuando llegue a cero, se me permitirá dejarlo.

«Solo hay dos maneras de salir de este lugar, una es cumpliendo tu condena y la otra irte con aquel que te ha traído de visita».

Sus palabras volvieron en ese momento a atravesar su mente, dando un nuevo significado a la presencia de ese hombre.

—Eres un condenado.

—Soy muchas cosas y ninguna que deba preocuparte —respondió y señaló la escalera que había a un lado de la pared, la misma por la que había desaparecido el mayordomo—. Vamos, sube. Date una ducha, ponte cómoda y cuando termines, estaré de nuevo contigo.

Una inesperada necesidad de decirle *«¿me lo prometes?»*, le quemó la garganta y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no pronunciar esas tres palabras.

¿De dónde había salido esa necesidad? ¿Esa dependencia? Estaba hablando de un tipo al que conocía de hacía escasas horas, de un ángel condenado al Purgatorio…

Sacudió la cabeza, se lamió los labios que encontró repentinamente resecos y asintió. Le dio la espalda y se dirigió hacia las escaleras que no había subido en dos años, pero la tentación de volver la vista atrás y comprobar que él seguía allí, la llevó a darse prisa y subir los peldaños de dos en dos hasta desaparecer asfixiada en el corredor de la planta superior.

CAPÍTULO 8

Había vuelto.

Después de tanto tiempo de soñar con ese lugar, de tenerlo presente en sus recuerdos, al fin estaba en casa y se sentía como una intrusa. Conocía aquellas paredes como la palma de la mano, cada cuadro, cada mueble, cada palmo del suelo, cada habitación... había vivido allí, había sido feliz allí y sin embargo ahora solo podía sentir lo vacío que parecía todo, lo silencioso que estaba y que no tenía nada que ver con las intempestivas horas sino con la ausencia de aquel que le había dado vida.

Eso era lo que fallaba, lo que había omitido todo ese tiempo, lo que se había obligado a olvidar cada vez que rememoraba su hogar, la ausencia de Daniel.

Deambuló por el primer piso sin rumbo fijo, todo en aquella casa la llamaba hacia el pasado, hacia un tiempo en el que su risa había hecho eco entre esas paredes, dónde había disfrutado de la vida y de la compañía de su marido.

La perra no había sido más que un mal menor en aquel entonces. Parecía mentira que perteneciesen a la familia y tuviesen la misma sangre, la hermana menor de su marido era una mujer fría, poco sociable y que a menudo la había mirado por encima del hombro, pero jamás mostró crueldad, no hasta el día en que la abandonó en esa clínica.

Se detuvo en seco al darse cuenta a dónde la habían dirigido sus pasos, un rápido estremecimiento la recorrió por entero y unas palabras susurradas en su pasado volvieron a su mente.

«¿No vienes, cielo?».

Las palabras volvieron a hacer eco en sus oídos, como un sonido lejano. Recordaba perfectamente el sonido de su voz, su sonrisa y esa manera pícara en la que solía comportarse. Casi podía escucharle del otro lado, moviéndose por el dormitorio, haciendo y deshaciendo a su antojo.

Acarició la puerta cerrada, sus dedos se cerraron alrededor del pomo y este cedió abriéndose bajo su contacto. El aroma especiado que tan bien conocía se filtró en su nariz dejándola sin respiración. Dio un primer paso vacilante, luego otro y otro más entrando en el dormitorio principal de la casa.

La puerta se cerró a su espalda mientras contemplaba aquel espacio suspendido en el tiempo. Todo estaba como lo recordaba, las cosas de Dan seguían en su lugar, incluso el libro que había siempre encima de su mesilla seguía allí.

«¿Estás segura de que no quieres leerlo?».

—Ya hay suficientes muertes en las noticias sin tener que ahondar en los libros —respondió en voz alta, tal y como lo había hecho entonces, a esa lejana pregunta—. Maldita sea, Dan, se suponía que te quedarías conmigo para siempre.

Se dejó caer en la cama, deslizó la mano por la suave colcha y abrazó la almohada. Quizá fuese solo su imaginación, pero incluso dos años después, esta seguía oliendo a él.

—Ya no estás —musitó apretando los ojos con fuerza para contener las lágrimas—, y soy incapaz de encontrar las fuerzas para dejarte ir.

Por más que lo había intentado era incapaz de hacer sus recuerdos a un lado, de convencerse de que ahora debía seguir sola, era extremadamente difícil, sobre todo cuando su mente no dejaba de revivir una y otra vez aquella maldita noche.

«¡Shura! ¿Shura? ¿Estás arriba?».

Su voz había subido por las escaleras antes incluso que él, ni siquiera había tenido tiempo de girarse y contestar cuando lo vio atravesar la puerta de esa misma habitación.

«¿Shura?».

«Estoy aquí».

Había cruzado el cuarto como una exhalación, levantándola de la cama y besándola con ardor. Aquello los había llevado a un rápido interludio que había terminado con ambos abrazados y él diciéndole que hiciese las maletas, que se marcharían un par de días.

No cuestionó sus motivos, estaba acostumbrada a ese tipo de excentricidades viniendo de él, así que hizo lo que le pidió y preparó el equipaje para ambos.

¿Cuántas veces había repasado aquellas escenas en su mente? ¿Cuántas vueltas les había dado intentando encontrar una sola pista que le hubiese alertado de lo que se desencadenaría? ¿Cuántas veces había revivido esa pesadilla?

Solo ahora, después de haber revivido una y otra vez esos recuerdos, conseguía ver esos pequeños detalles que entonces había pasado por alto: El nerviosismo de Daniel, la breve y seca despedida a Roberts, su especial atención a todo lo que los rodeaba y, en especial, esos breves vistazos que no había dejado de echar al retrovisor del coche mientras conducía.

No, en aquel momento no se había dado cuenta, estaba demasiado emocionada intentando sonsacarle a dónde pensaba llevarla para sospechar en algo que no existía para ella. Solo podía pensar en el tiempo que iban a pasar los dos juntos, solos, sin nadie más alrededor… pero esos pensamientos se esfumaron en el momento en que un inesperado fogonazo de luz los deslumbró y el coche giró con velocidad ante el volantazo que dio él para estabilizar el vehículo.

«¡Dan!».

«¡Agáchate!».

Todo había ocurrido en un momento. En un abrir y cerrar de ojos se había sentido volar, zarandeada de un lado a otro, cegada por las luces y los sonidos, envuelta por la oscuridad y con su voz presente en medio de una neblina.

«Pase lo que pase, no les dejes llegar a ti».

Recordaba esas palabras en medio del dolor, de la incomprensión y el infierno que se había desatado a su alrededor.

«Te quiero, Shura. Perdóname».

Apretó los ojos e intentó silenciar el ruido del accidente y las imágenes que habían surgido de sus pesadillas. Ojos y rostros infernales, risas y alaridos en medio del fuego, estallidos y el brillo de algo metálico descendiendo sobre ella antes de atravesar a Daniel, cuando se interpuso en su camino.

«Huye, Shura. ¡Huye, maldita sea! ¡Corre y no mires atrás!».

Lo siguiente que escuchó fue una explosión y su cuerpo impulsado hacia atrás, lejos de él, lejos del infierno y el fuego que lo consumía todo.

—Es parte de tus pesadillas, no fue real, Shura, forma parte de tus pesadillas, aquello nunca ocurrió… —La conocida letanía escapó una vez más de sus labios, como tantas otras noches lo había hecho —. No fue… real.

Pero lo había sido. Todo había sido real, jamás habían sido alucinaciones producto del estrés del accidente ni una manera de buscar culpables, esas presencias que poblaban su mente eran reales y aquella constatación deshizo el nudo que lleva tiempo alojado en su estómago y le abrió las compuertas a las lágrimas.

—Ellos fueron los culpables, ellos te llevaron de mi lado — sollozó contra la almohada—. ¿Por qué has esperado tanto para contármelo? ¿Por qué ahora que ya no estás? Dios… te extraño tanto, cariño, te echo tanto de menos…

Él la había arrancado de las garras de la soledad una vez, le había dado su cariño, su ternura y su amor, le había prometido que nunca estaría de nuevo sola, pero esos monstruos habían segado su vida impidiéndole cumplir su promesa.

«Vive tu vida, Shura. No mires atrás, solo hacia delante».

Se encogió hasta hacerse un ovillo, aferró la almohada y dio rienda suelta al llanto en la intimidad de su antiguo dormitorio, el último lugar dónde había sido realmente feliz.

Tiempo después…

El colchón se hundió debajo de ella empujándola hacia el centro del lecho, se aferró con fuerza a la almohada en la que había llorado hasta quedarse sin lágrimas y mantuvo los ojos cerrados.

—Vete, por favor.

Su voz salió casi como un graznido, pero no se molestó en rectificarla, en ese momento deseaba estar sola, todo lo que quería hacer era quedarse en esa cama y no volver a moverse. Si pudiese dormir y no volver a despertar hasta que toda aquella pesadilla se esfumase, sería feliz.

No necesitaba abrir los ojos para saber a quién pertenecía aquella silenciosa presencia, de algún modo él se había convertido en algo así como una marca definida, algo que no confundiría jamás.

—Quiero estar sola —insistió acurrucándose más sobre sí misma—. Por favor, Gerion, vete…

Le acarició el pelo y esa caricia hizo que sus ojos volvieran a llenarse de lágrimas.

—Ya has estado sola demasiado tiempo. —Su voz era como un arrullo, la acariciaba con la misma suavidad que su mano—. Es hora de que dejes el dolor que arrastras tras de ti y empieces a vivir.

—Por si no lo has notado, todavía respiro, eso quiere decir que sigo viva —rezongó apretando el rostro contra la almohada.

—Respirar no es vivir, pequeña Shura.

Se estremeció al escuchar la manera en que la había llamado, se volvió hacia él con un respingo y una súplica en los labios.

—No me llames así.

Él le sostuvo la mirada, fue todo lo que se limitó a hacer.

Sentado de lado en la cama, con esos penetrantes ojos sobre ella y una actitud de lo más relajada, poseía un aura de tranquilidad y aceptación que la estremeció por dentro.

—Él te llamaba de ese modo.

Aquello no era una pregunta, sino una afirmación o quizá un tiro al azar, en busca de una posible respuesta.

—Es normal echar de menos a aquellos que ya no están con nosotros —continuó al no obtener respuesta de su parte—, quererlos incluso cuando no podemos decírselo… Hay un momento para cada cosa en la vida, un momento para llorar, un momento para recordar,

un momento para morir y un momento para vivir —sentenció con voz suave—, y este es *tu* momento de vivir…

Sus palabras actuaron sobre ella como una corriente eléctrica de alto voltaje, su corazón dio un salto y las lágrimas resbalaron tímidamente por rostro.

—Creía que las cosas serían distintas al volver a casa, que todo iría bien, que estos dos años quedarían atrás como si no fuesen otra cosa que una mala pesadilla —murmuró ella con voz quebrada—, pero no ha sido así…

Dejó la almohada y se incorporó hasta quedar sentada.

—La pesadilla continúa entre estas paredes, es cómo si no hubiese transcurrido un solo minuto desde ese día y el dolor… el dolor sigue aquí —confesó con la voz cada vez más quebrada, llevándose una mano al pecho—. No soy capaz de hacer que pare de doler. ¿No se supone que el tiempo mitiga ese dolor? ¿Qué hace las cosas más fáciles? ¿Cuánto tiempo es necesario para que deje de doler de esta manera, para que no lo eche tanto de menos?

—Mientras respires, mientras sientas, mientras ames… Siempre estará presente en ti —respondió con esa tranquila paz que parecía envolverlo—. El paso del tiempo hará que el dolor se mitigue, que se adormezca, pero su ausencia… esa permanecerá junto a ti, será parte de ti. La diferencia está en convertir todo eso en un recuerdo, en algo que te acompañe y te de fuerza, que forme parte de tu pasado y no sea un continuo y doloroso presente.

—No puedo creer que ya no esté —musitó y echó tembloroso vistazo a su alrededor—. Es como si nunca se hubiese ido, todo está en el mismo lugar en el que solía dejarlas, es como si fuese a atravesar la puerta en cualquier momento y…

—La negación es la primera etapa del duelo, Shura —la interrumpió—, es un estado natural de la pérdida.

Bufó, la sola mención a las etapas que se suponía pasaba una persona en duelo la ponía de mal humor.

—Negación, ira, negociación, depresión y aceptación —enumeró cada una de las etapas—. Conozco sus nombres, me los inculcaron a base de pastillas y terapia en ese maldito centro… pero el dolor… la rabia… todo eso sigue aquí y no se ha ido.

—Y no se irá mientras te aferres a ello —le confirmó sin andarse por las ramas—. No se te ha permitido tener un verdadero duelo, su propia muerte y el sentimiento de culpabilidad que te carcome por dentro te lo ha impedido.

Tembló al notar como su mente quería conjurar esas imágenes. Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—Deja de culpabilizarte por algo que no te corresponde, su muerte no fue culpa tuya —le dijo serio—. Solo estabas en el momento y lugar inadecuados cuando ocurrió…

Sacudió la cabeza y lo interrumpió con fiereza.

—No hables de lo que no sabes.

Odiaba que la gente intentase compadecerla, que pensase que podía ponerse en su lugar sin más, comprender lo que había pasado y decirle que era cosa del destino.

—¡No tienes la menor idea de lo que pasó allí! —replicó dando rienda suelta a su rabia—. ¡Tú no estabas allí! No lo sabes, no puedes decirme que pasó algo cuando no lo sabes. ¡Yo estaba allí! ¡Yo sé la verdad! ¡La vi con mis propios ojos! ¡Y no fue un maldito accidente!

Su voz hizo eco en la habitación, la rabia le arañaba la garganta mientras las lágrimas se escurrían sin parar por su rostro.

—Pues dila —la empujó con esa irritante calma—. Di lo que viste, hazme ver que no ha sido una fantasía, que no ha sido producto de tu dolor, que los monstruos que viven en tu mente son reales y no se trató de un desafortunado accidente de tráfico más.

Sus palabras la tocaron en lo más profundo de su ser y arrancaron una inmediata reacción desesperada.

—¡No fue un accidente! —declaró a voz en grito. Saltó de la cama y lo miró acusadora—. ¡Fue un asesinato! ¡Yo vi cómo lo mataron! ¡Se puso delante de mí para protegerme y lo atravesaron con un cuchillo, hoja o lo que quiera que fuese esa cosa de metal! ¡Lo atravesaron como si su cuerpo fuese de mantequilla y su sangre lo tiñó todo! ¡Lo mataron delante de mis ojos y el ser que lo hizo no era humano!

Y ahí estaba, la verdad que siempre había sabido y que había tenido que ocultar una vez que comprendió que seguir diciéndola en

voz alta solo traía consigo más drogas, dolor y terapias destructivas.

Las lágrimas descendieron por sus mejillas, las piernas le fallaron y se vio obligada a apoyarse contra la cama para no caerse al suelo.

—Murió por protegerme —musitó en un hilillo de voz—, esa es la verdad. No estoy loca, eso fue lo que vi, lo que ocurrió, pero nadie me ha creído jamás.

—Yo te creo, Shura —aseguró levantándose y acercándose a ella—. Sé que dices la verdad, la siento en lo más profundo de ti.

Apretó los labios y sorbió por la nariz, estaba temblando de pies a cabeza y no quería romperse otra vez. No podía permitirse una nueva crisis. Así fue como había dado todo comienzo, la justificación que necesitaba esa maldita perra para encerrarla en ese lugar.

Se abrazó a sí misma, tenía frío y estaba cansada, demasiado cansada de todo aquello.

—Estás al borde del colapso.

Negó con la cabeza, no quería darle la razón, no podía mostrarse tan vulnerable.

—Sí, lo estás y lo sabes.

—¿Quieres dejar de llevarme la contraria? —estalló—. ¡Deja de cuestionarme! ¡Déjame en paz!

—Sabes que no lo haré.

Se pasó las manos por el pelo con gesto desesperado, los dedos se enredaron en sus mechones deshaciendo su peinado y haciéndose daño al mismo tiempo.

—No puedo más —gimió desesperada—. Ya no puedo más, esto… esto me está matando…

Sus manos encontraron las suyas y le impidieron arrancarse un solo cabello.

—Y tú quieres vivir, ¿no es así, Shura?

Intentó soltarse, luchó con todas sus fuerzas, pero no le permitió huir.

—Suéltame, Gerion, suéltame… por favor… Dios, suéltame…

No solo no lo hizo sino que tiró de ella hacia su pecho, rodeándola con los brazos.

—¿Quieres vivir, Shura? —insistió con aquella pregunta.

¿Por qué tenía que pronunciar su nombre con tanta dulzura ahora? ¿Por qué no podía seguir utilizando ese tono irónico tan propio de él? ¿Por qué no le daba la opción de odiarle, de querer sacarle de su destrozada vida de una maldita vez?

—Le mataron y yo no pude hacer nada para evitarlo, ni siquiera sabía qué estaba pasando o quienes eran —musitó poniendo en palabras la culpabilidad que la carcomía y la rabia por ignorar todo aquello, por haberse visto sumida en una enorme mentira—. Yo quería vivir con él, quería compartir mi vida con él… Pero ¿cómo compartir tu vida con alguien a quien ahora ves que ni siquiera conocías en realidad? Daniel me ocultó quién era, no me dio la oportunidad de conocerle realmente, de elegir quedarme con él… Y eso… eso duele…

Se aferró a su presencia, buscando la fuerza que a ella le faltaba en la que él esgrimía. Las palabras surgían con mayor facilidad en su compañía, bajo su protección y el darles paso contribuía a liberarla del peso que le oprimía el pecho.

—Quiero volver a ser quién era antes de esa noche, quiero…

Sus brazos la ciñeron, el aroma masculino la envolvió como un capullo de seguridad y todo su cuerpo empezó a relajarse ante la carencia de contacto que había tenido en mucho tiempo.

—Quiero vivir, quiero poder seguir adelante, quiero hacerlo, pero ya no sé cómo…

—Lo descubrirás —le dijo acariciándole la espalda—, te ayudaré a descubrirlo.

Sus palabras sonaban a promesa y quería creer en ellas, pero tenía miedo de hacerlo y volver a sufrir una nueva decepción, una de la que quizá no podría reponerse.

CAPÍTULO 9

¿Cuándo había visto un alma que sangrase de esa manera? Porque eso era lo que hacía la de Shura, sangraba profusamente, gritaba con tanta fuerza que le sorprendía no quedarse sordo al escucharla. Esa hembra había sido destrozada, cortada en pedazos y estos se habían ido uniendo de nuevo de cualquier manera, creando un rompecabezas con grietas y fisuras que tendrían que ser reparados poco a poco.

Estaba sufriendo, podía sentir su dolor, su hambre de afecto y compañía, así como esa desesperación que envolvía a la soledad y el abandono. También había algo más, una creciente resolución, una necesidad de justicia que nacía del momento del atentado, un punto de ruptura que había quebrado su mundo por completo.

—Quieres justicia —comentó en voz alta momentos después, poniendo en palabras uno de los gritos más estruendosos de su alma.

—¿No la querrías tú si te arrebatasen un trozo de ti mismo?

Lo decía en serio, no había vacilación y todas sus emociones actuaron al unísono dotando de veracidad sus palabras.

—Necesito una respuesta, una que pueda comprender y que arroje algo de luz sobre todo lo que ha pasado —admitió—. Una respuesta o un motivo que me devuelva la paz que me quitaron esa noche, ya que sé que a Daniel no podré recuperarlo jamás.

—No en esta vida, al menos —admitió y añadió deseando darle algo de esperanza—, pero os volvéis a encontrar en la siguiente.

Sus palabras parecieron servirle de consuelo, pues asintió.

—Gracias por eso.

Estaba agotada, física y psicológicamente, la noche había traído consigo un infierno de sucesos e información que la habían vapuleado hasta dejarla sin fuerzas.

Su mente había hecho horas extra y sus emociones se habían convertido en una espiral sin fin en la que se entremezclaba todo.

Necesitaba descansar, vaciar la mente y olvidarse por un momento de todo lo ocurrido hasta ese momento, mañana sería otro día, uno en el que tendría que empezar desde cero.

No sería fácil, había demasiada incógnitas en su vida, empezando por lo que le había contado sobre el supuesto atentado que había resultado en asesinato y su posterior encierro en una clínica de reposo.

¿Habrían intentado ocultarla? ¿Quiénes eran esos monstruos de los que hablaba? No le cabía duda de que lo que había visto ese día la había impactado lo suficiente para desequilibrarla, pero no detectaba ningún rasgo que indicase un verdadero trastorno mental.

Lo que tenía era una verdadera carencia afectiva, una palpable necesidad de contacto, de sentir que no estaba sola en el mundo y, a pesar de ello, se las ingeniaba para mantener una prudente distancia que impidiese que le hiciesen daño.

No podía culparla por su desconfianza o la manera en la que había decidido lidiar con la falta de libertad y estrictas normas a la que debían haberla sometido en aquel lugar. Había hecho todo lo posible por sobrevivir, por mantener la cordura y poder volver a aquello que conocía y que le correspondía por derecho.

Y su misión era conseguir que ella alcanzase cada una de sus metas, impulsándola a seguir adelante y proporcionándole aquello que necesitaba para seguir en pie.

—Necesitas descansar —le dijo, echó un rápido vistazo a su alrededor y luego la miró—. Pero no aquí.

Abrió la boca para replicar, pero se lo impidió.

—Hoy no, Shura, deja que las lágrimas se sequen —la instó a ello—, pon a dormir tus recuerdos por esta noche de modo que tú también seas capaz de hacerlo.

Vio la necesidad de negarse, de conservar sus propias decisiones, pero también vio el ansía de descanso en sus ojos, el deseo de perderse en la inconsciencia y el olvido.

—Roberts ha preparado la habitación amarilla.

Soltó un profundo suspiro, acarició una vez más la manta de la cama y procedió a abandonar la habitación principal.

El sonido de la puerta al cerrarse tras ellos fue como una sentencia, de algún modo ese gesto poseía un poder propio, uno que parecía incluso aliviado.

Sacudió la cabeza y siguió a su penitente a través de la mansión hacia el ala opuesta, la que sin duda era utilizada como zona de invitados.

La luz salía a través de la puerta abierta al final del corredor, a medida que se acercaron y vio el tono suave de las paredes, el papel pintado y el mobiliario entendió lo del nombre de la habitación; poseía una cálida gama de colores amarillos.

—Iba a convertir esta habitación en un estudio para mí —murmuró ella deteniéndose bajo el umbral—. No recordaba ya la calidez que se siente en este cuarto.

Una calidez que tenía mucho que ver con las protecciones que protegían la casa, pensó mientras la veía bostezar una vez más.

—A la cama —la empujó, haciéndola entrar en el dormitorio—, o terminarás dormida en una esquina.

Se dejó guiar durante unos segundos, entonces clavó los pies en el suelo y se giró para mirarle por encima del hombro.

—No puedes dormir aquí, solo hay una cama.

—Es lo bastante grande para los dos —declaró ciñéndole la cintura y soltando hábilmente los cierres de su pantalón.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Se sobresaltó y se llevó ambas manos a las caderas, donde los cierres se habían aflojado.

—Ayudarte a quitarte la ropa —respondió sin más, empujándola de nuevo hacia la cama, en cuyos pies había un par de pijamas.

No pudo sino sonreír para sí al ver el conjunto masculino, no recordaba haber usado un pijama en toda su vida. Ni siquiera las

túnicas de su gremio eran tan incómodas como esas prendas, sobre todo para alguien que tenía un par de enormes alas a la espalda.

—No necesito un ayuda de cámara —resopló, apartándose de él—. Puedo desvestirme y ponerme el pijama yo sola, así que ya puedes irte y...

Su respuesta quedó interrumpida por el despliegue de sus alas.

—¡Te he dicho que me avises antes de hacer eso! —Saltó en el sitio, el sueño se desperezó un poco de sus ojos a causa de la sorpresa y su palpable nerviosismo—. Joder, Gerion, vas a provocarme un infarto.

Acomodó las alas a la espalda y agradeció el alivio que le aportaba desplegarlas. Mantener una apariencia humana todo el tiempo le provocaba una sensación de incomodidad y desequilibrio, necesitaba volver a su forma natural para aliviar la tensión y desplegar también su poder por completo.

—Considérate avisada —le dijo y señaló el pijama femenino—. El pijama, Shura, desvístete, póntelo y a la cama.

Esos bonitos ojos se abrieron de nuevo, sus mejillas ganaron algo de color y sacudió la cabeza con inesperada vehemencia.

—No... No sé qué tienes en mente, pero... no voy a acostarme contigo.

Enarcó una ceja y evitó sonreír ante el temblor de su voz.

—No recuerdo haberte hecho tal proposición, querida.

El sonrojo femenino aumentó y sus ojos acusaron la vergüenza.

—Esto... se nos está yendo de las manos.

Ladeó la cabeza y movió ligeramente las alas llamando su atención.

—Dormir, pequeña, todo lo que tengo en mente ahora mismo es dormir —le aseguró mientras le señalaba la puerta de lo que debía ser el cuarto de baño—. Ponte el pijama, ya, o te lo pondré yo y te meteré en esa cama como si fueses un infante humano.

El horror desdibujó su rostro un instante antes de coger la ropa y desaparecer por la puerta.

Sonrió, no pudo evitarlo, en solo unas horas había visto ya varias caras de esa mujer, cada una distinta de la otra y todas ellas

interesantes en su justa medida.

Estaba acostumbrado a lidiar con sus penitentes, con sus necesidades, sus fobias, incluso con sus distintos caracteres, pero era la primera vez que una hembra mostraba tanto de sí misma en apenas unas horas.

Era consciente de la atracción que despertaba en ella, así como en otras mujeres, un rasgo característico de su gremio, pero esta era la primera vez que dicha atracción iba en dos sentidos.

No siempre tenía relaciones sexuales con sus trabajos, no era un requisito, pero a Shura la deseaba, no sabía si era esa fragilidad subyacente lo que lo llamaba, sí tenía que ver con quien había sido en el pasado, pero la necesidad de cuidar de ella, de darle aquello que deseaba secretamente, nunca le había parecido tan fácil ni tal apetecible.

Pero sucumbir al placer era un riesgo, no podía permitirse perder de vista su meta, necesitaba cumplir con el cupo de modo y volver a casa.

Incluso después de más de mil años de ausencia, seguía extrañando el cielo. Una vez había formado parte de uno de los ejércitos más poderosos del cielo, había sentido ese particular aire bajo sus alas, no había tenido que ocultar lo que era ni esconderse para poder volar... Echaba de menos esos días casi tanto como echaba de menos a la culpable de haber terminado en el Purgatorio; su más grande pecado.

Y allí estaba ahora, pensando de la misma manera, sabiendo que si no hacía algo al respecto, Shura podría convertirse en su nuevo pecado.

La puerta del baño se abrió y la chica emergió de su interior. Se había cepillado el pelo, el pijama compuesto por dos piezas de seda de un suave y femenino rosa, caía por su cuerpo disimulando sus curvas, sin duda de una talla superior a la suya.

—Ven —le tendió la mano.

Ella vaciló y lo señaló con un gesto.

—No tendrás sitio para esas...

Su respuesta fue acortar la distancia entre ambos en un abrir y cerrar de ojos, le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo con

suavidad hacia su pecho.

—Se acabó el tiempo de las protestas —le informó y la arrastró hacia la cama dónde se dejó caer sin soltarla, dejando que una de sus alas extendida bajo el cuerpo femenino y la otra abriéndose y acomodándose al instante sobre ambos como una manta de plumas.

—Ay dios, ¿te he dicho que sufro de claustrofobia? —La escuchó barbotear una vez dejó escapar el aliento que había contenido por inercia.

Su respuesta fue deslizar un brazo por encima de su cintura, atrapándola contra.

—Cierra los ojos, respira despacio y ni te enterarás de que tienes una manta de plumas encima.

El cuerpo rígido que abrigaban sus brazos tardó unos momentos en empezar a perder su rigidez.

—¿Puedo tocarla?

La pregunta fue un susurro, casi como si temiese hacer la pregunta o recibir una respuesta equivocada.

—Mientras no le arranques las plumas…

No dijo nada, prácticamente no respiró y entonces la notó moverse y un instante después sus dedos rastrillaban las plumas intermedias de su ala.

—Siento lo que te hice esta noche —oyó su débil murmullo—. De verdad, siento mucho haberte lastimado.

No sabía si se debía a la íntima caricia o a sus palabras, fuese lo que fuese, le provocó un profundo escalofrío de placer, uno que derritió sin saberlo un pedacito de su propia alma.

—Duerme, Shura —musitó a su vez—, mañana tienes que empezar a vivir.

CAPÍTULO 10

A la mañana siguiente…

—¿Qué crees que estás haciendo?

Una irritada voz femenina hizo eco en el largo pasillo que daba a la escalera principal, Gerion la escuchó apenas unos segundos después de haber sido despertado por una intensa sacudida. Algo había impactado contra la barrera que protegía la mansión arrancándolo del sueño.

No recordaba haber dormido tan profundamente en toda su vida, Shura se había girado en sus brazos y permanecía pegada a él, totalmente inconsciente de la inesperada visita que se había presentado. Tras desembarazarse de ella con suavidad, la arropó con el edredón y se apareció en el descansillo, para ver asistir en primera fila al inesperado conflicto matutino.

—¿Cómo te atreves? ¡Esta es mi casa!

Una mujer de mediana estatura, de no más de treinta y cinco o cuarenta años, atractiva y con un elegante vestido, enfrentaba con los brazos en jarras al *medjay*, el cual le estaba cortando efectivamente el paso, impidiéndole traspasar el umbral.

—Me limito a seguir órdenes —escuchó la respuesta de Truro, quien ocupaba el vano de la puerta impidiéndole de ese modo ver más allá del área del recibidor.

—¿Órdenes? ¿Órdenes de quién?

—De mi nueva ama —declaró con gesto aburrido—, la legítima propietaria de esta propiedad.

El restallido de poder que sacudió las protecciones tenía un sello inconfundible y se reflejaba en los ojos de la mujer. Si bien

nunca la había visto en persona, ni conocía su apariencia, no le hacía falta, llevaba el gremio *Infernus* impreso en cada poro de su piel, así como el título Regis por sombrero.

—No puedes hablar en serio —replicó ella con un jadeo.

—Sabéis que no lo haría si no fuese así —replicó con absoluta seriedad.

—No puedes prohibirme la entrada a mi propia casa, inútil —replicó furiosa, su voz no auguraba precisamente una visita de cortesía—. ¡Hazte a un lado!

La paciencia no era una de las virtudes del guardián y la afilada hoja amenazante que ahora apuntaba a la mujer era una prueba de ello.

—Se os ha prohibido la entrada, lady Regis.

—Truro… —siseó ella con obvio enfado.

—Señora...

No pudo evitar enarcar una ceja ante la actitud del guardián, ese hombre estaba mostrando una abierta satisfacción al mantener a aquella mujer fuera de la casa.

—*Sinner* Gerion.

Se giró al ver llegar desde el otro lado de la sala principal al mayordomo. El hombre echó un fugaz vistazo en dirección al recibidor y finalmente se reunió con él.

—¿Puedo pediros que mantengáis a la señora en sus habitaciones hasta que hayamos solucionado este pequeño inconveniente? —pidió con esa seriedad que no conseguía ocultar la preocupación y que demostraba la visible lealtad y fiera defensa que tenía para con la chica—. El desayuno se servirá en el salón principal en quince minutos.

Miró de nuevo hacia el recibidor.

—Shura debería estar presente para poder ocuparse por sí misma de esta inesperada e indeseada visita —Informó. Necesitaba enfrentarse a esa mujer, debía hacerlo si quería que dejase atrás el pasado y empezar a vivir de nuevo—. Es responsable de los dos últimos años de su penitencia.

El mayordomo lo miró a los ojos, era un completo enigma, sus emociones estaban tan herméticamente cerradas que apenas podía

surfear la superficie. Sabía que pertenecía al gremio *Infernus*, pero ignoraba a qué rama en concreto.

—Tenéis razón —asintió y miró de nuevo hacia el recibidor—. Por lo mismo, estoy seguro que agradecerá que estéis también presente para servirle de apoyo.

Sonrió de medio lado y caminó hacia el recibidor dispuesto a desvelar su presencia.

—Será un auténtico placer.

—Baja eso ahora mismo, maldito engendro —siseaba la mujer cuando atravesó el umbral del recibidor—, y déjame entrar.

—Nadie que no haya sido invitado por la legítima propietaria de este lugar tiene permiso para entraren la mansión —le informó él entrando en su rango de visión.

Unos profundos ojos verdes se posaron sobre él, lo midió con la mirada y entonces lo reconoció.

—¿Un *Sinner*? —jadeó, como si su sola presencia fuese una afrenta—. ¿Qué hace este bastardo en *mi* casa?

—Lord Gerion es el invitado de honor de *mi* señora —le informó Roberts hinchando el pecho como un pavo real al rematar con palpable regocijo—. Lady Shura ha regresado a casa.

La afirmación del mayordomo hizo que la mujer palideciese aún más, sus ojos reflejaron incredulidad y negación, casi podía oler el miedo en su piel, la sangre corriendo a toda velocidad por sus venas.

Su reacción no hacía otra cosa que echar más leña al fuego y darle mayor credibilidad a lo que la chica había dicho sobre la responsable de su estadía en la clínica de reposo.

—¿Mi cuñada está aquí?

El echar mano de su antiguo vínculo no era sino una forma de dejar claro su parentesco con la señora de la casa ante su sola presencia. No es que le sorprendiese, su gremio y el de esa mujer nunca habían sido precisamente colegas.

—Lady Regis está en el lugar que le corresponde por derecho.

Sonrió interiormente al ver como la recién llegada arrugaba la nariz en un gesto de obvio desagrado mientras lo recorría con la

mirada. Estaba claro que no le gustaban los de su clase, lo cual sin duda era algo recíproco.

—Eres uno de los soldados del Purgatorio, un *Sinner*.

Se tomó un momento para recorrerla de los pies a la cabeza, tal y como ella acababa de hacer.

—Lo soy.

—Y del *Gremio Angelus*.

—Dos de dos —declaró con un ligero encogimiento de hombros —. No está mal.

—Eres un insolente.

Dejó escapar un resoplido a modo de risita y añadió.

—Y el actual protector de Lady Regis, *Dama de Sangre* de una de las siete *Grandes Casas* del *Gremio Infernus.*

Dama de sangre era el término por el que se conocía a las consortes de los cabezas de las cuatro casas más importantes del gremio demoníaco y al utilizarlo, le recordaba a esa perra que Shura era mucho más que una simple viuda.

A juzgar por el sonrojo en las mejillas femeninas, el recordatorio fue como un insulto a sus ojos.

—Tu presencia no es bienvenida ni necesaria en esta —siseó y, tras fulminarlo con la mirada, se digirió a Truro—. Trae a Shura aquí ahora mismo. ¡Hazlo!

—No recibo órdenes vuestras, señora —respondió con gesto serio, entonces añadió—, pero sí de mi ama, la cual me ha comunicado sus deseos.

Gerion sabía que el *medjay* haría lo que le había pedido la chica al pie de la letra y algo le decía que además se reiría en el proceso.

—Espera, Truro.

La voz femenina procedente del otro lado del recibidor hizo que todos y cada uno de ellos se girasen para ver a Shura envuelta en una bata a juego con el pijama. Sus ojos estaban fijos en la mujer que permanecía al otro lado del umbral mientras avanzaba con paso lento, pero decidido, hacia ellos.

—Oh, gracias a dios que estás aquí —exclamó la mujer poniéndose al momento una máscara de preocupación y asombro en

la cara—. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Qué locura te ha llevado a abandonar la clínica en medio de la noche? ¡Has agredido a un miembro del personal!

Gerion sintió la acusación de esas palabras sobre la chica, no necesitó girarse para saber que su tono de voz la había herido incluso más que el contenido de su reproche. Pese a ello, se sobrepuso inmediatamente y se aferró a esa ardiente rabia que todavía llevaba en su interior.

—Interesante forma de darme la bienvenida a casa —mencionó con voz suave y mucho más tranquila de lo que sabía que estaba.

—¡Has golpeado a un celador, lo has maniatado y te has escapado de la clínica de reposo! —expuso la mujer, volviendo a hacer hincapié en ello—. ¡Has tenido una nueva crisis! Sabía que no lo habías superado todavía, su muerte en ese desgraciado accidente te afectó…

Escuchó como cogía aire antes de lanzarse a responderle.

—Sí, la muerte de Daniel me afectó, pero no tanto como para dejar de darme cuenta de que él me quería lo suficiente para mantenerme alejada de ti —replicó con una tranquilidad y seguridad que lo hizo sonreír. Atravesó el umbral del recibidor y se detuvo a su lado—. No fue él quien me retuvo durante meses y meses en una clínica de reposo, cuestionando mi salud mental. No fue él quien me arrastró allí un instante después de haberle dado sepultura privándome incluso del tiempo necesario para llorar su muerte

La acusación fue directa y clara, llena de rabia hacia la mujer que la había privado de su derecho.

—No digas tonterías, Shura. —La desechó sin más, como si esa dulce muchacha no fuese más que una piedra en su zapato—. En esos momentos no estabas en condiciones de hacer nada, no eras tú misma, era necesario para tus nervios… Todavía lo sigue siendo, por lo que puedo constatar. ¿Es que no te das cuenta de lo que acabas de hacer? ¡Has golpeado a un hombre! No estás bien, esas crisis tuyas…

Se tensó como una cuerda y, la escuchó susurrar solo para sus oídos.

—Si sugiere volver a llevarme allí, le arrancaré todos los pelos de la cabeza, Gerion.

La miró de soslayo.

—¿Me estás pidiendo que te detenga?

Negó con la cabeza y lo miró de igual modo.

—En realidad, estaba pensando pedirte ayuda —confesó con cierta vergüenza, entonces volvió a vestirse con esa coraza de valor y se dirigió a la mujer—. No te quiero en mi casa, ya no eres bienvenida.

Sus palabras no fueron recibidas a juzgar por la inmediata y furibunda respuesta.

—¿Cómo te atreves? —graznó, visiblemente consternada—. ¡Tú no eres nadie para vetarme la entrada a esta casa! ¡Ya no eres parte de la Casa Regis!

—Sigo siendo la viuda de tu hermano y él me ha legado esta casa —declaró con voz firme, sin alzar el tono—. Y como mi hogar, yo decido a quién quiero dejar entrar y a quién no. Y tú, ya no eres bienvenida. Truro, ya puedes cerrarle la puerta en las narices.

—Pequeña estúpida, no tienes ningún poder o potestad sobre la casa Regis.

—Tengo todos y cada uno de los poderes y potestades que me cedió mi marido antes de su muerte —declaró sin alterarse lo más mínimo—. Incluida la de decidir a quién quiero o no dejar entrar en mi casa. —Levantó la barbilla y prosiguió—. Se acabaron las mentiras, los engaños y el hacerme pasar por loca cuando todas y cada una de mis palabras eran verdad y tú lo sabías.

La acusación impactó a la mujer, cuya palidez empezaba a asemejarse a la de la pared.

—No sé de qué estás hablando —se escudó en su postura, la cual ya era insostenible.

—Demasiado tarde —se permitió hablar el mayordomo, dando también un paso adelante—. Lady Shura está al tanto de todo.

—No fueron alucinaciones, ni producto del estrés —continuó ella haciendo frente a la culpable de su abandono—. Sé lo que vi aquel día y ahora también sé lo que era Daniel, él mismo se encargó de que así fuese. —Negó con la cabeza y dejó escapar un bajo

suspiro—. Y a pesar de ello tú insistías en decirme que estaba equivocada, que aquello no podía haber sucedido, que no sabía lo que había visto…

—Lo que viste no tiene sentido —insistió aferrándose a un clavo ardiente, pero entregando al mismo tiempo una prueba irrefutable de que las palabras de su cuñada eran verdad—. Daniel era un hombre importante y poderoso, cabeza de la Casa Regis, un atentado contra su vida solo provocaría una guerra en el gremio, especialmente cuando te tenía a ti.

Sacudió la cabeza con una firme negativa.

—Fue un accidente inesperado, la explosión y el incendio que siguió al coche fueron producto del choque entre los vehículos…

—Sé perfectamente lo que vi —la interrumpió Shura con firme determinación—, ahora más que nunca estoy completamente segura de lo que vi y estoy en perfecto uso de mis facultades mentales y totalmente equilibrada al hacer esto. ¿Truro?

—¿Sí, señora?

—Saca la basura de la puerta de *mi* casa y ocúpate de que no vuelva a asomar la nariz.

—Como ordenéis.

Su orden hizo que la mujer abriese los ojos de par en par, incrédula ante lo que acababa de oír.

—¿Cómo te atreves? ¡No tienes potestad para dar órdenes y mucho menos a mí! ¡Deberías estarme agradecida! —Despotricó—. Se lo dije, se lo dije mil veces, pero él estaba tan encaprichado contigo que no le bastaba con poseerte, tenía que cometer la estupidez de reclamarte y darte su apellido. ¿Y de qué le sirvió? El muy estúpido ahora está pudriéndose bajo tierra y tú…

La frase no llegó a finalizar pues Shura llegó a ella y le giró la cara de un bofetón.

—No vuelvas a hablar así del hombre que fue mi marido en mi presencia —la amenazó con fiereza—. De mí puedes decir todo lo que te apetezca, pero a él no lo menciones si no es para agradecer todo lo que hizo por ti. No te lo mereces, nunca te lo has merecido…

El gesto dejó totalmente anonadada a la mujer, quién se llevó la mano a la cara.

—Tú… sucia llave…

Gerion entrecerró los ojos ante sus palabras.

—Ten cuidado con la forma en la que tratas a una dama de sangre, *hibisco* —declaró él a modo de advertencia—. No estás en posición de insultar a la viuda de la Casa Regis.

La mujer siseó, sus ojos brillaron haciendo que la chica diese un paso atrás.

—No vas a librarte tan fácilmente, no me he esforzado tanto para mantenerte oculta para perderte ahora —siseó en voz baja, solo para oídos de la muchacha—, volverás a la clínica y esta vez… no saldrás de allí.

No se molestó en responderle, no se merecía ninguna clase de respuesta.

—Gerion, déjala —le pidió, entonces se volvió hacia el guardián —. Truro, sácala de mi porche.

El *medjay* inclinó la cabeza y fue a cumplir con el encargo, la puerta se cerró automáticamente detrás de ellos dejándolos solos de nuevo. Sus miradas se encontraron, sonrió, algo que no esperaba y gesticuló un «gracias» antes de dar media vuelta y dirigirse a las escaleras.

—Voy a darme una ducha y vestirme —informó—. ¿Qué hay para desayunar, Roberts?

—*Pancakes* y huevos revueltos con jamón y queso, miladi, lo que os gusta.

Se giró a los pies de las escaleras y le dedicó una radiante sonrisa al mayordomo.

—Como echaba de menos estar en casa —declaró y escuchó en su voz el alivio y la alegría en sus palabras. Entonces se giró hacia él y enarcó una ceja—. ¿Tú quieres algo en especial?

A ti.

Tan pronto como esa respuesta cruzó su mente, sintió un escalofrío.

—Sobreviviré si hay café —respondió en cambio.

El mayordomo asintió en confirmación hacia él, le dedicó una reverencia a su señora y emprendió la retirada.

—Gracias —le dijo ella ahora en voz alta.

—Era mi deber —replicó, le dedicó un gesto con la cabeza y le dio la espalda—. Te espero en el comedor, procura no hibernar en la ducha.

No esperó respuesta, si se quedaba un solo instante más en su presencia, haría algo imperdonable, se uniría a ella en la ducha.

CAPÍTULO 11

—¿Por qué alguien haría lo que ha hecho ella? ¿Qué es lo que espera ganar?

Gerion se llevó la taza de café a los labios y saboreó el amargo brebaje. Llevaban algo más de media hora sentados a la mesa y era la primera vez que mencionaba el episodio que acababan de presenciar.

—Siempre fui consciente de que no le gustaba, que no le caía bien, pero esto… —Negó con la cabeza—. Intenté mantener con ella una actitud cordial por el bien de Daniel, no quería que él tuviese problemas con su familia por mi culpa. Sabía que él era consciente de que había cierta tirantez entre ambas, pero de ahí a esto… Jamás lo habría sospechado, ni yo tampoco. Si te soy sincera, ni siquiera entiendo por qué tiene tanta inquina hacia mí.

—Como yo lo veo, eres la viuda del jefe de la segunda casa de *Infernus*, una dama de sangre y dueña de esta mansión —resumió —. Eso te hace muy superior a ella.

Se quedó a medio camino con la tortilla que se estaba comiendo, mirándole.

—Es la segunda vez que te escucho hablar de lo de las Casas de *Infernus*, pero no entiendo… a qué te refieres —confesó y dejó de nuevo el tenedor en el plato—. Quiero decir, puedo hacerme una idea, pero…

—Tu marido no era un hombre común y corriente —le ofreció la información que le pedía. Tenía derecho a saber en qué estaba metida, sobre todo porque su difunto marido parecía haber olvidado algo tan importante como ponerla en antecedentes—. Dentro del

Gremio *Infernus*, al que él pertenecía, existen siete antiguas casas, las primeras de cada rama.

Arrugó la nariz.

—¿Primeras casas de qué?

—Piensa en ello como una especie de antigua nobleza dividida en etnias o razas.

—De acuerdo, lo tengo.

—Bien. Tu marido pertenecía a la tercera casa de *Infernus*, la Regis —le explicó—, por lo tanto, tú, como su esposa, ostentas el título de *Dama de Sangre*.

—Soy su viuda —murmuró en voz baja—. Ahora es lo que soy.

Su voz se desvaneció, la tristeza de la pérdida la envolvió, pero se obligó a sacudírsela de encima. Miró a su alrededor y suspiró.

—Es la primera vez, desde que estoy en esta casa, que desayuno en este salón.

—¿Y eso supone un problema para ti?

—No. Es solo que… —Volvió a sacudir la cabeza y suspiró—. Daniel y yo solíamos desayunar en la cocina. A él le encantaba cocinar, era un cocinillas, siempre estaba probando cosas y… —Se detuvo en seco, levantó la cabeza y vio un ligero sonrojo sobre sus mejillas al farfullar un atropellado—. Lo siento, no debería hablar de esto…

Su comentario lo llevó a fruncir el ceño.

—¿Por qué no?

Se pasó la mano por el pelo con gesto incómodo.

—No hago otra cosa que hablar de Daniel y tú… estás aquí, me estás haciendo compañía y…

La reticencia y el avergonzado nerviosismo presente en su voz lo pilló por sorpresa.

—¿Y?

—No creo que sea correcto.

Enarcó una ceja y negó lentamente con la cabeza.

—Daniel ha formado parte de tu vida, es una parte de ella —respondió con un leve encogimiento de hombros mientras volvía al café—. Nadie debería prohibirte hablar de él si eso es lo que necesitas, a veces hay que echar un vistazo a lo que dejamos para

entender hacia dónde queremos dirigirnos. Como ya dije, no has tenido tiempo a llorarlo, necesitas hacer las paces con él y contigo misma para dejarlo ir.

Ella cruzó las manos encima de la mesa y se lo quedó mirando unos segundos en silencio.

—¿Cómo has terminado metido en esto? —murmuró—. ¿Por qué viniste a buscarme?

Gerion era consciente de que antes o después esa conversación saldría a la luz, sobre todo dados los recientes acontecimientos.

—Soy un miembro del cuerpo de élite del Purgatorio —admitió dejando la taza de nuevo sobre el platillo—, un *Sinner*. Es lo que hacemos, nuestro… trabajo.

—Pecador —tradujo la palabra y al hacerlo frunció el ceño—. Pero eres un ángel, ¿cómo es posible que un ángel haya terminado en el Purgatorio?

—Mi gremio consideró que necesitaba una… penitencia adecuada a mis pecados y me… transfirió de departamento. —Una manera muy sutil y humana de decir que le habían dado la patada y lo habían lanzado al Purgatorio por haber contravenido las normas del gremio *Angelus*.

—Pecados —repitió, quedándose únicamente con esa palabra —. Entonces, ¿eres un ángel caído?

—Los Caídos no quieren redimirse y a mí, digamos que me han dado una nueva oportunidad en este trabajo.

—No lo entiendo —admitió con un suspiro—. Dices que mi marido pertenecía a un gremio y tú, sin embargo, perteneces a otro… Es como… el cielo y el infierno, ¿no se supone que tendrían que ser contrarios?

Resopló y luchó por no poner los ojos en blanco.

—Esa es la versión humana de las cosas, la realidad es un poco más… enrevesada —intentó que no se le notase demasiado la ironía en la voz—. El cuerpo de élite al que pertenezco está formado a partes iguales por miembros de ambos gremios, solo tienes que recordar a los dos idiotas con colmillos…

Abrió la boca y volvió a cerrarla, estaba claro que se había olvidado de ellos.

—Entiendo —musitó, pero a juzgar por la manera en que parecía estar dándole vueltas a las cosas, estaba demasiado lejos de llegar a un entendimiento completo—. O eso creo.

—No pienses demasiado en ello, limítate a aceptar lo que se te ofrece y ya.

Sacudió la cabeza y lo miró de nuevo.

—Son demasiadas cosas las que han sucedido y todavía no he tenido tiempo de asimilarlas —admitió con un suspiro—. Y no sé si podré llegar a hacerlo algún día.

—Dado que no estás gritando, ni subiéndote por las paredes, diría que vas por el buen camino.

Lo miró con palpable ironía, pero su gesto no duró más que unos pocos segundos, estaba claro que tenía otras cosas en la cabeza.

—Quizá lo haga cuando encuentre las fuerzas suficientes para despertarme de esta pesadilla —musitó y se peinó el pelo con los dedos en un gesto de obvio desasosiego—. Dios, es que no puedo creer que todo esto esté sucediendo, que él me haya ocultado la verdad durante tanto tiempo… Y que haya tardado dos malditos años en decírmelo.

Y ahí estaba el meollo de la cuestión, pensó, pues era algo en lo que él mismo había pensado.

¿Cómo era posible que nadie se hubiese ocupado de ella antes? ¿Por qué se la habían asignado a él precisamente ahora? Entendía la importancia que representaba esa mujer para el gremio *Infernus,* pero ¿mantenerla encerrada durante dos años en una clínica de reposo? ¿Cómo es que nadie se había preocupado por ella antes? ¿Cómo no habían saltado las alarmas dentro de su propio gremio?

Había algo más en todo ese asunto, algo demasiado turbio y todavía no podía ver el qué.

—Y su mensaje… —resopló, visiblemente molesta por lo que quiera que hubiese contenido dicho video—. ¿Cómo puede pedirme algo como eso? ¿Cómo puede obligarme a prometerle algo parecido?

—¿Qué quiso que le prometieses?

La manera en que apartó la mirada y ese sonrojo en sus mejillas se hizo más intenso le dio una pequeña idea.

—Que abriese la mente y aceptase lo que la vida me ofreciese, que disfrutase de cada momento… entre otras cosas más absurdas que solo pueden caber en la mente de ese hombre.

—Solo deseaba que siguieses adelante y sabía que, si no te lo decía él mismo, posiblemente acabarías culpándote por cada decisión que tomases a partir de ese momento —resumió con sencillez.

—¿Y cómo sabes cuál es el camino correcto? —le preguntó—. ¿Quién dice que el camino correcto es el que estás transitando ahora mismo?

—Nadie. Son tus propias decisiones las que marcan la diferencia, las que separan la vida de la muerte, la felicidad del dolor… —admitió—. Tú misma decidiste encontrar el camino correcto al tomar la decisión de abandonar el lugar en el que te mantenían recluida.

Suspiró, miró la tortilla y empezó a jugar con los pedacitos que había cortado, moviéndolos de un lado a otro del plato.

—Todo lo que sé es que no podía seguir allí por más tiempo —se justificó—. Estaban intentando convencerme, de que me convenciese a mí misma, que lo que había visto no era real, que estaba enferma y que su muerte me había afectado hasta tal punto que… había perdido la cabeza.

Hizo un alto, dejó el tenedor a un lado y apoyó una mano sobre la otra encima de la mesa.

—Si tan solo me hubiese dicho la verdad desde el principio, si hubiese sido sincero conmigo… —Negó con la cabeza—. Podría haber evitado todo esto.

—No estabas preparada para enfrentarte a ello.

—¿Y ahora sí lo estoy?

—No tienes otra opción.

Suspiró y miró el desayuno que había dejado a medias, estaba claro que había perdido el apetito.

—¿Y ahora qué?

Señaló la puerta a modo de respuesta.

—Has llegado para quedarte, has dejado claro que este es tu territorio y que has llegado para quedarte —le recordó—. Has puesto sobre la mesa tus cartas, ahora tienes que jugar y mantener tu posición hasta el final.

Se echó hacia atrás, recostándose contra el respaldo y lo miró.

—Ella quiere que vuelva a ese lugar, me lo dijo, Gerion, me quiere encerrada entre cuatro paredes —confesó con un escalofrío —. ¿Qué le impedirá devolverme allí? ¿Qué le impedirá volver a encerrarme? No es que me hayan dado el alta, precisamente y está el tema de la supuesta agresión al celador…

El temblor en su voz era palpable, estaba preocupada y no podía reprochárselo.

—No quiero volver allí —negó con rotundidad—. No pueden mantenerme encerrada y drogada, no cuando lo que vi fue real y no producto del estrés ni de mi imaginación. Asesinaron a Daniel delante de mis ojos, nadie me convencerá ya de lo contrario.

No, nadie volvería a poner en tela de juicio su salud mental, no podrían porque él estaría justo allí, a su lado, para impedir que lo hicieran.

—Imagino que recurrirá a alguna argucia legal —admitió pensando ya en todo lo que se les venía encima—. Y dado que ahora sabe que estás en casa, lo primero que tenemos que hacer es… cambiar de domicilio…

—No abandonaré mi hogar. —Negó con gesto decidido—. Ella no va a entrar y nadie va a sacarme de este lugar.

—Será algo temporal, Shura, solo hasta que encontremos la manera de frenar tu posible reingreso —le aseguró.

—¿Y a dónde quieres que vaya? —resopló ella—. Ni siquiera sé si puedo acceder de nuevo a mi cuenta corriente para reservar una habitación de hotel o irme a otro lugar.

—Sí puedes.

La voz resonó en el amplio y vacío salón un segundo antes de que la casa temblase hasta los cimientos.

En un abrir y cerrar de ojos se había levantado, cubierto con su armadura de combate, desplegado sus alas y apuntaba amenazante

con su espada de fuego al último ser que esperaba ver allí.

—Aunque eso no pondrá freno a tu actual problema —declaró el recién llegado, atravesando el umbral de la puerta del salón—. Has sido rápido, *Sinner*, pero deberías haber detectado antes mi presencia.

Soltó un bufido, agitó la espada apagando el fuego angelical y la hizo desaparecer, plegó sus alas a la espalda y mantuvo su atuendo de combate.

—Recuérdame que te colguemos un cascabel del cinturón, General —replicó entre dientes.

Arthurius Sin se limitó a dedicarle esa mirada de anodino interés antes de detenerse junto a la mesa y mirar a una atónita Shura, quién no sabía si mirarle a él o al recién llegado.

—Daniel me dejó a cargo de todas tus posesiones hasta que llegase el momento en que estuvieses lista para ocupar el lugar que te corresponde —informó y levantó la cabeza, mirándola con un inesperado orgullo—. Y parece que ese momento ha llegado ya.

CAPÍTULO 12

Shura era incapaz de decidir en quién de los presentes debía fijar su atención. Si la aparición de Arthurius Sin en su salón, el mismo hombre que la había recibido en la *Fortaleza del Purgatorio* y le había hecho entrega del vídeo de Daniel, no era suficiente sorpresa, el rápido cambio que había convertido a Gerion de un atractivo y sexy humano en un oscuro guerrero angelical la había dejado sin palabras. Si bien la espada llameante que había esgrimido había desaparecido de su mano y su postura volvía a ser, entre comillas, relajada, seguía manteniendo ese robusto atuendo de cuero y lo que quiera que fuese ese brillante material azabache, así como sus alas plegadas a la espalda.

El contraste entre ambos era cuando menos, particular, pues el fiero guerrero de rostro pétreo había dado paso a un elegante hombre de negocios, mientras que su acompañante había optado por un atuendo de batalla. Se habían intercambiado los papeles.

—¿Tú eres el albacea del jefe de la casa Regis? —preguntó su protector con voz más que irónica.

—Daniel necesitaba a alguien que fuese totalmente neutral y le importasen una mierda las reglas —respondió con un desprendido encogimiento de hombros—. Así que recurrió a mí.

—¿Qué fue lo que le pediste a cambio?

Una inesperada y lobuna sonrisa empezó a curvar los labios masculinos provocándole un escalofrío.

—Me complace ver que mis enseñanzas no han caído en saco roto.

—¿Cuál fue el trato?

Se giró hacia el ángel, quién parecía estar a punto de saltar encima del recién llegado.

—Si él fallecía, su dama de sangre sería para uno de mis *Sinner* —respondió sin apartar la mirada de su soldado.

—Hijo de puta…

Levantó una mano cortando la respuesta de su subordinado.

—¿De qué está hablando? —se vio obligada a preguntar también al darse cuenta de que estaban hablando de ella.

—Hablo, querida mía, de que, desde este mismo instante, le pertenecerás a este *Sinner* —declaró señalando a Gerion con palpable satisfacción—. Le hice una promesa a tu Dueño de Sangre, a condición de que fueses entregada, cuando él falleciese y fuese el momento adecuado, a uno de mis soldados…

—¿Qué?

—Le prometí que estarías protegida ante su casa y ante su gremio. —Se giró hacia ella y le clavó esa insondable mirada—. Y qué mejor manera de hacerlo y tocarle las pelotas a esos imbéciles de *Infernus*, que entregar la llave a sus directos rivales.

—¡Me niego!

El estallido masculino la llevó a dar un respingo, mientras que el recién llegado ni se inmutó.

—No puedes negarte, Pecador, es parte de tu penitencia —replicó mortalmente serio—, la última prueba.

Vio como él se tensaba ante sus palabras.

—Cabrón hijo de puta…

—Espera, ¿qué quieres decir con *«ser entregada»*? —Se vio en la necesidad de preguntar, mientras conseguía que sus piernas funcionasen al fin y abandonaba su lugar en la mesa.

El hombre la recorrió con la mirada de los pies a la cabeza.

—En términos humanos, sería algo así como… ¿cuál es la palabra que usáis en este siglo? —Se rascó la barbilla con gesto pensativo antes de soltar—. Novia. Esposa. Sí, esposa… Una esposa para este *Sinner*.

Si le hubiesen tirado un cubo de desperdicios encima no se habría quedado tan inmóvil como con esa respuesta.

—Espera, esto tiene que ser una broma —se giró hacia Gerion, quien parecía apretar los dientes para evitar saltarle encima a ese hombre—, ¿verdad?

Él no respondió, por otro lado, tampoco es que le diesen opción a hacerlo, ya que Arthurius continuó hablando.

—Habiendo sido informadas ambas partes del contrato, solo me queda hacer una cosa.

—No te atrevas —creyó oír sisear al ángel.

—Hasta que la muerte os separe.

Apenas terminó de musitar esas palabras, Shura sintió un punzante dolor en el pecho y un posterior ardor tan intenso que le arrancó el aire de los pulmones, impidiéndole gritar y dejándola de rodillas en el suelo. Cuando creyó que no podía soportarlo más, el dolor empezó a remitir, desvaneciéndose poco a poco hasta que todo lo que quedó fue un ligero hormigueo y las lágrimas resbalando por sus mejillas mientras respiraba con dificultad.

Levantó la cabeza solo para ver a su compañero doblado por la mitad, respirando con dificultad, sus alas caídas sobre su espalda como si fuese incapaz de sostener su peso.

—¡Te mataré por esto!

Su grito le provocó un escalofrío de miedo. Estaba iracundo, dispuesto a hacer aquello que acababa de poner en palabras.

—Cuidado con tus palabras, *Pecador*, no sería sabio aumentar tu tiempo de penitencia —le dijo con un tono tan oscuro y duro que sintió una punzada de miedo—. Ocúpate de tu compañera, es necesario asegurar su posición también frente a su propia casa, tendréis que vincularos también de manera legal para hacer frente a la justicia humana.

Como si sus palabras le hubiesen recordado su presencia, ladeó la cabeza y se encontró con sus ojos. Shura no había visto jamás tal sentimiento de culpa en alguien, lo que quiera que hubiese hecho aquel hombre había conseguido que Gerion se sintiese culpable.

—¿Qué… qué ha hecho? —Casi temía la respuesta a esa pregunta.

Él no respondió, se limitó a incorporarse, recogió sus alas, devolviéndoles la tesón con la que solía verlas elevadas a su espalda y finalmente le tendió la mano, para ayudarla a ponerse en pie.

El contacto con su piel fue tan cálido como íntimo, provocándole una inesperada sensación de pertenencia que no había sentido nunca antes.

—Ha unido nuestras almas —respondió finalmente a su pregunta—. Acabas de convertirte en mi esposa ante mi pueblo. Lo siento.

Empezó a parpadear con rapidez, intentando digerir las palabras que había dejado caer sobre ella.

—Que ha hecho, ¿qué? —Incluso ella se encogió con su propio chillido.

—Menudos pulmones —comentó Arthurius, haciendo un gesto de incomodidad—. Y sí, lo que acaba de decir tu compañero, es correcto. Y ahora debéis formalizar esta unión también ante tus tribunales humanos.

Ese hombre no podía estar hablando en serio.

—Esto no puede estar pasando.

—Me veo en la obligación de recordaos a ambos que, la señora Regis aquí presente, se ha escapado de la Clínica de reposo en la que estaba siendo sometida a un tratamiento para sus nervios… —replicó con cierto cinismo.

—Mis nervios estaban perfectamente bien hasta que todos vosotros empezasteis a aparecer en mi vida —siseó ella.

—Ha agredido a un celador, lo cual no es que la deje precisamente en un buen lugar… —continuó enumerando sus problemas, de los cuales parecía estar perfectamente enterado.

—¡Yo no le he agredido! —rezongó ella visiblemente ofendida —. Ese imbécil se cayó solito y en la caída se encontró con la maldita pared…

—¿Y se amordazó a sí mismo con unas braguitas y decidió envolverse en las sábanas porque tenía frío?

Entrecerró los ojos y empezó a sentir una creciente ira en su interior.

—No me está cayendo usted muy bien, señor Sin.

Él la ignoró y continuó.

—A la luz de los acontecimientos, se dará parte a la policía, se considerará que la señora Regis ha tenido un brote psicótico, que deberá ser ingresada de nuevo para su seguimiento y tratamiento y Minerva Regis, como familiar más cercano y persona que ha tramitado en primer lugar su ingreso, tiene la potestad de ingresarla de nuevo y tirar la llave.

—No he tenido un puñetero brote psicótico en mi vida, aunque no descarto empezar a tenerlo en este mismo instante —replicó con un bajo siseo.

—Por ello, la mejor opción es que ambos os caséis ahora a la manera humana —sentenció—. De ese modo, el bienestar de la señora Regis pasaría a estar bajo la tutela de su nuevo marido y Minerva no tendrá poder alguno para volver a encerrarla.

—No voy a casarme con él.

—Querida, por si no has captado el mensaje, el tatuaje que tienes ahora mismo sobre el pecho izquierdo, es tu nuevo anillo de matrimonio —le espetó y señaló a Gerion, quién seguía a su lado en silencio—. Y él tu marido. Así que, solo tendrás que decir eso de *«sí, quiero»* ante una autoridad civil, firmar unos papeles *et voilá*. Serás oficialmente la señora Sacra.

La alusión al tatuaje la llevó a tirar del jersey, apartar la camiseta y mirar estupefacta la marca rojiza que ahora tenía en el lugar en el que había sentido la quemazón.

—¡La madre que te parió! —jadeó incapaz de apartar la mirada —. ¿Qué es esto?

—Mi marca —dijo su compañero, rompiendo su silencio.

Se giró para mirarle, pero él seguía con la atención puesta en el hombre apoyado en la mesa del desayuno de manera indolente.

—Las cosas se han complicado un poquito en estos últimos dos años —continuó Arthurius, pero estaba claro que no hablaba para ella, sino para su subordinado—. Quien quiera que haya atentado contra el cabeza de la Casa Regis, debe haber vuelto a remover el pasado, porque las Casas del Gremio han empezado a revolverse.

Dicho eso, la miró a ella.

—Daniel vino a verme apenas un par de días antes de su muerte —le dijo sin andarse por las ramas—. Estaba convencido de que alguien había dado la orden de deshacerse de la Casa Regis, de toda ella. Quería sacarte del país, llevarte a un lugar seguro, pero temía que algo pudiese pasarle antes de poder llevar a cabo su tarea.

Sus palabras fueron como una bofetada.

—¿Él… sabía que… esto iba a pasar?

—Cuando eres el cabeza de una de las siete casas dirigentes del *Gremio Infernus*, estás expuesto a muchas cosas —respondió clavando esa mirada en ella—. Hizo todo lo que estuvo en su mano para asegurarse que tú sobrevivieras y pudieses seguir adelante. Le debes la vida, Shura Regis, no la desperdicies.

Se estremeció ante el peso que tenían sus palabras y lo que estas implicaban, recordó cómo Daniel se había interpuesto entre la muerte y ella, protegiéndola con su propia vida.

—Siento que esa vida no me pertenece, que todos, excepto yo, tienen la última palabra sobre ella —musitó, viéndolo de esa manera —. Me ha dado una vida, ¿para qué? ¿Para qué otros la manejen a su antojo? ¿Para qué otros decidan por mí?

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—No quiero una vida así —admitió.

—Bien, pues haz algo más que lloriquear, recupérala y empieza a tomar tus propias decisiones —le soltó con su usual brusquedad—. Mientras otros tengan las riendas… tú solo podrás mirar.

Y para recuperar esas riendas, para evitar que otros decidiesen por ella, tendría que casarse con el hombre que estaba a su lado, alguien que no parecía demasiado contento con la perspectiva.

—Nos casaremos por la vía humana.

La dura respuesta de Gerion la sobresaltó, alzó la cabeza y vio como ladeaba la suya hasta encontrarse con su mirada.

—Lo hecho ya no puede deshacerse —le informó con decisión —. Tendrás que casarte conmigo… una vez más.

Desde luego, aquello no podía considerarse una petición matrimonial, su actitud era como la de alguien a quién conducen al patíbulo.

—No necesito que nadie se sacrifique por mí —replicó repentinamente molesta.

Su rostro se relajó, incluso apareció esa perezosa sonrisa curvándole los labios y su voz perdió rigidez al responderle.

—No, sé que eres muy capaz de amordazar a alguien con unas bragas y envolverlo en una sábana si es necesario —declaró con un tinte de ironía que llegó incluso a provocarle a ella también una sonrisa.

Respiró profundamente y se giró para quedar frente a él.

—De acuerdo, *plumillas*, hagámoslo —se decidió—. Si quiero recuperar las riendas de mi vida, tendré que arrebatarlas primero de las manos que las tienen.

—Ese es el espíritu —gruñó Arthurius, atrayendo de nuevo la atención de los dos—. Encontrad a dos testigos que no puedan ser cuestionados y yo me encargaré de encontrar un juez de paz dispuesto a oficiar una boda.

CAPÍTULO 13

Fortaleza Sinner
Purgatorio.

¿Cuándo se había ido a la mierda su mundo con tanta velocidad? ¿Cómo era posible que no lo hubiese visto venir? ¿Por qué no se había opuesto a ello con más fuerza?

Preguntas, demasiadas preguntas para las que ya no había solución. En un abrir y cerrar de ojos su vida había dado un nuevo giro, su condena sufrido un revés para el que no estaba preparado.

Shura era ahora su compañera, su esposa a un nivel más profundo que el que estaba buscando conseguir al recurrir a esos dos para que hicieran de testigos en una ceremonia humana.

No podía creer que el general hubiese recurrido a un truco tan sucio, que lo hubiese embaucado de esa manera, pero ahora era consciente de que la misión que le había asignado había sido planeada cuidadosamente tiempo atrás.

Allí había mucho más que los celos de una mujer hacia otra o la motivación económica y Shura parecía ser el epicentro de todo ello.

—A ver si lo he entendido bien —Aris se cruzó de brazos, había escuchado su explicación y su rostro hablaba por sí solo—. Vas a casarte con esa humana al más puro estilo humano, eso después de que el jefe os haya unido sin previo aviso para evitar que ella vuelva a esa clínica en la que estaba retenida y así pueda cumplir con la última voluntad de su difunto marido.

—Básicamente —asintió ante el peliagudo resumen.

—Y para eso necesitas dos testigos, para que firmen y confirmen que el matrimonio es legal y no una pantalla de humo —finalizó su exposición.

—Correcto.

—¿Y todo eso sin un aneurisma cerebral?

La pregunta vino del otro lado de la sala de reuniones en la que había citado a sus dos compañeros de armas.

—Sí —gruñó en respuesta. Estaba perdiendo la paciencia a pasos agigantados, ni siquiera estaba seguro de por qué demonios había recurrido a ellos, pero ahí estaba, pidiendo un favor a las dos últimas personas a las que querría deber algo.

—¿Estás seguro? —insistió con la mirada fija en él—. El contestar con monosílabos no es precisamente un buen síntoma.

—¿Prefieres que te lo pregunte de otra manera? —replicó lanzándole una mirada de advertencia—. ¿Una que involucre sangre y vísceras de por medio?

Rissan Martus sonrió ampliamente dejando a la vista dos perfectos y desarrollados colmillos. El *sanguinar* de pura sangre no se molestaba en ocultar su verdadera naturaleza, los humanos a menudo lo tomaban por un fetichista de los vampiros o un chalado, un error que no solía dejar en buen lugar a esos incautos.

—Eres consciente de que me deberás un enorme favor, ¿no? —insistió con ese tono complacido que le sacaba de quicio. De los dos hermanos, prefería con mucho tratar con Aris.

—¿Lo eres tú de que, si no la ayudas, no solo la matarán sino de que todo ello derivará en un enorme problema para nuestra casa? —intervino Aris, quién se había llevado hasta el momento el peso de la conversación.

—¿Y eso debería importarme por…? —rumió Rissan contestándole.

—Es una *Dama de Sangre* —le recordó.

—Ya lo sé, pero no de nuestra casa…

—Y eso te importa tanto que no puedes ni dormir —repuso sin poder contenerse.

El aludido se rió con ganas.

—Lo único que me quita el sueño es que ya no podré follármela —le soltó con su habitual falta de juicio.

Enarcó una ceja y respondió como correspondía.

—Sí, puedo ver que largas semanas de insomnio tienes por delante.

—¿Cómo has caído en semejante treta? —preguntó Aris, deteniéndose junto a su hermano—. El general te la ha jugado a base de bien.

—Si lo miras bien, ha salido ganando, va a poder joder todo lo que quiera con una Dama de Sangre y con la casa que la reclamó en primer lugar —comentó Rissan con aire despreocupado, entonces miró a su hermano—. Parece que vamos a tener que ponernos nuestro traje de gala para asistir a una boda.

El aludido enarcó una ceja mirando curioso a su hermano. A juzgar por el intercambio de miradas de esos dos, parecían estar comunicándose silenciosamente.

—Tú eres el que tendrá que vestir de gala. —Aris le palmeó el hombro y añadió, mirando ahora en su dirección—. Este es un juego en el que parecen estar implicadas muchas más cosas de las que se ven a simple vista.

—Eso creo yo —admitió.

El *sanguinar* asintió y miró a su hermano.

—Deberías echarle una mano.

—¿Qué te hace pensar que tengo el más mínimo interés en ayudarle a resolver sus problemas? —chasqueó Rissan.

—Perteneces a una de las siete *Casas del Gremio Infernus*…

—Una desgracia que ambos compartimos.

—Y eres el cabeza de la primera casa —insistió Aris.

—Un defecto de nacimiento.

—Y quién ha atentado contra el cabeza de una de las casas del gremio ha debido de tener un motivo muy importante para hacerlo, uno que quizá puede traeros problemas a las demás casas… —intervino, sabiendo que si había alguien que podía obtener respuestas de todo aquello, era Rissan.

El aludido enarcó una ceja en respuesta a su afirmación.

—¿Tan seguro estás? —replicó con gesto irónico—. ¿Qué te hace pensar que ese atentado estaba dirigido a Daniel Regis? Según tengo entendido, su entonces esposa, ahora tu palomita, iba con él.

Y ahí estaba el punto de inflexión al que quería llegar.

—Esa es una de las intersecciones a la que he llegado, pero se me escapa el motivo —aseguró sin dejar de mirarle—. ¿Atentar contra una *Dama de Sangre*? Solo es una hembra y además humana, ¿qué interés podría suscitar?

—Me temo que ella es mucho más que eso, *angelito*.

Su tono lo puso sobre aviso.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo diré si me prestas a tu nueva esposa digamos durante… ¿un par de horas?

Ignoró su comentario, no merecía la pena ni tenerlo en cuenta.

—Deja de rezongar y díselo —lo empujó entonces Aris—. Decidiste tomar cartas en el asunto desde el momento en que la viste.

El aludido chasqueó la lengua y miró a su hermano de soslayo.

—Lo que decidí fue meterme en sus bragas.

—No te quedarían bien, Rissan —le dijo, su paciencia había llegado a su fin.

—Siempre le quitáis la diversión a todo —rezongó y se dirigió ahora a él—. Se lo propondré a ella.

Claro, que lo intentase. No solo sería apuñalado con un cuchillo de mantequilla, sino que él mismo lo destriparía.

—Inténtalo y verás cuál es su respuesta.

—No solo lo intentaré, lo haré y su respuesta será un dulce gemido de placer.

Puso los ojos en blanco y miró a su hermano.

—¿Hay algo más en su cerebro que el sexo?

Su hermano duplicó el gesto al responder:

—Le encanta hacer *croché* —soltó Aris—. Es como una terapia de relajación.

—Curiosa y retorcida afición.

—No te haces una idea —aseguró él, volviéndose de nuevo hacia su hermano—. ¿Y bien?

—Sabes, hermanito, ahora tendré que matarte por haber desvelado mi secreto mejor guardado.

—Ese no es tu secreto mejor guardado —rezongó poniendo una vez más los ojos en blanco—, y matarme te daría demasiado trabajo.

—Tienes razón —puntualizó—. Mi segundo nombre es *«hazlo tú, que a mí me pesa el culo».*

—Ese solo sería el primero, Riss, solo el primero.

Desde luego, el pasar tiempo junto a estos dos era una maravillosa forma de que te entrasen ganas de matar a alguien.

—Bien, parece que tendré que ponerme guapo para la boda.

—Mientras no vayas desnudo… —No pudo evitar replicar.

—Sí, apoyo esa idea —declaró Aris con tranquilidad—. Sencillamente limítate a levantar el culo de dónde lo tienes y recuerda que no puedes morder a la novia sin invitación.

—¿Pero puedo besarla al menos? —preguntó con un mohín—. Dicen que eso da buena suerte.

—Tu buena suerte está dentro de tus pantalones —le soltó Aris —, y seguirás teniéndola mientras no la saques a pasear con la hembra incorrecta.

—Sí, hay zorras que muerden.

—Y lo dices por experiencia, ¿no?

—Ay, Gerion*,* no tendrás la menor idea de lo que es la experiencia hasta que me hayas visto en acción.

—Un privilegio del que prescindiré con infinito placer.

—Y no eres el único —aceptó Aris mirando a su hermano—. Venga, mueve el culo, necesitan tu firma.

—Y la tuya —declaró con una traviesa sonrisa dispuesta a fastidiarle. Era un verdadero milagro que Aris no lo hubiese matado todavía—. Ya sabes que dónde yo pongo la huella, tú la certificas… en el papel o en la cama.

—Y esa es una analogía que creo va a darme pesadillas durante el resto de mi vida. —Sacudió la cabeza, empezaba a sentir como le latían las sienes.

—Procura despejar la mente, amigo mío, necesitarás todos tus sentidos para proteger a esa muñequita —declaró Rissan con cierto

tono de advertencia en la voz—. Después de todo, es posible que ella fuese el verdadero objetivo de aquel atentado, uno que se les ha escapado de las manos y que ha estado oculto desde la muerte de Daniel Regis.

Sus palabras lo pusieron al momento alerta.

—¿A qué te refieres?

Rissan sonrió de soslayo, dejando que sus colmillos asomasen por el borde de sus labios.

—Todavía no estoy seguro, pero cuando lo confirme, te lo contaré.

CAPÍTULO 14

La alianza destelló en su dedo como si quiera hacerla consciente de su nueva condición y burlarse de ella al mismo tiempo.

Shura Sacra, ese era su nuevo nombre, el que figuraba en el acta de matrimonio que le había entregado el juez de paz. Estaba casada y su difunto esposo parecía ser el responsable directo de ello.

De un modo que todavía no alcanzaba a comprender, Daniel se había asegurado de que estuviese protegida, de que quien quiera que fuese que estuviese detrás de su asesinato, no pudiese llegar a ella sin enfrentarse a su nuevo marido; un ángel condenado al Purgatorio.

Al menos ahora era consciente de quién era en realidad el hombre que estaba a su lado, el mismo que se había opuesto enérgicamente a la sola idea de tener que ver algo con ella, solo para aceptarla cuando el general le informó que era parte de su penitencia.

No podía evitar preguntarse qué habría enviado a un ángel al Purgatorio, que sería lo que habría hecho Gerion para ser castigado de ese modo.

Resbaló la mano sobre la suave y etérea tela de su vestido de novia.

«Una mujer debería poder sentirse como una novia el día de su boda».

La tarjeta con aquella frase estaba apoyada sobre el vestido que encontró encima de la cama, la misma que habían compartido la noche anterior. Blanco inmaculado, con un corte desigual y pequeños pedacitos de tela que recordaban a las propias plumas de

las alas de Gerion adornándolo, era una pieza de ensueño que resultó sentarle como un guante.

Había sido extraño volver a vestirse de novia y hacerlo de blanco aún más, también la ceremonia resultó muy distinta a la que la había hecho contraer matrimonio con Daniel.

Él nunca le había entregado una alianza, su ceremonia había tenido sus propios votos, su propio simbolismo, ambos habían vestido de rojo siguiendo la tradición de su familia.

No le había importado, después de mucho tiempo sus sueños de niñez se hacían realidad y estaría junto a su amado por siempre.

O eso había creído entonces.

Dos bodas, dos hombres diferentes y dos ceremonias distintas, incluso ella era ya otra persona, alguien que estaba dispuesta a dar un nuevo paso adelante y recuperar su vida.

Acarició la alianza con el dedo, extendió la mano ante sí y ladeó la cabeza admirando la sencilla banda dorada.

—¿En qué me he metido ahora? —suspiró, bajó la mano y se giró hacia la ventana. Se había retirado a su cuarto después de la ceremonia dejando a su nuevo marido lidiando con los testigos y el juez de paz que había traído Arthurius, Roberts había acogido la noticia de aquella inesperada boda como un soldado al que se le da un cometido y Truro se había limitado a asentir. Ambos habían estado también presentes durante la ceremonia, de modo que pudiesen dar testimonio de que todo se había hecho según las leyes en caso de que alguien preguntase.

—Esto es una locura —resopló—. Una verdadera locura.

No había garantías de que la excusa de la boda fuese suficiente razón para detener a Minerva, ni siquiera aunque hubiesen modificado las fechas para que esta constase un mes atrás. No sabía cómo pensaban pasar eso por legal, pero dado el nutrido grupo que se había reunido y quienes eran, no pensaba preocuparse por ello.

—¿Shura?

Se giró para ver a su recién estrenado marido enmarcando el umbral de la puerta.

—¿Ya ha terminado todo?

Su respuesta fue recorrerla con la mirada, deteniéndose aquí y allá antes de encontrase con sus ojos.

—Los chicos ya se han marchado, el juez tramitará de inmediato los documentos y tenemos el acta matrimonial —le resumió—. Roberts está empeñado en hacer una comida especial para celebrar nuestro... matrimonio, pero lo más sensato sería dejar la mansión durante unos días.

—Crees que volverá —no era una pregunta.

—Lo hará —aseguró—. Y no vendrá sola, si la clínica ha denunciado tu desaparición...

Sabía que tenía razón, no había manera de negar lo evidente.

—Nos iremos a mi casa de la playa.

Su respuesta hizo que levantase la cabeza.

—¿Tienes una casa en la playa?

—Sí.

—¿De verdad?

Asintió al tiempo que se cruzaba de brazos, listo para una posible batalla.

—Sí, vivo allí la mayor parte del año —le informó y algo le decía que no era una información que soliese compartir—. Es una parcela privada y lejos de la molesta civilización.

—¿En este mundo?

Lo vio resoplar y llevarse la mano al bolsillo trasero del pantalón. Había conservado su atuendo de batalla, haciendo desaparecer las protecciones de ese extraño material brillante y sus alas, ya que sería un poco difícil explicarle al juez de paz que era él.

—Es una pequeña cala —le informó al tiempo que desbloqueaba su teléfono móvil y le mostraba una fotografía de un lugar paradisíaco—. Aquí hace un recodo y desde esta esquina parte el camino que lleva a la casa.

Cogió el móvil de sus manos para poder admirar bien la foto.

—Así que eres un ángel al que le gusta el mar —murmuró deleitándose con la imagen que le ofrecía la foto.

—Me gusta la tranquilidad y privacidad que encuentro allí. —Se encogió de hombros—. No se puede acceder a ella más que de dos maneras.

Le devolvió el teléfono y lo miró.

—¿Cuáles?

—Volando o atravesando los planos.

Arrugó la nariz.

—¿Volando en avión? ¿También tienes un jet privado?

Sus labios se curvaron levemente y señaló el pulgar hacia su espalda, allí dónde abrían estado sus alas si no estuviese en esa deliciosa y sexy forma humana.

—Tengo algo mejor —respondió con diversión.

No pudo evitar mirarle con curiosidad y cierta reticencia.

—¿Así que son algo más que un adorno?

Su comentario lo hizo resoplar.

—Vale, vale… No te ofendas —levantó las manos casi divertida por su reacción—. Y eso de atravesar planos, ¿qué…?

Su respuesta fue mostrárselo, desapareciendo delante de ella y volviendo a aparecer en un solo parpadeo al otro lado de la habitación.

—Esto.

Shura no pudo evitar que el corazón le diese un salto por la impresión. Aquello era algo a lo que no estaba segura de sí se acostumbraría.

—De acuerdo, lo he pillado. —Se obligó a respirar hondo—. En pocas palabras, es una paradisíaca isla desierta.

—Es el lugar en el que podrás descansar, sin necesidad de estar mirando por encima del hombro, esperando a que alguien te atrape y te devuelva a la clínica —le informó—. Te lo dije anoche, necesitas un descanso y ahora es más necesario que nunca dejar la mansión, al menos hasta que todos los documentos hayan sido tramitados y podamos averiguar quién está detrás del atentado que acabó con la vida de Daniel Reig y casi acaba con la tuya.

Se mordió el labio inferior, la propuesta de Gerion no era descabellada, por el contrario, poder sentarse aunque solo fuese durante una hora sin tener que mirar por encima del hombro le parecía muy apetecible.

—Además, será un buen momento para que aprendas a gestionar tu libertad —concluyó él con suavidad.

Sus palabras fueron como un bofetón en la cara, por la veracidad que contenían. Él tenía razón, después de haber pasado los últimos dos años confinada entre cuatro paredes, ahora era libre y no sabía qué hacer con esa libertad.

—Así que, ¿vacaciones?

—Considéralo tu *Luna de Miel* —le dijo mirándola directamente a los ojos—. Bien, ¿playa y mar o prefieres algún otro lugar?

No se lo pensó, era hora de dejar todo lo que había pasado atrás y darle una oportunidad al futuro.

—Creo que me gustaría ver el mar.

—Día en la playa entonces.

Le tendió la mano esperando a que se cogiera de ella.

—¿Vamos?

Miró la mano extendida y luego a él.

—Gerion…

—¿Sí?

Deslizó las manos por la suave falda de plumas y se sonrojó un poco mientras buscaba el valor para mirarle de nuevo a los ojos.

—Gracias por esto.

Esa intensa mirada se deslizó sobre su cuerpo con palpable sensualidad, desnudándola, haciéndola consciente por primera vez de aquello de lo que llevaba huyendo la última hora y media; ese hombre que la miraba con deseo era su marido.

—Una novia debe sentirse como tal el día de su boda —respondió con una voz suave y profunda que le arrancó un breve estremecimiento—, y estás preciosa de blanco.

Un piropo, el primero que le dedicaba sin sonar burlón o irónico y que le aceleraba el pulso.

—Gracias… por eso también.

Extendió el brazo y posó la mano sobre la suya, dejando que le rodease los dedos y la atrajese hacia su cuerpo antes de hacerlos desaparecer.

CAPÍTULO 15

Casa de la playa
En algún lugar del Pacífico.

Gerion no podía evitar mirar a su nueva esposa mientras caminaba por la línea de playa, hundiendo los descalzos pies en la cálida arena que por momentos acariciaba el agua. Era la primera persona que pisaba ese lugar, la única que había recibido una invitación para visitar ese pedacito de paraíso terrenal que había convertido en su refugio tantos siglos atrás.

En muchos aspectos, la solitaria isla se había convertido en su hogar, en algo suyo, lo único que no podían arrancarle después de haber sido expulsado y condenado al Purgatorio.

Miró por encima del hombro y siguió el serpenteante camino que llegaba hasta la playa entre plantas y rocas desde la casa de madera gris, de planta baja y amplios ventanales que dejaban entrar la luz natural. Era extraño saber que alguien, además de él, traspasaría el umbral, que recorrería sus pasillos y cada una de las estancias, una sensación de posesividad se elevó desde su interior, pero quedó sofocada al instante por la inesperada risa procedente de la orilla.

¿La había escuchado antes reírse de esa manera? Jugaba como una niña pequeña, hundiendo los pies en la arena, recogiéndose el vestido de novia con las manos y dejando a la vista esas piernas desnudas a las que salpicaba el agua de vez en cuando.

«Mía. Mi esposa».

Tenía que repetírselo una y otra vez para comprender lo que había pasado, para asimilar que esa pequeña humana vestida de blanco nupcial, envuelta en sus propias plumas, era su esposa bajo un contrato matrimonial y también a un nivel mucho más profundo establecido por la unión de sus almas.

Seguía queriendo matar a Arthurius, una vez más habían jugado con su vida, privándole de elección y usando su penitencia como justificación para joderle.

Dejó escapar un profundo suspiro y replegó las alas para que las plumas más bajas no se arrastrasen por la arena. El movimiento le tiró de la musculatura de la espalda y comprobó que el hombro ya no le molestaba tanto, notaba la piel tirante allí dónde Shura lo había apuñalado, pero no sentía dolor.

Una gaviota planeó sobre sus cabezas y graznó antes de sobrevolar el mar, su bajo vuelo llamó la atención de su compañera haciendo que la siguiese con la mirada y, al girar, acabó tropezando con sus propios pies que se atoraron en la arena y la enviaron de culo sobre la mojada línea de playa.

—Ouch —la escuchó musitar un instante antes de que el tímido oleaje volviese a reclamar el espacio húmedo—. No, no, no, no… —Empezó a murmurar cuando vio que el agua la alcanzaba y lamía su vestido y piernas—. Oh, vamos, ¿en serio?

Levantó las manos y las sacudió haciendo volar gotitas de agua, su rostro se contrajo en una mueca y, sin pretenderlo, fue él quien terminó riéndolo.

—Ah, te hace gracia.

—La verdad es que sí —admitió caminando hacia ella y tendiéndole después la mano para ayudarla a ponerse en pie—. Es una experiencia nueva verte sonreír por placer.

Su rostro acusó las palabras, pero no perdió esa nueva calma que había adquirido nada más poner los pies en la playa, se limitó a sonreír de soslayo y aceptar su mano para levantarse.

—No he tenido muchos motivos para sonreír últimamente —admitió y jadeó al ver cómo buena parte del vestido se había mojado y la arena había ensuciado la delicada tela—. Oh, he estropeado el vestido… Maldita sea, esto solo puede pasarme a mí.

—Solo es un vestido —la tranquilizó, sin saber muy bien porqué el hecho de que se le hubiese mojado parecía haberse convertido en una tragedia griega.

—No es solo un vestido, es mí vestido y acabo de descubrir que las plumas y el agua no son precisamente una buena combinación —levantó la cola del vestido para mostrar el efecto de su caída—, sin olvidarnos de la arena… Esto ya no hay quién lo arregle… Vaya un desastre.

Suspiró y la dejó caer tras de sí para girarse de nuevo hacia el mar y respirar profundamente, bebiendo su característico aroma.

—Echaba de menos el mar —musitó alzando el rostro hacia la brisa que le movía el pelo—, escuchar su murmullo, el graznido de las gaviotas, sentir esta apacible brisa… He echado de menos tantas cosas en estos últimos dos años.

—No pienses en lo que has perdido, no es momento para recrearse en el pasado, sino para disfrutar del presente.

Ladeó la cabeza y se giró hacia él.

—Gracias por invitarme a tu playa privada —le dijo con una tierna sonrisa jugueteándole en los labios—. A juzgar por lo que puedo ver, debo ser una privilegiada.

—Lo eres —admitió sin dejar de mirarla—. Eres la primera persona que pone los pies en este lugar.

La declaración la tomó por sorpresa.

—¿En serio?

—Sí.

La manera en que frunció la nariz y volvió a mirar hacia el mar, le advirtió de que estaba a punto de recibir una cascada de preguntas. Empezaba a conocer cómo funcionaba su mente y la inmensa necesidad que tenía de respuestas.

—Pero, tiene que ser muy solitario estar aquí sin nadie que te haga compañía.

—A veces es necesario tener un momento de soledad, un lugar al que poder recurrir cuando todo se vuelve… demasiado ruidoso. —Echó un vistazo a su alrededor, al paisaje, a la casa que se veía unos metros por encima de dónde estaban—. Es una elección, no una imposición, un lugar al que volver…

—Un hogar —resumió ella y se giró de nuevo hacia él—. No cualquiera, sino el tuyo, tu hogar.

—El único al que me permiten volver —admitió con voz más seria de lo que pretendía.

Se lo quedó mirando, se apartó un mechón de pelo de la cara cuando el viento se lo echó hacia delante y murmuró.

—¿Cuál fue el motivo? ¿Qué te llevó a tener que dejar aquello que querías, dónde has tenido que ser feliz, tener amigos, familia…? Er… no sé si los ángeles tenéis familia.

Sonrió de soslayo.

—Nacemos de una unidad parental igual que vosotros —asintió y añadió con cierta ironía—. Y también tenemos sexo…

—Lo sé, lo sé, una de esas tonterías teológicas… —replicó al momento con aire avergonzado—. Entonces, ¿por qué…?

—Hice mi elección, una que iba en contra de las normas y fui expulsado por ello —sentenció. No quería rememorar aquellos días, no quería pensar en ello—. Y ahora me limito a cumplir mi condena.

Su menuda esposa se llevó las manos a las caderas, ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Quién era ella?

Su pregunta lo sorprendió.

—¿Qué te hace pensar que hubo una ella?

—Que no creo que arriesgases lo que tenías, tu vida, tu felicidad, tu paz por alguien que no fuese realmente importante —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Y porque en ocasiones me tratas con tanto cuidado como si tuvieses miedo de que vaya a romperme de un momento a otro. Solo habiendo perdido a alguien de esa manera, puedes sentirte en la obligación de impedir que vuelva a suceder.

—¿Qué te hace estar tan segura de ello?

Negó con la cabeza y su pelo voló en todas direcciones.

—No estoy segura, pero si me pongo como ejemplo… Yo no querría volver a perder a nadie de la forma en la que perdí a Daniel, no quiero que nadie se vuelva a sacrificar por mí…

Dicho eso, dejó escapar un profundo suspiro y se recompuso a sí misma.

—No volveré a preguntártelo —le dijo entonces con una firme convicción—. Si algún día quieres hablarme de ello, te escucharé, hasta entonces… Esperaré.

Giró sobre sus pies una vez más y volvió a la orilla, dejando que el mar le lamiese de nuevo los tobillos.

¿Cómo había podido llegar a esa conclusión? ¿Cómo había sido capaz de mirar más allá de su exterior? Entrecerró los ojos y la observó en silencio, pero ella volvió a hablar.

—Ojalá pudiese adentrarme en el mar, convertirme en sirena y alejarme de todo lo que me hace daño en la tierra.

Su voz fue un murmullo, un pensamiento puesto en palabras.

—Puedes meterte en el agua y dejar que esta se lleve tus pensamientos, pero me parece que la parte de la chica con cola de pez, eso sí es un mito.

La escuchó reír, sus ojos brillaban cuando ladeó la cabeza para mirarle de nuevo.

—No sé nadar y dada mi actual trayectoria, sería capaz de ahogarme incluso en la orilla.

Negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—Puedo ser tu instructor, no dejaré que te hundas.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, miró el mar y luego a él.

—No tengo traje de baño.

—No lo necesitas —le dijo recorriéndola con la mirada.

—Si piensas que voy a meterme en el agua desnuda, la llevas clara —aseguró y lo señaló con el dedo—. Y tú tienes esas, no creo yo que les siente demasiado bien el agua.

—Puedes meterte así como estás —replicó con un encogimiento de hombros—. Y mis alas no son un problema.

Se señaló a sí misma.

—¿Vestida de novia?

—Es el día de tu boda, es tu vestido, tuya la decisión —le recordó—. Y mientras te lo piensas…

Se deshizo de la camisa con un solo pensamiento, se inclinó para sacarse los zapatos y calcetines y continuó con el cinturón.

—Te esperaré en el agua.

Empezó a boquear como un pez mientras le seguía con la mirada.

—Pero, pero, pero…

—Cada decisión que tomes a partir de ahora es únicamente tuya, Shura —le aseguró mientras desabotonaba el pantalón y bajaba la cremallera—, nadie volverá a decidir por ti. Puedes pedir ayuda, consejo, pero no dejes que otros vuelvan a decidir por ti.

Se quitó el pantalón y conservó la ropa interior más por ella y su pudor, que por sí mismo.

Sin más le dio la espalda y caminó hacia el mar levantando sus alas para no mojarlas y disfrutando de la brisa a través de las plumas. Le gustaba esa sensación, las gotitas cubriendo su plumaje mientras el agua salada le acariciaba la piel.

Le dio la espalda, sabía que estaba batallando consigo misma, con la confianza en sus propias posibilidades y sobre todo en él. Para ella, dar ese paso era importante, lo suficiente como para que le entrase el miedo al pensar en ello.

—Demonios —la escuchó jadear a sus espaldas—, parecía más… más calentita en la orilla.

Se giró para verla adentrándose en el agua, con la cola del vestido en el brazo y la mirada llena de nerviosismo y también regocijo. Parecía una preciosa sirena regresando al mar, sintiéndolo de nuevo en su piel al encontrarse con su lejano hogar.

—Esto es una locura —se rio y parecía genuinamente feliz—, estoy vestida de novia, metida en el mar e intentando no hundirme, mientras mi marido, sostiene sus propias alas por encima del agua para no mojar… oh, joder… Ger…

El resto de las palabras se desvanecieron cuando tropezó y cayó de lado, hundiéndose en el agua. Estuvo a su lado en un parpadeo, tirando de ella hacia arriba, apretándola contra él mientras tosía, escupía y se retiraba con una temblorosa mano el pelo de la cara.

—Ay dios, ay dios, ay dios…

—Respira, sirenita, respira.

Tosió, se limpió la cara y terminó haciendo una mueca de disgusto.

—*Argg*… ¡Qué asco! Me acabo de tragar media playa —escupió —. Agua salada, *¡puaj!*

—Sí, se supone que tiene que ser salada. —No pudo evitar sonreír a pesar de todo.

Resopló y se pasó de nuevo la mano por la cara.

—¿Qué te había dicho? —resopló—. Soy capaz de ahogarme en un charco.

—Has pisado un desnivel, debí advertirte —corroboró sin soltarla. Su cuerpo seguía pegado al suyo, sus senos aplastados contra su pecho, sus piernas rodeándole las propias en la postura más íntima que había estado con ella desde que compartió su cama.

—Tus alas —indicó entonces con un jadeo—. Se han mojado.

Echó un vistazo hacia atrás y comprobó que había dejado caer ambas extremidades dentro del agua hasta casi la mitad. El peso del plumaje húmedo tiraba de ellas hacia abajo.

—No importa. —Se encogió de hombros—. Hace calor, así que se secarán tan pronto como volvamos a tierra firme.

Parpadeó y sacudió la cabeza.

—Eres un ángel en remojo —murmuró, entonces se echó a reír —. Esto es tan surrealista.

Siguió sosteniéndola, disfrutando de esa cercanía y de la suavidad de sus curvas.

—¿Quieres salir?

—No —contestó de manera precipitada. Se lamió los labios e hizo una mueca—. Vaya, ahora me saben a sal.

Siguió el recorrido de la punta de la lengua con la mirada y fue su perdición. Quería besarla, llevaba queriendo hacerlo desde que la tuvo entre sus brazos, pegada a él, pero habría sido un error hacerlo entonces. Incluso su enlace lo habían sellado con un ligero roce que no había hecho otra cosa que aumentar su deseo de probarla de verdad, pero ahora, ¿qué excusa tenía ya para mantenerla lejos? Le pertenecía, era suya… Su compañera, su esposa.

Se inclinó lentamente sobre ella, concediéndole unos instantes para retirarse si así lo deseaba, pero no solo no lo hizo sino que salió a su encuentro.

La degustó con cuidado, quería aprender su sabor, recordar la manera en que respondía a él, con timidez al principio y mayor confianza a medida que profundizaba el beso, grabarse ese beso como un recuerdo al que poder acceder después.

Era tan cálida, tan dulce, su respuesta lo encendía, deseaba abrazarla, mantenerla a salvo, protegerla de todo lo que se le había venido encima de la noche a la mañana.

Rompió el beso con renuencia, se lamió los labios y buscó sus ojos.

—Lo necesitaba. —Encontró la necesidad de justificarse ante ella.

—Yo también —admitió ella en un hilito de voz. Tenía las mejillas arreboladas, los ojos le brillaban, pero parecía avergonzada también—. Lo siento, es solo que… Creo que como esposa soy un desastre, solo mírame, estoy hecha una sopa y…

—No tienes que justificarte ante mí —la interrumpió.

—Pero, has acabado en todo esto por mi culpa.

Dejó escapar un lento suspiro al escuchar sus palabras.

—Shura, he vivido el tiempo suficiente como para saber que las cosas suceden por un motivo. Puede que al principio no entiendas ni el por qué, ni el cómo, pero llega un momento en que las piezas terminan encajando en su sitio y comprendes que eso tenía que ser así —resumió con total sinceridad—. Sé que ahora no somos otra cosa que dos desconocidos a los que han unido sin preguntar, hemos contraído matrimonio porque era necesario para mantenerte a salvo, pero llegará el momento en que eso cobre sentido. No ahora, pero, en algún momento lo hará.

—¿Cómo consigues dar respuesta a algo que parece no tenerla?

Sonrió de soslayo.

—Siglos de práctica.

—Siglos —repitió, su mirada puesta sobre él—. Es demasiado tiempo para una vida…

—Lo es —admitió sin añadir nada más.

Se quedó callada, limitándose a mirarle, entonces hizo algo inesperado; lo abrazó.

—No dejaré que sigas en ella solo.

Sus palabras le provocaron una punzada, el lugar en el que se había asentado la marca de emparejamiento le quemó y supo que esa pequeña mujer había tocado su alma.

—Eres una mujer extraña, Shura, pero eres *mi* mujer.

Resbaló la mano por su cabeza, enredando los dedos en su pelo y tiró de ella hacia atrás para poder ver sus ojos y encontrar sus labios, los que no dudó en probar de nuevo.

CAPÍTULO 16

Shura estaba perdida en un mar de sensaciones extrañas y agradables. Su cuerpo se calentaba y maleaba entre aquellos brazos, unos en los que nunca antes había estado, la temperatura del agua a duras penas podía refrescarle la piel mientras el deseo nacía en su bajo vientre.

Se encontró deseándole, necesitándole, quería suplicarle que siguiera besándola, que la alejase de todo el dolor, el miedo y el desconcierto que había padecido en los últimos años deseaba entregarse a él voluntariamente, devolverle de alguna manera la ternura, el cuidado y la paciencia con la que la había tratado.

No era una obligación, no quería que lo fuese, de algún modo ese dulce, sexy y solitario ángel había tocado algo en lo más profundo de ella, algo que era solo para él, como si siempre hubiese estado allí esperándole.

No pudo evitar pensar en Daniel, pero no lo hizo con culpabilidad, ni con vergüenza, sino a modo de despedida. Él había sido su pasado, lo había amado, había sido parte de ella y siempre lo sería, pero tenía razón, no podía aferrarse a lo que ya nunca volvería a tener.

Deseaba a Gerion, secretamente había deseado que la besase desde mucho antes, había querido que la apretase contra su cuerpo, que la tocase y la arrancase de ese capullo de seguridad que ella misma había creado a su alrededor para mantener a la gente fuera. Deseaba que la arrancase de su infierno y se la llevase para siempre de ese mundo de dolor y culpabilidad que la había mantenido prisionera.

Se frotó contra él y no pudo evitar estremecerse cuando sus henchidos y duros pezones se rozaron contra el pecho masculino provocándole exquisitos escalofríos. Lo rodeó con las piernas y gimió al notar la dura erección presionada contra el pubis, una clara respuesta a su propio deseo.

Se despegó de sus labios en busca de aire y se apoyó en él respirando de manera acelerada.

—Necesito respirar…

—Lo estás haciendo.

—A duras penas.

Sonrió con repentina timidez, apartó la mirada y resbaló los dedos sobre su mejilla y se detuvo al ver el arco superior de sus alas asomando sobre sus hombros.

—Se han vuelto más oscuras —murmuró estirando la mano sin poder evitarlo.

—Es por el agua.

Sus dedos acariciaron con muchísima suavidad la zona de arriba.

—Son… impresionantes.

—Gracias.

—Y me siguen asustando mortalmente —aceptó retirando de inmediato la mano para posarla en su hombro.

—Es comprensible.

Negó con la cabeza y bajó la mirada sobre la suya.

—No, no lo es. —Negó lamiéndose los labios—. Nada de esto lo es. Te he apuñalado, insultado, amenazado con matarte, creo… y ahora, estoy casada contigo, unida a ti de una manera que ni siquiera empiezo a comprender y que hace que… te desee tanto que me asusta.

—Lo sé, porque yo mismo estoy abrumado por la intensidad que crece en mí por ti —admitió con voz ronca, buscando sus ojos, bajando por su rostro, recorriéndola por entero—. Te deseo, Shura, te deseo.

No pudo hacer otra cosa que contener el aliento cuando la levantó a pulso, elevándola sobre él hasta envolverle los muslos con los brazos y sostenerla allí.

—Y no quiero dejarte ir —concluyó dejando ahora que su cuerpo resbalase sobre él hasta que sus rostros quedaron a la misma altura y sus labios encontraron de nuevo los suyos.

Poseyó una vez más su boca y se encontró suspirando contra él, bebiendo su aliento y jugando con su lengua en uno de los besos más dulces y calientes.

—No me apartes de ti —musitó ella, rompiendo el beso por pura necesidad de encontrarse con su mirada y rogar aquello que le pedía el corazón—. Ocurra lo que ocurra a partir de ahora, no me apartes de ti.

—A dónde la vida me lleve, allí irás tú.

Asintió, le cogió el rostro entre las manos y lo besó, rogando que mantuviese su promesa y no tuviera que luchar una vez más por salir a la superficie ella sola.

Los brazos masculinos la apretaron contra ella distrayéndola del inesperado truco que los llevó del agua a la cálida y seca arena que sintió debajo de ella.

Su boca sabía a sal, no sabía si era por la encontrada en sus propios labios o por la acción de la brisa del mar, pero le gustaba más de lo que esperaba. Su propio cuerpo se derretía bajo esas fuertes manos mientras la arena hacía la función de un amortiguado y calentito colchón para ese inesperado interludio.

Se permitió sucumbir al placer que prometían esos brazos, a la picardía de la boca que succionaba la suya y la incitaba despertando un hambre largamente olvidada. Cerró los ojos y se dejó ir, quería ser consciente de cada pequeña caricia, del peso que había sobre ella, de la envergadura que la envolvía y la mantenía contra esa granulosa cama, una pasión y dominación que nada tenía que ver con lo que había sentido en brazos de otro hombre.

Desterró el pasado de su mente y se permitió disfrutar del momento, del olvido y de ese paréntesis que le ofrecía su ángel.

—Deja de pensar, Shura —le susurró al oído, su boca iba dejando pequeños besos a lo largo de su mandíbula—, deja los recuerdos dentro de un cajón, siempre podrás volver a ellos después.

Gimió al sentir su boca rozando de nuevo la suya, su lengua hundiéndose en la húmeda cavidad arrebatándole la cordura con tan solo la pericia de sus labios. Se dejó ir, cerró con fuerza la tapa de esa caja de manera definitiva y se entregó al momento.

Esas manos la cubrieron de caricias recorriéndola desde los hombros desnudos a la cintura, la húmeda tela del vestido se había pegado a su cuerpo convirtiéndose en una incómoda contención, quería sentir ese tacto sobre su piel, acariciándole los duros pezones que ya sentía empujando el corpiño.

Jadeó en su boca y se mordió el labio inferior cuando los sensuales labios se deslizaron por su barbilla, le mordieron suavemente el mentón y bajaron por su cuello.

El cuerpo masculino se cernió sobre el suyo, una dura pierna se introdujo entre sus muslos separándolos y manteniéndola prisionera, la sombra de sus alas la envolvió durante un segundo, arrebatándole el sol antes de devolvérselo mientras se alzaba sobre su cuerpo.

—Abre los ojos.

Su voz era ronca, deliciosamente masculina y tiraba de ella hacia la obediencia. Parpadeó ligeramente y los abrió para ver esos penetrantes ojos clavados en los suyos.

—No me prives del placer que veo en ellos —murmuró sin dejar de mirarla—, quiero ver cómo se inflamaba la pasión en ti, como respondes a mí y solo a mí…

—Quieres demasiadas cosas…

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—Solo lo que sé que tú puedes darme.

Su beso le robó el aliento, se bebió sus gemidos y continuó jugueteando sobre su piel, mordisqueándole el delicado lóbulo antes de recorrerle el pabellón de la oreja con la lengua.

Se acercó más hacia ella y acudió instintivamente a esa llamada, se pegó a él, deslizó las manos por sus brazos, ascendiendo hacia sus hombros y estremeciéndose al sentir la caricia de las plumas de sus alas.

—Puedes acariciarlas —le dijo con voz ronca—, no te quitaré el placer que obtengas de ello.

Su gesto era pura generosidad y no la sorprendía. Desde el momento en que se habían encontrado no le había mostrado otra cosa que buena disposición y ayuda, incluso ahora sus movimientos estaban destinados a cuidarla, a evitarle incomodidad y a proporcionarle placer.

—Pero ni se te ocurra arrancar una sola pluma —le acarició la oreja con la punta de la lengua—. Si lo haces… me vengaré.

Se estremeció, se le secó la garganta y todo su cuerpo tembló bajo esa voz sexy y profunda.

—Lo intentaré.

Le mordisqueó el lóbulo, se inclinó sobre ella y le dejó ser consciente de su peso durante unos momentos, así como también de la durísima erección que se rozaba contra su cadera.

—Concéntrate en ello.

Se estremeció ante sus palabras, su sexo se humedeció y pulsó de necesidad.

—Lo intento… pero ¿y si te arranco alguna por accidente?

Le sopló en el oído.

—No lo harás.

Se encogió ante las inesperadas cosquillas.

—¿Cómo estás tan seguro?

Le cogió las manos que permanecían sobre sus hombros y las dirigió a su pecho desnudo.

—Porque vas a tener las manos ocupadas en otras cosas.

Bajó la mirada hacia el lugar en el que estaban sus propias manos y tragó, podía sentir los marcados músculos bajo sus dedos, la perfecta, cálida y sedosa piel que le hacía la boca agua y la excitaba aún más. Un suave rastro de vello espolvoreaba su pecho y bajaba desde su ombligo para perderse bajo la cintura del elástico del slip. Se lamió los labios y sintió como su sexo pulsaba ante la inequívoca imagen de una magnífica erección contenida por la ropa interior.

Su experiencia con el sexo masculino no era muy extensa, a decir verdad, Daniel había sido todo su mundo. Él había sido su primer amor, su primer amante, junto a él había descubierto su sexualidad y la había explorado sin barreras, pero esos años y

experiencias palidecían en comparación a este breve interludio. Gerion no escondía quién o qué era, no se molestaba en andarse con subterfugios y eso, en cierto modo, le daba seguridad.

Y dios del cielo, este ángel era un verdadero pecado para la vista. El hombre no tenía ni un solo gramo de grasa en todo ese pecaminoso cuerpo, podía sentir sus músculos duros bajo los dedos, la fuerza que emanaba de él iba más allá de lo físico entrando en un campo que no comprendía por completo. Recorrió cada pedazo de piel bajo sus manos, lo dibujó como si quisiera aprender cada recoveco, cada plano y suspiró.

—Quiero sentirte… —musitó embargada por la necesidad.

—Siénteme, estoy justo aquí.

Sacudió la cabeza y bajó la mirada sobre sí misma.

—No es suficiente, te necesito cerca, mucho más cerca, solo piel contra piel…

Vio como curvaba los labios y asentía con lentitud.

—Y piel con piel estaremos —le prometió deslizando la mano sobre su hombro desnudo, bajando hasta el costado allí dónde estaba la cremallera—, tan pronto nos deshagamos de este vestido, tu piel estará en pleno contacto con la mía.

Su boca descendió de nuevo sobre la de ella y reclamó un nuevo beso, caliente y tórrido. No dudó en responder, cediendo a sus necesidades, arqueándose contra él mientras la tela de su vestido cedía y se encontraba en un abrir y cerrar de ojos medio desnuda contra esa caliente piel. Notó las manos grandes y duras aferrándole las nalgas, uniéndola íntimamente con su pesada erección mientras profundizaba más el beso robándole toda la cordura.

Gerion estaba extasiado, la dulzura de ese delicado y pequeño cuerpo contra el suyo era algo mucho más intenso de lo que había esperado en un primer momento. Shura era sorprendente en muchas maneras, pero su intensidad y la desnuda sinceridad de sus deseos era lo que lo dejaba sin palabras.

Se deshizo del vestido de novia con tan solo un pensamiento dejándola tan solo con ese indecente trozo de tela que le cubría el húmedo sexo, sus pechos desnudos se apretaban contra su torso, los duros pezones raspándose contra el vello de su pecho con cada pequeño movimiento, un gesto que le provocaba placer.

Abandonó el delicioso culo en forma de corazón y deslizó la mano por el costado, dibujando sus curvas mientras se sostenía sobre el brazo libre. Esa deliciosa gatita se aferró a él con sensualidad, su cuerpo encajaba a la perfección con el suyo, complementándole y aumentando su propio placer.

Los dulces senos encajaron a la perfección en sus manos, pesados y llenos, con esas rosadas y duras puntas contra sus palmas. Los masajeó, deslizó la yema del pulgar sobre sus pezones y sonrió al escucharla gemir en respuesta.

Rompió el beso permitiéndoles recuperar el aire e inició un lento descenso por su cuerpo que alternó entre besos, caricias y lametones que conducían al objeto de su deseo. Cerró la boca sobre uno de los duros pezones, succionándolo con suavidad, aprendiendo de los gemidos y las respuestas de su cuerpo para incrementar su placer, para descubrir que le gustaba y que no. Se amamantó de sus senos con perezosa languidez, disfrutó de su salado sabor mezclado con la tibieza y suavidad de su piel, de los sonidos de placer que se le escapaban de la garganta y de la sincera respuesta que mostraba.

Podía sentir como su cuerpo se encendía en respuesta a sus atenciones, el aumento de su excitación se reflejaba en la forma en la que respiraba, en el tono sonrojado que había adquirido su piel y en la dulce humedad que inundaba ya su sexo. De su boca escapaban gemidos de placer que apenas podía contener, sus manos se aferraban a él como si necesitase de su contacto para mantenerse entera. Lo curioso es que evitaba sus alas, como si temiese tocarlas o temiese que la castigara por ello.

Sonrió perezoso y le prodigó un último lametón a esa deliciosa fruta antes de pasar al otro pecho y repetir la misma atención. Se lo metió en la boca, jugó con la lengua y la succionó con la fuerza suficiente para hacerla gemir.

—Gerion…

Escuchar su nombre envuelto en esa nube de placer lo estremeció, su pene respondió de la única manera posible, endureciéndose aún más. Estaba excitado, deseoso por hundirse entre sus piernas y saborear esa miel que guardaba tan celosamente, quería disfrutar de ella y que ella disfrutase de todas las cosas de las que se había estado privando, de las que la habían privado.

—Por favor…

Sonrió con pereza, cogió una de sus manos, se la llevó a la boca y le chupó cada uno de los dedos antes de tirar de ella y posarle la palma contra la dura protuberancia que empujaba contra la tela elástica de la ropa interior, la última barrera que los separaba.

—Piel con piel —declaró con voz ronca, pegándose a ella—, te lo prometo.

Notó el primer golpe de sorpresa, su azoramiento y finalmente su aceptación. Su palma le acarició suavemente, excitándole aún más, llevándolo a reclamar su boca una vez más.

La besó con hambre y ella le devolvió el beso de la misma manera. Estaba caliente, ansiosa y ese anhelo hacía eco también en sí mismo. Quería poseerla, quería hacerla suya y deseaba hacerlo ya.

—Te deseo —pronunció ella adelantándose a sus propias emociones—. No sé si es correcto, si es una locura o por el contrario es lo que debo sentir, pero… te deseo…

—El deseo siempre es una locura —respondió a puertas de sus labios—, una deliciosa locura.

Deslizó la mano libre por su muslo y ascendió hasta ese pedacito de tela húmeda entre sus piernas. La lencería cedió a su pensamiento deshaciéndose como el humo y su sexo quedó al desnudo para sus revoltosos dedos. Le metió mano, no se lo pensó dos veces, sus dedos se empaparon con sus jugos y gimió al unísono con ella cuando la penetró.

—Gerion… —jadeó su nombre.

—Estás tan mojada y caliente —ronroneó cerniéndose una vez más sobre su boca, ahogando sus jadeos con besos mientras seguía incursionando en su interior con lánguida cadencia—. Sencillamente perfecta.

Reclamó su boca con un nuevo beso, se deshizo de la última prenda que los separaba, su propia ropa interior, y se deslizó entre sus piernas, penetrándola de una sola embestida.

—Oh dios…

Estaba apretada, su cuerpo se tensó ante la olvidada posesión y se obligó a permanecer quieto durante unos momentos, permitiéndole adaptarse a su tamaño. Podía sentir sus emociones a flor de piel, el placer envolviendo cada una de sus terminaciones nerviosas y ese era el puente que necesitaba para impulsar su propio poder dentro de ella, acariciándola, calmándola y haciendo que le sintiese tan cerca cómo podía estarlo de ella en las actuales circunstancias.

—Relájate —ronroneó en su oído, mordisqueándole la oreja solo para sentir como su cuerpo se iba aflojando bajo el suyo y las piernas femeninas se envolvían alrededor de su cintura—. Sí, justo así…

—Esto es…

—No hay necesidad de poner etiquetas a las cosas, *sirenita* —le besó suavemente los labios—, solo disfruta, es para ti…

Y esa declaración la dejó totalmente clara mientras se retiraba de ella y volvía a penetrarla, aumentando el placer y entregándose en cuerpo y alma a esa pequeña y delicada mujer con la que se había desposado.

Los suaves y eróticos gemidos femeninos se unieron a sus propios gruñidos, sus lenguas batallaron sin descanso mientras ambos se entregaban a la erótica cópula dando rienda suelta a sus más ocultos deseos. Sumidos en su propio mundo de placer nada más tenía importancia, no sentían la brisa del mar acariciándoles, ni el rugido de las olas que lamían la playa a pocos metros de ellos. La privacidad de su hogar los mantenía a ambos a salvo de cualquier indeseada interrupción y le permitía, por primera vez en las últimas y desquiciantes cuarenta y ocho horas, dedicarse por completo a la mujer que había rescatado sin saber que se convertiría en la dueña de su alma.

CAPÍTULO 17

Su estómago rugió.

Shura parpadeó asombrada, bajó la mirada a su estómago desnudo y se echó a reír.

Aquello tenía que ser lo más absurdo y anti erótico que le había pasado jamás. Acababa de tener el mejor polvo de su vida y su estómago protestaba de hambre, una completamente distinta a la que todavía burbujeaba en sus venas.

Gerion sonrió a su lado, tumbado de lado, con la arena pegada a la piel y sus alas cayendo por su espalda como una capa, extendió la mano y la extendió sobre ese bicho protestón que no dejaba de gruñir.

—Parece que el tiempo de juegos habrá que dejarlo para más tarde.

Como si estuviese de acuerdo, su estómago volvió a rugir.

—Estupendo —bufó cortando su hilaridad—. Menudo momento para protestar.

—Apenas has tocado el desayuno y es casi mediodía —murmuró mirando hacia el cielo, imaginaba que buscando la posición del sol. Se levantó sin previo aviso y le tendió la mano para ayudarla a hacer lo mismo—. Es normal que tengas hambre.

—A ti no te ruge el estómago y has desayunado incluso menos que yo —rezongó posando su mano en la suya y sintiéndose al instante izada—. Uff… parezco una croqueta, tengo arena hasta en los oídos.

—No eres la única —comentó y sacudió sus alas levantando una nueva ventisca de agua y arena—, necesito una ducha…

—Una idea que secundo totalmente.

—…pero hasta ese momento, un chapuzón servirá.

Enarcó una ceja.

—¿Un chapuzón?

Le indicó con un gesto de la barbilla la línea de playa.

—Tenemos agua ahí mismo.

Parpadeó todavía aturdida por el rápido cambio.

—No sé si… ¡Gerion!

Su nuevo marido la levantó a pulso, elevándola sobre él para finalmente sostenerla con un brazo por debajo de su desnudo culo.

—Será rápido.

Apoyó las manos en sus hombros para no caerse y se inclinó hacia él para susurrarle.

—¿Puedes ponerme en el suelo de nuevo, por favor? —pidió con un carraspeo—. Esto es… un poco incómodo.

—¿Incómodo? —preguntó con fingida inocencia.

—Bueno… —rezongó—. Tienes el brazo debajo de mi culo, mis tetas casi a la altura de la cara y mi estómago sigue protestando, ¿hay algo más anti erótico que eso?

Le dio un breve pellizco en el culo y respondió:

—Un chapuzón.

La forma en que curvó los labios y esa pícara mirada que le dedicó debió servirle de advertencia, pero no tuvo tiempo para pensar en ello pues después de adentrarse en el agua hasta casi cubrirle la cintura, la dejó caer de golpe. Se vio obligada a cerrar la boca, cortando así el gritito que emergió de su garganta y no tragar medio océano cuando se vio sumergida de nuevo. Sus pies resbalaron en blando suelo y se impulsó sacando la cabeza a la superficie y empezando a toser y escupir.

—¡Joder! ¡Está helada! ¡Antes no estaba tan fría! —protestó resoplando al tiempo que intentaba sacarse el pelo de delante de la cara e intentaba mantener el equilibrio—. Maldita sea, esto resbala.

Y el muy maldito parecía realmente satisfecho consigo mismo.

—¡No ha sido divertido así que deja de sonreír!

—Shura… —pronunció su nombre con suavidad.

—¿Qué?

—*Sirenita*, haces pie.

Dejó de patalear y se ayudó de su brazo para ponerse en vertical y comprobar, efectivamente, que el agua no le subía de los desnudos pechos.

—Porras —farfulló y como si quisiera reírse también, su estómago empezó a gruñir—. Y tú cállate.

—Al menos te has quitado ya lo más grueso de la arena —comentó llamando de nuevo su atención. El señor «*estoy más bueno que el pan con chorizo*», se estaba limpiando perezosamente mientras se adentraba un poco más haciendo que el agua le lamiese también las alas—. En casa podrás ducharte con agua caliente y jabón.

El verlo alejarse le produjo una inesperada punzada en el estómago.

—¿A dónde vas?

Se detuvo y giró lo justo para mirarla por encima del hombro.

—Necesito sacudir mis alas sin que tú acabes de nuevo cubierta de arena —le explicó—. No me alejaré, lo prometí y yo siempre cumplo lo que prometo.

Siguió sus pasos con la mirada y contuvo el aliento cuando lo vio sumergirse por completo dejándola sola durante unos instantes. Ese ángel era tan extraño como adorable, siempre anteponía sus necesidades o bienestar al propio y lo hacía sin pensar en ello.

Unos segundos después volvió a emerger del mar, el agua deslizándose sobre ese duro y perfecto cuerpo mientras se quitaba el excedente del pelo con las manos y extraía sus alas extremidades para sacudirlas con fuerza un par de veces y mantenerlas finalmente por encima del plácido mar.

—¿Lista?

Se limitó a asentir, dudaba que pudiese decir algo coherente en esos momentos. Su cerebro se había convertido una vez más en papilla, se mordió el labio inferior y procuró mantener cierto decoro manteniendo la mirada sobre su pecho, ya que ambos estaban totalmente desnudos. Aquello debería haberla preocupado, inquietado y sobre todo avergonzado, especialmente al estar al aire libre, pero no podía encontrar siquiera las fuerzas para pensar en ello.

No protestó cuando la cogió en brazos, se limitó a rodearle el cuello y pegarse a él a pesar de su completa desnudez.

—¿Qué te apetece comer?

Lo miró de soslayo y le sostuvo la mirada.

—¿Qué puedes ofrecerme?

La llevó hasta la orilla y, una vez allí, la dejó resbalar por su cuerpo hasta el suelo, manteniéndola en todo momento pegada a su costado, envolviéndola con la pesada húmeda ala que olía como el mar.

—¿Pescado a la brasa? ¿Brochetas de verduras?

Su estómago eligió protestar una vez más.

—Eso es un sí —murmuró avergonzada.

Él se rió, una risa clara, musical, que le provocó una nueva punzada de placer.

—Haremos una cosa —consiguió dominarse lo suficiente para decirle—. Mientras yo preparo la brasa, tú entras en casa, te das una ducha de agua caliente, te quitas la arena y te pones algo encima para que pueda concentrarme en lo que hago y no en… esto.

El *«esto»* fue su mano resbalando sobre su cuerpo desnudo, acariciándole los pechos, el vientre y el pubis.

Shura se quedó sin aire, su cuerpo latiendo de nuevo y la necesidad instalándose entre sus piernas. Se obligó a respirar profundamente y asentir.

—Vale —jadeó y eso hizo que su amante volviese a reír.

—Te enseñaré dónde está todo —la empujó con el ala, obligándola a caminar.

CAPÍTULO 18

—Me sorprende que hayas prescindido de esas cosas…

Se giró para ver a su mujer clavando la mirada en su espalda.

—Esas cosas se llamas alas —puntualizó poniendo los ojos en blanco—. Y «plumas y barbacoa» no es una de las mejores combinaciones que existen.

—En eso tienes razón —admitió y se acercó a la barbacoa, teniendo cuidado de no rozarse con él accidentalmente—. Huele de maravilla.

—Hay un poco de queso cortado, si quieres ir picando algo —le indicó la mesa exterior al tiempo que le daba la vuelta a las brochetas de verduras—. Y cervezas frías en esa tinaja de allí.

—Cerveza fría.

El tono de incredulidad en su voz lo llevó a girarse para mirarla, pero ella tenía los ojos puestos ya sobre la tinaja repleta de hielo de la que sobresalían algunas botellas.

—Si prefieres otra cosa…

Negó con la cabeza y cogió una de las botellas, girándose hacia él con un brillo de amor absoluto en los ojos.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo hace que no tomo una cerveza? —Sujetaba la botella como si fuera su tesoro más preciado —. Gracias, gracias, gracias…

Sacudió la cabeza y volvió a su tarea ocultando al mismo tiempo una secreta sonrisa.

—Me imagino que mucho, pero procura no tomártela de golpe y sin nada en el estómago.

—Queso, soy una ratoncilla —canturreó mientras mordisqueaba el triángulo blanquecino y buscaba a su alrededor cómo abrir la

cerveza.

—Tienes el abridor sobre la mesa —le informó.

—Gracias a dios que estás en todo —musitó y, unos segundos después, se puso a hacer ruiditos de placer—. Oh, ahora sí ya estoy en el paraíso.

La miró por encima del hombro y negó con la cabeza, entonces volvió a mirarla al reparar en el suave color rosado que resaltaba sobre sus hombros.

—Estás muy colorada, ¿te has quemado?

—Pues… —La vio extender los brazos y mirarse la piel con ojo crítico—. Diría que sí, un poquito —admitió haciendo una mueca—. No es que me sorprenda, llevo dos años sin ver realmente el sol, ni siquiera cuando nos sacaban al patio para que nos diese el aire, parecía tener ganas de brillar mucho.

Shura extendió los brazos, se los miró y se acarició suavemente la cara.

La recorrió una vez más con la mirada comprobando que su piel tenía un ligero tono febril, estaba claro que el sol la había acariciado dejándole su inequívoca marca.

—De momento quédate bajo la sombra del toldo —le indicó—, te buscaré algo para hidratar la piel en cuanto acabe con esto.

—No te preocupes, solo es un poco de colorcillo —replicó, pero se dejó caer en el banco de madera que había bajo el toldo y continuó mordisqueando el queso y alternándolo con sorbitos de cerveza.

Su compañía era algo a lo que todavía tenía que acostumbrarse, especialmente en ese lugar, pero le agradaba saber que estaba cerca, que no había optado por esconderse en la habitación.

Jamás había tenido problemas para hablar con una mujer después de habérsela follado, aunque siendo sincero consigo mismo, la charla post coito no era algo que estuviese en su agenda. No le gustaban las ataduras, en todos estos siglos no había tenido la libertad de elegir qué hacer con su vida como para buscar alguna clase de relación más seria que un polvo rápido, una noche sin compromisos o un satisfactorio intercambio sexual con alguna de sus

compañeras de armas. Incluso las relaciones que pudiese entablar con sus «penitentes» tenían fecha de caducidad y tendía a olvidarlas en cuando pasaba a otra misión.

Shura sin embargo era algo suyo, algo de lo que no podría deshacerse cuando todo terminase, ella permanecería a su lado, atada a su alma...

«No me dejes atrás».

Tenía miedo a ser abandonada de nuevo, lo había visto en sus ojos, escuchado en su voz, notado en su cuerpo, había tenido el valor para decírselo y a él le correspondía ahora el asegurarse que ella supiera que nunca la dejaría.

—¿Estás bien con lo que ha pasado entre nosotros?

Fue consciente del respingo que pegó, la manera en que enderezó la espalda y ciñó los dedos alrededor del cuello de la botella de cerveza hablaba por sí solo.

—No voy a ponerme a llorar ni sentirme culpable si eso es lo que te preocupa —respondió tras unos segundos en silencio—. He hecho lo que deseaba hacer. No me habría acostado contigo si no me apeteciese, ni no fuese lo que... deseaba...

Sacó las brochetas para la fuente y le dio una última vuelta al pescado que se hacía en otra parrilla, dejó las pinzas a un lado y fue hacia ella.

—¿Y sigues deseándolo?

Su rostro se convirtió en un semáforo en rojo, tragó, se lamió los labios y asintió muy lentamente.

—Sí —susurró, visiblemente avergonzada—. ¿Qué clase de pregunta es...?

No la dejó terminar, enterró los dedos en su pelo y la atrajo hacia él para besarla breve, pero profundamente.

—Entonces deja de andar de puntillas a mi alrededor, sirenita, ahora me perteneces y no hay nada en el cielo o el infierno que pueda apartarme de ti. ¿Entendido?

—Ah... Sí.

—Bien —asintió satisfecho, se retiró y volvió a la parrilla—. Coge los platos y lo cubiertos que encontrarás en ese mueble y pon la mesa, por favor.

Tardó unos segundos más en reaccionar, pero hizo lo que le pidió.

—Tienes una forma un tanto peculiar de solucionar las cosas —murmuró—. Aunque efectiva, desde luego.

Terminó con la preparación de la comida y se reunió con ella a la mesa.

—Ahora ya conoces mi método —le dijo dejando la bandeja con el pescado—. Vamos, siéntate, la comida ya está lista.

—Y huele realmente bien —comentó sentándose frente a él—. No sé por dónde empezar, hace tanto tiempo que no como una parrillada en condiciones, o que como cualquier cosa en realidad —dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza—. Mejor cierro el pico y me dedico a disfrutar de la comida. Gracias por esto.

—Ten cuidado, el pescado todavía está caliente.

Ella asintió y empezó a llenar su plato con un poquito de cada cosa, comía lentamente, saboreando cada bocado como si temiese no volver a hacerlo en mucho tiempo demostrando así que el confinamiento había hecho mella en ella.

Haría falta tiempo, que volviese a acostumbrase a la libertad, a vivir de nuevo y era responsabilidad suya ayudarle a ello.

—No sé si me gustan más las verduras o el pescado —comentó después de un rato—. Te ha quedado todo delicioso. Si llego a cocinar yo, ahora mismo estarías comiendo verduras calcinadas y pescado carbonizado.

—¿Tan mal se te da la cocina?

—Mal no, lo siguiente —replicó con una mueca—. Soy una negada en la cocina, Roberts puede confirmar mis palabras, se me quema hasta el agua.

—¿Y qué se te da bien?

La pregunta pareció cogerla por sorpresa, entonces sonrió y su sonrisa volvió a ser dulce y genuina.

—Hace tiempo solía pintar, es posible que mi material de pintura siga en la mansión —comentó pensativa, entonces hizo una mueca—. En la clínica intentaron que pintase como terapia... pero dejaron de insistir después de que le vaciase encima uno de los frascos a una de las enfermeras.

—Así que lo del celador no fue un caso aislado.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—Eso fue un accidente, ¿cuántas veces he de repetirlo? —rezongó—. Yo no lo golpeé.

—Lo sé, pero empiezo a ver que no eres precisamente un angelito.

—Le dijo el ángel a la diabla —replicó echándole la lengua—. No soy tan mala...

—No creo que haya un solo gramo de maldad en ti, Shura —admitió mirándola—, eres demasiado... tierna para eso.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Así que te parezco tierna.

—Como un bollito —le guiñó el ojo. Empezaba a sentirse a gusto en su presencia.

—Vaaaale —chasqueó apartando la mirada—. Solo hablamos de mí, pero ¿qué hay de ti? ¿En qué sueles invertir tu tiempo cuando no estás salvando a damiselas de clínicas psiquiátricas?

—Has sido la primera a la que he tenido que rescatar de un lugar tan extraño —admitió recostándose contra el respaldo.

Ladeó la cabeza y lo miró con una clara resolución.

—Te dije que no insistiría y no insistiré —le recordó—. Pero no te morirás por responder a alguna de mis preguntas. No es que fuera a utilizar contra ti tu plato favorito o algo...

—Lasaña vegetal.

—¿Qué?

—Mi plato favorito, es la lasaña vegetal casera, no comprada.

Se lo quedó mirando como si le hubiese salido una segunda cabeza, entonces sonrió con esa coqueta suavidad y ladeó la cabeza.

—Así que eres un hombre de gustos caseros.

—Pareces sorprendida.

—Supongo que me había hecho a la idea de que ibas a esquivar mi pregunta.

—Mujer de poca fe.

—De esa no tengo mucha, no —aceptó con un mohín, entonces sacudió la cabeza—. Pero ya que me has contestado,

¿puedo preguntarte a qué te dedicas? Me refiero, además de a «esto».

—Soy un *Sinner* a tiempo completo —replicó con un resoplido —. No me da mucho tiempo a hacer otras cosas.

—Vale, ya he metido la pata —suspiró—. Está claro que no sé qué preguntarte y que no haga que se te ericen las plumas...

—Era un guardián de la Gran Biblioteca.

Las palabras brotaron de sus labios antes de poder refrenarse. Aquel era su pasado, uno que había quedado atrás en el mismo momento en el que había sido enviado al Purgatorio. Ya no era aquel joven ángel, la condena lo había endurecido y lo había llevado a expiar cada uno de sus pecados con el único propósito de recuperar su libertad.

—Formaba parte del cuerpo de élite de los *Erelim*, comandado por Raziel, el Arcángel de los Secretos —puso en palabras aquello que había sido y nunca volvería a ser—. Tenía una misión muy concreta y... le di la espalda. Fin de la historia.

No dijo nada, se quedó callada durante un buen rato, entonces se levantó, rodeó la mesa y volvió a sentarse de nuevo a su lado.

—Yo he pasado buena parte de mi vida al servicio de la familia Regis —le dijo ella con voz baja, lineal, casi como si tuviese reticencias para hacerlo—. No recuerdo a mis padres, ni siquiera sé quiénes son. Crecí en un orfanato hasta que me colocaron en un hogar de acogida a los doce años. Mi madre de acogida, Marlene, era la ama de llaves de la casa Regis, así es como conocí a Daniel. Crecí a su lado, él era doce años mayor que yo, pero siempre me trató con educación y cariño, nos entendíamos y, con el paso del tiempo, él se ganó mi corazón y nos casamos.

Se encogió de hombros con ligereza, pero volvía a estar tensa, los recuerdos la habían retraído de nuevo.

—Lamento decirte que no te has ganado la lotería conmigo, no soy lo que se dice una joya como esposa.

—No buscaba una joya.

—Tampoco una esposa —le recordó, sacudió la cabeza y suspiró—. Ni yo otro marido, pero aquí estamos...

—Tómalo como un nuevo comienzo —le sugirió—. Para ambos.

Asintió, respiró hondo y respondió con sinceridad.

—Eso haré —declaró firme—. Casi me da pena perderme el momento en que esa perra se entere que me he vuelto a casar, tiene que ser algo memorable.

Resopló, pero alabó su intento por recobrarse de sus recuerdos y poner la vista en el futuro.

—Podemos decirle a Roberts que lo grabe en vídeo.

Lo miró de reojo.

—¿Va a acabar cansándote de mí?

—Das por sentado demasiadas cosas y ninguna de ellas ha salido de mi boca.

—Tocada y hundida —replicó haciendo una mueca.

—No te he traído aquí para que te hundas, Shura, sino para que te distraigas y puedas reencontrarte contigo misma —le recordó —. Deja todos los «y sí» para cuando volvamos a la civilización y ahora limítate a ser tú.

—¿Qué me limite a ser yo?

Asintió y señaló lo obvio.

—Cuando te relajas, cuando bajas la guardia, cuando cierras la mente a todo lo que ya no importa, te conviertes en una adorable compañera de juegos —le aseguró, haciendo hincapié en la forma en la que se había comportado en la playa—. Y esa es la chica a la que quiero aquí y ahora. La que se reía jugando con las olas en la orilla, la que se metió en el mar con su vestido de novia, la que se entregó a mí sin reservas sobre la arena… ¿Podrás dármela?

Se lamió los labios y ladeó la cabeza, inclinándose sobre él hasta reposarla contra su hombro.

—Lo intentaré.

Le acarició el rostro con la mano, levantándole la barbilla para mirarla a los ojos.

—No lo intentes, hazlo. —Le rozó los labios.

CAPÍTULO 19

Una semana después…

Shura no quería despertarse, deseaba permanecer allí dónde estaba, tranquila, calentita, suspirando de placer y protegida. No quería abrir los ojos y volver a la realidad de paredes estériles y acolchadas, batas blancas y pastillas que adormecían los sentidos. Quería seguir durmiendo, olvidarse del mundo y deleitarse de ese efímero momento de felicidad.

Se revolvió, las sábanas eran especialmente suaves en su sueño, cálidas y muy suaves, casi como plumas acariciando su piel desnuda. Dejó escapar un suspiro, estaba tan relajada y se sentía tan caliente que la palabra sexo burbujeó en su mente.

Se estiró, estaba caliente, notaba ese incómodo nudo en la parte baja del vientre, podía sentir como estaba excitada y muy mojada, tanto que anhelaba el contacto con su tierno sexo.

«Relájate».

Una sugerencia de su mente, una con profunda voz masculina que le provocó un delicioso estremecimiento de placer. Sus fantasías volvían a cobrar vida y podía sentir a su amante de ensueño volviéndola loca con tiernas caricias. Sus besos inundaron su mente, su lengua penetró en su boca dejando tras de sí un rastro especiado y único, pero era su contacto, esa repentina y deliciosa dureza sumergiéndose en su sexo la que la hizo jadear y arquearse debajo de él.

—Sí. —Se lamió los labios y elevó las caderas, ansiosa por calmar ese ardor—. Justo así.

Le escuchó reír, o quizá fue su mente la que la imaginó mientras se estiraba y revolvía sobre la cama, estirando los brazos y aferrándose a la suave sábana que encontró bajo ella.

«Sirenita, cuidado con esas manos». Escuchó en su mente y supo que en aquella frase había algo que le llamaba la atención. «Si arrancas una sola pluma, me vengaré».

Plumas. Esa palabra despertó algo en su mente, pero fue efímero, el placer arrasaba con todo lo demás y no le permitía hilar pensamientos y encontrarles coherencia.

«Eres tan dulce, tu sabor es algo que no puedo sacarme de la cabeza».

Tembló. Esa voz la estremecía hasta la médula y la hacía mojarse aún más. Nunca había estado tan excitada, aquel maldito lugar obraba como un efectivo anticlímax, pero hoy, sin embargo, todo era distinto, como si ya no se encontrase entre esas cuatro paredes y sí muy lejos de allí.

—Deja de pensar, Shura —escuchó de nuevo su voz, casi podría jurar que notó su aliento al oído—. Vacía la mente, no pienses en nada más que en lo que te doy.

Disfrutar. Su voz, sus caricias… Los recuerdos empezaron a descender en cascada trayendo con ellos los recientes sucesos y la presencia de alguien muy real.

—Gerion…

—Buenos días, *sirenita* —escuchó su voz, alta y clara ahora, rozándole el oído—. ¿Ya estás despierta?

Abrió lentamente los ojos y lo vio sobre ella, con esa mirada llena de deseo y lujuria, completamente desnudo, una visión deliciosa, sexy y tan masculina que aguijoneó su propio deseo.

—¿También te han encerrado en esta clínica, *mi ángel*?

Vio cómo sus labios se curvaban en una renuente sonrisa un segundo antes de bajar sobre su boca y acariciarle los labios con palabras.

—No estás todavía despierta del todo, según parece —murmuró él succionándole el labio inferior, mordisqueándoselo antes de poseerla. La devoró con lentitud, degustándola, enlazando su

lengua con la de ella, jugando, haciéndola gemir—. Supongo que tendré que seguir intentándolo un poco más.

Volvió a acariciarle los labios, se los resiguió con la punta de la lengua y notó lo que sin duda eran dos dedos incursionando un poco más hondo en su prieto y húmedo sexo.

Se arqueó, hundió las manos en la suave tela de las sábanas que tenía debajo de ella, pero empezó a comprender que no era tela, sino una manta de plumas que pertenecía a la extremidad alada que mantenía atrapada bajo su cuerpo; el ala de un ser en particular.

Sabía que debía decir algo, protestar al menos, pero el placer era tan crudo y estaba tan hambrienta que su mente se desfragmentó bajo su contacto y su cuerpo tembló experimentando el mejor orgasmo de su vida.

—¡Gerion! —Se arqueó, apretándose contra su pecho, deleitándose con el calor y dureza de un torso masculino antes de dejarse caer de nuevo sobre el colchón con perezosa y saciada lentitud—. No deberías estar aquí…

—¿Y dónde debería estar a estas horas, si no es en la cama con mi esposa? —Escuchó su réplica envuelta con una ligera risita—. Empiezo a plantearme pasar el resto del día recorriendo mi nuevo patio de juegos.

Suspiró y sacudió la cabeza. No podía quedarse allí, no podía dejar que lo atrapasen también a él.

—Tienes que irte, si ellos te ven… —arguyó con los ojos todavía cerrados y el cuerpo saciado apenas por ese delicioso orgasmo—. No quiero que te encierren a ti también, este infierno no es lugar para un ángel… No deberías estar en la clínica.

—Shura —le sopló al oído—. Abre los ojos, sirenita, no estoy en la clínica, ninguno de los dos lo estamos, esa vida quedó atrás.

Su mente se aferró a esa información y los recuerdos empezaron a encajar en su lugar. No, no estaba en la clínica porque había huido, él la había ayudado a escapar, la había llevado a casa y… se habían casado.

Abrió los ojos lentamente y volvió a cerrarlos cuando la brillante luz la hizo lagrimear, ladeó la cabeza y lo intentó de nuevo,

encontrándose ahora en su cama, aquella que compartía desde hacía ya una semana con Gerion en su casa de la playa.

—Buenos días, ¿ahora sí estás despierta?

Parpadeó un par de veces más aclarándose la vista y siguió el sonido de su voz, encontrándoselo medio inclinado sobre ella, apoyado en un codo y con la mano libre en su desnuda cadera. En realidad, toda ella estaba desnuda, enmarcada por una de sus alas, la cual seguramente habría acabado usando como colchón en algún momento de la noche.

—A duras penas —admitió levantando ahora los brazos para deslizar las manos sobre su espalda, hasta el nacimiento de sus alas, lugar bastante sensible, cómo había llegado a comprobar—. Buenos días.

—¿Hay alguna posibilidad de que te levantes para desayunar?

—¿Tengo que hacerlo?

Sacudió la cabeza y bajó la boca sobre su vientre, dónde depositó un ligero beso.

—Sería conveniente —admitió tirando de ella hacia abajo, separándole los muslos y llevándose una de sus piernas a su propia cadera para mantenerla abierta a sus pecaminosas intenciones—. Porque de lo contrario, nos perderemos el desayuno…

Se introdujo en ella con suavidad, lentamente, disfrutando del momento y provocándole una interminable y deliciosa agonía.

—A la mierda el desayuno —gimió arqueándose debajo de él, elevando las caderas para sentirle más adentro.

Tendría que sentirse avergonzada, un poco culpable, quizá, pero la semana que llevaba en aquel paraíso había sido la mejor de toda su vida. No había problemas a los que hacer frente, ni personas que la quisieran muerta, se pasaba el día tumbada al sol o a la sombra, había aprendido a nadar lo suficiente para no hundirse y con un poco de perseverancia había conseguido también ir sacándole algunos detalles de su pasado a su marido.

Gerion la estaba ayudando a sanar, a dejar atrás todo el dolor que había acumulado, le concedía sus momentos de soledad cuando así los necesitaba y estaba con ella, aunque solo fuese para hacerle compañía, cuando la soledad se hacía demasiado acuciante.

Sus noches eran solo suyas, esas horas entre las sábanas eran privadas, íntimas y no permitían que entrase nada del exterior. Si al principio se sentía un poco cohibida por la intensidad con la que lo deseaba, su paciencia y dulce disposición la habían llevado a erradicar cada posible duda y entregarse por completo a ese hombre, quién parecía dispuesto a hacerse un hueco en su corazón.

—Te he malacostumbrado —gruñó haciéndose con su boca, devorándola mientras se movía en su interior—, soy una mala influencia…

—La peor —jadeó aferrándose a sus hombros, gimiendo con cada una de sus embestidas—, pero no pares…

Se carcajeó en su boca, pasó a mordisquearle el cuello y siguió embistiéndola con pasión, controlando el ritmo y volviéndola loca a propósito.

—No pensaba hacerlo —jadeó él un instante antes de echarse hacia atrás y levantarla en el proceso, haciendo que terminase montada sobre sus caderas, con su pene profundamente clavado en su interior—. Me provocas un hambre desconocida, Shura, no sé si algún día llegaré a saciarme de ti.

—No lo harás —replicó categórica, moviendo sus caderas, apretando los músculos internos de su sexo para atraparlo y ver la reacción en sus ojos.

—Sirenita, tienes ganas de jugar esta mañana, ¿eh?

Asintió, ¿qué podía decir? Ojalá todos sus despertares fueran así.

—Es culpa tuya, empezaste el juego —ronroneó, mordisqueándole los labios al tiempo que se levantaba sobre él para volver a bajar después.

—No te preocupes, pienso terminarlo.

Y con eso le ciñó las caderas y la movió sobre él, tomando de nuevo el mando de aquel erótico juego que solo culminaría con ambos jadeando y totalmente saciados sobre el lecho.

Shura se dejó ir, se entregó completamente al placer y a sus cuidados y cuando llegó, el mundo estalló en pedazos a su alrededor.

—Tortolitos, si ya habéis terminado el polvo matutino, tenemos que hablar.

La inesperada voz masculina que resonó en algún lugar de la casa la congeló, miró a su alrededor y a su marido, quién había entrecerrado los ojos y tenía todo el aspecto de querer cargarse a alguien.

—Dime que no he oído…

Su respuesta fue besarla en los labios y salirse de su interior.

—Lo mataré y ya no oirás absolutamente nada.

Parpadeó incrédula.

—Pero ¿quién es?

—¡Un hijo de puta que acaba de firmar su sentencia de muerte!

Apenas había llegado al umbral cuando su cuerpo desnudo acabó cubierto por su armadura de batalla y desapareció.

—¡Gerion! —Lo llamó, pero él ya se había ido—. Pero ¿qué coño está pasando aquí?

Saltó de la cama, se vistió con lo primero que encontró y salió a las carreras esperando poder evitar cualquier asesinato… aunque ella también tuviese ganas de cargarse al que estuviese ahí fuera.

CAPÍTULO 20

—¿Es así como recibes a tu hermano mayor?

La respuesta de Gerion fue rotunda y un poco extrema, si bien no movió un solo músculo, el recién llegado acabó volando hacia atrás unos cuantos metros como si lo hubiese impactado una ráfaga de aire.

—No eres mi hermano —respondió como si nada—. Algo que pensé había quedado claro la última vez que hablamos.

—Eso es discutible —declaró el otro ángel riéndose a carcajadas en el suelo, sus alas extendidas tras él.

—No, no lo es.

—Sigues siendo tan territorial como siempre, hermanito.

—¿Es tu hermano? —preguntó sorprendida. Hasta dónde había podido sonsacarle, no tenía hermanos.

—No compartimos lazos de sangre —respondió con la misma voz firme y fría con la que había respondido al recién llegado—. Su nombre es Caliel y es la mano derecha de Galizur; un *Erelim*.

—¿Pertenece a tu orden?

Negó de nuevo y se giró lo justo para verle la cara.

—Yo soy un soldado, él es un tocapelotas de primer orden.

—Tú también lo fuiste en su momento, *hermanito* —insistió el recién llegado, quien ya se había levantado y se sacudía la ropa.

Al contrario que Gerion, quién iba vestido de negro de pies a cabeza, el ángel que tenía delante vestía de blanco, una especie de túnica que recordaba a los *Jedi* de las películas de *Star Wars*.

—Esa etapa hace tiempo que forma parte de mi pasado —declaró con frialdad—. Ya no soy ese *ángel*, dejé de serlo el mismo día en que él me envió al Purgatorio.

—Si le hubieses escuchado entonces, sabrías que…

Él desestimó su comentario avanzando hacia él con obvia intención de atacarle.

—Ger…

—Quédate ahí, Shura —le ordenó con el mismo tono de voz que estaba usando con el recién llegado—. Se irá tan rápido como llegó.

No pudo evitar estremecerse, el hombre que estaba ahora delante de ella no tenía nada que ver con el que acababa de abandonar su cama. Este ángel era alguien letal, cuyo poder podía sentir incluso sin que estuviese concentrado sobre ella y era lo suficiente intenso como para que la preocupase.

—Deja de comportarte como un capullo —rumió Caliel y la señaló a ella con un gesto de la mano—. ¿Esto es lo que quieres que ella vea de ti?

—Ella ha visto de mí mucho más que la mayoría.

—Motivo más que suficiente para que no te portes como un gilipollas —chasqueó su oponente antes de volverse hacia ella y dedicarle una sonrisa—. Hola Shura, es un placer conocerte al fin. Perdón por no haber asistido a la boda, pero nos hemos enterado un poquito tarde…

—No estabas invitado —gruñó su marido, quién no había cedido ni un ápice en su animosidad hacia el recién llegado—. Y sigues sin estarlo ahora. ¡Lárgate!

Aquello no iba a acabar bien, pensó mirando a uno y a otro. Tomó una profunda bocanada de aire y caminó hacia Gerion, deteniéndose a su lado.

—Shura…

—No sé qué clase de problema tienes con él, pero si ha venido a verte después de tanto tiempo, tiene que ser importante, ¿no crees? —Le dijo. Recordando lo que le había dicho sobre la pérdida de contacto que había padecido a raíz de su llegada al Purgatorio.

—Escúchala, habla con sensatez.

Fue consciente del momento en el que el guerrero que tenía ante ella empezó a perder ese borde afilado y mortal, sus alas se movieron, adquiriendo una postura más relajada.

—¿Vas a decirme ahora quién es exactamente el *Jedi* y de dónde ha salido?

Su comentario hizo que se girase hacia ella y enarcase una ceja en respuesta.

—¿Has visto bien su túnica? —comentó con gesto inocente.

Dejó escapar un profundo suspiro y se giró a ella, dándole la espalda a Caliel, señal inequívoca de que confiaba en él, a pesar de estar cabreado como un mono.

—No es mi hermano —quiso dejar claro—. Pertenece a la misma orden que yo, es uno de los soldados que custodiaban la Gran Biblioteca bajo las órdenes del *Arcángel Raziel*, más conocido como *Galizur*. Y ni siquiera debería estar aquí, para empezar.

Apoyó la mano en su brazo y asintió.

—Ya veo que vuestra relación va viento en popa, ¿tenéis pensado ya hacerme tío?

La respuesta de su marido fue girarse de nuevo hacia el ángel y fulminarlo con la mirada.

—¿Qué es lo que quieres, Caliel? —Lo cortó de raíz—. Dilo y márchate.

—Ya veo que no has perdido ese toque encantador de tu carácter —chasqueó él.

—Caliel…

—Ha llegado a mis oídos de que estás buscando información que tenga que ver con la muerte del cabeza de la Casa Regis, del Gremio *Infernus* y su casa.

La respuesta hizo que se tensara, miró a Gerion, pero él no dio muestra de reconocimiento alguna.

—Tus oídos deben estar bien afinados si ha llegado a ti algo que tiene que ver con el Gremio *Infernus*, no con el *Angelus*.

El aludido puso los ojos en blanco y avanzó hacia ellos.

—Y los tuyos taponados para no haber escuchado lo mismo que yo —le soltó—, pero bueno, si no fuese así, no estaría ahora aquí ejerciendo de mensajero.

—Al grano, Caliel.

—El *Sefer Raziel Ha Malakh* requiere tu presencia...

—No.

—Y la de ella.

—¡Eso es imposible!

—¿Quién es el *Sefer Raziel Ha Malakh*?

—No quién, sino qué —le aclaró su marido—. Es un libro, el Libro de las Revelaciones.

—¿Y un libro puede requerir la presencia de alguien?

—Este sí —concretó el recién llegado—. En otra época solía hablar mucho con Gerion, pero desde que se fue, han sido muy pocas las ocasiones en las que se ha podido escuchar su voz.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Eso solo lo sabe quién comparece ante él —le explicó y se volvió hacia su compañero—. Galizur cree que tiene que ver con la búsqueda que has iniciado, la que te ha llevado a ella... El *Sefer Raziel Ha Malakh* ha pronunciado el nombre del cabeza de la Casa Regis y el de tu esposa, también le ha obsequiado con una visión del atentado...

—Fue un asesinato.

Asintió y la miró a ella.

—Pero no era a Daniel Regis a quien buscaban, iban detrás de algo más, algo que creen tiene ella.

—¿El qué?

Negó con la cabeza.

—No lo sé —admitió—, supongo que es lo que el libro quiere comunicaros.

—¿Y dónde está ese libro?

—En la Gran Biblioteca, custodiada por el *Gremio Angelus* en el piso de arriba —replicó él con cierta frialdad—. Un lugar del que fui expulsado y al que no puedo volver.

—Y por eso Galizur quiere que te reúnas con él en Espejo —le informó—. Es su libro y solo él puede sacarlo de la biblioteca.

—¿Está dispuesto a correr ese riesgo por un caído?

—Lo está por un hermano —replicó y se volvió hacia ella—. Y por tu compañera.

—¿Qué es el Espejo?

—La biblioteca del Purgatorio —respondió sin mirarla—. La biblioteca tiene un espejo en cada territorio, un duplicado. El Purgatorio es el único lugar en el que los libros de uno y otro gremio

pueden ser visualizados. Un lugar al que solo pueden acceder los condenados.

—Y ese tal Galizur no lo está.

—No.

—¿Y pretende ir al Purgatorio a llevarte el libro?

—Premio para ti —replicó Caliel—. Bien, yo ya os he dicho lo que tenía que decir, así que os dejo... a lo vuestro, tortolitos.

Sin una palabra más, batió sus alas, se elevó y desapareció en un destello que casi la deja ciega.

—La madre que...

Una suave ala se cernió sobre ella, envolviéndola y trayéndola hacia el cálido y duro pecho masculino.

—¿Qué ha significado todo eso? —resopló, frotándose los ojos.

—Parece que alguien podría tener las respuestas que buscamos —le acarició el pelo.

—Ha dicho que no buscaban a Daniel, sino algo que tengo yo —negó con la cabeza—, pero yo no tengo nada, Ger, ¿qué podría tener para que quisieran atentar contra nuestras vidas? Y si es así...

—Si tú eras el objetivo y no Regis, lo descubriremos y haremos lo que tengamos que hacer —declaró—. Te prometí que llegaríamos al fondo de esto y lo haremos, así tenga que pactar con el mismísimo diablo para hacerlo.

—Empiezo a preguntarme si conservaré la cordura cuando todo esto acabe.

—Lo harás, sirenita, no permitiré que sea de otro modo.

Y para sellar su promesa la besó.

CAPÍTULO 21

Shura se dejó caer de espaldas sobre la amplia y enorme colchoneta que hacía la función de cama en el solárium, le gustaba ese lugar, desde allí podía ver la playa por debajo de ella y el mar extendiéndose hasta el horizonte. El cielo azul se recortaba contra la pérgola con cortinajes recogidos que permitía disfrutar del calor sin que el sol incidiese totalmente sobre ella maltratando su piel ya quemada. Suspiró, estaba cansada, agotada a un nivel que no podía siquiera empezar a concebir, su vida parecía una noria que no dejaba de girar y empezaba a marearla.

La visita de Caliel no había hecho otra cosa que sembrar más incógnitas en el enorme campo que se había convertido su vida en los últimos días y alimentar aquellas dudas que permanecían en un rincón de su mente.

—Ojalá tuviese mucho más claro en mi mente lo que ocurrió esa noche —musitó para sí, giró sobre el costado y se quedó mirando el océano que se extendía en el horizonte—. Si tan solo pudiese recordar con exactitud lo ocurrido, sin los monstruos y fantasmas que entorpecen esos recuerdos.

Lo había intentado una y otra vez hasta el punto de enloquecer y entonces había relegado esas imágenes a lo más profundo de su mente para evitar que siguiesen atormentándola.

Pero si había algo que no podía olvidar, que no podía acallar, era la voz de Daniel pidiéndole que huyese.

—Si realmente venían a por mí, si yo era lo que buscaban… —sacudió la cabeza una vez más—. Pero ¿por qué? Yo no tengo nada, ¿qué podrían querer de mí?

La colchoneta se hundió tras ella y al momento un cuerpo cálido y duro se presionó contra su espalda, envolviéndola en ese familiar calor mientras la atraía a la seguridad de sus brazos.

—Tenía que haber desplumado a ese hijo de puta —escuchó su afirmación.

—Tengo la sensación de que por más que corra, por más que intente olvidar, no voy a poder liberarme jamás de esto —admitió cubriendo las manos masculinas con las de ella—. Sé que la clave está en ese atentado, en lo que ocurrió esa noche, pero soy incapaz de recordar con nitidez, separar lo real de mis pesadillas…

—Háblame de ello, dilo en voz alta, déjalo salir, quizá así podamos llenar los huecos que tu mente ha decidido borrar —le sugirió besándola en el cuello—. ¿Qué pasó esa noche, Shura?

Sacudió la cabeza y hundió los dedos en sus plumas, necesitando de ese extraño contacto, de esa protección que siempre parecían ofrecerle sus alas.

—No hubo tal accidente, no fue causa de la mala suerte, ni de un conductor borracho, fueron a por él... A por nosotros.

—Intenta recordar, hazlo paso a paso —le dijo apretando sus brazos a su alrededor—, estaré justo aquí y te sostendré cuando creas que no puedes seguir.

Cerró los ojos y saboreó esas palabras.

—Murió protegiéndome —respondió con total seguridad—. Si hay algo de lo que no tengo dudas, es que él dio su vida por mí.

Cerró los ojos, se aferró a él y dejó que su mente vagara hacia ese oscuro rincón en el que esperaban agazapados los monstruos, el único que tenía las respuestas a aquella noche.

Los recuerdos se vertieron de su mente, reproduciéndose como una vieja película de cine, jugando con sus emociones y trayendo al presente imágenes de un pasado que prefería olvidar.

Volvió a sentir la emoción que la embargaba esa noche, la alegría por salir de la casa en la que últimamente pasaba el tiempo sola, la añorada compañía de Daniel y la perspectiva de pasar unos días a solas con él la habían calentado por dentro. Podía escuchar nítidamente la melodía que sonaba en la radio, recordar la conversación que habían tenido unos instantes antes de que un

fogonazo de luz golpease el parabrisas, el sonido la había sobresaltado, había gritado mientras su marido daba un volantazo tras otro intentando controlar el vehículo que se deslizaba chirriando de un lado a otro.

—¡Daniel!

—Todo va bien, Shura —le había dicho con esa voz profunda y firme que siempre exhibía, incluso en los momentos más críticos—. No te tendrán.

—¿Qué? —No había entendido su respuesta, pero tampoco había tenido tiempo de valorarla, pues un nuevo fogonazo de luz impactó directamente contra su lado del coche arrancándole un nuevo chillido—. ¡Daniel!

—¡Shura!

El fuerte impacto lanzó el vehículo hacia un lado mientras ella era impulsada hacia delante y luego hacia atrás, el cinto de seguridad le oprimió el pecho cortándole la respiración al tiempo que el mundo empezaba a girar sobre sí misma.

—Oh dios, Daniel, Daniel…

—Malditos bastardos —escuchó su voz en medio del zumbido —. Tranquila, todo irá bien. Sujétate, pequeña.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo, especialmente cuando el vehículo dio vueltas sin parar hasta que se detuvo con un sonoro golpe de nuevo sobre sus ruedas.

—¿Qué pasa? ¿Qué está pasando? —jadeó aterrada. Estaba tan sorprendida y asustada que las lágrimas ni siquiera acudían a sus ojos a pesar de los latigazos de dolor y los cortes procedentes de los cristales rotos que le rasgaban la piel.

No hubo tiempo para recuperar la respiración ni para comprender que estaba de nuevo en posición vertical pues sufrieron un nuevo impacto. El dolor explotó entonces en su costado, el airbag lateral acababa de saltar magullándola solo para sentir a continuación como se golpeaba la frente y le estallaba la cabeza.

—Daniel… —gimió su nombre, se tocó la frente y vio a través de las lágrimas que inundaban sus ojos el color rojo de la sangre tiñéndole los dedos—. Oh dios mío… Daniel.

Intentó moverse, pero no podía. El cinturón, seguía anclada a su asiento por el cinturón.

—Shura —escuchó su nombre a través del zumbido que surgía en su cabeza. Unas manos la tocaron y no pudo evitar dar un respingo y gritar tanto de miedo como de dolor—. Ya cariño, ya, soy yo.

—Daniel, Daniel, oh dios… qué pasa… hemos… hemos tenido un accidente… qué… —Sus propias palabras eran incoherentes.

—Vamos, amor, no puedes quedarte aquí. —Notó como tiraba del cinturón, como este se aflojaba y sus brazos la recorrían—. Shura, vamos, tienes que moverte.

Voces lejanas, gritos, el claxon de un coche, todo se entremezclaba en su mente junto con el profundo dolor que recorría su cuerpo.

—No… no puedo… me duele… Daniel, me duele mucho.

Pero él no la escuchaba o no deseaba escucharla, tiró de ella haciéndola llorar, lastimándola.

—No puedes quedarte aquí, maldita sea, Shura, ¡reacciona! —Sus palabras la azotaron por su intensidad. Él nunca le gritaba, nunca había escuchado tal desesperación en su voz—. Pequeña, tienes que moverte. Sí, así. Tranquila, despacio… te sacaré de aquí, no van a tenerte, no permitiré que lleguen a ti.

—Daniel… me… me duele —se quejó aferrándose a sus brazos, comprobando ahora que él también estaba sangrando, tenía una brecha en la frente—. Estás sangrando… tu cabeza…

—Estoy bien, estoy bien, vamos… despacio, así… —tiró de ella, ayudándola a salir a través de su propia puerta, pues la de su lado era un amasijo de hierros—. Maldita sea, no tenía que pasar esto. Tenía que haberlo desenmascarado, debí suponer que no se quedaría de brazos cruzados.

—¿Daniel?

Le sonrió, siempre le sonreía para tranquilizarla.

—Despacito, amor —la sacó de aquella trampa mortal—, todo irá bien, pequeña. No dejaré que te toque, ninguno lo hará…

Entonces se escuchó una nueva explosión a su espalda, se giró a tiempo de ver cómo su coche estallaba y el brillo del fuego

iluminaba esa irreal pesadilla. Un hombre vestido de negro apareció saltando de entre las llamas, aterrizó sobre el capó y bajó al suelo sin que el fuego lo tocase siquiera. Su piel era oscura, rugosa, pero eran sus ojos de un intenso rojo y una sonrisa bordeada por unos labios negros y unos dientes aserrados lo que la hizo palidecer. Esa mirada no era humana, su cuerpo podía muy bien haber salido de una de esas peleas de la WWE.

—Entrégame lo que has robado y que tu sangre purgue todos los pecados de tu casa.

Sus palabras parecieron perforarle los oídos, dio un paso atrás solo para tropezar y sentir los brazos de su marido tirando de ella, escudándola contra su propio cuerpo mientras la hacía retroceder para alejarla del vehículo incendiado.

—Daniel… —susurró su nombre, pero él no la escuchó.

—¡Ella no es tuya! ¿Es que no te das cuenta? —clamó en cambio respondiendo a ese ser—. Han pasado siglos, ya no es la misma, su alma ha encontrado otro dueño.

—¡Su alma es mía! ¡Siempre será mía!

Salida de la nada vio una enorme hoja de un brillante color negro, algo a caballo entre un cuchillo y una espada, que se dirigía directamente a ellos.

—¡No!

El grito de Daniel le lastimó los oídos, entonces sus manos estuvieron allí, arrastrándola de nuevo, girándola en sus brazos y empujándola a un lado mientras detenía el ataque con un arma del mismo color y que arrancó chispas al contacto con su antagonista.

—Qué… qué es… ¿Daniel?

Se giró y pudo ver su rostro, pero ya no era su rostro, sus ojos habían cambiado de color y su voz era mucho más profunda cuando le gritó.

—¡Corre!

Jadeó, incapaz de borrar de su mente esa mirada inhumana, el terror se instaló en su mente impidiéndole reaccionar con mayor rapidez.

—¡No! —clamó ese ser y se lanzó hacia él con rabia.

Su marido recuperó entonces su propia mirada, le dedicó una tierna sonrisa y gesticuló las palabras que escuchó como si le fuesen susurradas al oído.

—Huye, Shura, corre y no mires atrás —le dijo con ese tono calmado de siempre—. Corre, pequeña, solo corre y no te detengas hasta llegar a casa.

Sacudió la cabeza sin comprender.

—Daniel —jadeó su nombre y empezó a caminar hacia él—. Daniel, por favor…

—¡Noooo! —escuchó su grito ahora en voz alta—. ¡Shura, huye!

Esa hoja se dirigía ahora hacia ella, dispuesta a ensartarla, se quedó paralizada incapaz de hacer otra cosa que mirar esa perfecta negrura, de contemplar el horror que representaba aquella colosal pesadilla hasta que algo tiró de ella impulsándola hacia atrás, como si fuese empujada por una ola expansiva.

El dolor atravesó todo su cuerpo, escuchó el lejano grito de alguien, el chasquido del fuego seguidas de pequeñas explosiones solo para abrir los ojos, enfocar y ver cómo su marido caía al suelo de rodilla, con esa hoja atravesándole un segundo antes de ser sacada de su cuerpo por su asesino.

Sus ojos se encontraron una última vez, sus labios se movieron y le dedicó sus últimas palabras.

—Corre, Shura, corre y no mires jamás atrás…

Algo brilló entonces en la mano masculina y un nuevo fogonazo de luz envolvió a los dos contendientes provocando un nuevo estallido.

Abrió la boca para gritar, el terror le recorría las venas, le nublaba la mente y le arrancaba la razón para sumergirla en una agónica pesadilla.

Todo a su alrededor parecía haberse hecho pedazo entonces, al sonido de las explosiones se unió el ulular de las sirenas de la policía y de los distintos servicios de emergencias. No supo cuánto tiempo pasó allí sentada, ni siquiera fue consciente de haber sido recogida por los sanitarios y llevada al hospital, no fue consciente de nada más que del miedo y el horror que estaba presente en su mente,

una que se había hecho pedazos ante los inexplicables sucesos que había presenciado.

Abrió los ojos de golpe y se encontró bajo Gerion, sus ojos claros brillaban de forma sobrenatural, su cuerpo enjaulaba el suyo mientras sus alas los protegían a los dos.

—Murió protegiéndome —jadeó, las lágrimas descendiendo por sus mejillas—, lo asesinaron por mí. Me buscaban, querían algo de mí…

Sacudió la cabeza, se aferró a sus brazos y lo miró a los ojos como si él pudiese tener las respuestas.

—¿Por qué? ¿Por qué iban a por mí? —susurró aterrada—. ¿Qué soy? ¿Quién soy?

Sus ojos se entrecerraron y sus labios pronunciaron una frase.

—*La Clavis Sanguine*.

Parpadeó y recordó de dónde había salido esa frase.

—¿Qué significa eso? Gerion, ¿qué es la *Clavis Sanguine*?

Sacudió la cabeza.

—No reconozco el término, Shura, pero ahora está claro porqué Galizur quiere vernos —siseó.

Respuestas, eso era lo que necesitaban y la única manera de obtenerlas parecía ser asistiendo a esa reunión con un arcángel.

CAPÍTULO 22

Biblioteca Espejo
Purgatorio

La oscura soledad que rodeaba el edificio por el que caminaban le provocaba escalofríos. Ni siquiera su magnificencia, el prístino mármol que lo cubría todo del suelo al techo y las interminables estanterías repletas de libros, conseguían minimizar ese silencioso halo de misterio sepulcral que parecía envolverlo todo.

Su belleza era equiparable a la soledad que lo envolvía, no hacía frío, pero tampoco calor, la claridad no procedía de lámparas o bombillas, era como si cada pilar de las paredes emitiese un suave brillo que dotaba de una mortecina luz al edificio.

El lugar le provocaba escalofríos, no tenía nada que ver con la fortaleza medieval que había visitado una semana atrás, si bien la Biblioteca Espejo, como se conocía ese edificio, podía parecer a priori un lugar de luz, la oscuridad que había allí dentro le erizaba el vello.

Si no estuviese pegada ya a Gerion se habría ocultado debajo de sus alas solo para estar segura de no quedar encerrada en ese extraño lugar.

—¿A dónde tenemos que dirigirnos exactamente? —preguntó sin poder dejar de mirar a todos lados—. Este edificio me produce escalofríos.

—A la Sala Espejo, es el corazón de la biblioteca y un punto intermedio —respondió y levantó su ala derecha—. ¿Crees que podrías dejar de clavarme las uñas en el arco inferior?

Su tosco comentario la llevó a bajar la mirada y encontrar su mano aferrada a esa zona en particular. Tenía los nudillos blancos, los dedos enterrados contra la parte más ancha y dura del apéndice. Lo soltó inmediatamente y se llevó la mano al pecho.

—Lo siento, este lugar me pone de los nervios —admitió en un siseo—. Es como si respirase, como si tuviese conciencia y nos estuviese vigilando a través de un agujero.

—Este edificio puede ser bastante caprichoso con los extraños.

—Entonces no son imaginaciones mías, tiene vida propia, es… una entidad. —Sonaba descabellado, pero dado todo lo que llevaba visto hasta el momento, eso sería lo más normal de todo.

—Las bibliotecas de los Gremios contienen en su interior milenios de historia, el poder emana de sus libros y manuscritos, fluye por sus paredes y el Espejo no es otra cosa que un reflejo de ellas —le explicó—. Mientras que cada una por separado, responde a un amo, el Espejo elige a quién responder.

—Así que «Espejito» decide a quién deja entrar y a quién pegarle una patada y mandarlo… no sé, ¿a los infiernos?

Gerion sacudió la cabeza y resopló.

—Lo más probable es que ni siquiera dejase que atravesases sus puertas.

—¿Lo más probable? ¿Eso quiere decir que no se ha dado el caso?

Se encogió de hombros y sus alas acusaron el movimiento.

—Hasta ahora nunca tuve la necesidad de traspasar sus puertas.

Continuaron por el corredor principal hasta llegar a una especie de enorme antesala circular en cuyo centro había una especie de atril de mármol totalmente vacío.

—Bienvenida al corazón del Espejo —le dijo al tiempo que le cogía la mano y enlazaba sus dedos a los de ella—. No te sueltes de mi mano en ningún momento, esta sala suele ser bastante traicionera y una vez entras, resulta difícil reconocer cuál es el umbral que has atravesado.

Tan pronto estuvo en el interior y cerca del atril de piedra comprendió sus palabras. La habitación era completamente lisa,

dividida en cuatro entradas que no presentaban ninguna diferencia y, tal como había aventurado su marido, fue incapaz de saber cuál era la que acababan de atravesar a pesar de haber dado tan solo unos pocos pasos.

—Joder, qué hija de puta. —No pudo evitar murmurar ante el truco visual que se había creado en el interior.

Levantó la cabeza y observó la cúpula, una bóveda de insondable color negro que le provocó un escalofrío, era como un agujero negro dispuesto a tragarse lo que hiciese falta.

Se estremeció, apretó con más fuerza la mano masculina y se mantuvo pegada a su ala.

—¡Galizur!

El inesperado grito que dio Gerion la hizo saltar, su voz reverberó en las paredes antes de ser engullido por ese cielo negro.

—Te agradecería que me avisases la próxima vez que decidas hacer…

No pudo terminar la frase, pues un inesperado fogonazo de luz salió de aquella oscuridad y cayó como un rayo ante ellos. El destello fue tan intenso que acabó viendo puntitos negros durante unos largos segundos.

—Exhibicionista —escuchó sisear a su compañero, quién levantaba una de sus alas para parapetarla del exagerado brillo—. ¿Estás bien, Shura?

—No, no veo una mierda —replicó frotándose los ojos con la mano libre.

—El *Sefer Raziel Hamalach* tiene una manera dramática de hacer sus apariciones.

—No le echéis la culpa al libro cuando sois vos quién lo sostiene.

Una suave risa inundó la sala y la acarició como una mano amiga haciendo que los puntitos desaparecieran de su vista.

—Han pasado varias vidas desde la última vez que estuvimos cara a cara, Gerion.

Tras parpadear un par de veces y comprobar que podía enfocar de nuevo, levantó la cabeza dispuesta a insultar también al gilipollas

del truquito de luz, pero las palabras se le atascaron en la garganta nada más verle.

Azules. Más allá de la misma presencia de aquel extraño, lo que más le llamó la atención fue el color de sus alas, de un intenso color azul zafiro a juego con un atuendo de guerrero similar al que había visto sobre el cuerpo de su marido.

—Shura Sacra —pronunció su nombre y sus palabras volvieron a ser como una caricia—. Es un honor conocerte.

¿Un honor? ¿Para él era un honor conocerla a ella? ¿Una simple humana y mortal?

—El honor es mío… er… señor.

El recién llegado posó de nuevo su mirada sobre su compañero antes de avanzar hacia el atril y dejar sobre él un pequeño libro en el que no había reparado hasta ese momento.

—Hay algo que necesitas ver —le informó manteniendo una mano encima de la gastada encuadernación de lo que parecía un antiguo manuscrito—, y ella también.

No se movió ni un centímetro, de hecho, notó como le apretaba más la mano, como si quisiera asegurarse de que ella seguía a su lado y no quedaba solo ante ese ser celestial.

«Ya no soy ese ángel, dejé de serlo el mismo día en que él me envió al Purgatorio».

Las palabras que le había dedicado a Caliel volvieron a su mente en ese momento dándole una pieza más del puzle del misterio que envolvía el castigo de Gerion.

—Fuiste tú —musitó mirando directamente al arcángel de alas azules—. Tú lo enviaste aquí.

Las miradas de ambos cayeron sobre ella haciéndola consciente de que había dicho aquello en voz alta.

—Sí, lo hice —admitió con sencillez, su mirada fija en ella—. Le envié a dónde era necesario que estuviese para encontrarte.

—¿Qué? —La pregunta surgió de los labios de su marido y de los suyos al mismo tiempo.

—¿Crees que habría prescindido de la presencia de uno de mis más queridos *Erelim* si no fuese absolutamente necesario? —replicó Galizur como quién reprende a un niño que habla sin saber lo que

dice—. Eras necesario aquí, Gerion, todas las vidas que has dejado atrás te han preparado para esta, para ella —La señaló con un gesto de la mano—. La única a la que estás destinado.

«Ven a mí, Clavis Sanguine, te he estado esperando».

Una nueva voz resonó en la sala.

—¿Qué? —preguntó girándose, esperando ver a alguien atravesar alguno de los umbrales o aparecerse del mismo modo en que lo había hecho el arcángel.

—¿Shura? —Gerion tiró de su mano.

—¿No has oído eso?

La manera en que entrecerró los ojos y se giró, clavando la mirada en el libro que estaba sobre el atril no fue precisamente alentadora.

«Clavis Sanguine».

La llamada resonó una vez más en la sala, volvió a mirar a su alrededor, pero allí no había nadie.

«Ven a mí, Clavis Sanguine».

Aquella nueva petición la hizo fijar la mirada en el libro, tiró de la mano que todavía retenía su marido y se acercó al atril. La necesidad de tocar el libro, de ir hacia él era primaria y anulaba todos sus demás sentidos.

—Acompáñala en el viaje, Gerion —escuchó la voz del arcángel como si estuviese en otra habitación y no junto a ellos—. Es para los dos.

Shura no vio el dolor y la rabia en los ojos de su marido cuando miró al arcángel, ni tampoco el sufrimiento que sentía por ella, pero supo que estaban allí, que habían sucedido, cómo supo muchas otras cosas en el preciso momento en que posó la mano sobre el Libro de las Revelaciones.

«Ven a mí, Clavis Sanguine».

—¿Por qué me llamas así? ¿Qué es la *Clavis Sanguine*? ¿Quién es? —Se encontró preguntando en voz alta.

Su pregunta hizo que el libro se abriese y las páginas empezaran a pasar por sí solas, como si fueran impulsadas por una corriente de aire, hasta detenerse en una en concreto.

Ante ella se extendían varias filas de símbolos incomprensibles, marcas que no era capaz de interpretar.

—No es posible…

La voz de Gerion la hizo apartar la mirada del libro y encontrarse con el pétreo rostro masculino con los ojos clavados en la página y una expresión de profunda ofuscación.

—Tú puedes leerlos, ¿no es así?

La miró y frunció el ceño, a juzgar por la manera en que reaccionó, no solo los entendía sino que parecían comunicar algo que no le gustó demasiado.

—Sí.

—¿Y qué es lo que pone?

—Que tú eres la *Clavis Sanguine, la Llave de Sangre* —respondió, pero su mirada ya no estaba en ella, sino en el arcángel —. ¿Este era vuestro plan desde el principio? ¿Por esto me habéis enviado al Purgatorio? ¡Contestad, maldita sea, *sire*!

El arcángel ni se inmutó, parecía darle igual que su antiguo subordinado patalease, gritase o, dios no lo quisiera, le fuese al cuello.

Shura tiró entonces de la mano de su compañero, sabía que no la soltaría, pero al menos llamaría su atención de regreso.

—Gerion Sacra, ¿vas a decirme de una maldita vez qué demonios pone ahí? ¿Y qué es eso de que yo soy la *Clavis Sanguine*?

—Eres un icono de poder para las siete antiguas casas del *Gremio Infernus*, el cabeza de la casa Regis era tu protector, pero su muerte abrió una nueva veda para la caza.

La explicación vino del arcángel, quien parecía haber decidido cuáles preguntas responder y cuáles no.

—¿Caza? ¿De qué caza hablas?

—Piensa en la *llave* como el *Santo Grial* del *Gremio Infernus* —añadió Gerion, apretándole suavemente la mano a modo de respuesta tardía a su llamada de atención—. Un objeto que ha sido codiciado por las siete casas desde el inicio de los tiempos y cuya posesión confiere a su portador un poder sin igual sobre las demás casas.

—¿El Santo Grial? ¿Me tomas el pelo? —No podía ni llegar a comprender la magnitud de aquella revelación—. Yo no tengo nada que se parezca a una copa, en realidad, no tengo absolutamente nada con semejante valor.

Por primera vez desde que entraron allí, su marido se concentró solo en ella.

—No lo has entendido, Shura, no es que tengas la *Clavis Sanguine* en tu poder*,* tú *eres* la *Clavis Sanguine* y hasta hace cosa de dos años, has estado bajo la custodia de la Casa Regis.

Sacudió la cabeza, aquello no tenía ningún sentido.

—Yo no soy una propiedad, no le pertenezco a nadie —puntualizó para dejar claro ese punto—. No se me puede reclamar como si tal cosa.

—Sí, puedes ser reclamada, pequeña humana —intervino de nuevo el arcángel, sus ojos azules volvieron sobre su compañero—, y lo has sido tal y como estaba escrito que sucedería.

Se giró hacia su marido, quién apretaba la mandíbula.

—¿Gerion?

—He sido yo, yo te he reclamado —respondió en un bajo siseo, obviamente la respuesta no era para ella, aún si contestaba a su pregunta—. Arthurius unió nuestras almas y nosotros nos unimos voluntariamente bajo la ley de los hombres.

—Esta es tu última penitencia, Gerion, culmina tu misión con éxito y vuelve a casa. —La voz de Galizur contenía una muda súplica y un tono de perdón—. Volved los dos.

Sin más, recogió su libro y, con una dulce y casi paternal sonrisa, se fue de la misma manera en la que había venido.

CAPÍTULO 23

—Eso ha sido más mierda de la que puedo soportar la mayoría de los días —resopló Shura mirando la sala vacía en la que seguían—. Quiero irme a casa, quiero volver a mi monótona vida anterior a todo este infierno.

Necesitaba abandonar este lugar, olvidarse de todo lo que acababa de ver y encontrar una respuesta a tantas y tantas preguntas que habían surgido a raíz de esos nuevos descubrimientos.

Había venido en busca de explicaciones y, sin embargo, salía todavía con nuevas dudas y una agridulce sensación de no saber realmente con quién había estado todos esos años y quién era ella en realidad.

Eres la Clavis Sanguine.

Esa frase traía consigo un nivel de conflictos que era incapaz de empezar a apreciar, un infierno mucho mayor que cualquiera en el que hubiese estado sumida hasta el momento.

—Volvamos a casa, por favor —pidió volviéndose a su compañero—. Si me quedo aquí un segundo más, alguien aparecerá diciendo que en otra vida fui la Rana Gustavo.

—Eso lo veo poco probable.

Su irónica respuesta hizo que lo mirase.

—Estoy perdiendo mi cordura a pasos agigantados, Gerion, todo lo que conocía, todo lo que era, se está viniendo abajo como un castillo de naipes.

—No puedes seguir aferrándote al pasado, Shura, necesitas seguir adelante…

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no lo intento? —resopló—. Cada vez que doy un paso hacia delante, parece que se destroza la mitad del camino que he dejado atrás. Toda mi vida se ha ido a la mierda en menos de cuarenta y ocho horas, he tenido que, ¿una semana de tranquilidad? Solo para que en quince minutos o menos, me encuentre en medio del jodido Apocalipsis.

Se pasó la mano libre por el pelo con gesto desesperado, estaba empezando a perder la cordura de verdad.

—En tan solo siete días mi vida se ha ido a la mierda —admitió con desesperación—. Y por si eso fuese poco, ahora ese tipo de alas azules y su jodido libro dicen que soy el premio principal en una contienda de poder entre siete casas, las cuales, a la luz de los acontecimientos, no tienen ningún problema en matar o secuestrar, con tal de hacerse conmigo. ¡Dime tú qué puñetas hago yo ahora!

—Evitar acabar en una nueva sucesión de sangre —replicó resoplando a su vez—. Ahora todo empieza a cobrar sentido.

—Yo no lo veo tan claro.

—El *Sefer Raziel Ha Malakh* ha arrojado algo de luz sobre los pasados acontecimientos al revelar tu papel en todo esto —le informó—. El atentado que sufristeis estaba destinado a desestabilizar la actual reclamación y propiciar una nueva caza. Pero el sacrificio que hizo Daniel al dar su vida por la tuya te convirtió en la portadora de su sangre, lo cual quiere decir que nadie puede tocarte o dañarte, pero sí pueden sentar un reclamo sobre ti.

Negó con la cabeza, los recientes sucesos la habían dejado exhausta.

—No soy un objeto que alguien pueda reclamar —replicó con un resoplido—. Y eso te incluye a ti. Estamos casados, pero no eres mi amo.

—Me temo que en mi mundo las cosas no funcionan así —aseguró con un profundo resoplido—. Las siete casas del *gremio Infernus* son poderosas, su sed de poder no conoce rival, harán hasta lo imposible por hacerse contigo, con la *Clavis Sanguine.*

—Para empezar, no soy ningún trofeo —dejó muy clara su postura—, y segundo, ese tío emplumado acaba de decir que tú me has reclamado.

—Yo no pertenezco a las *Casas Infernus*, ni siquiera a su gremio —repuso y añadió—. Pero ahora saben que para llegar a ti, primero tienen que negociar conmigo o matarme, lo cual no es factible ni una cosa ni la otra.

—Es un alivio saberlo. —No pudo evitar sonar irónica.

—Llegados a este punto solo existe una salida, jugar con sus propias reglas.

La expresión que vistió su rostro al decir esas palabras le decía que estaba maquinando alguna cosa.

—¿Qué reglas?

Esos profundos y enigmáticos ojos se clavaron sobre ella con creciente resolución.

—No les permitirás elegir, elegirás tú por ellos.

—Me he perdido.

—Debes elegir una casa a la que quieras entregar tu mano, una que no tenga el más mínimo interés en ti, pero que te de la protección que ahora mismo no tienes.

—Habéis dicho que soy una especie de *Santo Grial* —rebobinó —, que mi presencia volvería poderosa a la casa que me tuviese en sus filas, ¿en serio crees que habrá alguien que no quiera poder? Y digo todo esto en el supuesto hipotético de que fuese a permitir que alguien me ponga un sello de *«propiedad privada»*, que no es el caso.

—No, no creo que haya una sola casa demoníaca que no quiera un trofeo como supone el tenerte en sus filas, pero sé de una que podría considerar esto como una purga a sus pecados —asintió con gesto pensativo, entonces le dio el nombre de la última persona en la que habría pensado—. Rissan Marcus.

Entrecerró los ojos mientras intentaba asociar ese nombre con una cara. Hizo un rápido barrido de todas las personas a las que había conocido recientemente y casi se atraganta.

—¿Te refieres a ese tipo de la *Fortaleza*? ¿El de los colmillos?

—Sí.

Hizo una mueca.

—Preferiría ver que otras opciones tengo.

Su ángel negó con la cabeza.

—No te las aconsejo.

—Gerion, ese tío tiene colmillos y no me inspira ni una pizquita de confianza.

—Es un *sanguinar*, si alguien conoce el término lealtad es él y está en una situación por la que quizá esté dispuesto a hacer un trato.

Sacudió la cabeza, esto era una locura y la sola idea de tenerla en mente, decía claramente la cantidad de neuronas que había perdido en esta aventura.

—Tiene que existir alguna otra alternativa, una que ponga a toda esa gente en su sitio y desenmascare a los responsables de la muerte de Daniel.

—Esta es ahora nuestra mejor alternativa, sirenita.

Hizo una mueca. Se había acostumbrado a que la llamase así, encontraba el apodo tierno y él lo pronunciaba de una manera que le transmitía seguridad, algo de lo que carecía últimamente.

—¿Puedo pensarlo al menos?

—No tenemos mucho tiempo, Shura, tendremos que regresar a tu hogar y ver cómo están las cosas por allí —le recordó—. Es necesario cerrar ese capítulo para que puedas moverte con libertad y disponer de tus pertenencias.

Sí, ya lo habían pospuesto lo suficiente, por más que quisiera quedarse en la isla y disfrutar de la tranquilidad, la paz y la alegría que había descubierto allí no podía darle la espalda a aquellos que se habían preocupado por ella, que la querían lo suficiente como para abrirle los brazos después de haber pasado dos años fuera.

Tendría que volver, pero hoy no…

—Mañana —pidió y le miró a los ojos—. Ahora solo quiero volver a la playa, mojarme los pies y respirar de nuevo dónde no me ahogue el aire.

Su respuesta fue atraerla hacia su pecho y envolverla con sus alas, procurándole un cálido capullo en el que siempre se sentía segura.

—En ese caso te llevaré a casa —le dijo depositando un beso sobre su cabeza.

A casa. Sí, ese era el término correcto. No era solo una isla, ni una playa, ni el mar, no era un edificio de madera dónde el sol entraba por las ventanas y entibiaba las habitaciones, ni dónde la brisa de la noche le recordaba el cielo estrellado que había fuera… Era su hogar, el lugar en el que, por primera vez en… ¿toda su vida? Se había sentido realmente libre.

—Sí, a casa, por favor.

CAPÍTULO 24

Casa de la Playa
En algún lugar del Pacífico

Los colores del atardecer cubrían el cielo, el sol empezaba a iniciar su descenso sobre el mar dejando que sus últimos rayos jugasen con la plácida superficie del mar.

El calor del día había ido dando paso a la fresca brisa del atardecer, la cual limpiaba el aire y hacía que permanecer a esas horas tumbado en el solárium fuese casi un homenaje a la pereza.

Shura se había instalado allí nada más volver del Espejo, el edificio parecía haber hecho tanta mella en ella como la presencia del Arcángel.

«Esta es tu última penitencia, Gerion».

Las palabras que había pronunciado el arcángel no hacían otra cosa que dar vueltas en su mente, pero no era lo único

«Culmina tu misión con éxito y vuelve a casa».

El Arcángel de los secretos podía ser realmente retorcido, ¿había orquestado todo esto para conducirle realmente a este momento y a la mujer que dormitaba sobre la esterilla? ¿Había sido indispensable que pasase todos esos siglos fuera de su hogar?

Volvió hacia atrás en el tiempo en sus recuerdos, a los días en los que había vivido en las dependencias de los *Erelim*, donde Caliel había sido su hermano y el Arcángel el ser más importante en su vida. De distintas formas eran una familia, mantenían una armonía, se cuidaban unos a otros... hasta que llegó el momento de bajar a la tierra.

Galizur sentía debilidad hacia los mortales, él había sido el Arcángel que había cuidado de Adan y Eva en el paraíso, él mismo que se había apiadado de ellos y le había entregado a Adan la clave para sobrevivir ahí fuera; El libro de las Revelaciones.

No sabía que había pasado para que él libro volviese a manos del Arcángel, pero tras haberlo hecho él había sido el encargado de custodiarlo.

«Mi ángel guardián».

El *Sefer Raziel Ha Malakh* lo había reconocido, le había dado la bienvenida y le había a su única manera y le había comunicado lo mismo que a Shura; era la *Clavis Sanguine*.

Un pasado unido a su presente, un pecado que lo conducía ahora a su liberación y todo ello bajo el manto de peligro que se extendía sobre ellos.

Ella era la portadora de un poder inmenso, uno que ni siquiera se había manifestado todavía y que, de hacerlo, podría inclinar una balanza cósmica que debería mantenerse eternamente en equilibrio.

Un poder tan grande en un cuerpo humano, en una hembra que desconocía incluso su propia existencia y cuya única manera de preservarla era ponerla bajo la custodia de una de las casas contrarias a su propio gremio.

«Tenías que llegar a este momento, a ella».

De un modo u otro tendría que hacer algo, buscar la manera de protegerla y evitar al mismo tiempo que alguien se la arrebatase.

Bajó la mirada sobre su adormecida esposa y la contempló detenidamente, Shura era un polvorín en muchos aspectos, dulzura e ingenuidad en otros, era una mujercita con un alma tierna y un corazón enorme, uno que había conseguido hacer latir el suyo propio.

Él, una vez un poderoso *Erelim*, ahora un *Pecador* al servicio del Purgatorio, había sido conquistado por una niña, una mujercita humana a la que empezaba a ver como algo permanente en su vida.

La quería. Tan extraño como sonaba eso a sus propios oídos, era una realidad con la que no podía luchar. Se había encariñado de ella, se había acostumbrado a verla allí y ya no podía imaginarse ese lugar sin su presencia.

Dejó el altillo en el que estaba instalada la esterilla y se apoyó en la barandilla para ver cómo el sol se iba ocultando en el horizonte. Mañana debían regresar al mundo real, era necesario solucionar lo de la huida de su esposa de esa clínica, quitarle cualquier posible tutela a esa perra y obtener al mismo tiempo algunas respuestas sobre el motivo de dicha reclusión. Ahora que era consciente de quién era ella, tenía motivos para suponer que aquel encierro no era tanto por el bien de su sirenita como por el de la *Casa Regis*.

—¿Gerion?

Se giró ante el somnoliento llamado, su mujer se había incorporado y se frotaba los ojos sentada sobre la esterilla. Tenía un aspecto tan sensual, que no pudo evitar que su sexo despertase ante la perspectiva de explotar esa sensualidad.

—¿Ya se está poniendo el sol? Dios mío, he dormido todo el día, ¿por qué no me despertaste?

—Necesitabas descansar —respondió sin moverse del lugar—. No puedo llevarte de nuevo al Purgatorio, ese lugar te drena...

—¿Me qué?

—Te agota —concretó sin darle más explicaciones—. ¿Quieres cenar algo?

Se desperezó como una pequeña y sensual gatita y se levantó. Llevaba puesta una de sus camisetas con un eslogan que habían creado los *Sinner* a modo de broma, la cual le quedaba tan grande que la usaba como vestido. Sus largas y deliciosas piernas asomaban desnudas e iba descalza, algo de lo que parecía disfrutar inmensamente.

—Después —le dijo reuniéndose con él en la barandilla de madera y apoyándose contra su costado—. Primero deja que me despierte del todo.

La rodeó con el brazo y se mantuvieron así un rato, sin hacer otra cosa que contemplar el horizonte.

—Él fue el responsable de que terminases en el Purgatorio —comentó ella rompiendo el silencio—. ¿No es así?

Ladeó la cabeza y la miró, pero ella seguía con la mirada puesta en el horizonte.

—Shura...

Se giró y había tal decisión en su mirada que supo que no podría huir toda la vida de ella.

—Y lo hizo para que me encontraras —declaró y pudo ver la culpabilidad en sus ojos—. Indirectamente, el motivo por el que terminaste allí también he sido yo.

Sacudió la cabeza.

—El único culpable de terminar donde terminé fui yo —aseguró —. Yo fui el único que desobedecí, el que quebrantó las leyes de mi gremio, Galizur hizo lo que tenía que hacer...

Un castigo demasiado duro para su falta, uno destinado a prepararle para este momento, para esta lucha final por la mujer que amaba.

Se había pasado los últimos mil años maldiciendo al Arcángel y no se había dado cuenta de que, de una manera un tanto retorcida, le había hecho un favor.

—Mi misión era custodiar el libro, el bastión de los Erelim era mi hogar, no había conocido nada más hasta que mi sire decidió bajar a la tierra, al mundo humano y le acompañamos Caliel y yo —confesó, recuperando los recuerdos del pasado—. Esa fue la primera vez que puse los pies en la tierra. El mundo de los humanos me pareció sucio, lleno de falsedad, los seres humanos demasiado primitivos... No entendía porque mi sire los amaba tanto... hasta que conocí a una de vuestras hembras... Una mujer. Ella estaba tocada por el *Angelus*, le habían concedido la habilidad de ver el aura de las personas, de los ángeles o los demonios. Fue mi primer contacto real con la humanidad, de ella aprendí que los humanos son frágiles, que tienen vidas finitas, pero las viven como si cada segundo fuera el último. Se suponía que debía regresar a mi puesto, al bastión, pero no quería dejarla. Sabía que su vida se vería interrumpida muy pronto, el *Sefer Raziel Ha Malakh* me lo comunicó, me advirtió de su final y decidí quedarme con ella en vez de volver con los míos. No volví cuando se me convocó, ni tampoco lo hice después de su muerte. Estaba enfadado, frustrado, no podía creer que mi jefe la hubiese dejado morir... Y entonces hice lo más estúpido que puede hacer un ángel, renegué de mi maestro.

Hizo una pausa, jamás había contado aquello a una sola alma, los únicos que estaban al tanto de lo ocurrido eran Caliel y el Arcángel.

—Mi sire decidió que la mejor manera de espiar mi rabia y culpabilidad era servir a aquellos que me habían hecho caer, que aprendiese lo que los humanos podían llegar a ser, quitarme la venda que mi reducido mundo me había dado... —resumió—. Él me condenó al Purgatorio para espirar mi pecado, para que pudiese deshacerme de mi propia culpabilidad por una muerte que no estaba en mi mano evitar y le diese una nueva oportunidad a la humanidad de la que había renegado.

Concluyó y al hacerlo se sintió también más ligero. Aquel había sido el mayor de sus pecados, el haber seguido llevando esa mochila sobre sus hombros día tras día, impidiendo perdonarse a sí mismo.

—Tú no eres parte de mi penitencia, Shura, eres la que está destinada a librarme de ella, eres la que ha de liberarme de mis pecados —le aseguró atrayéndola hacia él—. Y eso, sirenita, has empezado a hacerlo en el mismo momento en que me apuñalaste. Ese fue el momento exacto en el que decidí que serías mía.

La besó, un roce suave, una muestra de gratitud que pronto encendió sus ganas de más.

—Hoy, por primera vez en mil años, me alegro de haber sido condenado —declaró besándola de nuevo, esta vez en profundidad, con un único pensamiento en la cabeza; hacerla suya.

CAPÍTULO 25

Mansión Regis,
Seattle

A la mañana siguiente…

—Empiezo a echar de menos el poder viajar de una forma normal —suspiró Shura de pie en el porche de la mansión—. Ya sabes, en coche, tren, avión… Algo que me deje ver por dónde voy.

—Dado a dónde hemos estado saltando últimamente, dudo que quieran poner un tren o avión con destino «Purgatorio».

Su comentario le arrancó una mueca.

—Vale, visto así, tienes razón.

—Suelo tenerla cuando se trata de este tipo de cuestiones.

Ella lo miró con actitud obviamente cuestionable.

—Hoy te has levantado graciosillo, ¿eh?

—Me has hecho una pregunta y yo me he limitado a contestar.

—Sí, con unas respuestas de lo más ocurrentes.

—Deja de hacer preguntas y no tendré que pensar en ese tipo de respuestas.

Sacudió la cabeza a pesar de las ganas que tenía de reír ante su respuesta, en vez de eso se quedó mirando la puerta.

—Debería haber pedido una copia de las llaves, me quitaron todo cuando me ingresaron en la clínica.

—Hemos recuperado tu pasaporte y documento de identidad —le recordó, pues había sido necesario para el matrimonio civil.

—Sí, pero se han quedado muchas cosas por el camino.

Se lamió los labios y contempló el hogar en el que había vivido lo que era casi toda una vida y que apenas había pisado en la última semana. ¿Cómo era posible que hubiesen ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo? Había abandonado esa casa siendo viuda y ahora volvía casada con el hombre que permanecía de pie a su espalda.

—Ni siquiera estoy segura de sí puedo seguir considerando este lugar mi casa —comentó, pero era más una reflexión para sí misma que para él—. Ya no soy una Regis.

—Sigues siendo la viuda del cabeza de familia y heredera de sus bienes —le dijo—. Hasta dónde sabemos, Daniel no estipuló ninguna cláusula por la que fueses a perderlo todo si volvías a casarte.

—Supongo que eso también entraría dentro de sus planes. —No pudo evitar la ironía presente en su voz.

—Antes o después tendrás que perdonarle, Shura.

Sí, antes o después tendría que dejar el pasado atrás y aceptar el presente, pero antes tendría que solucionar todo ese sinsentido que le había caído encima.

—Lo haré cuando sienta que deba hacerlo —admitió con un nuevo suspiro, se acercó al timbre y llamó un par de veces—. Por ahora, empezaré recuperando esta casa y a la gente que dejé en ella.

La puerta principal se abrió bajo el atento servicio del mayordomo, cuyos ojos se iluminaron como dos faros al verla. Ese hombre siempre la había hecho sentirse bienvenida sin importar el momento o las circunstancias.

—Ya estoy en casa, Roberts.

—Bienvenida de nuevo, señora Shura —abrió la puerta por completo para dejarla entrar—. Y permítame felicitarla por su reciente enlace. Felicidades a ambos.

—Muchas gracias, querido amigo —le sonrió y no dudó en cogerle la mano, cosa que el hombre acusó con un inesperado rubor.

—Gracias, Roberts —añadió también Gerion.

Si le hubiese tocado la lotería, posiblemente su mayordomo no sonreiría tanto, pensó secretamente divertida. Sabía que para el hombre mayor aquella deferencia por las personas a las que había

decidido servir, era el mejor de los regalos, un motivo de orgullo, incluso.

—Bienvenido también, señor Gerion. Por favor, pasen a dentro —los invitó a entrar—. El desayuno se servirá enseguida en el salón amarillo.

Atravesó las puertas solo para encontrarse al estoico Truro montando guardia.

—Bienvenidos.

—Gracias, señor Truro.

El apenas perceptible sobresalto del *medjay* por el trato deferente que le concedió evidenciaba sorpresa.

—Con Truro será más que suficiente, mi ama.

—En ese caso dejémoslo también en Shura —pidió en modo negociador—. Lo de *«mi ama»* me produce escalofríos.

Él se dedicó a asentir en respuesta, pero no añadió nada más.

—Señor —Roberts se dirigió entonces a Gerion—. El abogado del difunto señor Regis se ha personado aquí al poco tiempo de su partida. Quiere tener una reunión con usted y la señora Shura. También ha estado aquí la policía y el director de la Clínica de reposo en el que estuvo la señora ha preguntado por la señorita Minerva.

—Esto tiene que ser cosa de esa perra —murmuró sin evitar apretar los dientes al pensar en esa mujer y sus argucias—. No parará hasta volver a meterme entre esas cuatro paredes.

—No podrá hacerlo, no podrá tocarte un solo pelo —le aseguró su marido con absoluta tranquilidad—. ¿Por qué no te vas al salón y desayunas con tranquilidad mientras yo me ocupo de aquello para lo que hemos vuelto?

—Debería ir contigo para que vean que estoy tan sana como una manzana —replicó, aunque la idea de volver a acercarse a la clínica no le hacía ni pizca de gracia—. Y tendré que hablar con el abogado…

—Te mandaré el abogado mientras resuelvo todo lo demás.

Enarcó una ceja ante su tono.

—¿Por qué tengo la sensación de que la perspectiva de hacerlo te divierte?

—Soy un *Sinner*, ¿recuerdas? —le guiñó el ojo—. Eso me da ciertas libertades…

—Procura no matar a nadie, justificar un asesinato podría ser un poco más complicado.

—Me comportaré —dijo con tanta seriedad que no pudo evitar echarse a reír.

Él se volvió entonces hacia Truro, quién había contemplado la reunión en silencio.

—¿Ha venido alguien más de visita mientras no estábamos?

—No exactamente —respondió con ese tono profundo y serio —, pero sí hemos tenido una inesperada notificación.

—¿Notificación? ¿Qué clase de notificación? —Se adelantó interesada.

—De esas que no llaman a la puerta y que intentan derribar las paredes —contestó el medjay, entonces volvió su atención de nuevo a Gerion—. He tenido que desalojarlos, aunque no se lo han tomado nada bien.

—Así que la caza ha dado comienzo —murmuró por lo bajo, entonces la miró—. Ya saben que estás aquí.

Roberts, quién había guardado silencio, los miró a ambos.

—Dos de las siete casas han solicitado el derecho de posesión —les informó con algo de rubor en las mejillas—. En todo este tiempo, el señor Regis solo me pidió que cuidase de la señora, pero nunca imaginé que ella… Si lo hubiese sabido, podría haber hecho algo…

—Está bien, Roberts, nosotros mismos acabamos de descubrirlo

La preocupación en la voz del mayordomo era genuina.

—¿Quién ha hecho el reclamo y sobre qué base? —preguntó Gerion.

—En el derramamiento de sangre de la Casa Regis —informó el *medjay*—. Dicen que la familia perdió su derecho sobre la *clavis sanguine* al morir su actual propietario —continuó—. Y el reclamo ha sido hecho por la antigua propietaria, la Casa Regis y la cuarta casa, Turius.

—Un derramamiento orquestado por alguna de las casas que ahora la reclaman —replicó el mayordomo con un irritado tono que jamás le había escuchado—. Lo siento, señora, pero es que no me parece justo lo que está pasando.

—Ya somos dos, Roberts, esto no solo no es justo, es una auténtica locura —declaró—. No soy un objeto al que puedan solicitar, reclamar o ponerle un sello, por amor de dios.

Y sin embargo, ahí fuera había gente lo bastante flipada como para ir detrás de ella y matar a las personas que le importaban para hacerse con ella.

—Solo hay una solución, Shura —le recordó Gerion, buscando su mirada.

—Exigir la marca de una casa —resumió, lo que arrancó varios jadeos.

—Podría funcionar —admitió Truro adquiriendo una expresión pensativa—. Si exigís la marca de una casa, seréis vos la que esté eligiendo bando y esta tendrá que concederos una gracia.

—¿Una gracia?

—Seréis vos la que elija brindarles protección y ellos deberán ofreceros algo a cambio.

—¿Algo cómo qué?

—Poder para elegir —respondió ahora Gerion.

—Pero deberéis elegir bien a quién daréis vuestra protección —continuó el *medjay*—. Una vez elijáis una casa y recibáis su marca, nadie podrá tocaros, pero sí podrán desafiar a esa casa.

—Eso es lo que le pasó a Daniel —comprendió con un escalofrío.

—Eso fue un asesinato —la interrumpió Gerion—. Y el culpable pagará por ello.

—¿Cómo? Ni siquiera sabemos quién es —razonó—. ¿Cómo sabré si la casa por la que nos decantemos, si es que nos decantamos por alguna, no es la responsable de su muerte?

—Porque solo hay una casa que podría darte la protección que necesitas y contra la que ningún miembro de las Siete Casas de *Infernus*, que esté en su sano juicio, osaría levantar la mano —sentenció su marido.

—La *Casa Sanguinar*.

Los dos hombres presentes jadearon, el mayordomo palideció y el guardián juró por lo bajo.

—¿La primera casa? ¿En serio?

Gerion mantuvo la mirada fija en la suya, sabía que aquella idea era descabellada, pero era la única que tenían.

—Ojalá pudiese decirte que hay otra salida —murmuró en voz baja, en un tono que nunca antes había escuchado en él—, pero a veces hay que hacer sacrificios para poder conservar lo que se desea.

—Gerion…

—Te quedarás aquí —le informó, cortando de raíz cualquier posible protesta—. Desayuna, recorre la mansión si lo deseas, pero no abandones estas cuatro paredes hasta que yo vuelva.

—Prisionera en mi propia casa —suspiró, pero sabía que no había otra solución—. Está bien, pero no tardes.

Se inclinó sobre ella, le aferró la nuca con una mano y le calentó los labios con su aliento.

—No te dejaré, Shura, pase lo que pase, haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte cerca de mí.

Se lamió los labios y dio un paso atrás para poder mirarle a los ojos.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

Y con eso, la besó fugazmente y se esfumó dejándole una promesa que sabía nunca quebraría.

CAPÍTULO 26

Fortaleza del Purgatorio
El Purgatorio

Sus pasos resonaban sobre las intemporales piedras, un sonido al que nunca le había prestado atención. Había pasado tanto tiempo entre esas paredes, entrando y saliendo, cumpliendo órdenes, lidiando con los nuevos reclutas cuando no era él mismo el que causaba problemas.

Siglos, casi un milenio era el recuento que llevaba a la espalda, interminables días y noches que se superponían unas a otras, una agotadora penitencia que había abrazado por vergüenza y culpa, un largo camino que debía conducirle a este momento en concreto, a los últimos pasos de su condena y a la mujer que ostentaba la llave de su libertad.

Desterró todos y cada uno de los pensamientos que pudiesen provocarle duda y entró directamente en la pequeña sala privada en la que siempre ardía el fuego de la chimenea.

El general estaba sentado detrás de su mesa, con las manos cruzadas sobre esta y la mirada fija en él. No había ni un solo rictus en su rostro que le ofreciese una pista de su actual humor, pero tampoco lo necesitaba, no había manera de que diese media vuelta y se marchase sin obtener las respuestas que había venido a buscar.

—Lo sabías, tenías que saberlo, nunca pasa nada en este lugar que no esté en tu agenda.

No se inmutó, pero tampoco lo sorprendió, si había alguien enigmático, ese era Arthurius Sin.

—Me habéis obligado a hacer todo este camino para llegar a ella —insistió—, para encontrarla...

—Tu penitencia no es solo encontrarla, Gerion, tienes que conservarla, fue puesta en tu camino por una razón, para hacerte libre. Pero para ello, primero tendrás que liberarla tú.

—Es la *Clavis Sanguine*.

Su expresión siguió siendo la misma, sería, ilegible, no había ni pizca de sorpresa y, una vez más, no le sorprendía.

—Amada por uno y codiciada por muchos —comentó y, por primera vez, lo escuchó suspirar—. El juego entre el cielo y el infierno sigue adelante, cada gremio busca encontrar su propio santo grial, algo que les permita ponerse por encima de los demás. No comprenden que es necesario el equilibrio, que ese es el papel de este lugar intermedio, el único que puede purgar sus pecados.

Se echó hacia atrás, recostándose en la silla.

—Ella te pertenece, como tú le perteneces a ella, Gerion —le recordó con una obvia mirada—. La *Clavis* ya tiene un dueño y solo responde ante él, todo lo demás es una gran nube de humo en cuyo interior solo quedan brasas.

Chasqueó la lengua y se levantó.

—Para mantener a tu mujer a salvo, primero debes encargarte de esos engorrosos trámites legales —le indicó—. Me he tomado la libertad de hacer algunos ajustes, Einar tiene todos los documentos necesarios para ello, ve a verlo y te pondrá al tanto de todo lo que necesitas saber para interpretar tu papel como amante esposo.

Enarcó una ceja con visible ironía.

—¿Algunos ajustes?

—Ah, los humanos, son tan fácilmente manipulables que incluso resulta aburrido.

Chasqueó una vez más la lengua, se llevó las manos a la espalda y se dirigió hacia la puerta, pero antes de cruzarla se detuvo, se giró y lo miró directo a los ojos.

—Las casas del gremio *Infernus* se rigen por las mismas leyes que las *Angelus* —le recordó—. Si tienes algo con lo que negociar, solo tienes que buscar a la persona correcta y hacer un buen trato, pero asegúrate de que sea un precio que estés dispuesto a pagar.

Aquello era tanto un consejo como una advertencia, una que no desdeñaría, pues la batalla que tenían por delante requeriría que hiciese tratos con el mismísimo diablo.

El diablo vestía traje de combate y tenía un par de puntiagudos colmillos que asomaban en una socarrona sonrisa.

Rissan Marcus era lo equivalente al diablo para cualquier miembro celestial, el *sanguinar* era el líder de la primera casa del *Gremio Infernus*, la casa más antigua y que ostentaba el poder sobre todas las demás, pero también era uno de ellos, un paria, un condenado, un pecador con el que había convivido casi un milenio.

Ignoraba cuál era el motivo que lo había enviado al Purgatorio a él y a su hermano, pero tampoco era asunto suyo. En ese lugar cada cual llevaba sus culpas dentro de sí mismos y obraban cómo creían necesario para expiar sus pecados.

Si bien no era, lo que se decía amigos, como *Sinner* se respetaban el uno al otro y se habían ayudado en otras ocasiones, así que esperaba poder obtener al menos la información necesaria para proteger a Shura.

—Así que, quieres saber si hay una manera de evitar que la *Clavis Sanguine* sea reclamada —repitió sus palabras mientras se frotaba la barbilla—. Lo que significa que ya sabes que esa deliciosa cosita tuya es la llave.

No le sorprendía que lo supiera, de hecho, lo contrario le habría preocupado.

—Tu vida se está volviendo cada vez más interesante, ¿sabes? —sonrió y miró a su hermano, quien había guardado silencio desde el momento en que se encontró con ellos—. No todos los días conoces a alguien dispuesto a casarse con un envase tan poderoso, aunque no le culpo, yo me la habría tirado si...

—Su último dueño acabó muerto, ¿eres consciente de ello? —intervino Aris con gesto serio.

—Soy consciente de que Shura sigue con vida porque Daniel Regis dio su vida por la de ella.

Rissan resopló.

—El amor es la condena más estúpida de todas —rezongó y miró a su hermano al decir eso—, una de la que no eres capaz de escapar sino es con tu propia muerte. Y en ocasiones ni siquiera la muerte es suficiente. —Volvió a mirarle y enarcó una ceja—. Y tú has decidido ir de cabeza a tu propio funeral. Inteligente, muy inteligente.

—La *Clavis* está atada a las casas de su gremio, en circunstancias normales, tras la muerte de su amo podría ser reclamada por cualquiera.

—¿En circunstancias normales? —preguntó, atendiendo al comentario de Aris.

—Cuando Daniel sacrificó su vida, sacrificó también su sangre y eso le ha concedido a la *Clavis* un... llamémosle breve indulto —añadió Rissan—. El caso es que tu pequeña Shura puede ser reclamada por cualquier casa, pero solo ella tendrá la última palabra para decidir a quién acepta como su nuevo amo. Eso siempre y cuando siga con vida el tiempo suficiente para hacerlo.

—Si la *Clavis* muere antes de ser reclamada, su destino puede que no sea tan benévolo —asintió Rissan—. Pero, en esta ocasión hay un tercer punto a tener en cuenta.

—¿Cuál?

—Tú —lo señaló con un gesto—. Ella es tu compañera, vuestras almas están enlazadas, tú eres su único y verdadero dueño... *Bla, bla, bla*... Eso hará más interesante la contienda que llevarán a cabo las casas por obtener la *Clavis*. Todo sería más sencillo si llamasen a asamblea y lo decidiesen civilizadamente, pero, estamos hablando de demonios, no saben lo que es la civilización.

—Lo que Riss está intentando decir, es que ella debería ser la que convocase la asamblea, elegir una casa y esperar que esa casa decida hacer honor a los antiguos ritos y concederle una venia —resumió Aris poniendo los ojos en blanco—. Es la única manera en la que ella podrá obtener su libertad.

Gerion miró a Rissan, quien le sostuvo la mirada a su vez y sonrió con ese gesto irritante.

—Por suerte para ti soy el *Primus* de mi casa y tu mujercita me gusta mucho —le soltó—. No me importaría tener a esa gatita a mi servicio, sería la guinda del pastel y jodería infinitamente a las demás casas... Um, un buen incentivo, sin duda, pero ¿suficiente?

—¿Qué es lo que quieres?

Su sonrisa se amplió y supo que su respuesta no le iba a gustar un pelo.

—Eso… se lo diré a ella.

CAPÍTULO 27

Clínica de reposo Rainbow,
Kennewick

El infierno disfrazado de paraíso.

Esa era la realidad que se escondía detrás de todos los folletos, las cuñas comerciales y las charlas que daban a los familiares. Aquel lugar hedía a dolor, a soledad, a desasosiego, a desesperanza… Daba igual que estuviese decorado de una manera que invitase a la relajación, a la calma, todo aquello no era otra cosa que un disfraz que ocultaba la desestabilidad psicológica y emocional en la que se veían inmersas las personas que acababan en aquel lugar.

Y Shura lo había soportado durante dos años, dos largos años que la habían conducido a la desesperación y a buscar la forma de huir de allí. Sin su ayuda no lo hubiese conseguido, ahora lo sabía cómo también sabía que no permitiría jamás que alguien volviese a encerrarla en ese lugar; antes lo destruiría hasta los cimientos.

Dejó atrás la recepción en la que todavía seguía discutiendo el abogado encargado de Daniel Regis, un peculiar personaje que parecía tener algún tipo de trato con Arthurius, así como con el antiguo jefe de la casa *Infernus* y una extraña afición por ponerle la zancadilla a cualquiera que se metiese en el camino de sus clientes.

Después de la breve visita a la Fortaleza del Purgatorio, se había personado en el despacho del abogado, este lo puso al tanto de cómo estaban las cosas y la necesidad de darles solución cuanto antes. Lo primordial, le había dicho, era convencer al director del centro de que Shura no se había escapado y que él mismo, como su

marido y responsable, había solicitado la salida de su mujer bajo su responsabilidad.

Lo curioso de todo aquello era que, según sus palabras, él llevaba mucho más que una semana casado con la paciente y existían una serie de pruebas que corroboraban cada una de las palabras del abogado y borraban cualquier evidencia sobre una supuesta fuga.

La versión de la supuesta agresión sobre el celador también había cambiado, admitiendo que no había visto quién le había atacado y sospechando de los pacientes con una salud mental más «delicada», alguno de los cuales habría salido del ala contraria del edificio.

—¿Dónde está?

La voz femenina que precedió al sonido inconfundible de unos tacones hizo que se girara y viese a la recién llegada increpando directamente al abogado.

—Señorita Regis, por favor —le pidió un hombrecillo enjuto y bigotudo que a duras penas podía seguirle el paso—. Este no es el momento ni el lugar para…

—¿Dónde está mi cuñada? —insistió—. ¿Qué han hecho con ella?

—La señora Shura está en casa, acaba de regresar de viaje con su marido.

Vio ese brillo de sorpresa y una inmediata desconfianza surfeando en su rostro ante las palabras del abogado.

—¿De qué está hablando? ¿Cómo que acaba de regresar de viaje con su marido?

—Lo que has oído —alzó la voz, haciéndola consciente por primera vez desde que entró de su presencia—. Ignorábamos todos los problemas que han surgido en nuestra ausencia, de lo contrario, habríamos vuelto mucho antes para solucionarlos.

Ella abrió la boca para decir algo, pero fue interrumpida eficientemente por el abogado.

—Señor Sacra —Se dirigió a él, ignorando a esa mujer—. Ya está todo arreglado.

—Gracias, Einar.

El gesto de horror que cruzó por el rostro femenino fue más satisfactorio de lo que había pensado.

—No… tiene que ser una broma.

—¿Ha dicho su esposa? —preguntó el abogado de la mujer, quién parecía genuinamente sorprendido—. Pero, eso no es posible, la señora Regis…

—Sacra —le corrigió al momento, dedicándole una mirada que lo hizo dar un paso atrás—. Si está hablando de mi esposa, su nombre es Shura Sacra.

—¡Eso es una calumnia! —clamó ella—. Shura es la viuda de mi hermano…

—En efecto —corroboró el abogado, le miró con un ligero asentimiento y procedió a darle la feliz noticia—. La señora Sacra era la viuda de Daniel Regis, pero volvió a casarse con mi cliente aquí presente. De hecho, estamos aquí para aclarar todo el absurdo incidente que parece haberse creado alrededor de la señora Sacra con respecto a su estancia en esta institución y su posterior alta.

—¿Alta? ¿Qué alta? —exclamó ella empezando a perder los papeles—. ¡Se escapó! ¡Y es un peligro para la sociedad!

—Esa es la versión que mi cliente ha recibido de la policía, curiosamente el director de esta institución ha asegurado de que usted fue la que sugirió tal bochornosa idea —continuó el abogado, quién parecía estar pasándoselo en grande—. Un malentendido, sin duda, puesto que la señora fue dada de alta a petición de su marido… hace meses.

—¡Eso no es verdad! —clamó y negó con la cabeza. Esos fríos ojos se abrieron desmesuradamente e incluso le tembló la voz—. No, eso es imposible. No ha salido de aquí en estos últimos dos años, es imposible que lo haya hecho y mucho menos que se haya vuelto a casar… ¡Están mintiendo! ¡Son unos embaucadores! ¡Exijo que llamen ahora mismo a la policía y los arresten!

El abogado de la mujer carraspeó y se dirigió a él.

—¿Puedo saber exactamente desde cuando posee ella tal estado civil? —Su mirada fue de él a su compañero de profesión.

—Hace una semana celebramos nuestro primer aniversario —declaró y señaló al abogado—. Si lo cree necesario, mi abogado

puede facilitarle una copia de nuestra acta de matrimonio, quizá entonces podamos dejar de escuchar tontería y encontrarnos a la policía llamando a la puerta de nuestra casa con una historia inverosímil.

El aludido asintió.

—Por supuesto, señor Sacra, no tengo inconveniente en presentarle a mi colega una copia del acta matrimonial de ustedes.

El otro hombre pareció recular y miró a su propio cliente sin estar muy seguro de qué hacer al respecto.

—Y ya que está usted aquí, señorita Regis, quizá pueda explicarme porqué el director del centro me acaba de decir que usted ha solicitado el inmediato reingreso de *mi esposa* en esta institución. Bajo la responsabilidad de quién, me pregunto, puesto que ella está a mi cargo.

—Sin duda debe de haber algún tipo de confusión —intervino el abogado de esa harpía, intentando hacer que su presencia quedase en una simple confusión y no fuese el hazmerreír de todo el gremio por tal metedura de pata—. ¿No es así, señora Regis?

—Ella no está bien, necesita atención médica, si fueses realmente su marido sabrías…

Levantó la mano haciéndola callar.

—Le sugiero que cuide sus palabras, señorita, está hablando de mi esposa, la cual lleva años sin tener ningún tipo de contacto con usted —replicó representando su propio papel—. ¿De qué se trata todo esto? Empiezo a pensar que tiene una malsana obsesión por mi mujer.

—Señor Sacra, esas son palabras demasiado fuertes… —Se adelantó el abogado, quién tenía verdaderos problemas para defender a su cliente.

Se limitó a mirarle con el mismo gesto aburrido.

—¿Acaso no lo es también el insinuar que mi esposa tiene problemas mentales?

—Nosotros no… —balbuceó el abogado.

—¿Señorita Regis?

La ronca voz masculina que atravesó el pasillo hizo que todos se volviesen para encontrarse con el director del centro. Aquello sin

duda se ponía cada vez mejor.

—Ah, señor Sacra, todavía sigue por aquí.

No pudo menos que ahogar un resoplido ante el desliz del director, quién se dio cuenta al instante y añadió.

—Permítame mostrarle de nuevo nuestras más sinceras disculpas por todo el malentendido y lo que esto ha podido ocasionarles.

No tuvo ni tiempo de responder al hombre, pues ella avanzó como una exhalación hacia el recién llegado.

—Wilburn, exijo que se aclare de inmediato esta situación —lo increpó con ese aire de suficiencia que la envolvía—. ¿Cómo ha podido permitir que ocurra esto? ¿Qué clase de institución dirige, que permite que se escape una de sus pacientes y no hace nada al respecto? ¡La salud de mi cuñada es muy delicada! ¡Podría haber tenido una recaída!

El hombre la miró y parecía genuinamente confundido, como si lo que le dijese no tuviese realmente sentido para él. Miró de soslayo a Einar y este se limitó a mirarle con genuina satisfacción.

Había tenido sus dudas cuando Arthurius le dijo que estaba todo arreglado, que lo único que debía hacer era personarse en la oficina del abogado y seguir sus instrucciones. Pero, una vez más, había subestimado el alcance del poder del general.

—¿Escapar? —Sacudió la cabeza—. ¿De qué está hablando?

Los ojos claros de la mujer se abrieron inmensamente.

—De mi cuñada —declaró con un resoplido—. Me informó la semana pasada que había tenido un brote psicótico, atacó a uno de sus pacientes y huyó. ¡Incluso dio parte a la policía!

El hombre sacudió la cabeza.

—No, señorita Regis, no fue su cuñada —aseguró totalmente convencido—. El incidente fue propiciado por otro paciente, uno con un grave problema de inestabilidad.

—Pero… —Su mirada fue de un hombre al otro hasta detenerse en él—. Tú, maldito *Sinner*… ¿Qué has hecho con ella?

Se limitó a parecer totalmente inocente y confundido.

—Lo que haría cualquier amante marido preocupado por su esposa —declaró y miró al médico en busca de ayuda.

El hombre no tardó en tirar de su profesionalidad, viendo la oportunidad para depurar un poco más su reciente metedura de pata.

—El señor Sacra es el marido y actual responsable de Shura —declaró como si eso lo explicase todo—. Después de ver las evaluaciones presentadas por su médico, quién ha estado a cargo de esta paciente desde su ingreso, no he encontrado motivo alguno por el que debiese retener aquí a la señora Sacra. Además, coincido con Gerion en que la salud de su esposa mejoraría con mucho fuera de estas instalaciones y en un ambiente más familiar.

—Pero… —Su mirada fue de uno a otro, estaba visiblemente furiosa y a duras penas podía contenerse—. ¡Todo esto es una pantomima! ¡Exijo que se me devuelva lo que me pertenece! ¡Ella es mía! ¡Mi responsabilidad!

—Estás exagerando, querida… —chasqueó mirándola con fingido aburrimiento—. Agradezco tu interés en mi mujer, pero ya me tiene a mí para velar por su salud e intereses.

Entrecerró los ojos sobre él.

—No tienes ni la más remota idea de en qué te estás metiendo.

Y al parecer ella sí, pensó al ver cómo lo fulminaba con la mirada.

—Minerva, querida, debe calmarse —la instó su abogado—. Está claro que aquí ha habido un malentendido y…

—¿Calmarme? —siseó y se volvió a su abogado para susurrar, casi escupiendo cada palabra—. Han echado por tierra todos mis esfuerzos, la han liberado…

La vio apretar los labios al tiempo que se giraba de nuevo a él y siseó entre dientes en el mismo tono bajo destinado solo a él.

—Estás cometiendo un grave error —siseó y sus ojos brillaron en advertencia del poder que esgrimía—. Ahora que está libre, nadie se detendrá hasta poseer a la *Clavis Sanguine*. La has sacado de este lugar, arrancándola de mi protección solo para condenarla a muerte.

Sonrió en respuesta a sus palabras, acababa de poner sobre la mesa sus verdaderas intenciones, lo que había llegado a hacer para

mantener aquello que pensaba les pertenecía a la casa Regis a salvo de cualquier otro que pudiera hacerse con tal poder.

Apretó los dientes. Shura no era más que un objeto para las casas, un premio que reclamar, algo que les garantizaba la supremacía sobre el resto. No le importaba la muchacha, se había limitado a proteger una inversión.

—Señorita Regis, considero que la única manera de solucionar esto es teniendo unas palabras en privado —la instó a ello y, antes de que pudiese rehusarse la cogió del brazo y la empujó—, discúlpennos un momento, caballeros.

Intentó resistirse, tiró de su agarre, pero no consiguió soltarse.

—¿Cómo te atreves a ponerme tus sucias manos encima?

—Agradece que no las tienes alrededor del cuello —replicó en un tono mortalmente bajo.

La obligó a traspasar las puertas y salir a la calle, alejándose de la entrada lo suficiente como para tener un poco de privacidad.

—No puedes quedártela —siseó, tirando con fuerza de su brazos y soltándose con rabia—. *La llave* no pertenece a un ser como tú, conseguirás que la maten.

—Por el contrario, a mi lado estará a salvo.

Sacudió la cabeza, lo recorrió con la mirada y chasqueó la lengua.

—Eres como él, no ves más allá de ese bonito exterior —escupió—. Daniel cometió el error de verla como una mujer, de amarla como a una mujer cuando solo es un instrumento.

—Tu hermano la quiso lo suficiente como para morir por ella, lo cual habla mucho mejor de él que del resto de la casa Regis.

Lo apuntó con un dedo y prácticamente pudo ver cómo su poder estallaba envolviéndola como una coraza.

—¡No te atrevas a pronunciar el nombre de mi familia! —estalló —. Si él está muerto es por culpa de esa maldita mujer, ¡ella fue su perdición!

—¿Y crees que eso te da derecho a encerrar a una niña entre cuatro paredes como si fuese un animal? —La acusó directamente, el código de las casas de *Infernus* no era muy alejado al de las de

Angelus en temas de lealtad—. Por código tendrías que haberla protegido, no encerrado y tirado la llave.

Los ojos claros empezaron a oscurecerse adquiriendo un tono rojo que evidenciaba su verdadera naturaleza.

—Tú no estabas allí ese día, *Sinner,* no viste lo que yo.

Entrecerró los ojos y los clavó en ella. Las piezas de aquel extraño e incompleto puzle empezaban a asentarse cuando dabas con las personas correctas a las que interrogar.

—Pero tú sí. —Comprendió—. Y no hiciste nada para evitarlo.

—¡No pude! —exclamó y las hojas de los árboles cercanos cayeron calcinadas al suelo, como si estos las hubiesen dejado caer de golpe—. Intenté advertírselo, pero Daniel no quería escuchar nada que tuviese que ver con la muerte de su querida esposa —escupió las palabras cómo si el solo hecho de pronunciarlas la envenenase—. No me creyó cuando le dije que alguien quería derramar su sangre, que querían su renacimiento y no su posesión…

Frunció el ceño ante sus palabras y ella esbozó una amplia sonrisa que no hizo otra cosa que aumentar ese aire demoníaco que ya había adquirido su rostro.

—No era a mi hermano a quién querían matar esa noche, querían la sangre de la Clavis —le dijo con una voz goteante de rabia—. Si matas a su protector, la llave seguirá quedando en la casa a la que pertenecía, solo cuando ella muere, cuando su sangre es reclamada, podrá renacer dentro de la casa que le ha quitado la vida…

Se lamió los labios.

—Daniel se sacrificó por ella, dio su sangre por ella y eso provocó un limbo en la sucesión del amo de la Clavis —continuó con el mismo ímpetu.

Y aquello correspondía a lo que había mencionado Rissan.

—Cualquiera de las siete casas puede reclamarla, pero solo ella tiene la potestad de elegir con cuál quedarse…

—O morir a manos de una de aquel que cercenó la vida de su anterior dueño y reencarnarse una y otra vez dentro de esa casa —concluyó por él, con un firme asentimiento—. Quién mató a mi

hermano, lo hizo para obtenerla y no va a detenerse hasta conseguirlo.

Hizo una significativa pausa, levantó la barbilla y añadió.

—Llévatela, ocúltala otra vez si quieres, pero no evitarás que antes o después, una de las siete casas del gremio *Infernus*, obtenga lo que desea y la reclamará.

Gerion ladeó la cabeza y la contempló en silencio durante unos instantes, finalmente sonrió con pereza y le hizo partícipe de sus pensamientos.

—Ve preparando tus mejores galas, Minerva Regis, hija de la casa Regis, porque el tiempo de esconderse ha llegado a su fin y ahora le toca a Shura mover ficha.

E iba a encargarse personalmente de que tuviese todas las armas que necesitaba a su alcance para ello, su pequeña esposa no volvería a ocultarse, no volvería a bajar el rostro y sobre todo, no volvería a ser silenciada.

CAPÍTULO 28

Mansión Regis,
Seattle

—De acuerdo, veamos si he entendido lo que estáis poniendo sobre la mesa. ¿Me ofrecéis la posibilidad de convocar una asamblea con las siete Casas del *Gremio Infernus*, para ser yo la que elija, en este caso a la Primera Casa regida por… el señor Marcus, aquí presente y que este, por su buena voluntad y la calidez de su corazón decida concederme, algo así como un regalo, con el que podré ganar la completa libertad y olvidarme de esta locura?

Shura levantó la mirada por encima de la taza de té y los miró a todos y cada uno de ellos.

—Es una broma, ¿no?

—No —respondió su marido, quién se había presentado allí con esos dos invitados.

—Entonces es que estás más loco de lo que suponían que estoy yo.

—Desde luego, la cordura no entra en las virtudes de alguien ha recurrido a nuestra casa para sacarle las castañas del fuego —replicó Rissan con gesto divertido.

—Ya, verás, Rissan, lo que pasa es que yo todavía no he recurrido a ninguna casa —le soltó clavándole la mirada con gesto contrariado—. No me fio de ninguno de vosotros, no te ofendas, pero es difícil confiar en alguien que quizá tiene en mente matarme, al igual que hicieron con Daniel.

—Shura… —la advirtió Gerion.

El tipo se rio por lo bajo.

—Tengo que reconocerlo, Shura, me resultas muy, pero que muy entretenida.

Enarcó una ceja y lo recorrió con la mirada con gesto insultante.

—Pues tienes que estar muy, pero que muy aburrido si yo te causo diversión —declaró con un bufido—. Te cambiaría con gusto mi vida, estoy seguro de que no te aburrirías.

—Él no tiene tiempo para aburrirse —la interrumpió Aris señalando a su hermano con un gesto de la barbilla—. No le permiten ni un solo segundo de tedio.

El aludido hizo una mueca.

—Siempre llevándome la contraria.

—¿Por qué habría de hacerlo? —replicó el aludido—. Me limito a ponerla en antecedentes.

No pudo evitar pasear la mirada de uno a otro, esos dos hombres eran realmente extraños. Mientras Rissan poseía una actitud abierta, atrevida y sexual, Aris actuaba con muchísima más calma y tranquilidad, era incluso amable, pero a pesar de sus obvias diferencias había algo que los caracterizaba a ambos, un aire oscuro y letal que los convertía en peligrosos.

—¿Podemos volver a lo que estábamos, por favor? —pidió con un resoplido—. Quizá a vosotros os haga ilusión sentaros manos sobre mano y esperar a que vengan a clavaros un puñal en el corazón, pero esa no es mi idea de pasar un rato divertido.

—Si te sirve de consuelo, mi casa no fue la que mató a Daniel Regis —contestó Rissan con una inesperada seriedad—. Y si estoy aquí, es porque tu marido, el que tiene alas, está dispuesto a hacer tratos con el diablo con tal de mantenerte a salvo.

No pudo refutar esas palabras.

—De todas las opciones posibles, es la única que puede ofrecernos algo de luz al final del túnel, Shura —le dijo él.

—Supongo que ante un panorama semejante, solo puedo…

Unos secos golpes a la puerta, seguidos de la entrada de Roberts, interrumpió su respuesta.

—Disculpen la interrupción —se excusó y avanzó hacia la mesa con una bandeja en las manos en la que descansaban dos sobres negros—. Señor, Señora, acaban de llegar ahora mismo… y no precisamente por el correo tradicional.

Antes de que pudiese tocar los sobres, Gerion estiró la mano y los recogió de la bandeja, les dio la vuelta, contempló los sellos lacrados y frunció el ceño.

—Parece que no será necesario que nos preocupemos por convocar una asamblea —informó y rompió el lacre para sacar una pequeña tarjeta en la que pudo leer que efectivamente se trataba de una invitación—. Las casas Krovat y Ocuria han pedido que la llave comparezca en asamblea para decidir sobre su futuro.

—O lo que es lo mismo, para decidir quién me pone un collarcito al cuello y me pasea como un trofeo.

—De Krovat no me sorprende, pero no esperaba que Ocuria tuviese los huevos suficientes para convocar un concilio —comentó Rissan visiblemente sorprendido, entonces se giró hacia su hermano.

—¿No tendríamos que haber recibido nosotros una de esas comunicándonos sus intenciones?

Aris ladeó la cabeza.

—¿Miras tu correspondencia cuando tienes que hacerlo?

—¿Para qué estás tú?

Su hermano sacudió la cabeza y dirigió su atención ahora hacia Gerion y ella.

—Si dos de las siete casas han solicitado una asamblea, será cuestión de tiempo que las demás se pronuncien —les informó—. Nuestra casa es la Asamblea, las peticiones tendrían que haber entrado por nuestra puerta antes de por la vuestra… Eso podría hacer que Rissan decida retrasar lo suficiente la reunión… Solo por joderlos.

—Que no te quepa la menor duda, me siento ofendido por el simple hecho de no haber sido el primero en recibir una de esas —resopló y puso los ojos en blanco.

Sacudió la cabeza ante aquella absurda batalla dialéctica y cogió las dos misivas, sus opciones parecían acortarse por momentos, la vida parecía dispuesta a poner piedra tras piedra en su camino y empezaba a quedarse sin fuerzas para sortearlas.

—Esto no tiene sentido —tiró las misivas al centro de la mesa —. Exigen, ordenan, están dispuestos a rifarme como si yo fuese un oso de peluche. Soy una persona, maldita sea, no un objeto. Nadie

va a decidir con quién me quedo o si puedo vivir o debo morir. Es mi vida, mía, no dejaré que me la arrebaten.

—Dime una cosa, Shura.

El tono con el que Rissan le llamó la atención la cogió por sorpresa. Levantó la cabeza y al encontrarse con su mirada sintió un inesperado escalofrío, pues el hombre que tenía sus ojos fijos en ella parecía uno completamente diferente al que había estado amenizando la velada con tonterías e irritantes respuestas.

—¿Qué estarías dispuesta a dar por tu libertad?

—Nada. —Ni siquiera tuvo que pensarlo—. Mi libertad no tiene precio. No es una posesión, es un derecho, uno que nadie me quitará.

Los labios masculinos empezaron a curvarse hasta que esa sonrisa volvió a asomar en ellos. Se echó hacia atrás, recostándose contra el respaldo y se cruzó de brazos.

—¿Y bien? —Le preguntó su hermano, inclinándose hacia él—. ¿Es suficiente para ti?

—Es un buen comienzo —admitió sin dejar de mirarla—. Pero sigue siendo un riesgo para nosotros. Si acepto tu petición y te doy mi protección, la de mi casa, te convertirás en una responsabilidad que ni me apetece tener, ni necesito.

—Rissan… —le llamó la atención su hermano, cosa que le hizo suspirar.

—Peeeero, ya que parece que has conquistado a Aris. —El aludido puso los ojos en blanco—. Estoy dispuesto a hacer una excepción. Pero debes saber una cosa, ambos deberíais saberla, si es que tú no la intuyes ya, Gerion.

Miró de soslayo a su marido, pero este tenía la mirada fija en el *sanguinar*.

—Si acepto darte mi marca, estarás vinculada a mí hasta mi muerte, tal y como lo has estado con la *Casa Regis* hasta la muerte de Daniel. Y la gracia que me pides, solo la obtendrás si yo deseo concedértela —le informó con total seriedad, entonces clavó sus ojos en su compañero—. Esas son las reglas del juego.

—Serás cabrón…

—Me pedís un enorme favor, Gerion, el precio será igual de alto —le dijo a su marido, quién parecía estar a punto de querer saltar por encima de la mesa y atacarlo.

—Pues dilo de una maldita vez —siseó su ángel.

La respuesta de su compañero fue sonreír de esa manera que lo sacaba de quicio.

—Llegará un momento al final de mi condena que necesitaré algo de los dos —los miró a ambos y, si bien esa sonrisita cínica seguía en sus labios, a ella no le resultaba creíble, había algo más ahí, algo secreto y que parecía realmente importante para él—. Mi precio es una promesa.

—¿Qué clase de promesa? —Gerion le miró y también a su hermano, quién estaba en mortal silencio, sin revelar absolutamente nada.

—La promesa de entregarme aquello que venga a buscar.

Shura entrecerró los ojos y lo observó durante lo que le pareció una eternidad.

—No haré ninguna promesa a menos que conozca todos los detalles de…

—Te lo prometo.

—Shura, no.

Deslizó la mano sobre la mesa y la posó sobre la de su marido.

—Si aceptas mi elección y renuncias a mí, en esta y en todas mis vidas, te daré lo que vengas a buscar.

Los ojos de Rissan brillaron con algo que le pareció esperanza, asintió lentamente con la cabeza y pronunció en voz alta.

—En ese caso, *Clavis Sanguine*, te reclamo para la casa *Sanguinar* y prometo concederte lo que tu corazón desee en la asamblea que tendrá lugar delante de todas las demás casas de mi gremio —le dijo con solemnidad—. Aceptas el reclamo.

Miró a Gerion, no parecía contento con la decisión que había tomado, pero no podía explicarle que había sentido que esa era la respuesta que debía dar, la que su alma deseaba que diese. Le apretó la mano y él respondió envolviéndola en sus dedos, para finalmente asentir dándole su apoyo y consentimiento.

—Lo acepto, Rissan Marcus, de la *Casa Sanguinar*.

En el momento en que pronunció esas palabras se sintió ligera, como si aquello que la hubiese estado oprimiendo, se hubiese levantado de su pecho y la dejase respirar con normalidad.

CAPÍTULO 29

Esa misma noche...

—¿Estás enfadado?

El tono en la voz femenina hizo que bajase la mirada sobre ella y le acariciase una vez más el pelo, apartándoselo del rostro. Llevaban un buen rato tendidos en la cama del dormitorio en el que habían dormido juntos la noche en la que llegaron a la Mansión Regis.

—No, Shura, pero la promesa que le hiciste a Rissan puede resultar peligrosa —admitió. Eso era lo que lo tenía inquieto, lo que más le molestaba, el no saber qué narices quería exactamente el *sanguinar*. En un abrir y cerrar de ojos le había arrancado una promesa a su mujer, una que se cobraría antes o después—. No me fío de él.

—Y sin embargo fue a él a quién acudiste para buscar una salida a todo esto —le recordó mientras se acurrucaba contra él, buscando el calor de su cuerpo—. Quizá me precipité…

—Lo hiciste.

—Pero sé que era la respuesta correcta —continuó con una firmeza que no daba lugar a réplica—. No sé explicarlo, Gerion, pero sentí que esa era la respuesta correcta, que debía decirle que sí.

La abrazó y la besó en la cabeza.

—En ocasiones las respuestas que surgen de uno mismo son las únicas respuestas que debemos tener en cuenta —admitió con un suspiro—. Somos quienes somos por las elecciones que tomamos, algunas veces pueden ser erróneas y otras, el mayor acierto de nuestras vidas.

—¿Y cómo saber si lo que elegimos es un acierto y no un enorme error?

—No lo sabes —admitió encontrándose con su mirada—, no hasta que el tiempo y los acontecimientos por los que pasas a lo largo de la vida te dan la respuesta.

—Mi vida está llena de acontecimientos, especialmente en lo que corresponde a estos últimos años —repuso con un mohín—, y todavía no he encontrado una maldita respuesta al *«por qué a mí».* Pero claro, yo no fui la que tomó esas decisiones, solo me vi inmersa en ellas…

Resopló, deslizó la mano sobre su pecho y se puso a trazar dibujos imaginarios sobre su piel.

—Y sigue sucediendo —murmuró—. Es como si ya no tuviese poder sobre mi propia vida, cómo si ya no tuviese derecho a decidir… por momentos me pregunto si alguna vez lo tuve, si he sido yo misma o solo he sido lo que otros han querido que fuera.

Podía escuchar la angustia mal enmascarada en su voz, en la tensión que recorría su menudo cuerpo y la entendía, entendía sus dudas mejor que nadie pues él mismo las había tenido a lo largo de la eternidad.

—Siempre he estado bajo el cuidado de alguna persona, siempre he pertenecido a alguien de un modo u otro —comentó con disgusto—, pero tras el asesinato de Dan… empecé a sentirme

perdida. En ese instante fui realmente consciente de que no sabía quién era yo. Dejé de ser la esposa de alguien, la cuñada de alguien y me encontré como *«Shura»*, la *«pobre Shura»,* sola, asediada por las pesadillas, por los monstruos que seguía viendo incluso despierta, privada de libertad, encerrada en esas cuatro paredes.

Tembló, el recuerdo le hacía daño, pero no quería detenerla, lo mejor que podía hacer era dejarla hablar.

—Y entonces apareciste tú y todo volvió a ser una enorme y absurda locura —declaró con inusitado fervor—. Volví a perderme, pensé que terminaría hundiéndome y enloqueciendo, ahora de verdad, pero contrario a todos mis pensamientos, tu presencia me aportó estabilidad. Aunque la locura persiste a mí alrededor y hace que me sienta como si navegase en un bote que va a la deriva, vapuleada de un lado a otro por acción de las olas, tú te mantienes a flote…

Mientras su sinceridad lo calentó por dentro, también trajo consigo un inesperado nudo de nervios que se le alojó en el estómago.

—Esta última semana he sentido más paz, tranquilidad y alegría de la que he vivido en toda mi vida —añadió al tiempo que se incorporaba, quedando sentada a su lado, mirándole sin subterfugios—. Y por más que he intentado buscarle una explicación, no la he encontrado.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Lo que quiero decir… —continuó mirándose las manos—. He conocido a Daniel durante años, he crecido a su lado y no… no me he sentido tan cerca de él cómo me siento contigo.

Levantó de nuevo la cabeza y vio un tibio rubor en sus mejillas.

—Y no puedo dejar de preguntarme si eso tiene algo que ver con lo que hizo Arthurius, con la marca que me ha dejado, la que ambos compartimos —declaró acariciando la de él con la yema de un dedo—. Si esto es real o ha sido inducido por esto.

Se mordió el labio inferior y por primera vez vio en sus ojos inseguridad y miedo ante una posible pérdida.

—Necesito saber si lo que despiertas en mí es real, si lo que siento lo siento por mí misma o por lo que nos han hecho, si…

No la dejó terminar, se incorporó, hundió los dedos en su pelo y la besó, bebiéndose su incipiente protesta y no se detuvo hasta tenerla pegada a él y suspirando en su boca.

—Estás vinculada a mí, del mismo modo que yo lo estoy a ti. Nuestras almas nacieron para reconocerse la una a la otra, tú estabas destinada a estar en mi camino —le dijo tras romper el beso —. No es fácil aceptar que alguien o algo más guíen tus pasos, la mayor parte del tiempo te encuentras luchando en contra de ello solo para comprender que debías transitarlo para llegar a la meta marcada.

—¿Cómo puedes saber que esa meta en realidad era yo? —preguntó y sacudió la cabeza—. Nuestro matrimonio nació como solución para uno de mis muchos e interminables problemas, desde que nos encontramos no has hecho otra cosa que sacarme las castañas del fuego… No tuviste elección y yo tampoco.

Se mordió el labio inferior y se acomodó para mantener una prudente distancia mientras buscaba las palabras que deseaba pronunciar.

—No quiero ser de nuevo la esposa de alguien por lo que ponga un papel o diga un incompresible vínculo —admitió mirándole a los ojos al tiempo que le posaba la mano sobre la mejilla—. Quiero poder decir que soy tuya por qué es lo que yo deseo, pedirte que te quedes a mi lado porque te necesito y quiero que ocupes ese lugar, pero no porque alguien más diga que tiene que ser así. Quiero mi libertad para poder elegir si deseo perderla por alguien, quiero ser yo quien decida y no verme de nuevo carente de voz. Necesito estar segura de que lo que hay en mi interior, lo que tú has despertado en mí es real y me pertenece solo a mí…

Cubrió su mano con la suya, le dio la vuelta y le besó la palma.

—Eres mi compañera de viaje, mi esposa, la otra mitad de mi alma y la única a la que siento realmente mía —admitió dejando a un lado su propio temor a pronunciar aquellas palabras, a admitir lo que sentía por ella—. Si tengo que esperar unos días más, meses o incluso años, lo haré, pero lo haré junto a ti, sirenita, porque eres mía y seguirás siéndolo hasta que la muerte me robe mi último aliento.

Sus ojos se volvieron brillantes por unas lágrimas que se negaba a derramar, alzó la barbilla y respiró profundamente.

—Gracias, Gerion —sonrió en respuesta, echándose a sus brazos y rodeándole con ellos para mantenerle cerca de su cuerpo.

La apretó contra él durante unos instantes y la besó en la cabeza, peinándole el pelo con suavidad.

—Todavía tenemos tareas de las que debemos encargarnos —admitió—, cuando terminemos con ello y hayamos dejado todo esto atrás, volveremos a hablar de esto. Hasta entonces, tendrás que luchar, Shura, luchar como no lo has hecho en tu vida.

—Estoy preparada —respondió en su oído—. No daré un solo paso atrás, ya no.

Momentos después…

—Todavía no me has dicho cómo demonios habéis resuelto todo ese asunto de la clínica —le preguntó ella, mientras jugaba con una de las plumas que se habían desprendido de sus alas—. ¿De verdad creen que quien inició todo el revuelo fue otro paciente y que yo ni siquiera estaba en la clínica en esas fechas?

—Arthurius tiene sus propios trucos y el abogado de Daniel también, juntos han creado una historia bastante rocambolesca, pero totalmente veraz, así que, oficialmente, mi esposa había sido dada de alta un año antes a petición de su marido.

—¿Y Minerva a aceptado eso?

Deslizó la mirada sobre el suave y curvilíneo cuerpo vestido tan solo con su camiseta, la cual había querido traerse con ella.

—Ella solo es culpable de su propio egoísmo —comentó decidiendo que iba a contarle y qué no—. Debería haberte protegido tras la muerte de tu marido, cuidarte cómo a un miembro de la familia, pero se centró en mantener para sí misma lo que creía que solo le pertenecía a la Casa Regis; es la nueva dirigente de su casa.

—Nunca estuvo conforme con nuestro matrimonio, probablemente ni siquiera con el hecho de que permaneciese en la misma casa que había sido de ellos —suspiró y levantó la cabeza

para fijar la mirada en el techo—. Nunca me gustó aquel viejo mausoleo, creo que Daniel lo sabía, por eso compró esta casa e hizo de ella un hogar para nosotros… Eso tampoco le gustó, recuerdo que montó en cólera, sus gritos se oían desde la biblioteca. Nunca supe que le dijo él para contentarla y ahora tampoco me importa. Solo quiero que esté fuera de mi vida, lo más lejos posible.

—Estará presente en el Concilio, la casa Regis también ha presentado un reclamo, al igual que otras dos casas más.

Resopló y se revolvió hasta incorporarse lo suficiente para mirarle a los ojos.

—Pues se van a llevar una enorme sorpresa cuando sepan que esta *llavecita* está fuera del mercado.

Sonrió, no pudo evitarlo, su rostro era una máscara de absoluta determinación.

—Más de uno se quedará con un palmo de narices, pero hasta la asamblea, debe quedar en el más estricto secreto —le recordó.

Todos ellos habían convenido en ello, pues todavía no sabían quién había estado detrás de la muerte de Regis y estaba tan decidido a hacerse con la *Clavis*.

—¿Crees que la casa que decidió matar a Daniel, para dejarme desprotegida y en libertad de ser reclamada de nuevo, hará un movimiento ahora que han empezado las convocatorias? —le preguntó y frunció el ceño al añadir—. Han tenido tiempo más que suficiente para reclamarme después de su muerte, ¿por qué no lo han hecho?

—Porque aquellos que te querían conservar para sí, hicieron un infierno de buen trabajo manteniéndote lejos de la mirada de aquellos que te querían para sí —admitió, entonces añadió—. Cuando decidiste abandonar el sanatorio hiciste pública tu renuncia a la Casa Regis y les dejaste de nuevo abiertas las puertas a las demás para presentar un nuevo reclamo.

—Y entonces apareciste tú… —concluyó ella—. ¿Por qué? ¿Por qué te asignaron entonces a mí?

—Digamos que se dieron un cúmulo de acontecimientos que contribuyeron, en una u otra medida, a que me hayan enviado a ti justo en el momento en que me necesitabas —repuso con aire

pensativo. La lección de Galizur, su descenso al *Purgatorio*, los mil años de servicio, los intereses de Regis y Arthurius, todos habían contribuido de algún modo a ese momento, a entregarle a la mujer que le pertenecería—. Daniel fue una de esas personas, intuyo que ha intentado cuidarte incluso sin estar presente. Para él fuiste mucho más que la *Clavis Sanguine*, fuiste una amiga, una esposa y la mujer a la que amaba.

Los ojos femeninos se encontraron con los suyos y se velaron momentáneamente. Solo fue un momento, el tiempo suficiente para emitir una despedida definitiva y hacer que el dolor se desvaneciese definitivamente de ellos. Sabía que necesitaba escuchar esas palabras, que, por encima de todo, seguía siendo una muchacha sola y necesitada de cariño.

Shura no había tenido tiempo para llorar apropiadamente al hombre con el que había convivido, al que había querido, al que había arrancado precipitadamente y de forma injusta de su lado. Necesitaba reconciliarse con su pasado, comprenderlo y dejarlo por fin atrás, solo entonces podría darle una oportunidad a lo que había nacido entre ellos y empezar a mirar hacia delante.

—¿Crees que su asesino se presentará en el concilio?

—No lo sé. —No iba a mentirle, pues era algo que todos desconocían y que dependía de la suerte y de la necesidad de aquel o aquella que la deseaba para sí—. Pero si lo hace y quiere terminar con lo que empezó, tendrá que enfrentarse a la *Primera Casa del Gremio Infernus*, y eso, será su propio suicidio.

—No quiero que se derrame más sangre, Gerion, no quiero más muertes innecesarias —declaró con una firmeza que no había existido antes en ella. Ahora estaba dispuesta a luchar, a recuperar su vida y sabía que iría hasta el final—. Solo quiero que Daniel obtenga justicia y yo mi libertad.

Se inclinó hacia delante y la envolvió en sus brazos, atrayéndola a su pecho, envolviéndola con sus alas en un suave capullo de calidez y protección.

—Y la tendrás, sirenita, ambos la tendréis.

CAPÍTULO 30

Dependencias privadas,
Casa Sanguinar.

Una semana después…

—Rissan, ¿te he dicho alguna vez lo que opino de tu sentido del humor? —Preguntó Shura al ver el conjunto de pañuelos que había sobre la cama de la habitación de invitados en la que la había dejado Gerion esa misma mañana—. Apesta. No voy a ponerme eso.

Apoyado en la esquina del tocador, el *Sinner* disfrutaba de aquellos primeros momentos de la que prometía ser la mejor y más disparatada puesta de escena.

—¿Prefieres ir desnuda? Di que sí y me darás una enorme alegría, muñequita —aseguró con su acostumbrado buen humor—. Será todo un placer disponer de una vista tan encantadora mientras nos paseamos por el salón principal y les doy envidia a todos esos vejestorios.

—No, no y no —declaró señalando el vestido y después a él dos veces—. No apareceré desnuda, ni siquiera en tus sueños.

—Como si pudieses controlar mis sueños —se rió él, entonces la miró de arriba abajo—. Si vamos a hacer este pequeño teatrillo, necesitas un buen vestuario para la representación. Nadie se creerá que me perteneces si vas más cubierta, créeme.

Resopló ante su elección de palabras y se vio en la obligación de recordarle.

—No soy tuya —declaró con firmeza, levantó la barbilla y le sostuvo la mirada—. Tenemos un trato, ¿vas a ceñirte a él o no?

Su rostro se volvió pétreo, sus ojos parecieron refulgir al dirigirse a ella.

—¿Cumplirás tú la promesa que me has hecho?

Se quedaron mirándose un rato en absoluto silencio, casi podía escuchar el latido de su propio corazón. Había algo en su voz, en sus ojos, en la forma en la que había pronunciado aquellas palabras… Pero no, no podía ser, él no podía temer su respuesta.

—Lo haré siempre que tú cumplas la tuya y me des lo que quiero en la asamblea.

Él se relajó visiblemente ante su respuesta, señaló el vestido y ladeó la cabeza.

—En ese caso, vístete, cariño, porque tenemos pleno en la asamblea —insistió—. Y Shura, esto solo funcionará si sigues al pie de la letra mis instrucciones.

Habían hablado previamente de ello y casi le había provocado retorcerle el cuello.

—Si alguien me pone un solo dedo encima…

—Mientras estés bajo mi techo, nadie que no sea tu ángel, Aris o yo mismo, tendrá potestad siquiera para respirar cerca de ti —aseguró mortalmente serio, a pesar de sonreír, lo que le provocó un escalofrío—. Hacerlo le otorgará una entrada VIP para conocer a la Parca.

—No quiero derramamientos de sangre, Rissan —declaró con tanta firmeza como fue capaz—. Se lo dije a Gerion y te lo digo a ti. Se acabó el derramar sangre innecesariamente.

—En ese caso me encargaré de que sea necesario hacerlo cuando clave el cuchillo —declaró con gesto desafiante. Ese hombre era peligroso, debajo de toda esa diversión e ironía, era peligroso—. Todo sea por obtener justicia y darte lo que deseas…

Sus palabras la llevaron a hacer una vez más aquella pregunta.

—¿Crees que el responsable de su muerte aparecerá?

Esa última semana había sido una de las más duras de los últimos dos años y, al mismo tiempo, en muchos aspectos, la más liberadora. El tener que volver a revivir aquellos recuerdos, tener

que darles voz y compartir cada pequeño detalle con su marido y los *sanguinar*, había sido como revivir su muerte una vez más, pero también la manera de purgar definitivamente el dolor y convertirlo en un deseo de justicia.

Gerion no se había apartado ni un segundo de su lado, la había abrazado, manteniéndola firme cuando todo parecía hundirse a su alrededor, juntos habían conseguido recrear un retrato perfecto de los acontecimientos y rescatar detalles que siempre habían estado allí y en los que no había reparado.

Creían haber descubierto quién había sido el asesino de Daniel, el nombre de su casa y esperaban poder desenmascararlo en esta asamblea.

—Sí —le respondió tras unos segundos—. Si algo pierde a ese hombre es la codicia por el poder. No podrá resistirse a la tentación de intentar poner las manos de nuevo en aquello que se le escapó una vez. —Su mirada cayó entonces sobre ella y se la sostuvo unos segundos más—. ¿Podrás soportarlo? ¿Soportarás mirarle a la cara?

Se lamió los labios y abrió la boca para responder, pero la interrumpieron.

—Lo hará —La inesperada voz la llevó a girar sobre sí misma para ver a Gerion plegando sus alas.

—Llegas tarde.

Su ángel enarcó una ceja y Rissan volvió a vestirse con esa impertinencia y diversión que siempre parecía colgar de sus labios.

—Cada día me gusta más tu chica —aseguró él—. Convéncela para que se ponga el modelito que le he dejado sobre la cama. La asamblea comenzará en breve.

La mirada de Gerion fue hacia la cama y luego hacia ella.

—Interesante.

—No empieces tú también —resopló y señaló la prenda—. No pienso ponerme esa cosa.

—Desnuda entonces —ronroneó Rissan—. Perfecto. Adoro la idea.

—¿Llevas toda la mañana azuzándote de esa manera? —le preguntó mientras miraba a su compañero con cara de pocos amigos.

—Quería dejártela calentita —declaró el aludido y le guiñó el ojo—. Si te la follas que sea rápido. En veinte minutos, se levantará el telón.

No les dio tiempo a contestar, giró sobre los talones y se esfumó en el aire sin utilizar siquiera la puerta.

—Diablos, hace una semana esto me haría gritar y ahora, casi lo encuentro normal, *casi*.

—Todo acabará pronto —aseguró él caminando hacia ella—. Una vez finalice la asamblea y el culpable sea entregado a la justicia, las cosas cambiarán.

—Eso espero.

—Confía en ti misma, Shura, has llegado hasta aquí y puedes terminar el camino.

Confiar en sí misma. Sí, tendría que hacerlo pues no podía darse el lujo de depender de los demás, si no podía cuidar de sí misma, de confiar en sus propias posibilidades, ¿cómo haría que otros lo hicieran? Si quería tener un futuro debía empezar a dar los primeros pasos en esa dirección. Daniel no se había hecho cargo de ella, no la había cuidado y querido para que se convirtiese en una niña asustada y desvalida, a él le debía seguir adelante, tener una nueva oportunidad en la vida y no permitiría que hubiese derramado su sangre inútilmente.

Echó un nuevo vistazo a la cama e hizo una mueca.

—Lo haré, pero no pienso ponerme ese vestido.

Gerion dejó escapar una risa mitad bufido, miró la prenda y luego a ella.

—Tienes razón, lo tuyo son las plumas.

En un abrir y cerrar de ojos, sus vaqueros y suéter cambiaron a su vestido de novia para finalmente empezar a teñirse desde el hombro hasta el bajo de la cola de un vibrante rojo.

—En honor a la *Casa Sanguinar* —le dijo mirándola con absoluta satisfacción.

Deslizó los dedos sobre la suave textura y miró hacia abajo. Los zapatos, al contrario que el vestido, eran un tono desteñido entre blanco y gris, a juego con las alas que él llevaba a la espalda.

—¿Y esto en honor a la tuya?

—Tú eres mi única Casa ahora —aseguró bajando sobre ella, calentándole los labios con su aliento—. No necesito otra, no lo olvides, nunca lo olvides. Solo tengo un hogar, un lugar al que pertenezco y al que regresar; tú.

La besó para sellar su promesa, una que sabía que mantendría hasta el fin de sus días y de la que deseaba formar parte.

CAPÍTULO 31

—Menos mal que alguien tiene sentido de la estética —comentó Aris al verla aparecer acompañada de Gerion—. Bonito color, te favorece.

Su halago la llevó a asentir en agradecimiento, dedicándole una ligera sonrisa. El otro *sanguinar* parecía haberle cogido cierto grado de respeto desde el momento en que aceptó el trato con su hermano.

—Gerion, tu *priaru* ha decidido asistir también al concilio.

Tal información pareció sorprenderlo.

—¿*Priaru*? —preguntó a su vez, queriendo saber qué significaba exactamente esa información y qué repercusión tendría.

—Se refiere al General —le informó él—. Como dirigente del cuerpo de élite del Purgatorio, tiene acceso libre tanto al territorio de arriba, como al de abajo.

—¿Y cuál es su papel en la asamblea?

—Tocarnos las pelotas —declaró Rissan con una mueca—. Las *Siete Casas Infernus* son las que han solicitado el cónclave, pero al tratarse de algo que puede afectar a la estabilidad y el equilibrio de los gremios del cielo y el infierno, el que él esté presente podría rebajar la tensión.

—Si alguien se pasa de la raya, tiene la potestad de mandarlo de una patada en el culo al Purgatorio —concluyó Aris.

Abrió la boca y volvió a cerrarla sin saber qué decir.

—Eso sobraba —resopló Gerion.

El *sanguinar* se limitó a echarle un vistazo.

—Nunca se ha ganado nada ocultando la verdad —replicó él—. Es preferible que sepa lo que puede pasar, por si empiezan a volar cuchillos.

—De acuerdo, *troupe*, todos listos —los previno Rissan—. Aris, ya sabes lo que tienes que hacer. Caballeros, *miladi*, hora de empezar con el espectáculo.

Lo vio desaparecer a través de la puerta, se lamió los labios y se giró en busca del único hombre en esa sala que le daba fuerzas solo con su presencia.

—No te separes de Rissan, pase lo que pase, escuches lo que escuches, no te separes de él.

Respiró profundamente y asintió.

—No te vayas muy lejos —pidió en un susurro, solo para sus oídos, a pesar de que cualquiera de los presentes podría enterarse de lo que decía si quería.

—Me sentirás en cada latido de corazón, sirenita —le respondió de la misma manera—, nunca me alejaré de ti.

Respiró profundamente y miró a Aris, quien permanecía a su lado como un discreto guardia a su lado.

—Estoy lista.

Él la miró con esa intensidad que vibraba en ambos *sanguinar*.

—Sí, lo estás.

En cuanto sus dedos le tocaron el brazo, se sintió arrastrada durante unos interminables segundos. En el espacio de un parpadeo pasó de la habitación en la que había pasado buena parte de la mañana al inicio de un breve pasillo, en cuyo umbral la esperaba Rissan.

—Levanta la cabeza y mantente siempre cerca de Riss —le dijo su acompañante en voz baja—. Obedece cada una de sus órdenes y tendrás lo que deseas, Shura Sacra.

Avanzó de su brazo hasta el otro *Sanguinar*, quién le tendió la mano con la palma hacia abajo para que posase la suya sobre la de él, tal y como estaba estipulado.

—¿Lista? —le susurró.

Asintió, se posicionó a su lado y avanzó a su paso.

Miradas aviesas, deseo no disimulado, codicia, curiosidad, todo aquello se daba cita en la sala que ahora atravesaba de su brazo. Su acompañante estaba completamente serio, su porte nada tenía que ver con el del hombre despreocupado que solía ser. Su usual

vestuario de combate había sido cambiado por un traje antiguo, compuesto por pantalón, camisa y una especie de sobre todo en un monocromático color negro solo roto por el rojo de los bordados del sobretodo que llevaba encima.

La guió hacia una zona de asientos libre y la hizo sentarse en una repujada y antigua silla, para luego ocupar su puesto, a su lado.

Aris permanecía de pie detrás de la única silla libre, al igual que su ángel ocupaba el lugar tras Arthurius.

Recorrió a los presentes con la mirada, permaneciendo en silencio y segura, tal y como la habían instruido. Unas veces resultaba más fácil que otras, especialmente cuando los ojos de las personas con las que se encontraba no reflejaban el odio que ella misma guardaba en su corazón. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantener la compostura y acusar directamente a la perra o monstruo cuyos ojos habían invadido sus pesadillas.

—Bienvenidos a esta asamblea —comenzó Rissan con voz potente—. Veo que no habéis escatimado en representación.

—¿Es ella?

—¿Por qué están aquí los *Sinners*?

—¡El cónclave es para las *Casas del gremio Infernus*!

Las voces se superponían unas a otras con distintos estados ánimos.

—Mi presencia aquí es como simple observador, Elendil —declaró Arthurius, sin inmutarse—. Debo asegurarme que los miembros aquí presentes de las *Casas Infernus* siguen las reglas establecidas por su Gremio.

—Esto es un ultraje. —Había una palpable indignación en el tono del que hablaba.

—El asunto que nos trae hoy aquí pertenece únicamente a las *Casas Infernus*, no es necesario mediador alguno —escupió otro.

—Y por eso estás ahora aquí y ahí sentado, Krovat —replicó Rissan con una tranquilidad que escondía sus verdaderas emociones. Estando tan cerca de él podía casi sentir lo que él sentía y no estaba precisamente contento.

—Déjate de enigmas y empecemos —chasqueó el tal Krovat—. Quiero la *Clavis Sanguine* y sabes bien que soy su mejor opción.

—No. —La intervención de la perra fue firme, ni siquiera le tembló la voz—. Shura debe permanecer en nuestra casa. Es la viuda de mi hermano…

—Y él la perdió tras su muerte… —completó alguien más.

—Él no…

—Sí, su custodia terminó cuando la dejó escapar al morir en ese accidente.

—La Casa Regis ya no tiene derecho sobre la *Clavis Sanguine*.

—¡La llave debe volver a su casa de origen! —clamaron a voz en grito—. ¡Nos pertenece!

—La *Clavis* no os pertenece —replicó alguien más—, ese accidente dejó libre la elección…

—No fue un accidente —siseó sin poder contenerse—. Fue un asesinato.

—¿Asesinato? —preguntó alguien a su derecha, un hombre de pelo cano que se inclinó hacia delante en su silla. Sus ojos eran inquisitivos y la miraban fijamente.

—¡Eso es una estupidez! —rezongó alguien a su izquierda.

—¿De qué diablos está hablando? —preguntó alguien más.

—Es toda una pantomima —insistieron de nuevo con esa odiosa vehemencia—. Están intentando desviar la atención de lo verdaderamente importante. La *Clavis Sanguine* nos pertenece, ya es hora de que vuelva a su casa de origen.

—¡No es una pantomima! —siseó encendiéndose, poniéndose en pie al momento—. Yo estaba allí…

—Shura, vuelve a sentarte —ordenó Rissan con voz engañosamente tranquila.

—¿Por qué habla sin permiso? —Clamó alguien ignorándola a propósito—. ¿Esa es la educación que ha recibido en la *Casa Regis*?

—¡Cómo te atreves! —declaró la perra con un siseo.

—¿Dónde ha quedado el respeto hacia los ancianos? —chasqueó también el hombre de pelo cano.

—En mis tiempos no existían estos problemas, ella sería entregada de inmediato al lugar en el que debe estar —exclamó de nuevo ese hombre, su animosidad era palpable.

—¿Tus manos, Ocuria? —reclamó el hombre de pelo cano dando nombre al demonio que habitaba en sus pesadillas.

—Dónde debe estar.

—¡No te pertenece!

—¡La llave pertenece a los Regis! —insistió la perra—. ¡Nuestro líder murió por ella!

—Daniel no consiguió retenerla —insistió el tal Ocuria—, con su muerte habéis perdido el derecho que tenía la Casa Regis sobre ella.

—Derramó su sangre por ella…

—Y eso lo honra, pero no cambia las cosas —declaró el hombre de pelo cano sentado al otro lado—. La has tenido durante estos dos últimos años, si quiere volver a tus manos, lo hará, sino, pasará a otra casa.

—Ya es hora de terminar con todo esto —se levantó Ocuria haciendo que su altura fuese mayor. Su aspecto era distinto, no recordaba ese traje de chaqueta, ni el aire de hombre de negocios, pero esos ojos y ese tono de voz la estremecieron hasta la médula —. Ella pertenece a la casa Ocuria.

—No desde hace mucho tiempo —declaró la perra poniéndose también en pie.

—Nos pertenece a nosotros, siempre lo ha hecho hasta que nos la robasteis —lo acusó, convirtiéndose todo en una guerra de dos casas.

La sutil caricia en su mano captó su atención, Rissan no la miraba y parecía genuinamente aburrido. Palmeó el asiento a su lado en forma de silenciosa orden. Se lamió los labios y volvió a sentarse mientras buscaba a Gerion con la mirada. Sus ojos claros se encontraron con los suyos trasmitiéndole tranquilidad y paz.

—¿Robar? —continuaron con la disputa—. La perdisteis con la última reencarnación.

—Quizá la mujer aquí presente tenga algo que decir al respecto —intervino de nuevo el hombre de pelo canoso posando la mirada sobre ella y dedicándole una inclinación de cabeza a modo de saludo —. Tengo entendido que respondéis al nombre de Shura, *Clavis Sanguine.*

La sorpresa hizo que tardase en responder, paréntesis que aprovechó el *sanguinar* para poner en marcha su propio plan.

—Y esa es la cosa más inteligente que he escuchado en este corrillo de patio de escuela —declaró Rissan, quién había estado en silencio hasta ese instante. Se levantó y le tendió la mano sin siquiera mirarla—. Shura.

Respiró profundamente y posó la mano en la suya, levantándose para quedar a su lado. Buscó nuevamente a su ángel con la mirada y sus ojos la sostuvieron durante unos instantes al tiempo que le dedicaba un ligero asentimiento.

Estaba con ella, él la creía fuerte y confiaba en que podría seguir adelante y llegar al final de aquella representación obteniendo lo que siempre había deseado.

—Sí, ese es mi nombre.

Hubo un resoplido ante su respuesta y una inmediata réplica.

—Rissan, deja de pavonearte y deja que dé comienzo la elección —chasqueó Ocuria quién parecía tener prisa por dar por terminado aquel encuentro—. No tengo todo el día para perderlo escuchando tonterías.

Sintió el ligero apretón de los dedos masculinos sobre los suyos.

—En ese caso permíteme que te dé una buena noticia, Ocuria, no hace falta que te quedes más tiempo —proclamó sin más su acompañante y paseó la mirada por cada uno de los presentes—. He escuchado vuestras palabras, rebuznos y demás cosas poco inteligentes, incluso he permitido que hablaseis libremente sobre la *Clavis*, aquí presente, pero veo innecesario seguir adelante con más alegatos…

—¿Qué quieres decir, Rissan?

—Que ya no son necesarios —aseguró al tiempo que tiraba de su mano y se la llevaba a los labios—. La *Clavis Sanguine*, la cual, como bien acabáis de oír en respuesta a la pregunta que le ha hecho Lord Fenris, responde al nombre de Shura, ha hecho suya la opción de *«libertad de sangre»* que le fue otorgada con la muerte de su último propietario y ha elegido una casa a la que ofrecer sus servicios.

—¡No! —Clamó este primero.

—¡Eso es imposible!

—¡Ella no tiene esa opción! ¡Su propietario fue asesinado!

Apretó los dientes y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no escupir a la cara de unos cuantos. Por dios, se peleaban como perros por un trozo de sangre, como si volviesen a estar en la Antigua Roma y ella no fuese otra cosa que una esclava.

—¡Exijo un desafío con la casa electa! —exclamó Ocuria de nuevo—. ¡La llave debe volver a mi familia!

El hombre de pelo cano, que había sido el único que se había dirigido a ella con corrección, se levantó.

—Rissan, ¿podríamos saber cuál ha sido la casa reclamada por la Shura?

No Clavis, sino su nombre.

Su acompañante le dedicó algo parecido a una venia y respondió.

—Honorable Fenris, dejaré que sea ella misma la que pronuncie el nombre de su nueva casa —dijo y la miró—. Querida, presenta a la Asamblea tu decisión.

Se lamió los labios y se giró hacia los presentes, clavando la mirada en cada uno de ellos, dejándoles claro que no era un objeto y no podrían tenerla.

—He presentado mi reclamo a la *Primera Casa del Gremio Infernus*, la *Casa Sanguinar* —dijo en voz alta y se volvió hacia Rissan con una estudiada reverencia—. Soy vuestra, Lord Rissan, tanto como me aceptéis en vuestra Casa.

Él sonrió divertido y cumplió con su papel.

—Os acepto y os venero, una vez más, *Clavis Sanguine* —replicó y acto seguido se volvió hacia los presentes, cuyos rostros empezaban a perder gradualmente el color—. La *Llave de Sangre* ha sido reclamada por mi casa.

—¿Qué Casa la ha reclamado? —preguntó Fenris, el hombre de pelo con que la había tratado con consideración en todo momento.

—La mía —informó Rissan con voz firme y contundente.

La declaración dejó a los presentes sin palabras. No habían exagerado al decir que la Primera Casa tenía poder sobre todas las

demás.

—No, no es verdad —escuchó murmurar a Minerva, pero se abstuvo de dedicarle siquiera un solo segundo de atención.

—¡Esto es una violación de nuestras leyes! —clamó Ocuria, quién parecía que se le saldrían los ojos de las órbitas.

—¿Lo es? —preguntó con ese tono jocoso que ya identificaba con Rissan—. Su anterior amo ha derramado su sangre por ella, eso la ha dejado libre para ser reclamada, sí, pero también le ha dado la posibilidad de ser ella la que reclame una de las siete casas del Gremio.

Miró a todos y cada uno de los miembros presentes en la sala.

—¿Estoy equivocado?

Varios gruñidos, rezongos y siseos después, los presentes empezaron a darle la razón.

—No, no lo estáis, *milord* —aseguró el cabeza de la casa Elendil.

—Si lo que dices es cierto, Rissan, ella está en potestad de elegir —admitió también Krovat.

—Shura, no es posible que hayas elegido la Primera Casa después de todo lo que he hecho por ti —exclamó su ex cuñada, claramente ofendida.

Parpadeó sin poder creer en sus palabras, hizo ademán de ir hacia ella, pero su acompañante le ciñó la muñeca y le dedicó una mirada de advertencia.

—¡No lo acepto! —La rabiosa voz de Ocuria acompañó su imperiosa puesta en pie—. ¡Reniego de ese derecho! Exijo el derecho a desafiar a la *Casa Sanguinar* por el derecho a poseerla —declaró mirándola con un odio y una insana posesión que la hizo respingar—. La llave pertenece a mi casa, de la que nunca debió salir… ¡Ellos nos la robaron! Me niego a aceptar…

—No perteneceré jamás a un asesino —musitó incapaz de detenerse. Se soltó de la mano de su compañero, a pesar de la mirada de advertencia de este y avanzó poniendo un pie detrás de otro en dirección al monstruo de sus pesadillas—. No volverás a colarte en mis pesadillas, no serás parte de mi pasado, aquí y ahora no solo reniego de ti… —Desvió la mirada momentáneamente sobre

cada uno de los presentes—, reniego de cada uno de vosotros. ¡No os pertenezco a ninguno! ¡No soy un objeto que se pueda poseer! ¿Ha quedado claro?

—¿Quién te crees que eres para hablarle así a los dirigentes de las siete casas? —Bufó alguien.

—Jamás he visto cosa igual, qué falta de respeto.

—Tú eres mía, estúpida humana, mía y volverás a mis manos —declaró Ocuria, dando un paso adelante con intención de tocarla.

—¡Reclamo aquí y ahora mi gracia a la *Primera Casa del Gremio Infernus*! —Alzó la voz, gritando, sin importarle dejarse la garganta en el proceso y deteniendo en seco al mismo tiempo a ese asesino—. Mi señor, aquí y ahora os solicito que mi liberéis de mis obligaciones como *Clavis Sanguine* en esta vida y en las venideras.

—¡No!

—¡No puedes hacerlo!

—¡Maldita humana!

—¡Silencio! —Clamó el anciano Fenris, dando un par de pasos al centro de la sala, desafió a cualquiera de los presentes a decir algo más y la miró—. Bajo que premisa hacéis tal petición al jefe de la Primera Casa, muchacha.

—Lo hago bajo el vínculo que, voluntariamente, me ofrecí a forjar con Rissan Martus, de la *Casa Sanguinar* —declaró en voz alta, intentando que no le temblase la voz—, y apelando al derecho de venia que me concede el derramamiento de sangre de mi anterior dueño, mi esposo, que dio su vida cuando alguien que está presente en esta sala le quitó la vida, al intentar arrebatarme la mía.

Su voz causó que muchos de los que todavía estaban sentados se levantasen y otros palideciesen.

—¿Es verdad lo que dice, Rissan? —preguntó el anciano.

—Lo es —intervino Arthurius, poniéndose también en pie—. Ella estuvo presente en el momento de asesinato.

El murmullo volvió a elevarse con jadeos y negativas a creer en su palabra.

—¡Eso es una calumnia!

El hombre volvió a levantar la mano para acallar a los presentes y dio un nuevo paso hacia ella.

—Quiero verlo.

Ella parpadeó ante la extraña petición, pero Rissan ya estaba a su lado y le cogió la muñeca con suavidad.

—Luxor Fenris tiene el poder de ver la verdad en las almas de los vivos —le susurró—, entrégale tu mano y dile que es lo que viste, Shura.

Le sostuvo la mirada al hombre durante unos segundos, entonces suspiró y le tendió la mano.

—Muéstrame cual es esa verdad a la que haces alusión, *Clavis Sanguine.*

Posó su mano sobre la arrugada del hombre y puso voz a sus recuerdos una última vez.

—Vi la hoja que iba dirigida a mí y que atravesó a mi marido, derramando la sangre de la casa que me reclamó —murmuró con un nudo en la garganta—. Vi a ese hombre —señaló a Ocuria—, hundir y extraer la hoja del cuerpo de Daniel Regis y oí su voz cuando le reclamaba devolverle lo que, según él, le pertenecía a su familia.

—¡Es mentira! —Se defendió el culpable, atacándola sin piedad —. ¿Acaso vas a creer a una muchacha que se ha pasado los últimos dos años recluida en un sanatorio mental?

—¿Tú? —Escuchó el agónico jadeo de su ex cuñada—. ¿Fuiste tú?

Ni siquiera se giró.

—Lo dije una y otra vez, pero nadie quiso escucharme —insistió herida, perdida en esos ojos—. Nadie quiso creerme. No fue un accidente, vinieron a por nosotros, nos emboscaron... Vino a por mí, pero Daniel se interpuso… y él le mató.

—¿Y bien? —preguntó Rissan, sabiendo que su respuesta sería el final de todo.

Los ancianos dedos apretaron un segundo los suyos, entonces la dejó ir y miró a su anfitrión.

—La *Clavis* dice la verdad —declaró y se giró para enfrentar al asesino, quién empezó a palidecer y comenzó a replegarse, buscando un sitio estratégico para posicionarse—. No fue un accidente, fue un asesinato, uno perpetrado por un asesino que está ahora mismo en esta sala y pertenece a la Séptima Casa.

La acusación hizo que la gente avanzase hacia el centro de la sala entre gritos, jadeos, murmullos, pero fue el desquiciado alarido de Minerva el que casi le revienta los tímpanos.

—Tú… ¡Tú maldito! ¡Tú fuiste quién orquestó la muerte de mi hermano! ¿Cómo has podido? —gritó con fiereza—. ¡Lo mataste, maldito hijo de puta! ¡Tú lo mataste!

—¡La *Clavis Sanguine* es mía! —exclamó el aludido y, de la nada, sacó la misma espada que recordaba, aquella que se había teñido con la sangre de Dan—. ¡Tu casa me la robó! ¡Daniel me la robó! ¡La llave es de mi familia! ¡Siempre lo ha sido!

—Esa espada —tembló dando un paso atrás, viendo de nuevo esa hoja cubierta de sangre saliendo del cuerpo moribundo de Daniel—. Fue esa espada, él lo atravesó con ella… lo mató… la sangre…

—¡Maldito! —Escuchó de nuevo la voz de Minerva, pero no pudo ver nada más, pues Rissan se puso delante de ella.

—Shura, atrás.

—Proteged a la *Clavis Sanguine* —oyó la firme voz del anciano Fenris un segundo antes de que parte de los presentes formaran un muro entre ella y la escena que se desarrollaba al otro lado de la sala.

—Él fue quien lo mató, Rissan —musitó notando las lágrimas descendiendo por sus mejillas—. En mis pesadillas, esos ojos, ese monstruo… era él.

—Lo sé, muñequita —le acarició la mejilla con el dorso de la mano, entonces se inclinó sobre ella y la besó fugazmente en la frente—. Nos encargaremos de que Daniel obtenga la justicia que merece, pero ahora, te concedo tu libertad, vida tras vida, hasta que el mundo se acabe. *Clavis sanguine*, eres libre.

Tan pronto pronunció esas palabras sintió que algo se resquebrajaba, el sonido era parecido al de una cerradura haciéndose pedazos y en su mente lo vio de esa manera, al igual que vio como la simbólica llave que encajaba en ella se deshacía hasta convertirse en polvo.

Era libre, la Llave de Sangre acaba de morir y no volvería a renacer jamás. Dio un traspié y estuvo a punto de caer, cuando notó

unos brazos sosteniéndola y unas alas envolviéndola.

—Te tengo, sirenita.

Se apretó contra él, girándose en sus brazos, aferrándose a su pecho.

—Fue él, Gerion —musitó—. Él fue quién lo mató.

—¡Esa perra es la culpable de todo! ¡Muerta! ¡Debe morir para así volver a mí! —La desquiciada voz de Ocuria se elevó por encima de todas las demás con un tono que le helaba la sangre—. ¡La *Clavis Sanguine* no puede pertenecer a nadie más que a mi casa!

El sonido del metal chocando contra el metal inundó la sala, pero las alas de su marido la envolvían escudándola de toda visión, sin embargo no pudieron ahogar las voces y los gritos de los presentes.

—¡Ella ni siquiera había nacido! —clamó alguien—. ¡Esta mujer es una reencarnación de la *Clavis Sanguine*!

—¡Lo mataste! ¿Cómo has podido? —le siguió una alterada voz femenina—. ¡Era mi hermano! ¡Maldito hijo de puta! ¡Te mataré!

—¡Tiene un arma!

—¡Llévate a la mujer de esta sala! —Escuchó la voz de Fenris por encima de todo el alboroto.

—¡Prendedle!

—¡No! ¡Él es mío! —chilló de nuevo Minerva.

—¡Cuidado!

—¡Asesino traidor!

No pudo soportarlo más, se apretó contra su compañero y se cubrió los oídos al escuchar un grito de agonía y notar a continuación el aroma de la sangre, un aroma que se mezcló con sus recuerdos del pasado.

—No… otra vez no…

Los fuertes brazos se cerraron a su alrededor

—Te tengo, Shura, te tengo.

Su voz la arrancó del pasado anclándola al presente, a los nuevos recuerdos y al único hombre que la hacía sentirse realmente segura.

—Quédate conmigo, Gerion, por favor —suplicó ocultando el rostro en su pecho—, quédate siempre conmigo.

El nivel de sonido empezó a remitir, el desesperado llanto empezó a filtrarse a través del capullo que formaban esas enormes alas, un llanto que solo había escuchado una vez hacía casi dos años.

—Maldito seas, maldito seas eternamente —escuchó llorar a su ex cuñada—. Te lo llevaste de mi lado, me arrancaste a la única persona que realmente me quería… ¡Maldito seas eternamente!

—Se ha impartido justicia. —Escuchó la voz del miembro más anciano de la reunión—. Llevaos de aquí este despojo y entregarlo a su casa. Desde este mismo instante y por el crimen cometido contra la *Clavis Sanguine*, su nombre será borrado de las Casas.

—¿La *Clavis* está bien? —preguntó alguien más.

—La *Clavis* ya no existe —escuchó la firme voz de Rissan—. Ahora solo existe *Shura* y es libre.

Un profundo suspiro y la fuerte y sabia voz de Fenris confirmaron sus palabras.

—Que así sea.

La frase fue repetida por cada uno de los presentes acatando la decisión que había tomado, regalándole aquello que más deseaba, su ansiada libertad.

—Vámonos a casa, sirenita —escuchó la voz de Gerion al oído y se aferró a ella.

No le salían las palabras, en ese momento, cuando por fin encontraba la justicia que había deseado desde aquel aciago día, las palabras la rehuían y todo lo que pudo hacer fue apretarse contra él y buscar la seguridad que siempre le ofrecía, la del hombre que había llegado a su vida en la noche más oscura para sacarla de nuevo a la luz.

CAPÍTULO 32

Mansión Regis,
Seattle

Dos días después…

El tiempo a menudo sirve de consuelo y pone las cosas en su lugar, Shura había comprobado la verdad oculta en esas trilladas palabras a lo largo de los últimos dos días.

El tumulto que se había formado en la sala y del que ella apenas fue consciente se había saldado con la muerte del asesino de Daniel a manos de su ex cuñada. Ella había hecho suyo el derecho de vengar el asesinato de su hermano y el honor de su propia casa.

Sabía que había solicitado verla a través de Rissan, pero lo último que deseaba era verla. Ante su negativa, había optado por enviarle una breve nota en la que le decía mucho más de lo que le había dicho en todo el tiempo que se conocían.

«Ahora él descansa, Shura.

Su muerte no ha sido en vano y su casa ha sido vengada. Vive la vida que él te ha regalado y disfruta de la libertad hasta que atravieses el último umbral».

Al tiempo que había dejado las cosas zanjadas con su antigua familia, habían llegado también las disculpas de las otras casas. Una a una, confirmaron su vínculo con la *Primera Casa* y la concesión de la libertad como gracia. Todos y cada uno de ellos habían firmado un documento por el que las Siete Casas de *Infernus* se comprometían

a rechazar la posesión de la *Clavis Sanguine* y aceptaban su liberación.

Después de mucho tiempo por fin era libre y esa libertad la asustaba tanto como la emocionaba.

Gerion la había llevado a la Mansión sabiendo que necesitaba enfrentarse de una vez y por todas a su pasado para poder empezar a poner orden en su presente y pensar en el futuro. Y allí era dónde estaba ahora, sentada en el pesado escritorio de madera de la biblioteca; el lugar de Daniel.

Entrar en esa habitación le había requerido tanta fuerza o más incluso que entrar de nuevo en el dormitorio que una vez compartieron y empezar a recoger sus cosas. Esas cuatro paredes poseían innumerables recuerdos, todos ellos felices, de su tiempo junto al hombre que había amado, al que conoció de niña y con el que vivió hasta que la codicia y el destino se lo llevaron. Allí seguían sus cosas tal y como las había dejado aquel día, los libros que tanto había amado, el sofá en el que solían acurrucarse y el hogar que ahora ardía caldeando la estancia, todos ellos recuerdos que atesoraría de por vida, pero a los que sabía no podía aferrarse ya.

Muchas cosas habían cambiado en esas últimas dos semanas y media. Ya no era la misma mujer que había entrado en esa casa y necesitaba seguir descubriéndose a sí misma, conociéndose para no volver a perderse jamás.

—Gracias, Daniel —murmuró acariciando la superficie de madera del escritorio y deslizando la mirada alrededor de la habitación—, gracias por los momentos y recuerdos que me has obsequiado, por darme una vida cuando pensé que no tenía ninguna, por concederme de nuevo ese regalo a costa de la tuya propia. Tengo que confesarte que he estado perdida, durante todo este tiempo en el que no has estado conmigo me he sentido a la deriva, pero has vuelto a salvarme al ponerle en mi camino, porque sé que tú también has tenido mucho que ver en esto. —Se recostó contra el asiento y sonrió—. A pesar de que solo han pasado unos cuantos días, han sido tantos los sucesos que me parece toda una eternidad. He recorrido un largo camino y sé que todavía me queda mucho por recorrer, pero puedo hacerlo. Ahora soy libre, libre para

elegir mi camino y hacer realidad todo lo que no he podido hasta el momento y, sobre todo, libre para escuchar lo que se encuentra en mi interior. Gracias por todo Daniel y hasta que volvamos a encontrarnos.

Abandonó la enorme butaca de cuero, echó un último vistazo a la biblioteca y salió apagando la luz y cerrando la puerta tras ella. Recorrió el pasillo y empezó a tomar notas mentales sobre los cambios que quería realizar en la decoración. La mansión era totalmente suya para hacer con ella lo que deseara, había intentado rechazar el resto de los bienes que le había legado Daniel pero no había podido, así que estaba buscando la forma, mediante su abogado, para hacer con ellos algo de valor, algo de lo que él se sintiese orgulloso.

—Señora —la interceptó el mayordomo.

—¿Sí, Roberts? —se detuvo y giró para dedicarle una sonrisa. Ese hombre era una de las pocas cosas de su pasado que estaba dispuesta a conservar.

—Tal y como me pidió, vengo a avisarla de que el señor ya vuelto ya.

El corazón le dio un brinco y empezó a latir con más fuerza. Había estado esperando esa noticia desde hacía dos días, desde el momento en que la dejó a cargo de Roberts y se marchó, diciéndole que volvería a su lado lo antes posible.

Dos días, dos malditos y agonizantes días rezando por que volviese con ella y ahora, al fin estaba en casa.

—¿Está en el salón amarillo?

—Sí, señora.

Asintió y salió de la biblioteca como una exhalación.

Recorrió el pasillo a la carrera y solo aminoró el paso al llegar a las escaleras. El salón amarillo se había convertido desde su regreso en su rincón, la única habitación de la mansión que guardaba recuerdos solo de Gerion y ella. Encontró al ángel de pie al lado de la ventana, mirando hacia el exterior.

—¿Gerion?

Él levantó la cabeza y se giró hacia ella, su rostro pétreo, incapaz de descifrar la respuesta que ansiaba con todas sus fuerzas.

«Por favor, Dios, si me escuchas, si escuchas mi corazón, permítele volver a casa».

—Shura —pronunció su nombre y, sin decir nada más, le abrió los brazos.

No lo pensó, acortó la distancia entre ambos y se refugió en ellos.

—No vuelvas a dejarme —suplicó rodeándole con los brazos—. Si debes irte, me iré contigo, no me importa a dónde sea mientras pueda estar así, cerca de ti.

—No lo haré —respondió en su oído—, no volveré a abandonarte, mi pequeño y dulce hogar, ahora que te he encontrado y he pagado por mis pecados, estaré a tu lado eternamente.

—¿Eres libre? —preguntó mirándole a los ojos.

Sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa que esta vez alcanzó sus ojos.

—Lo soy, amor mío, tú me has dado esa libertad.

Y él le había dado a ella la vida, una que pensaba pasar a su lado, amándole y recordándole que ningún pecado, por grande que fuese, lo mantendría lejos de ella.

EPÍLOGO

Casa de la playa,
En algún lugar del Pacífico

Años después…

El sol se estaba poniendo sobre el mar dejando ese río de luz que jugaba entre las olas, el cielo tenía esos tonos rosas y anaranjados que tanto le gustaban y la fresca brisa traía consigo ese salado aroma que le recordaba que estaba en casa.

Su vida no había sido fácil, tuvo que enfrentarse a mil y un problemas, había amado y había sido amada por un hombre que se había sacrificado por ella, regalándole un futuro incierto que un ángel rebelde y condenado, había sabido iluminar para ella.

Miró por encima de su hombro y se encontró a Gerion cruzado de brazos, las alas plegadas a la espalda y la mirada fija en la línea de playa.

—Si llego a saber que esto era lo que iba a pedirnos, te habría amordazado para que no le hubieses dicho que sí.

Se rió por el ceño fruncido que apareció en su rostro.

—Si le hubiese dicho que no, quizá no estaríamos ahora mismo aquí, hablando de ese día y viendo la resolución de este.

Su respuesta fue gruñir.

—Tú esperaste todo un milenio por mí, Gerion, para conocerme, para amarme... sin saber que yo iba a nacer para ti —le recordó y señaló a la pareja que se abrazaba en la línea de playa—. Cuán duro ha debido de ser para él saber que tendría que esperar

todavía por el final de su condena, sabiendo que esta llegaría y que debería luchar para ser digno de su perdón.

—No intentes convencerme, sirenita, nada de lo que digas hará que me guste.

Se rio de nuevo.

—Entremos en casa, amor —lo empujó de vuelta a la casa—, así no tendrás que verlo.

—Te lo juro, Shura, si alguien vuelve a pedirte a alguno de nuestros hijos, la respuesta es NO.

Dejó que su risa resonara en el porche mientras cerraba la puerta tras ella, permitiendo a su primogénita disfrutar del amor del hombre que la había estado esperando toda su vida.

MI VALS CON LA MUERTE

Traicionado por los dioses a los que servía, ***Reaper*** es condenado a pasar el resto de sus días en el *Inframundo*. Lo que prometía ser el final, se convierte en una larga condena cuando la Muerte decide que no es su momento y lo trae de vuelta, dejándolo a merced de Hades.

Ahora es un *Segador*, encargado de conducir a las almas que están al borde de la muerte hasta su morada final, un trabajo que se verá alterado, al igual que su destino, cuando una inesperada mujer se cruce en su camino.

Olimpia no es lo que parece, su cercanía con la muerte hace que se fije en ella, que quiera conocerla y descubrir quién se oculta detrás de la misteriosa panadera que podría alterar su destino.

¿Podría ser esa pequeña y dulce mujer la elegida para poner fin a su condena? ¿Será capaz de bailar con la muerte para recuperar su libertad?

PRÓLOGO

Hace milenios…
En algún lugar del Inframundo

Había ideas que era mejor que se guardase para sí mismo.

Esa era sin duda una idea que Reaper debía considerar, sobre todo si quería conservar la piel sobre la carne, especialmente porque esos dos gilipollas están dispuestos a cortársela las veces que hiciera falta.

—Si vuelves a usar ese cuchillo te corto los huevos con él y se los doy a comer a tu novio.

Quizá debería haber tenido en cuenta que su actual situación no era demasiado favorable. Llevaba tiempo suficiente en ese agujero, encadenado, flagelado y torturado, como para que se pusiera exquisito ante el hecho de que ese par le hiciese algunos cortes de más. Aquello no era más que el principio, su sangre reseca teñía el suelo de piedra, allí dónde había caído una y otra vez, producto de los cortes y la salvaje carnicería que ese maldito había ordenado.

Sus propios gritos le habían destrozado la garganta, su voz era ahora un raspado sonido que emergía a través de las dañadas cuerdas vocales; todavía podía escucharla resonándole en los oídos. Su cuerpo se estremecía bajo el recuerdo del desgarrador dolor que lo envolvía una y otra vez, sin darle un segundo de alivio. Por momentos creyó enloquecer, creyó acabar sucumbiendo a la desesperación y al castigo que él mismo se había buscado al negarse a convertirse en uno de los *Segadores de la Parca*.

Atrás quedaban los tiempos en los que había sido algo más que un paria maldito y abandonado por los dioses, en los que su nombre había hecho temblar a sus enemigos, pero esa vida se había extinguido al igual que una vela. Se fue consumiendo poco a poco entre los recuerdos del engaño, la traición y la muerte hasta que dio con sus huesos en el *Inframundo* y Celesta le obsequió con su beso; uno que lo había condenado en vez de salvarlo.

‹‹Algo no va bien››.

Recordaba esas palabras con la misma claridad que si acabasen de ser pronunciadas. Escuchaba en sus oídos el silencio que precedió al desastre, notaba en su piel la tibieza del sol antes de ocultarse y dar paso a la noche; una que se cubrió con la sangre de sus soldados, aquellos a los que había jurado proteger.

Habían sido engañados, traicionados y él ni siquiera lo había visto venir.

La traición ingresó en sus filas bajo el manto de las *Hisminas*[1], un ataque inesperado, un juego entre dioses que se tornó despiadado y carente de honor, uno con el que Ares pretendía apuntarse un tanto contra su señora Atenea, convirtiéndolo a él, el comandante de uno de sus ejércitos atenienses, en la única cabeza de turco.

El *Caos* y la *Discordia* se extendieron por un campo de batalla en el que ya no se distinguían amigos de enemigos, dónde esos malditos demonios confundieron sus mentes y los llevaron a derramar sangre inocente.

«¡Mátale! Sabes que siempre ha deseado lo que tienes, siempre ha rondado a su alrededor, esperando la oportunidad para deshacerse de ti y poseerla».

«Ella no es la diosa justa que crees, ¿cómo puede serlo cuando deja que todos sus soldados mueran en el campo de batalla?».

«Clávale la espada, demuéstrales que eres el único que debe poseer el favor de los Dioses del Olimpo».

Las lágrimas le picaron tras los ojos al rememorar el rostro de Electra y el horror que lo sacudió al encontrar su propia espada enterrada profundamente en su corazón.

«Siempre has sido un instrumento de los Dioses, una pieza de un tablero de ajedrez y hoy, una vez más, les has permitido ganar».

Incluso ahora, después de tanto tiempo, esas palabras dolían más que la tortura que estos seres oscuros le prodigaban. Dolía incluso más que la espada que lo atravesó desde atrás o las palabras que Niké le susurró al oído antes de que su vida se terminase y su alma acabase vagando por las praderas a orillas del río Estigia.

«La venganza no engendra sino venganza, Reaper». Le había dicho la Diosa de la Victoria. *«Déjala ir y busca la redención a través de tu penitencia».*

No lo hizo, no podía, no cuando esos mismos dioses a los que había entregado su vida y lealtad, decidieron joderlo también en la muerte.

Un nuevo tirón y el ramalazo de fuego sobre su descarnada piel, lo arrancaron de ese mínimo momento de paz que encontraba al perderse en sus recuerdos. Apretó los dientes que todavía quedaban intactos en su boca, y fulminó a los esbirros de Hades con su ojo bueno. Los grilletes volvieron a hundirse en la carne abierta de sus muñecas cuando tiró de ellos, intentando llegar a sus torturadores para hacerlos pedazos.

—Dad gracias a que no puedo poneros las manos encima o en este momento seríais ya jirones.

Rieron. Siempre reían. Sus torturadores eran siempre los mismos; sombras amorfas de ojos llameantes y lenguas viperinas que maltrataban sus ya sangrantes oídos con sonidos estridentes y agudos.

Apretó los dientes con fuerza, sintiendo cómo se movía alguno de ellos, pero negándose a emitir un solo gemido más. Era consciente de que cuanto más gritaba más disfrutaban esas sombras del *Tártaro* dedicadas a la tortura y no estaba por la labor de ofrecerles gratificación o diversión alguna; no a costa de su propio sufrimiento.

El ardiente dolor que le acuchilló la parte superior de la espalda lo hizo caer de rodillas, apenas podía respirar mientras notaba cómo la carne se abría y la sangre corría por su espalda. Quedó suspendido de las cadenas, forzando a los músculos poco

acostumbrados a ese peso a hincharse y provocándole al mismo tiempo más dolor. El acero de los grilletes se hundía en su carne abriendo las heridas que nunca cicatrizaron realmente; más sangre se deslizó por sus brazos.

No mires. No se te ocurra mirar.

Se obligó a mantener los ojos cerrados, luchando a través del dolor y la agonía, negándose a presenciar una tortura que ya sentía hasta en los huesos.

El silbante sonido de las risas hizo eco en la oscura caverna en la que se encontraba y apretó los ojos incluso con más fuerza, sintiendo cómo el párpado izquierdo se negaba a bajar más por lo hinchado que estaba. Ni siquiera las frías y húmedas piedras de las paredes que formaban su prisión o la exigua luminiscencia de las antorchas le molestaban tanto como esas malditas risas.

—¡Callaos! —Acabó sucumbiendo a la desesperación—. ¡Callaos de una maldita vez, escoria!

No lo soportaba. Prefería casi cualquier tortura a esas silbantes voces que se clavaban en su cerebro y en su alma, haciéndolos sangrar. A estas alturas ya no debería de tener siquiera oídos, pero de alguna forma seguía escuchándolos, oyendo sus propias voces como si esto no fuese sino otro regalo más de su condena.

Un agudo grito se le escapó de la garganta, todo su cuerpo se tensó al mismo tiempo, dolorido y agonizante, cuando una hoja al rojo vivo se atravesó lo que suponía que era el hígado. Se combó, vomitando bilis pues no tenía nada en el estómago. No había probado bocado alguno ni bebido para calmar su sed, si bien no lo necesitaba para sobrevivir, era un placer que había adquirido con el paso del tiempo, uno que le negaban.

Los puntos negros fluctuaron ante sus ojos. Desde que estaba allí encerrado había experimentado el dolor, la desesperación, la inanición y toda clase de torturas inimaginables.

Escupió, sintiendo su propia sangre inundándole la boca, coqueteando con la conciencia e inconsciencia y deseando rendirse a esta última para escapar del dolor. Hades lo había despojado de todo lo que había sido, de lo que era y lo había convertido en un siervo de la muerte.

No podía morir, Celesta se había encargado de ello. La personificación femenina de la muerte se había personado a orillas del río del odio y le había arrebatado la posibilidad de subir a la barca de *Caronte* reteniendo su alma y concediéndole la visión de la *Muerte*.

«No ha llegado tu hora, Strategos, vivirás sin vivir, morirás sin morir, serás la Muerte que nadie puede ver, hasta que bailes con ella tu último vals».

Quizá debió haberle pedido en ese momento que lo sacase cagando leches de allí, pero siendo el primer mortal que veía a la pálida mujer vestida de blanco, cuyas sandalias aladas la mantenían suspendida en el aire y le impedían tocar el suelo de los mortales, su mente se obnubiló al punto de olvidarse hasta de su nombre.

Y el hijo de puta de Hades había sabido sacar partido de ello.

El *Dios del Inframundo* no sabía lo que era aceptar un no por respuesta, pero dado que técnicamente no estaba ni vivo ni muerto, tampoco lo podía reclamar sin más.

Maldita sea, ¿quién en su sano juicio hacía tratos con los dioses?

Nadie. Pero claro, él no estaba en su sano juicio, en aquellos días ni siquiera estaba seguro de saber lo que era el «juicio».

«Si deseas salir, tendrás que convencer al Guardián del Inframundo para que te deje regresar al mundo de los vivos».

Mala suerte para el perro de tres cabezas… Ejem, bueno, el perro de «dos cabezas», pues la tercera había tenido la mala baba de morderle y… ¡Puf!

Y más mala suerte aún para él, que se había convertido en la diana de Hades, el cual estaba dispuesto a cobrarse su servicio por la pérdida de la puñetera cabeza del can así tuviese que arrancarle la piel a tiras.

No, espera, eso ya lo había hecho y no le sirvió de nada.

Reaper se había reído de él en su propia cara, había volcado en la deidad toda la frustración y el odio que habitaba en su interior y se había jactado de que hiciese lo que hiciese, no conseguiría doblegarle.

«Ríndete».

Su voz resonaba en su mente incluso cuando no estaba delante de él, lo laceraba sin necesidad de armas.

«No puedes seguir luchando, no tienes nada por lo que luchar».

Su categórica negativa siempre era premiada con latigazos, huesos rotos, dedos fracturados y más dolor y agonía, pero sus fuerzas empezaban a menguar con la misma rapidez con la que las insidiosas dudas penetraban en su mente sembrando el caos.

¿De qué valía resistirse? ¿Por qué no se rendía a él de una vez? ¿Qué importaba nada cuando su vida, muerte o lo que quiera que fuese su actual estado, no le provocaba otra cosa que infinito dolor?

—¿Has sufrido ya lo suficiente o deseas seguir siendo torturado, *Xanthus*?

Lo sintió incluso antes de escuchar su verdadero nombre, aquel que había dejado de utilizar, al cual ya no respondía porque no tenía nada que ver con quién y qué era ahora.

Luchó para levantar la cabeza, su ojo bueno se abrió lentamente contemplando la oscuridad del Dios que se alzaba ante él. El largo pelo negro enmarcaba unas facciones elegantes y bellas, sus caprichosos y variables ojos habían decidido colorearse hoy de un tono azulado similar al suyo; un tono que sabía cambiaba en cada momento que declinaba su oferta u osaba responderle cuando no era requerida tal respuesta. Poseía una belleza oscura, carnal y tan peligrosa como la misma muerte su cuerpo delgado y fibroso dotaba a sus movimientos de un concierto de fluidez y elegancia.

Sus miradas se encontraron y él pudo ver en sus ojos lo mucho que lo fastidiaba tener que bajar hasta allí y mancharse los zapatos; ¿Quién iba a pensar que Hades sería tan tiquismiquis?

Era consciente de que su paciencia se había agotado hacía ya tiempo, esperaba que de un momento a otro le aferrarse el cuello hasta hacer que su frente se encontrase con el suelo, incrustándose en cuantas piedrecillas y suciedad hubiese. Era un suicida, ahora más que nunca era consciente de ello, pero ese gramo de rebeldía era el que le instaba a seguir batallando y no bajar todavía los brazos.

No le tocó, no hacía falta, su poder era tan inmenso que no precisaba de ayuda alguna para someter a aquellos que no se inclinaban respetuosamente ante él. La agonía ascendió por sus brazos, en la forma de un caliente relámpago, cuando estos se vieron sometidos a mayor presión. Su cabeza mantenía ahora una adecuada postura de sumisión.

—Tu desafío es absurdo e innecesario. —Su voz era tan poderosa como su propia aura. Demandante y doblegadora de voluntades—. ¿Sientes tanto placer bajo la tortura que no deseas liberarte de ella?

Se lamió los descarnados labios.

—Encuentro tu hospitalidad tan entrañable que me resisto a prescindir de ella —respondió, vertiendo en cada una de sus palabras toda la ironía que podía.

Un ramalazo de dolor atravesó su espalda haciéndole gritar y tirar de sus cadenas. La carne se abrió bajo invisibles cuchillas y dejó surcos sangrantes.

—Si pones tanto empeño en otras cosas como en resultar irritante, serás un magnífico baluarte a tener en cuenta —comentó él. Lo sintió moverse, su figura parecía envuelta en sombras que hacían que en vez de caminar, pareciese deslizarse—. Te lo preguntaré una última vez. Piensa bien tu respuesta, pues de ella depende que tus perspectivas… mejoren… o se vuelvan mucho más crueles.

Bufó.

—Y yo que pensaba que hasta el momento estaba disfrutando de las atenciones de un circuito de s*pa*.

Sí, quería morir, estaba agotado de todo ese infierno.

Él ignoró su comentario y fue directo al grano.

—Contesta ahora, *Siervo de la Muerte, ¿*aceptarás de una vez mi propuesta o debo dejarte aquí para siempre, sin que conozcas otra cosa que la tortura y el horror?

Su cuerpo experimentó en un solo segundo lo que significaban sus palabras, la promesa que aguardaba tras una nueva negativa. Gritó hasta que se quedó sin aire, las lágrimas se deslizaron por sus

mejillas y su cuerpo acusó una vez más la intensidad de nuevas fracturas y laceraciones.

—Dame tu respuesta final.

Tembló ante el tono de su voz, ante el poder que esgrimía cada una de sus palabras, penetrando en su alma, seduciendo su orgullo y su entrega como si le estuviese ofreciendo volver al lugar al que una vez había pertenecido. Ambos sabían que la lucha había llegado a su fin, que su resistencia había menguado lo suficiente como para pensar en aceptar entregarle el alma a cambio de un solo instante de alivio y escapar por fin a esa incesante tortura.

Apretó los maltrechos dientes, sintiendo cómo cedía una nueva pieza en su boca, llenándola una vez más de sangre que se obligó a tragar. Bajó la cabeza aún más, sintiendo cómo su alma gritaba ante la derrota.

—Acepto —escupió la palabra como si fuese un ascua ardiente en su lengua.

Los labios del *Dios del Inframundo* se curvaron durante un instante, fue consciente de ello cuando el oscuro regente se cernió sobre él y resbaló el dedo por la comisura de su labio manchándolo de rojo.

—Con tu sangre, el pacto queda sellado —declaró. No bien hubo pronunciado las palabras, Reaper sintió un nuevo ramalazo de dolor, más intenso de lo que sintió en todo el tiempo que estuvo sometido a tortura, recorrió cada recoveco de su cuerpo dejando tras él una sensación de ardor y de conexión desconocida para él hasta el momento.

Los grilletes cayeron de sus manos. Los dedos que había tenido rotos y curvados volvían a estar de nuevo completos y sanos, al igual que su boca, sus ojos y el resto de su masacrado cuerpo.

—Bienvenido a tu nueva vida, *Segador de la Parca*.

CAPÍTULO 1

En la actualidad.
Atenas

—¿Quédanos para comer?

Reaper se giró totalmente desnudo a su última compañera de cama. La mujer era una belleza despampanante, con un cuerpo de infarto y un champiñón por cerebro. Todo lo que codiciaba en la vida era pescar un marido rico y gastar su dinero. Un deseo de lo más superficial, como llegó a ver a los pocos minutos de cruzarse en su camino. El verdadero anhelo de esa cabeza de chorlito era algo más… común. Deseaba un hombre que mirase más allá de su apariencia, que consiguiese desnudar su alma y ver qué había en su interior; una mujer frágil e inconsistente necesitada de protección y cariño cuya vida se cortaría abruptamente el día de hoy.

Ver la muerte de las personas con las que se cruzaba día a día era una mierda, pero tener que esperar a que esta acudiese a ellas y así poder acompañar sus almas al *Inframundo*, una tarea desquiciante.

¿Creías que los dioses entendían que hoy en día que la gente era multiteista? ¿Qué en una misma ciudad podían profesarse tres o cuatro religiones diferentes o ninguna?

Pues no, los había que no lo entendían, ni tampoco comprendían porque *Disney* los había retratado con el pelo azul y en llamas.

Puso los ojos en blanco al pensar en su jefe y los berrinches que tenía con las referencias a esas películas.

El tiempo de los dioses había quedado atrás, en la actualidad era complicado encontrar a alguien que creyese en ellos con el mismo fervor o devoción, pero no se quejaba, al menos a él lo habían dejado en territorio conocido.

Le echó un fugaz vistazo a la mujer con la que había pasado los últimos cuatro días. La había visto esperando el metro en *Panepistimio*, frente a la *Biblioteca Nacional de Grecia*, rebuscando en su bolso mientras maldecía por lo bajo a su último ligue. La presencia de la muerte se cernía sobre ella como un aura blanca, cuya intensidad le avisaba de la cercanía de esta.

No necesitó esforzarse mucho para que reparase en su presencia, una amena charla, una inocente invitación a tomar un café, un nuevo oportuno encuentro al día siguiente y al final del día la tenía en su cama. Sencillo y aburrido, la misma tarea de siempre desde hacía milenios.

El final estaba cerca, el aura que la envolvía se había vuelto de un profundo tono blanco y era cuestión de horas que la maldita hembra que le había hecho el regalo de la inmortalidad apareciese para llevársela.

Mala suerte para ella, esta dama era suya y sería él quién la acompañaría hasta su última morada.

—Si no estás libre al mediodía, podemos posponerlo para esta noche —insistió con suavidad, buscando la mejor manera de camelárselo.

Negó con la cabeza y le dedicó una breve mirada.

—No habrá comida o cena a la que puedas llegar hoy, Petra —le informó sin más—, tu corazón se parará en unos pocos minutos y dejarás de existir.

Ella frunció el ceño, se envolvió en la sábana y lo miró con renovada suspicacia.

—¿De qué demonios estás hablando?

Miedo, incertidumbre, en esos momentos estaba pensando con qué clase de chalado se había ido a la cama y si sus palabras obedecían a un interés por matarla.

—Tendrás un ataque al corazón, es un defecto congénito, creo, tu padre también murió de la misma manera, ¿no?

La mujer empezó a palidecer, sus labios se abrieron listos para pronunciar algo, pero se quedó en blanco.

—No tienes nada de lo que preocuparte, me encargaré de que tu hermana se dé cuenta de que no la has llamado y vendrá a ver qué te pasa —continuó como si tal cosa mientras que la chica palidecía cada vez más—. Te sugeriría que te pusieses al menos las bragas y una camiseta, no creo que sea bueno para tu reputación que te encuentren muerta en pelotas.

—¿De qué mierda estás hablando, pirado?

Su respuesta fue consultar el reloj, hizo un rápido cálculo mental en función al color de su aura y chasqueó la lengua.

—Tres minutos, pequeña, el tiempo se acaba…

La chica saltó de la cama, recogió su ropa interior y se la puso, no por su pudor ante la muerte, sino porque consideraba que era un psicópata o algo, a juzgar por todas las lindezas que le soltaba mientras se vestía.

—Estás zumbado, claro que sí —replicaba poniéndose el sostén y luego la blusa—. ¿Por qué coño me pasan a mí estas cosas? Será mejor que te vistas y te largues, porque…

Sus palabras se congelaron en sus labios en el momento en que vio que su cuerpo terminaba cubierto de pies a cabeza con su indumentaria de trabajo, un *oufit* de piel y cuero totalmente negro, pero su sorpresa y horror no llegó a permanecer mucho tiempo en su rostro.

La mujer se llevó una mano al corazón, jadeó y clavó esos ojos marrones sobre él un segundo antes de desplomarse en el suelo dejando escapar su último aliento.

—Um, parece que he afinado incluso más mi puntería —comentó para sí, mirando de nuevo el reloj.

Se acuclilló al lado del cadáver de su amante y ni siquiera se molestó en mirar hacia atrás cuando sintió su presencia.

—Puedes irte, Celesta, ya la acompaño yo.

—Reaper…

Apretó los dientes, negándose a mirarla como lo había hecho desde la primera vez que se encontraron.

—Vete…

No hubo protesta, no había necesidad, *Tánatos* y ella tenían bastante trabajo en todo el mundo cómo para preocuparse ahora por un alma más o menos, así que se marchó tan silenciosamente cómo había llegado.

—Vamos, Petra, es hora de irse a casa.

Sus palabras ejercieron como una cuerda sobre el alma que todavía no había abandonado el cuerpo. Una figura incorpórea con el mismo aspecto de la hembra, pero con unos cuantos años menos, se incorporó desde su propio cuerpo sin saber qué sucedía.

Esta había sido la época más feliz de su vida, cada alma solía adoptar la apariencia del momento en el que se habían sentido realmente vivos al llegar la muerte y ella parecía atesorar algún momento a finales de los dieciséis.

—¿Qué… qué ha pasado?

Le tendió la mano y esperó a que ella posase la suya sobre esta, algo a lo que ningún alma se resistía jamás.

—Acabas de morir y voy a llevarte a dónde debes estar.

Porque, a pesar del fracaso que había sido su vida, de todas las pérdidas que había padecido, el alma de la mujer era limpia y, si el tribunal del Hades lo consideraba, tomaría el camino de los *Campos Elíseos*.

Este lugar necesita un buen decorador, pensó Reaper al entrar en los dominios de Hades. Le encantaría hacerle unas cuantas sugerencias al propietario, pero le gustaban demasiado sus órganos en el lugar en el que estaban como para que se los extirparan ante la sola sugerencia.

Notó el ligero temblor en el alma que llevaba de la mano, rescoldos de las emociones humanas que poco a poco irían desapareciendo hasta olvidarse por completo.

—Ignora la decoración, esta es una planta de paso, la tuya está en otro lado.

Avanzó sin detenerse, odiando con cada fibra de sus ser aquel oscuro lugar, sintiendo la necesidad de abandonarlo incluso antes de

haber llegado al umbral que los introduciría a ambos en los dominios del hijo de puta de su actual jefe.

Echó un vistazo al can agazapado en una esquina y que meneaba la cola con gesto sumiso al reconocer su olor. La tercera cabeza había vuelto a crecerle, pero ya no cometía el error de intentar merendárselo, por el contrario, para horror de Hades, *Cerbero* se había convertido en un perro faldero con lo que a él respetaba.

—Hola chico, ¿has sido bueno? —Lo saludó y sacó del bolsillo unas croquetas caninas, se las lanzó y estas crecieron el tamaño suficiente para esas tres estúpidas y babeantes cabezas.

—Eso… eso es… es… ¿cómo se llama esa palabra? Vaya, creo que la he olvidado...

Miró la figura fantasmal a su lado y negó con la cabeza.

—No te esfuerces, cariño, lo olvidarás todo antes de llegar a tu última morada.

Tiró de ella y ambos atravesaron el umbral solo para tener que detenerse de nuevo a los pocos pasos cuando dos enormes estatuas de piedra les impidieron traspasar las puertas que custodiaban.

—¿Quién osa atravesar los dominios de nuestro señor? —La pregunta surgió al mismo tiempo, un fuerte y grave eco emitido por los dos enormes gigantes obsidiana que se alzaban cual par de colosos ante ellos. Había escuchado algunos rumores sobre quienes habían sido en otro tiempo, justo antes de que Hades tuviese uno de sus síndromes premenstruales y los jodiera, pero, para ser honestos, no podía importarle menos sus historias.

Tomó una profunda respiración y alzó la voz.

—Si por mí fuera, buscaría otro destino en el que pasar las vacaciones, pero ya sabéis cómo funciona esto… —barruntó apretando la inconsistente mano—, en mi trabajo no hay tal cosa como vacaciones. Quizá debiese quejarme al sindicato, ¿qué opináis, chicos?

Su opinión llegó en la forma de sendas espadas.

—Ya veo que también habéis perdido el sentido del humor además de la elegancia —continuó, al tiempo que se enderezaba y

clavaba con voz clara—. Soy Reaper, *mensajero de la muerte* y traigo conmigo un alma.

Como si fueran uno solo, los dos colosos se retiraron a sus puestos, flanqueando de nuevo la delicada y hermosa puerta que se alzaba ante él.

Siempre sentía tristeza al estar ante ella, una pena que se intensificaba cuando el delicado y dulce rostro cobraba vida en la madera blanca y clavaba esos vacuos ojos en su mirada.

«¿Qué alma traes al otro lado, siervo de la muerte?».

Extendió la mano y la posó con suavidad sobre la lisa piedra, permitiéndole que leyese la verdad en sus palabras y quién sabía si algo más.

—Un alma para los *Campos Elíseos*.

Esos ojos sondearon el agujero en el que una vez había estado su alma antes de desvanecerse y permitir que la puerta se abriese permitiéndole entrar.

—Es… hermoso…

El murmullo de su acompañante lo hizo ladear la cabeza mientras avanzaba a través del corredor de enormes columnas blancas que llevaban hacia la sala de recepciones de Hades, cómo le gustaba llamarla.

—¿Dónde… dónde estamos?

—Creo que vosotros lo llamaríais… El otro lado —murmuró, echando un rápido vistazo a la sala en la cual Hades concedía sus audiencias y decidía que almas mandar al tribunal y cuales apropiarse para sí mismo—, aunque el propietario lo llama *Parque de Atracciones*.

Y dicho propietario estaba ahora sentado en su trono, un asiento hecho a base de huesos, calaveras y almas torturadas que hacían lo imposible, realzar la belleza del ser que lo ocupaba. A su lado había otro asiento más pequeño y menos intimidante, aunque no por ello menos oscuro, que correspondía a la *Reina del Inframundo*, aunque durante esta época del año, Perséfone estaría dando por culo a Deméter.

—Ah, Reaper, veo que una vez más llegas justo al límite del tiempo.

Puso los ojos en blanco ante tal comentario. Como si el tiempo contase para algo dentro de esos muros.

—Ya sabes que encuentro infinito placer viviendo al límite —reclamó en voz baja, pero no lo suficiente como para que su amo no lo escuchase y actuase en consecuencia.

Un ardiente latigazo le atravesó la espalda haciendo que cayese de rodillas, pero eso no hizo que soltase la mano que aferraba.

—Señor… —Se preocupó el alma, mostrando su verdadera naturaleza.

—No es nada —replicó a través de los apretados dientes. No era nada que no hubiese sentido antes en su carne.

—Deberías retener tu lengua, segador, no es la primera vez que te lo advierto.

Ni sería la última, pensó con una mueca.

Sí, era un puto suicida, ¿qué se le iba a hacer?

Hades clavó la mirada en el alma y se inclinó hacia delante.

—¿Qué me traes?

Ah, no, ese jueguecito se lo sabía.

—Un alma —se limitó a responder.

El Dios se levantó de su asiento y avanzó hacia ellos, a él lo ignoró, como siempre, depositando toda su atención en la etérea figura que seguía arrodillada a su lado.

—Tú perteneces a los *Campos Elíseos*.

Tan pronto como sus palabras resonaron en la sala, una sección de la pared de piedra se abrió a la izquierda. Al momento el sonido de los pájaros y el aroma de todo tipo de cosas agradables inundaron la sala, la luz que emergía de su interior llamó la atención del alma. La soltó y dejó que caminase hacia ella, hacia su nuevo hogar durante el resto de la eternidad. Con suerte se reencontraría con sus personas amadas y sería feliz.

Tenía que admitir que su jefe podía ser un verdadero hijo de la gran puta, pero era un Dios justo y jamás castigaba a un alma que debía pasar el resto de su eternidad en paz.

—Puedes volver al trabajo, Reaper.

No dijo una sola palabra más, dio media vuelta y volvió al lugar que ocupaba, sin duda a meditar alguna de sus cosas o, más probablemente, sobre la próxima llegada de su esposa; aquella era la única razón que no lo hubiese desangrado en el suelo por el mero placer de hacerlo en ese mismo momento.

Se inclinó a regañadientes, pero se cuidó de no decir ni una sola palabra y volvió al mundo de los humanos para continuar con su eterna tarea.

CAPÍTULO 2

—No puedo creer que digas algo así.

Olimpia levantó la cabeza de la masa que estaba golpeando sin piedad y puso su mejor cara de inocente.

—¿No puedes o no quieres creer que pueda salir algo así de mi boca?

—Oh, soy muy consciente de que lo que sale de tu boca no lo hace por casualidad, pero ni siquiera tú puedes ser tan retorcida.

—¿Qué no? —soltó una amarga carcajada—. Estamos hablando de la nueva novia de mi padre. Si piensa que voy a hacerle el favor de ir con ella a su prueba del vestido, es que ha perdido la cabeza por completo. Lo digo muy en serio, Nikki, ni esa mujer pone un solo pie en mi casa, le rapo la cabeza con la maquinilla que usa tu hermano para esquilar las ovejas.

—No metas a tu tío Zelo en esto —la apuntó con el dedo—. Conociéndole, es capaz de hacerlo el mismo para que no tengas que mancharte tú las manos.

Sonrió para sí.

—Estoy segura que disfrutaría tanto como yo de ello —replicó y volvió a concentrarse en el amasado.

—Eso no tienes ni que jurarlo.

—Admítelo, Nikki, tú eres de la misma opinión, te gusta tanto este nuevo matrimonio de mi padre tanto como a mí.

La mujer puso los ojos en blanco y resopló.

—Kratos no sabe lo que es la derrota, esa tal Elina no es otra cosa que una conquista más para él —resopló—. Te lo juro, tendría que haberle roto la cabeza cuando dijo que iba a casarse con esa… mujer.

Puso los ojos en blanco.

—Ya lo intenté yo y todo lo que me dijo fue, palabras textuales: *Tú siempre serás mi bebé, Olimpia*. —Puso los ojos en blanco ante semejante frase—. Esquivó la sartén voladora de puro milagro.

—¿Qué te tengo dicho sobre amenazar de muerte a tu padre?

—¿Lo mismo que sobre amenazar de muerte a cualquier otra persona? —replicó divertida—. Y, citándote textualmente: *«Mal, muy mal, Olimpia, pero que muy mal».*

Ahora fue ella la que puso los ojos en blanco.

—Sigue amasando ese pan, muchacha deslenguada.

Se rió al tiempo que movía de nuevo la masa, consiguiendo la consistencia que quería.

—No soy tan letal como quieres creer, nadie se ha muerto todavía tras comerse mi pan —señaló lo obvio—. De hecho, suelen repetir, varias veces.

La mujer sacudió la cabeza, dejó escapar un suspiro y se cruzó de brazos.

—Y que sigan repitiendo —deseó con puro convencimiento—, los dioses saben que tu tienda ha sido como un soplo de aire fresco para la gente de *Monastiraki*.

Sabía que se había arriesgado al abrir una panadería en una zona en la que había una continua afluencia de inmigrantes intentando abrirse paso con sus negocios y los típicos lugareños que acudían cada día con sus cestas con ajos y especias para vender llenando las aceras, pero era un lugar mucho más tranquilo y menos agitado que el mercado de la plaza, el cual solía llenarse también de turistas.

Lo cierto es que no le había ido nada mal, llevaba tres meses con la tienda abierta y solía recibir bastantes encargos, además las empanadas de carne que hacía eran muy demandadas.

—El alquiler era más razonable que el del local que vimos cerca del barrio de Placa —admitió. Algo que sin duda la había llevado a instalarse en él y dejar de buscar por todo Atenas el lugar perfecto para dar rienda suelta a su creatividad.

La mujer asintió.

—¿Tu madrastra se ha molestado en visitarte después de la inauguración?

Helena era un espíritu libre, o así se definía a sí misma, pues era incapaz de estarse quieta en un mismo lugar por más de diez minutos.

—Me llamó anoche para decirme que estaba en... ¿España? —Caviló, pues no le había hecho demasiado caso—. Lo cual no deja de ser curioso porque no tiene ni idea de español.

—Esa mujer no necesita hablar más idiomas que el suyo propio para conseguir lo que quiere —repuso su tía poniendo los ojos en blanco—. Debería poner los pies sobre la tierra y establecerse...

—Sabes que Helena jamás lo haría.

Hacía tiempo que había dejado de llamarla *«mamá»*. De niña, cada vez que lo hacía, veía una mueca en su rostro y le decía que la llamase por su nombre de pila porque era más chic. El hecho de que no fuese su madre biológica también tenía mucho que ver, pero era la única figura materna que conocía, además de su tía Niké, pues su padre se había casado cuando ella apenas tenía un año.

No había conocido a su progenitora, solo sabía que la había dejado en la puerta de la casa de su padre y su tía con una nota diciendo quién era.

Su padre podía ser un cabeza hueca, pero la había aceptado desde el primer momento en que la vio, o eso le decía siempre su Nikki, le había dado todo el amor que se le puede dar a una hija, la había apoyado y esperaba que ella hiciera lo mismo con él.

Suspiró mentalmente.

Si la mujer que hubiese elegido para casarse no fuese casi quince años más joven que él y tuviese una cara de zorra que tiraba para atrás, le habría dado incluso su bendición, pero había algo en ella que, simplemente, no le inspiraba confianza.

—Tu padre planeando una boda y tu madrastra viviendo la vida loca, en menuda familia has ido a caer.

Sonrió a pesar de todo.

—Al menos he ido a dar a una —le recordó con un guiño—, y tengo a la tía más guapa del mundo.

—No seas zalamera —chasqueó y señaló la masa a la que ya empezaba a dar forma—. Termina eso, te has librado del encargo de tu padre, pero no del mío.

—¿Dónde piensas meter tantas empanadas? —le preguntó mirándola de soslayo—. ¿Vas a volver a trapichear con los guías de la Acrópolis?

Si había alguien que conocía la historia de Grecia a pies juntillas, era su tía, era una de las mejores historiadoras que tenía el país y a menudo echaba una mano a los arqueólogos encargados de la conservación y restauración de la Acrópolis.

—Una tiene que recurrir a las armas que tiene para extraer beneficios, amor —le aseguró.

Sacudió la cabeza y negó.

—Déjame acabar con esto y te preparo tu alijo —señaló la cocina de su pequeño piso—. Hoy tengo que salir un poco antes para hacer una entrega, después me iré al obrador antes de que Argus se declare en huelga.

—¿Estás segura de que la tienda sigue en pie?

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Sigue en pie —chasqueó poniendo los ojos en blanco—. Lo cual es un milagro, vale, lo sé, pero no es culpa mía que sea un patoso.

Y lo era, su único empleado y amigo de la infancia, era un caso perdido, pero lo quería lo bastante como para dejarle al frente de su negocio y poder disponer de unas horas para sí misma cada mañana.

—Cogeré la bici y...

—¿Vas a volver a utilizar esa trampa mortal? Haz el favor de tirar con ella y toma el metro.

—Hablando de trampas mortales...

Resopló, se sacudió las manos, se las limpió al delantal y se dirigió a preparar el encargo de su tía.

—Voy a empaquetar las empanadas para que te largues de una vez.

—Ten sobrinas para esto —replicó con un fingido resoplido.

—Tenlas para que te solucionen la vida culinaria.

Echó un rápido vistazo al reloj y calculó que tendría menos de veinte minutos para prepararlo todo e irse como una flecha al obrador, así que se puso manos a la obra.

CAPÍTULO 3

Reaper sacó un cigarrillo del bolsillo superior de la chaqueta y se lo llevó a los labios mientras se palpaba en busca del encendedor. Aquel era uno de los pocos placeres que se permitía y por el que no acababa sufriendo algún inesperado castigo. Echó un nuevo vistazo a su entorno, a esas horas de la mañana las calles de Atenas empezaban a cobrar vida, la gente se preparaba para ir al trabajo, los comerciantes abrían sus negocios y la hostelería preparaba sus mesas para la jornada que se extendía ante ellos.

Levantó la mirada para ver la estructura de la *Acrópolis* recortándose contra el cielo. El sitio privilegiado en el que estaba ubicada hacía que fuese visible desde cualquier parte de la ciudad, recordándoles a los griegos la grandiosidad de otra época, una dedicada a las grandes deidades del Olimpo.

Dejó a un lado todo pensamiento de vidas pasadas y tomó asiento en el bajo muro de piedra que rodeaba la pequeña *Iglesia de Pantanassa*, en plena *Plaza Monastiraki*.

Aquel era un lugar estratégico para el turismo, la estación de metro dejaba a los viajeros en pleno centro arqueológico con accesos a la *Gran Biblioteca de Adriano* y al *Ágora Griega*, así como también les permitía optar por el colorido *Mercado de Pulgas*, un laberíntico conjunto de tiendas étnicas, de muebles, comida y recuerdos en los que podía encontrarse de todo.

Encendió el cigarrillo y le dio una primera calada mientras observaba los poco artísticos grafitis en el techo del quiosco, una muestra de lo que en la actualidad dominaba gran parte de las paredes y superficies dibujables de gran parte de la ciudad dándole un aspecto sucio e incluso peligroso.

Nunca había entendido por qué los dirigentes políticos de la capital helénica no le ponían fin, aunque posiblemente ya considerasen un icono el paso de los vagones de metro llenos de grafitis a la altura de la *Estoa de Átalo* que solían fotografiar los turistas.

Dejó escapar el humo entre los labios y miró hacia el cielo totalmente despejado que prometía traer el calor próximo a la primavera.

—Por eso Hades estaba hoy de buen humor —murmuró para sí.

Puestos a elegir entre su jefe y su esposa, prefería mil veces tener que lidiar con Hades que con la perra de Perséfone. La diosa estaba sin duda a la altura del hombre con el que se había desposado, la *Reina del Mundo de los Muertos* distaba mucho de ser la doncella de la que hablaban los mitos, era una auténtica zorra y disfrutaba siéndolo.

Sacudió la cabeza y se limitó a esperar, contemplando a la gente que cruzaba la plaza. Algunas mujeres le dedicaban una mirada de interés al pasar, otras, demasiado ocupadas con el teléfono pegado a la oreja o sacando fotos, ignoraban su presencia, cosa que agradecía.

No era fácil pasar desapercibido cuando medías casi un metro noventa y tenías el aspecto de un jodido armario. En su época aquello no había sido un problema, pero en esta despertaba todo tipo de respuestas, algunas deseadas y otras no tanto.

Apagó el cigarrillo en el suelo y mandó la colilla apagada a una papelera cercana con tan solo un pensamiento. El grupo que charlaba animadamente a la entrada del edificio que albergaba la estación de metro llamó su atención.

Empezó a descartar aquellas almas que no entraban en su rango, una pareja de lesbianas que solo pensaban en llegar a casa y darse el lote, una insulsa auxiliar de biblioteca y una muñequita que se restregaba contra el torso de su novio mientras masticaba chicle y lo recorría a él con la mirada, comiéndole con los ojos, sin que el idiota del que iba del brazo se diese cuenta.

Ninguna estaba marcada por la muerte, no poseía esa aura que indicaba su proximidad a la siguiente vida, así que continuó con su lenta búsqueda.

Aquel no era un trabajo sencillo, podía pasarse horas ahí sentado sin encontrar alguien adecuado, cuando eso sucedía cambiaba de lugar, rondaba alguna residencia de ancianos o el hospital, pero hoy no tenía ganas de enfrentarse a tal deprimente panorama.

Su meta no era acortar la vida de los marcados, sino permanecer a su lado hasta que llegase el momento de conducirlos al Inframundo, si ese era su destino.

Porque esa era otra, no todas las personas próximas a la muerte creían en los antiguos dioses o aspiraban a entrar en los *Campos Elíseos*, había tal cantidad de «cielos» como «religiones» y, de igual modo, su papel también lo ostentaban otros recolectores.

En Atenas había dos mensajeros más, Aisha y Mica, los cuales se encargaban de sus respectivas facciones sin meterse en su territorio como tampoco él se metía en el de ellos. La muerte tenía suficiente para todos, nadie escapaba de ella, algo que sabía mejor que nadie.

—Necesito algo especial —musitó apoyando los antebrazos sobre los muslos—. Un alma pura sería como suplicar el final de mi condena; descartado. Los niños son la última cosa que quiero tener que acompañar hoy o cualquier día, ya no digamos adolescentes. A ver cómo les explicas que han sido unos completos gilipollas y se han matado en un accidente o sacándose un puto *selfie*…

Deslizó la mirada por el resto de la plaza y localizó a tres posibles candidatos. Dos de ellos estaban todavía demasiado lejos de la morada final, así que los descartó y se concentró en el tercero.

Su aura fluctuaba entre un claro tono gris y un sucio blanco, la Parca la esperaba a la vuelta de la esquina, pero todavía no se decidía a ir por ella.

Aquello era lo que había empezado a llamar *«el Tío LA»,* el *Libre Albedrío* era un regalo para los mortales, uno que había puesto a los dioses de morros en más de una ocasión e impedía que incluso la Muerte pudiese ejercer la siega final.

Clavó los ojos en ella, era una mujer y se fijó en la cantidad de ropa que llevaba encima, el exceso de maquillaje y la manera en que parecía querer ocultarse dentro del cuello del abrigo.

Ocultaba algo. *¿Marcas? ¿Moratones?*

Si tenía tiempo, le haría una visita al hijo de puta que había convertido a una hembra hermosa en ese ratoncillo asustado y lo enviaría a él de una patada al *Inframundo*, aún si con eso se ganaba un castigo.

A Hades no le gustaba que ocurriesen «accidentes» durante el trabajo, suponía demasiado papeleo, decía, además de levantarle tal jaqueca que lo ponía de un rabioso mal humor que acababa pagando con él.

Y aun sabiéndolo, estaba dispuesto a correr el riesgo y borrar de la faz de la tierra a un hijo de puta o al menos dejarlo lo suficiente incapacitado para que no pudiese volver a levantarle la mano a alguien.

Giró la muñeca e hizo aparece en la palma de su mano un pequeño reloj de arena. Fijó los ojos en el fino polvo rojo que caía a una velocidad constante a la par que lenta.

—Una o dos semanas para ser recolectada, eso el tío LA no entra antes en acción.

Echó un último vistazo al reloj y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Dadas las circunstancias, aquello era mejor que nada.

—De acuerdo, hora de trabajar.

Se limitó a vigilarla en silencio, levantándose tan solo cuando vio que abandonaba la entrada del edificio y enfilaba por la *calle*

Areos, para continuar después por delante de la *Gran Biblioteca de Adriano* y recorrer toda la *calle Adrianou*, la cual empezaba a llenarse ya de gente que aprovechaba para sentarse en alguna terraza a disfrutar de la comida o las vistas del *Ágora*.

Si bien todavía era bastante temprano para encontrarse con una gran afluencia de locales, los turistas ya estaban cámara en mano, inmortalizando hasta los malditos adoquines del camino.

La chica apuró el paso hasta llegar a la puerta de entrada del Ágora, dónde se detuvo a contemplar el cartel con los avisos y el horario. Le hizo una foto con el móvil que sacó del bolsillo del abrigo y retomó su rápido paseo.

Su destino pareció ser el quiosco que había al final de la calle, apenas a unos metros de la parada de metro de *Thissio*, dónde se entretuvo unos segundos hablando con el quiosquero.

—De acuerdo, manos a la obra.

Con la mirada clavada en la mujer, dejó la acera y empezó a cruzar la plaza que daba cabida a un pequeño mercadillo.

—¡Cuidado!

El grito llegó acompañado del chirrido de unos frenos y del metálico sonido de la bicicleta, que tuvo la mala fortuna de meter una de sus enclenques ruedas en uno de los huecos dejados por tantos adoquines sueltos. Tuvo el tiempo justo de ver como el manillar se le escapaba de las manos al torcerse, el inestable vehículo paraba en seco y su ocupante salía volando, chocando con él, mientras las cajas que iban apiladas en la parte de atrás se desparramaban por el suelo.

Reaper se encontró en el suelo, con una mujer rubia encima y unos claros ojos azules mirándole cómo si acabase de encontrarse con un fantasma.

—Ay, dios. Joder. Cuánto lo siento —empezó a disculparse al tiempo que se arrastraba sobre su cuerpo, luchando por desembarazarse del lío de brazos y piernas que habían formado los dos al caer—. Los malditos frenos eligieron esa bajada para dejar de funcionar y este maldito suelo tampoco ayuda… ¡Oh, mierda! ¡Las empanadas!

Siguió su mirada mientras se afanaba en recoger las cajas todavía intactas y hacía varios ruiditos de fastidio al ver el contenido de otras diseminado por el suelo.

—Joder, joder, joder…

Entrecerró los ojos sobre ella al tiempo que se levantaba del suelo y la contemplaba en silencio. Algo debió de llamarle la atención, pues se encontró de nuevo con esas gemas azules.

—¿Vas a quedarte ahí plantado toda la mañana o piensas echarme una mano?

Su pregunta le provocó un respingo, miró las cajas en el suelo y una vez más a ella.

—¿Cómo es que sigues viva?

La pregunta escapó de su boca incluso antes de que se diese cuenta de que la estaba formulando.

—Esa es una pregunta que me hago demasiado a menudo —replicó al tiempo que se levantaba y le dejaba en los brazos un par de cajas—. Sujeta esto, por favor.

El aroma de las empanadas de carne lo distrajo unos segundos, pero solo tuvo que mirarla para volver a lo que le preocupaba.

Esa mujer llevaba la marca de la muerte impresa en su piel, su aura era tan condenadamente blanca que a estas alturas ya debería de estar muerta y sin embargo, ahí seguía, cargándole alegremente de cajas.

—Demonios, tendré que ir a por más mercancía al obrador —repuso con un bufido tras dejarle la última caja en los brazos, entonces soltó un nuevo gritito al ver el estado de su bicicleta—. Oh, vamos, no puedes morirte ahora…

Ladeó la cabeza para poder ver cómo la chica se inclinaba para levantar aquel desastre de hierros del suelo y, metiendo la rueda torcida entre las piernas, la sujetó con los muslos e hizo fuerza hasta conseguir poner el manillar de nuevo en su sitio.

—Bueno, está claro se te acabó la buena vida, pero al menos podrás traquetear hasta el obrador —suspiró, arrastró el inestable vehículo hasta la acera y lo apoyó en el muro, volviéndose entonces hacia él—. Gracias. —Le quitó las cajas de los brazos y volvió a

colocarlas en la parte de atrás de la bicicleta, asegurándolas de nuevo con las gomas de anclaje que había utilizado anteriormente—. Es una pena que se hayan estropeado tantas —musitó mirando lo que había quedado esparcido por el suelo—. Me tocará volver a hornearlas.

Ya no sabía que le sorprendía más de aquel inesperado encuentro, el que la chica tuviese un aura blanca como la nieve y que no la hubiese diñado aún, que lo hubiese tomado como un conocido al que poder endilgarle un montón de cajas o que pareciese totalmente inmune a su presencia.

Por regla general, un alma próxima a morir sentía una especial conexión ante la presencia de un segador, se creaba un vínculo inmediato, pero esa mujer lo estaba ignorando con tanta efectividad que no sabía muy bien como obrar.

—Joder, a este ritmo no llegaré ni para la hora de la comida —chasqueó la lengua, se quitó el casco de bici que todavía llevaba puesto y sacudió la larga trenza rubia en la que no había reparado hasta ahora.

La mujer parecía un condenado ángel, literalmente hablando, pero no sentía en ella ese aire de divinidad propio de los bichos emplumados.

—Eso, Olimpia, tú sigue diciendo tacos con tanta fluidez y llenarás el bote antes de una semana —farfulló a continuación. La vio introducir la mano en el bolsillo de la chaqueta y extraer un puñado de monedas y un billete arrugado—. Adiós a mi chocolate de la semana.

Sacudió la cabeza y se concentró en ella. Menuda, rubia, ojos azules, piel suave y blanca y unas divertidas pecas salpicándole el puente de la nariz… ¿Le salpicarían también otras partes de ese voluptuoso cuerpo? Y olía tan bien, no a perfume sino… bueno, a empanada de carne.

Ella era la candidata perfecta para librarse del mal humor de Hades durante una buena temporada, pero ¿por qué demonios no podía ver en su aura el tiempo que le quedaba?

—Esto no tiene sentido…

Cómo si pensase que iba con ella, la mujer se giró en su dirección e hizo una mueca.

—Ay, lo siento, ni siquiera me he disculpado por haberte saltado encima —murmuró, sus mejillas se colorearon, pero fue su sonrisa, tierna y cariñosa lo que lo dejó sin palabras—. Mil perdones. Te juro que no fue apropósito, los frenos decidieron dejar de funcionar y… Lo confieso, apenas llego con la punta de los dedos al suelo si voy sentada… Soy Olimpia, por cierto. Si te invito a una empanada, ¿me perdonas?

—¿Siempre hablas tanto? —Se encontró preguntando.

—¿Y tú siempre eres tan ceñudo? —replicó ella con esa bonita sonrisa en los labios—. No me has dicho tu nombre.

—Reaper.

—¿En serio? —Su gesto no podía ser más escéptico.

—Así es cómo me llaman.

—Vaaalep. Sé cuándo dar marcha atrás y no volver a abrir la boca —declaró, cogió la bici y se despidió con una mano—. Adiós, Reaper y perdona por el accidente.

Lo miró atónito.

—¿Te vas?

Se detuvo y lo miró de nuevo.

—Pues sí, tengo cosas que hacer.

Sacudió la cabeza con incredulidad.

—No puedes irte.

Ahora fue ella la que ladeó la cabeza sorprendida.

—¿Por qué no?

—Te estás muriendo.

Se echó a reír.

—¿Perdona?

Volvió a mirarla de arriba abajo y frunció el ceño.

—Tienes el aura de la muerte, tu tiempo… debería haber acabado ya.

Su inicial diversión empezó a mudar hasta convertirse en una máscara de seriedad, incluso su voz perdió esa calidez.

—No sé de qué estás hablando y no tengo tiempo para perderlo con alguien que dice cosas raras —le soltó, le dio de nuevo

la espalda y se apresuró a desaparecer por la calle por la que él había venido, la cual empezaba a llenarse ya de gente.

Entrecerró los ojos sobre esa extraña rubita y negó con la cabeza.

—Sí, lo sabes, no sé por qué o quién demonios eres, pero lo sabes —musitó para sí, echó un vistazo al suelo en el que todavía quedaban algunos pedacitos de empanada.

Extrajo el reloj de arena de su bolsillo al tiempo que volvía a ver esa trenza balanceándose a la espalda de la mujer que se internaba entre la muchedumbre, bajó la mirada para ver la caída de la arena y sintió que se le paraba el corazón.

La arena se había detenido en su caída, daba igual si lo giraba de un lado o de otro, esta se negaba a caer.

—Olimpia…

Ahora, la *Muerte* tenía un nombre, pensó viéndola desaparecer finalmente, tenía un nombre y vivía como una mortal más.

CAPÍTULO 4

Olimpia no podía sacarse de la cabeza la mirada del hombre sobre ella, la manera en que la había recorrido, la sorpresa en sus palabras. Al principio pensó que estaba haciendo algún juego de palabras, bromeando por su torpeza, pero aquella última frase la congeló por dentro.

«Tienes el aura de la muerte, tu tiempo… debería haber acabado ya».

Sus palabras habían sido como un dardo directo a su corazón, su sonrisa se había borrado y, por primera vez, se permitió mirar atentamente a aquel hombre…

Él también posee el beso de la Muerte.

Había aprendido a llamar así a todas las personas que habían sido tocadas de un modo u otro por la Parca, aquellas que habían estado lo bastante cerca cómo para cruzar al otro lado y volver.

Era algo que siempre había sabido, incluso de niña, un don o una maldición de la que no podía deshacerse y que, por más que lo intentaba, no le encontraba una explicación lógica.

Sabía cuándo alguien iba a morir, podía verlo de algún modo, ver que su vida estaba a punto de terminar o que ya había terminado, así como también veía a aquellos que ya habían traspasado el umbral y caminaban de la mano de sus guías espirituales.

Pero con ese hombre había sido distinto, él había visto a través de ella, había visto esa indeleble marca de la que nadie más era consciente.

Echó un vistazo atrás, por encima del hombro, ¿y si la seguía? ¿Quién era él realmente? ¿Por qué la había mirado de esa manera?

¿Y por qué demonios había hablado con tanta confianza a un completo desconocido?

No tenía las respuestas y eso, por encima de todo, era lo que más miedo le daba.

Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos, pero la imagen de Reaper no se le iba de la mente.

¿Qué había en esos insondables ojos del color de los zafiros que la había llevado a hablarle con tanta familiaridad? ¿Por qué esa enorme montaña de hombre moreno de cabello y piel, un típico griego, no la había hecho recular, murmurar una rápida disculpa y desentenderse de él?

Se obligó a concentrarse en el camino y sortear a la gente, la rueda delantera de la bicicleta se había torcido lo suficiente como para que no fuese viable subirse en ella sin llevarse un nuevo porrazo.

Temblaba como una hoja, no podía evitarlo, cada paso que daba se notaba tan inestable como la maldita bicicleta y la idea de soltarla y echar a correr se le antojaba cada vez más apetecible.

Apuró el paso todo lo que pudo y empezó a callejear por temor a que él pudiese seguirla. Siempre con un ojo puesto en la retaguardia, avanzó a trompicones, disculpándose con la gente a la que atropellaba, hasta alcanzar finalmente la calle paralela a la plaza *Monastiraki* y enfilar la cuesta hasta su destino.

El sonido de la campanilla de la puerta de entrada de su negocio le provocó un inesperado alivio, entró hasta el fondo del local, dónde se encontraba la cocina y atravesó las puertas con la bicicleta haciendo que su empleado saltase.

—¡Jesús! Acabas de darme un susto de muerte.

—No eres el único que se lo ha llevado, créeme —replicó apoyando la maltrecha bicicleta en la pared para intentar desanudar los cordeles con pulso tembloroso—. Maldita sea, vamos, suéltate…

—Por todos los dioses. —Mica le cogió las manos y la obligó a apartarse y sentarse en un taburete—. Siéntate y respira. Te traeré un poco de agua, estás pálida como la leche. ¿Y qué demonios le has hecho a esa cosa?

—He tenido un pequeño encontronazo con el suelo —replicó con un mohín y señaló su maltrecha carga—. Y he perdido algunas empanadas en el proceso. Eso es lo que más me fastidia de todo.

—¿Las has hecho en casa?

—Por supuesto que las he hecho en casa —resopló poniendo los ojos en blanco—. Quería adelantar trabajo, pero ese hombre se cruzó en mi camino, los adoquines estaban sueltos y al intentar esquivarle… acabé sobre él y las empanadas por los suelos.

—Espera, ¿has acabado encima de un hombre? —repitió y soltó una alegre carcajada—. ¡Ya era hora!

Entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada.

—¿En serio? ¿Vamos a ponernos a hablar de eso ahora? ¿Cuándo he tenido un accidente y me ha parecido ver a la mismísima muerte ante mí?

Él lo miró de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—Te encuentro bastante viva.

Sacudió la cabeza.

—Olvídalo —declaró y señaló la nevera—. Tráeme esa agua y deja de perder el tiempo.

—Sí, jefa, lo que usted diga —replicó con un mohín—. No sé ni para que me molesto, eres dura como el bendito Partenón.

Cogió el vaso con agua helada que le sirvió y lo bebió a sorbos, dejando que el frescor se deslizase por su garganta provocándole un pequeño estremecimiento.

—Gracias.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Asintió y se pasó la mano por la cabeza.

—Llevaba el casco puesto y *él* amortiguó la caída, la verdad.

—¿Y quién es ese *«él»,* porque estoy seguro de que no hablas del casco?

Negó con la cabeza.

—No estoy segura y, con sinceridad, no sé si quiero saberlo —admitió recordando esa mirada—. Dijo que su nombre… O mejor dicho, que lo llamaban Reaper…

—¿*Reaper*? Qué *creepy*.

No se hacía una idea de ello.

—Como sea, será mejor que vea qué podemos salvar y me ponga a trabajar —dejó el vaso de agua a un lado y se levantó, ya más serena—. Quédate en la parte de delante y atiende a quién venga, yo me ocuparé de lo demás.

—A sus órdenes, jefa.

Dejó que su compañero se retirase, cogió el delantal del gancho en el que siempre lo colgaba y se lo puso.

—De acuerdo, Olimpia, es hora de centrarse en el trabajo y dejar a un lado esa intensa mirada del color de los zafiros.

Solo esperaba que fuese tan fácil hacerlo como decirlo.

CAPÍTULO 5

Esa misma tarde,
Colina Filopapo, Atenas

Ella había desaparecido entre la muchedumbre dejándole con una intranquilidad que no había sentido en siglos. Nunca, en su larga vida, había estado tan cerca de la muerte como en el instante en el que tuvo a Olimpia delante y, maldita fuera, esa hembra era humana.

Reaper avanzó a paso rápido a través de uno de los senderos de la *Colina Filopapo*, a esas horas solo los que paseaban sus mascotas o salían a correr acababan vagando por sus alrededores y llegó a las ruinas que sembraban el suelo en una zona convertida en un perfecto mirador de la *Acrópolis*.

Las Musas habían establecido hacía eones su hogar en aquel frondoso lugar, susurrando al oído de los mortales y dotándolos de la inspiración que venían buscando. Este era uno de los pocos lugares en los que todavía era aceptado, uno de los templos en los que no había sido vetado y que le proporcionaba algo de paz.

Se detuvo en medio de las ruinas, el viento se levantó acariciándole el pelo, trayendo consigo susurros que lo hicieron sonreír.

—Hola a ti también, Terpsícore.

Una risa acompañó su frase al tiempo que la *musa de la danza* adquiría su forma original, vestida con el típico peplo griego, una guirnalda de flores adornándole el pelo y la lira entre las manos.

—Hacía tiempo que no nos visitabas, *Strategos*, ¿qué te trae a nuestra morada?

—Respuestas —admitió—. Respuestas a preguntas.

—¿Y qué preguntas son esas?

La única por la que había estado esperando desde el momento en que Celesta lo había traído de nuevo a la vida y dejó en sus manos el acertijo en el que se convertiría su destino.

—¿Mi muerte está en esta vida?

Ella sonrió y vagó por el terreno, sin llegar a tocar realmente el suelo.

—Tu vida está en esta muerte —la corrigió ella arrancando unas notas a su lira—. Aquella con la que debes danzar, aquella con la que ya te has topado, el fin de todo y el principio de tu porvenir.

—Olimpia.

La musa asintió.

—Ella fue besada por la muerte el día de su nacimiento y la muerte la ha acompañado desde entonces.

No pudo evitar fruncir el ceño.

—Pero es humana...

—Tú también lo fuiste —le recordó tomando asiento en el muro de antiguos restos—. Y aun así recibiste la bendición de los dioses...

Sus palabras lo llevaron a rechinar los dientes.

—Unos dioses que me dieron la espalda en cuanto tuvieron la oportunidad.

Sonrió con calidez y tibieza.

—Mientras unos te daban la espalda, otros preparaban el camino para tu regreso a casa, *Strategos* —aseguró con ese tono cantarín—. Los dioses son caprichosos, algunos más que otros y solo un puñado son capaces de reconocer sus errores y están dispuestos a enmendarlos, aunque jamás te lo dirán en voz alta…

Dudaba que hubiese una sola deidad que admitiese su error ni siquiera para sí mismo.

—¿Mi regreso a casa? —Señaló hacia la Acrópolis—. Ellos fueron los que me enviaron al *Inframundo*, los que me entregaron a Hades, los que permitieron que Celesta me trajese de vuelta... El

hogar que conocía, en el que crecí, dejó de existir hace más de un milenio…

La musa deslizó los dedos sobre las cuerdas de sus liras y ladeó la cabeza como si estuviese escuchando su propia música, el universo o vete a saber.

—Todo héroe debe transitar por un camino lleno de obstáculos para poder alcanzar la gloria —le dijo—. No te rindas cuando estás ya tan cerca de la meta, *Strategos*, no tendrás otra oportunidad.

—¿Me estás diciendo que ella es mi meta, Terpsícore?

Ella sonrió con esa calidez y dulzura que parecía borrar cualquier preocupación.

—Es la Muerte que llevas esperando toda una vida y ya es hora de que le pidas un vals.

Con eso se elevó sobre él para darle un beso y con una nueva risita, desapareció.

CAPÍTULO 6

Una semana después…
Plaza Kotzia

¿Qué posibilidad había de encontrarte con el mismo hombre dos veces en una ciudad tan grande como Atenas? A la luz de los acontecimientos, parecía que más de las que Olimpia había llegado a pensar posible.

No había hecho más que internarse en la *Plaza Kotzia*, dónde esa tarde había quedado con su tía para hacerle entrega de un par de empanadas cuando lo vio cerca de la fuente, haciendo algo tan inocente cómo dar de comer a las palomas.

Se movió como una flecha para esconderse detrás de uno de los altos maceteros que rodeaban la plaza y lo observó desde una prudente distancia.

Estaba cometiendo una enorme estupidez y lo sabía, no necesitaba que la mirasen al pasar, ni que se riesen de su repentina acción furtiva, bastante avergonzada estaba ya de su propio comportamiento, pero no por ello abandonó su posición.

Lo más inteligente sería hacer cómo si no lo hubiese visto y cruzar la plaza en dirección al *Palacio Municipal*, podía bordear la fuente desde el otro lado y él ni siquiera se enteraría, pero eso no pondría solución a toda la inquietud que la había asediado esa última semana.

Su encuentro había sido breve y accidentado, pero desde el momento en que se alejó con su destartalada bicicleta, le había sido

imposible dejar de pensar en él hasta el punto de obsesionarse con un completo desconocido.

Aferró la bolsa que llevaba consigo y se incorporó, respiró profundamente y se quedó totalmente inmóvil cuando vio cómo su aura fluctuaba adquiriendo una brillantez particular.

Las palomas a su alrededor decidieron levantar el vuelo en ese momento, formando una nube de alas y cuerpos de color gris que ocultaron durante unos segundos su presencia.

—¿Dónde…?

Salió de su escondite al ver que simplemente había desaparecido, ya no estaba al lado de la fuente y, por más que buscaba entre las pocas personas que atravesaban la plaza o disfrutaban dando de comer a las aves que se acercaban a ver qué podían obtener de los humanos, él había desaparecido por completo.

—Es imposible, no has podido…

—Nos encontramos de nuevo, Olimpia.

Su grito tuvo que escucharse en toda la plaza, pensó mortificada al darse cuenta de que acababa de soltar un alarido. El corazón le palpitaba a toda velocidad mientras miraba esos ojos, del color de los zafiros, fijos en ella y se daba cuenta, una vez más, de lo enorme que era ese hombre y de la huella que llevaba impreso sobre todo él.

El recién llegado hizo el gesto de querer avanzar hacia ella y su reacción fue inmediata, dio un par de pasos hacia atrás y levantó la bolsa con las empanadas a modo de advertencia.

—No des un solo paso más.

Su respuesta fue detenerse y levantar las manos y mostrarse cómo alguien inofensivo, algo difícil dado que llevaba a la Muerte por bandera.

—No te haré daño —le dijo con un tono profundo que la hizo estremecer de pies a cabeza—. Lo juro.

—¿Quién eres?

Su mirada se clavó en la suya, pero no había animosidad, ni nada que sugiriese que fuese peligroso, no más allá de lo que proclamaba su propia presencia.

—Sabes quién soy.

Negó con la cabeza con energía suficiente como para que su trenza volase al compás de sus movimientos.

—No. —Lo apuntó con un dedo y retrocedió otro prudente paso—. No sé quién eres y, en honor a la verdad, tampoco quiero saberlo. Si esto es por lo de aquella mañana, de verdad, no fue mi intención chocar contigo… Si quieres, te pago la tintorería de la ropa…

Enarcó una ceja y ladeó ligeramente la cabeza.

—Me tienes miedo.

¡Por supuesto que le tenía miedo! ¿Quién demonios no temería a la Muerte si la tenía delante? Y ya no digamos a un hombre con el que chocas una mañana y al que te vuelves a encontrar algunos días después cómo si te estuviese esperando.

Aunque el miedo no tenía que ver con lo que estaba sintiendo ahora mismo y sí con ese extraño vacío que llevaba sintiendo desde que tenía uso de razón, que había empezado a reconocer cada vez que estaba cerca de alguien que había sido besado por la Parca. Con él ese… tirón, era más fuerte, se sentía empujada hacia él, cómo si cada uno fuese una pieza de un imán y deseasen volver a estar unidos.

Se lamió los labios y dio un nuevo paso, ahora a la izquierda.

—No tengo miedo de ti, sino de lo que representas —musitó en voz baja, una respuesta que debería haberse guardado para sí misma, pero que sus labios decidieron pronunciar.

Su comentario pareció sorprenderlo, porque acabó preguntando.

—¿Y qué crees que represento?

Apretó los labios negándose a pronunciarlo en voz alta, nunca llamaría a la Muerte de esa manera, no la quería más cerca de lo que ya la tenía.

—Déjame pasar… —pidió intentando sortearlo, pero él dio un paso hacia el mismo lado, impidiéndole pasar.

—Olimpia, espera…

Apretó los dientes y retrocedió al mismo tiempo.

—No pronuncies mi nombre, no te acerques a mí —murmuró en voz baja, sus ojos buscando los suyos—. Seas quién seas, no

quiero estar cerca de ti.

Aquello lo llevó a entrecerrar los ojos.

—Sabes quién soy…

Negó con la cabeza una vez más.

—No, no lo sé —se negó a admitirlo y volvió a intentar rebasarlo por el lado contrario—, y como ya dije, no quiero saberlo…

Él estiró entonces el brazo y sus dedos se cerraron alrededor de su antebrazo.

—Detente.

El contacto fue como una descarga eléctrica, levantó la cabeza y solo pudo jadear al contemplar su rostro, uno cuyas facciones se habían afilado y oscurecido, cómo si su propio cráneo se hubiese impreso por encima de la piel mostrando un rostro cadavérico.

Dio un salto atrás, empujó su mano con decisión y cuando se negó a soltarla, le asestó un golpe con la bolsa de las empanadas.

—¡Suéltame ahora mismo! —jadeó, sintiendo que toda su sangre empezaba a correrle con mayor rapidez por las venas, haciendo bombear su corazón a un ritmo de vértigo—. ¡Déjame ir!

Él no solo no lo hizo, sino que se acercó más a ella, siguiéndola a medida que ella retrocedía, creando entre ambos una especie de baile sin sentido.

—No puedo hacerlo…

—Claro que puedes, solo tienes que aflojar los dedos —siseó intentando hacerlo ella misma—. ¡Suéltame o te doy de nuevo con la bolsa!

—No fue suficiente con todas las empanadas que destrozaste esa mañana.

El recordatorio la hizo darse cuenta de lo que acababa de hacer y gimió como si acabasen de decirle que iba a terminarse el mundo.

—¡Oh, mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Eran las empanadas de Nikki! —jadeó horrorizada. Entonces volvió a darle con la bolsa, descargando sobre él toda su frustración—. Es culpa tuya, una vez más es toda culpa tuya…

Entre bolsazo y bolsazo acabaron desplazándose por la plaza, la gente pasaba por su lado cómo si no se estuviese protagonizando

una escena de violencia doméstica en plena calle o una mujer se esforzase por librarse de alguien indeseado.

¿Es que se habían vuelto invisibles o qué?

—¿Quieres estarte quieta con eso? —protestó él, sujetando ahora la bolsa de modo que iniciaron un nuevo tira y afloja.

—¡Suelta mis empanadas!

—Me atreveré a decir que a eso ya no se le pueden llamar empanadas —replicó tirando de la bolsa—. Estate quieta de una vez.

—¡Suéltalas!

—Por los dioses, qué belicosa eres.

La fuerza que hacía para mantener el tirón se aflojó, sus dedos se desprendieron de la tela y se encontró trastabillando hacia atrás. Perdió el equilibrio, el tacón de una de sus botas se torció y se encontró manoteando en el aire tras dar un nuevo paso atrás para estabilizarse, sin embargo el bordillo de la fuente apareció para ponerle la zancadilla y hacerla caer irremediablemente en sus aguas.

La fuente no tenía apenas profundidad, pero tampoco era necesaria, dado que los cinco chorros que expulsaban agua estaban en pleno funcionamiento y prácticamente tuvo una pelea a muerte con uno de ellos.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Está helada! ¡Qué asco! ¡Puta agua!

Cada vez que intentaba ponerse de pie, resbalaba, el peso del abrigo ahora empapado tiraba de ella hacia abajo y le complicaba cualquier tipo de maniobra.

—¿Vas a quedarte ahí parado todo el día o piensas hacer algo para sacarla?

La inesperada voz femenina hizo que cesase en sus esfuerzos durante un milisegundo, se apartase el flequillo de la cara y se encontrase con la mirada fulminante de su tía Nikki sobre un sorprendido Reaper.

CAPÍTULO 7

Reaper se quedó inmóvil, mirando a la recién llegada cómo si no pudiese creer en su presencia. Daba igual que su apariencia fuese humana, que se hubiese teñido el pelo, sus ojos y esa aura inmortal que la rodeaba era inconfundible.

—¿Niké?

Los ojos de la mujer refulgieron con la reminiscencia de su poder, una silenciosa advertencia que se encargó de recalcar al momento.

«Debería convertirte en un gusano por destrozar mis empanadas, Strategos».

Entonces, en voz alta, añadió.

—¿A qué esperas? ¿A qué te den una medalla?

No entendía nada. ¿Qué hacía allí la diosa de la Victoria? ¿Quién era esa humana para ella? ¿Quién demonios era Olimpia?

—No necesito su a-ayuda… —Habían empezado a castañearle los dientes—. Pu-puedo salir so-sola.

—Por el amor de Dios… —masculló la mujer al tiempo que lo fulminaba una vez más con la mirada.

«De verdad, esperaba mucho más de ti».

La reprimenda y el tono en su voz lo sacudieron con la suficiente efectividad cómo para sacarlo de su estupor y ayudar a la muchacha.

—No me toques —siseó ella, pegándole con las manos heladas —. Es todo culpa tuya.

Se limitó a ignorarla, tiró de ella con fuerza y la levantó, notando el peso añadido del agua que escurría de toda ella.

—Ayúdale a quitarse el abrigo, ha debido de beberse media fuente ella sola —chasqueó la mujer, moviéndose al mismo tiempo para ayudar a la chica a salir del agua.

Como si el mundo se hubiese puesto de nuevo en movimiento, la gente que había mantenido en un limbo hasta ese momento se percató del accidente y empezaron a mirar en su dirección y a interesarse por la caída que se habían perdido.

—¿Está bien?

—Sí, no se preocupe —se encargó de responder la diosa—. Ha sido un tonto accidente, solo está mojada.

—Estoy… congelada, que lo… sepas… —masculló luchando con los botones del abrigo.

—Déjame —le apartó las manos solo para que ella misma le apartase las suyas.

—Mantente-lejos-de-mí —pronunció cada palabra con lentitud, mirándole a los ojos con inusitado fervor—. ¡Es todo culpa tuya!

Dicho eso se giró hacia Niké y volvió a señalarlo.

—¡Se ha cargado tus empanadas! —lo acusó y añadió—. Es un acosador, tropecé con él hace una semana y… ¡Estoy segura de que se ha dedicado a seguirme!

—Yo no te he seguido y, te recuerdo, que has sido tú la que me ha empezado a dar bolsazos con eso —señaló la bolsa tirada a los pies de la fuente—. En cuanto a nuestro fortuito encuentro, te recuerdo que deberías aprender a andar primero en bicicleta, quizá así evitarías atropellar a la gente.

—¿Atropellaste a Reaper con la bicicleta? —preguntó la diosa perpleja.

—No, me atropelló ella —la señaló con un gesto—. Literalmente se me echó encima.

—¡Eso no es cierto! —protestó dando un pisotón en el suelo, entonces se volvió hacia la diosa con gesto contrariado—. Espera, ¿le conoces?

Ella asintió, pero no tuvo tiempo a explicarse porque él respondió al momento a su negativa.

—¿Vas a negar que caíste sobre mí?

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla, entonces entrecerró los ojos y lo apuntó de nuevo con el dedo.

—Si vuelvo a verte cerca de mí, te denuncio.

—De acuerdo, de acuerdo —intervino la mujer alternando la mirada entre ellos y juraría que incluso estaba reprimiendo una sonrisa cuando se dirigió hacia él—. ¿Puedes explicarme qué demonios le has hecho a mi sobrina?

Se quedó mirando a la diosa, sus palabras no eran más que un eco en su mente, uno que tardó en asimilar.

—Tu sobrina.

—Sí.

Volvió a mirarla y frunció el ceño, eso solo podía significar que la chica tenía que ser hija de uno de sus hermanos, pero ninguno de ellos podía haberle dado ese poder de…

«¿De quién es hija?».

Pasó al contacto mental, pues intuía que la muchacha no apreciaría semejante interrogatorio delante de ella viniendo de un desconocido.

«Su madre la dejó siendo un bebé en la puerta de Kratos, su padre».

Kratos, era la personificación masculina de la fuerza y del poder, fiel siervo de Zeus y el único que se atrevió a defenderlo delante de Atenea. En otra época habían sido más que amigos, casi como hermanos y ahora su hermana le decía que la humana que estaba ante él era hija suya.

«Y ella no tiene la menor idea, ¿no es así?».

Se limitó a dedicarle un encogimiento de hombros mental.

«Olimpia se ha criado como una mortal».

«Pero no lo es, no completamente».

Negó, ese manto que la envolvía, esa aura de brillante blancura no pertenecía a un mortal, ni siquiera a uno bendecido por los dioses.

«No, no lo es, tú mejor que nadie debería saberlo. ¿No reconoces a tu propia mitad? Ella quería deshacer el error cometido por los dioses y darte la oportunidad que no te dieron los dioses».

Ella… Solo había una mujer, una deidad que ostentaba tal poder, la única que le había hablado de su futuro.

«No ha llegado tu hora, Strategos, vivirás sin vivir, morirás sin morir, serás la Muerte que nadie puede ver, hasta que bailes con ella tu último vals».

«Es hija de…».

Niké le cerró la garganta, impidiéndole pronunciar su nombre.

«Incluso tú sabes que hay nombres que no deben ser pronunciados en voz alta».

No, a menos que quisieras convocarles y tratándose de ella, lo mejor sería ir con mucho cuidado.

«Será mejor que te presentemos a mi sobrina, Strategos o tendrás un problema mucho mayor».

La fulminó con la mirada y ella se limitó a sonreír con ironía.

—Olimpia, él es Reaper Kynigos —hizo las oportunas presentaciones—. Es un viejo amigo de tu padre, nos conocemos desde hace… mucho tiempo, aunque no sabía que estabas en Atenas.

—No suelo pasar mucho tiempo en el mismo lugar, pero de vez en cuando la nostalgia hace que quieras volver a tu ciudad natal —replicó mirando a los ojos de la diosa, entonces se volvió hacia ella —. Aunque nunca había tenido un recibimiento semejante.

Ella abrió la boca para replicar, pero la detuvo con un gesto.

—Y, solo para que conste en acta, la caída en la fuerte ha sido algo fortuito.

—Eres un acosador —lo increpó ella.

Su respuesta fue mirarla de arriba abajo y murmurar en voz baja.

—Dado que no era yo quien se ocultaba detrás del macetero mientras ejercía de espía…

Los ojos azules brillaron al momento.

—¡No te estaba espiando!

—¿Te escondiste detrás de un macetero para espiarle? —la incredulidad de Niké era fingida, no así la diversión que intentaba contener por todos los medios.

«¿Te estaba espiando?».

«Ha sido pura casualidad».

Pero sí, había sido consciente de su presencia desde el mismo instante en que se presentó en la plaza y le había causado cierta diversión el que se escondiese detrás del arbusto de las macetas que marcaban el perímetro.

«Que interesante».

—Claro que no. —Su respuesta fue tan poco convincente que sintió pena por ella—. Me había detenido a… recolocar las empanadas cuando él me sorprendió por la espalda, dándome un susto de muerte.

—Me disculpo por ello, Olimpia.

—Vaya, tus modales han mejorado —soltó la mujer ganándose una fulminante mirada de su parte—. Serías un buen partido, ¿no crees, Olimpia?

—No, ni de broma, ni lo sugieras siquiera —siseó, mirando a su tía para finalmente volverse hacia él y señalarle—. No quiero tener nada que ver con él.

—Un poco tarde para eso…

—Acércate de nuevo a mí y llamo a gritos a la policía —le soltó la aludida en respuesta.

—¿No estás siendo un poquito drástica? —replicó mirándola a los ojos—. No te he hecho nada… aún.

—Buena manera de mostrar interés —ronroneó Niké—. Directo y conciso, todavía no te has casado, ¿verdad?

—¡Tía Nikki!

—Cariño, créeme, cuando los dioses deciden poner en tu camino a alguien como Reaper, lo mejor que puedes hacer es arrodillarte, dar gracias y luego follártelo.

—Ay Dios. —Olimpia se cubrió el rostro con una mano.

«¿Eso era necesario?».

Ella no le contestó, pero tampoco es que hiciera falta.

—Por cierto, tu padre me ha llamado —continuó la diosa, cambiando al momento de tema—. Quiere…

La chica se cubrió las orejas con las manos.

—No quiero saberlo —replicó y, acto seguido, estornudó—. Mierda.

—Esa boca —la sermoneó Niké—. Olvídate de las empanadas, me pasaré yo por el obrador a buscarlas.

Con eso, abrió su bolso y rebuscó en su interior hasta sacar un juego de llaves y entregárselo.

—Acompáñala a casa, ¿quieres? —pidió, pero su tono no aceptaba un no por respuesta—. Que se quite todo eso, se dé una ducha…

—¿Te has vuelto loca? —jadeó ella e intentó arrebatarle las llaves, sin conseguirlo—. ¡Le estás dando las llaves de mi casa a un completo desconocido!

—Tu padre y yo respondemos por él —le soltó sin más y añadió —. Además, le has atropellado, le has machacado con las empanadas, ya no puedes considerarlo un desconocido…

—¿Pero qué demonios te has tomado hoy? —jadeó ella.

—Reaper, mi indigente sobrina prefiere el barrio obrero de *Monastiraki* a las zonas verdes de *Colonaki* —le informó y señaló hacia un lateral de la plaza—. *Calle Aristidou*, número 14. Piso tres.

Hizo un repaso mental de dónde estaba la calle y no pudo menos que enarcar una ceja.

—¿Vives allí? ¿En serio?

—Déjame adivinar, tú prefiere el lujoso barrio de Placa o las zonas verdes próximas al *Licabeto*.

—Pues sí —admitió sin más—, al menos están más limpias que el barrio en el que vives.

—¡Pues no tienes nada que hacer en él si tanto te disgusta! —le soltó e intentó recuperar las llaves una vez más—. Dame esas llaves.

—No —negó convencido—. Te han dejado a mi cuidado, así que, cuanto antes nos pongamos en movimiento…

Su respuesta fue mirar a Niké, quien se lo estaba pasando en grande.

—¡Le has dado las llaves de mi casa a un completo desconocido!

—No soy un desconocido, al parecer tu tía me ha colgado el cartel de «disponible».

—Eso en tus sueños —rumió ella.

Se limitó a contemplar las llaves antes de llevárselas al bolsillo del pantalón.

—Sería interesante aparecer en ellos.

—¿Pero quién te crees que…?

—Tienes que quitarte la ropa mojada antes de que pilles un resfriado —intervino Niké conciliadora—. Sabes que no te dejaría en manos de alguien a menos que confiase en él.

—Ni siquiera le conozco…

—Yo sí y te aseguro que estarás tan a salvo como quieras estarlo con él.

La vio abrir la boca y volver a cerrarla.

—Tu sexto sentido o como quieras llamarlo, no evitará que me asesine si esa es su intención.

—No tengo la menor intención de asesinarte.

—¿Lo ves? —replicó Niké y la besó en la frente—. Todo arreglado.

Solo entonces se giró hacia él y lo miró con una mortal advertencia en los ojos que no tenía absolutamente nada de ficticio.

—Te encargo lo más precioso que tengo, Reaper, más te vale protegerlo con tu propia vida, porque si algo le pasa, si tan siquiera la haces llorar, no habrá lugar en el mundo… o fuera de él, en el que puedas esconderte de su familia.

Dicho eso, compuso su rostro más beatífico y se volvió hacia su sobrina.

—Él ha hecho un largo viaje hasta aquí, no lo despidas sin escuchar primero su relato —la escuchó murmurarle al oído a la chica—. Si necesitas alguna cosa, llámame por teléfono. Enviaré a tu padre y él se encargará de esconder el cadáver.

La respuesta de Olimpia fue gemir en voz baja, como si acabase de caerle encima la *Gran Plaga de Atenas*.

CAPÍTULO 8

Casa de Olimpia,
Monastiraki, Atenas

—Dame la llave.

—No.

—Es mi casa —se plantó—. No vas a entrar.

—¿Te apuestas algo? —agitó las llaves y las introdujo a continuación en la cerradura.

—Eso es allanamiento de morada.

—Tengo tus llaves, tú estás aquí, ergo no estoy allanando nada.

La cerradura cedió bajo su giro de muñeca y la puerta se abrió dejando escapar el típico aroma de cocina casera.

—¿También te traes el trabajo a casa? —Empujó y se hizo a un lado para dejarla entrar—. Adelante.

—De acuerdo, has cumplido con tu parte del trato, estoy en casa y estoy bien, ya puedes irte.

—Invítame a entrar.

—¿Qué eres? ¿Un vampiro? —le soltó.

—No, soy... un mensajero.

—¿Un mensajero de qué?

—Dímelo tú —pidió en voz baja—. Algo me dice que ves mucho más que la mayoría.

Clavó esos ojos celestes sobre él y frunció el ceño.

—Lo único que veo en estos momentos es tu arrogancia.

Se llevó las manos a los bolsillos e insistió.

—¿Vas a invitarme?

—No.

—No te fías de mí.

—¡Bingo!

—¿Por qué me estabas espiando en la plaza?

—Yo no estaba...

—Olimpia...

—¡No pronuncies mi nombre! —Alzó la voz, entonces se contuvo, respiró profundamente y dejó escapar de nuevo el aire—. Por favor, vete ahora, antes de que sea demasiado tarde...

Su comentario lo llevó a mirarla con sospecha.

—¿Tarde para qué?

Se pasó las manos por el pelo, hizo un gesto de irritación y lo miró a los ojos.

—Para evitar que acabes en una maldita celda de comisaría —siseó y trató de mover la puerta que él todavía retenía—. Oh, vamos, incluso tú tienes que ver lo absurdo que resulta todo esto.

—Lo veo, pero no es algo que le preocupe, no ahora, al menos —admitió—. No todos los días se tiene la oportunidad de mirar directamente a la cara al propio destino.

—No soy un destino particularmente agradable —admitió y se señaló a sí misma—. Y seré uno incluso peor si sigo aquí, charlando contigo y pillo una pulmonía, así que, adiós y gracias.

Volvió a intentar empujar la puerta sin éxito.

—Entra, Olimpia —la empujó con suavidad—, date una ducha de agua caliente y después...

—No habrá ningún después —lo atajó—. Te vas ahora...

La obligó a entrar al tiempo que cerraba la puerta tras de sí.

—Me iré, si eso es lo que quieres que haga, cuando me haya asegurado de que no pillarás una pulmonía.

—¿Te das cuenta de que no nos conocemos de nada? —insistió —. Que mi tía y tú os conozcáis no es suficiente garantía...

—Y sin embargo, eso no importa, ¿verdad?

Abrió la boca dispuesta a replicar y, sin embargo fue incapaz de encontrar una respuesta, porque al igual que él, aun si ella no

entendía el motivo, sabía que ambos estaban conectados a través de la Muerte.

—¿Cómo sé que no eres un asesino en serie y que si te dejo entrar en mi casa no me torturarás y me harás pedacitos?

Se la quedó mirando.

—¿Niké me habría dado las llaves si tan siquiera sospechara que yo podría ser un peligro para ti?

Aquello pareció desarmarla finalmente.

—No.

Asintió y entonces añadió.

—¿Crees que soy un peligro para ti?

—Sí, en más formas de las que deberías —declaró con rotundidad y aquello lo llevó a sonreír.

—Te juro que nunca, en ninguna vida, algún daño te sobrevendrá de mi mano —declaró con total sinceridad.

Resopló.

—No deberías hacer juramentos si no piensas cumplir con tu palabra.

—Precisamente porque voy a cumplirla, es que te lo juro —replicó con sencillez—. Ahora, ve a cambiarte, estás tiritando.

Ella optó por bufar, levantó las manos hacia el cielo y masculló algo que no llegó a entender. Entonces se volvió hacia él y lo amenazó de nuevo con ese dedo que empezaba a tener ganas de llevárselo a la boca solo para a saber qué cara ponía.

—Tienes prohibido acercarte a cualquier habitación de este lado de la casa —señaló el pasillo a su izquierda—. Si vas a quedarte, ahí tienes la cocina y el salón. No toques nada.

Ladeó la cabeza.

—¿Puedo prepararme al menos un café mientras espero?

—Mi cafetera es de cápsulas —le soltó—, si la rompes, me la pagas.

—¿Siempre eres una anfitriona tan agradable?

Iba a responder, pero en su lugar estornudó—. Es igual, no contestes, ve a ducharte, Olimpia, tienes que entrar en calor.

No la dejó protestar, se metió en la cocina con la esperanza de que ella hiciese lo mismo y se fuese al baño. Si no lo hacía de una

maldita vez, la llevaría él mismo.

Miró a su alrededor e intentó hacerse un retrato de la mujer que vivía en aquella casa, alguien cuya existencia y cometido desconocía y que, sin embargo, había nacido para él.

Olimpia era hija de dos dioses, una diosa por derecho y, sin embargo, su humanidad era total, era mortal, solo esa conexión tan estrecha con la muerte la convertía en alguien especial.

Celesta, ella le había dado la clave del futuro aún sin saberlo, la piadosa muerte lo había traicionado trayéndole a la vida solo para resarcirlo ahora con esta dulce mensajera.

—Kratos y Celesta —Sacudió la cabeza—. Menuda combinación.

No sabía cómo había terminado su antiguo amigo con una *Diosa de la Muerte*, pero sí lo que decía Niké era verdad y Olimpia había sido dejada a su cuidado, estaba claro que lo que quiera que hubiese pasado entre ellos había sido fugaz.

Pero ¿por qué entregársela a ellos? ¿Por qué los dioses emergían ahora de sus agujeros cuando le habían dado la espalda durante tantos siglos?

Nadie se había acercado a él desde que entró a formar parte del personal del Hades, las únicas deidades con las que había tenido contacto hasta el momento le habían provocado más dolor que compañía y de repente, aquella humana que olía a empanada chocaba con él y su mundo daba un giro de trescientos sesenta grados.

Debería estar furioso, rabioso incluso por qué jugasen con él de aquella manera, pero Olimpia era inocente, posiblemente la única inocente de todos ellos.

Recorrió la pequeña cocina con la mirada, localizó la cafetera y las cápsulas pulcramente colocadas en un soporte de metal. La habitación olía a comida, era el aroma del pan y las especias de la cocina tradicional griega, las encimeras estaban impolutas, solo había algunas piezas de loza secando en el fregadero de doble seno y un par de coloridos paños descansando sobre la redonda mesa de desayuno bajo la ventana.

Una conocida marca de cereales descansaba al lado de un par de botes para el café, el cacao y el azúcar bastante coloridos, mientras un viejo frutero pedía a gritos que se repusiera el material que ya iba escaseando.

Una pizarra magnética pegada a la nevera contenía algunos apuntes, varios imanes hablaban de los distintos lugares que había visitado y algunas notas de colores contenían teléfonos y curiosas frases con mensaje.

Eran las huellas de una mujer independiente, casera, puede que un poco caótica, alguien que disfrutaba de las pequeñas cosas y que parecía huir de la sofisticación.

—Una mujer mortal —murmuró para sí.

Sacudió la cabeza, recogió dos tazas del fregadero y, tras comprobar las cápsulas que había, preparó dos capuchinos.

CAPÍTULO 9

Olimpia no sabía cómo había terminado en esta situación, no era del tipo de mujeres que metía en su casa a un tío al que no conocía de nada, su hogar era como un santuario y el que Reaper estuviese ahora en él la desconcertaba tanto como la ponía nerviosa.

¿Cómo demonios era posible que su tía y él se conocieran? Porque tenía claro que así era, la manera en que se habían hablado, las miradas fulminantes y esa sutil advertencia en los ojos de la hermana de su padre para con el tipo al que había atropellado esa mañana, hablaba de un entendimiento bastante profundo.

¿Podría haber sido cosa de su tía? ¿Habría orquestado ella todo esto desde el principio?

Nikki era muy capaz de eso y más, se recordó a sí misma, no había una sola cosa que recordase que hubiese dejado inconclusa. Era como si la vida supusiese un completo desafío para ella, uno en el que siempre debía salir victoriosa.

Niké. Él la había llamado Niké, un diminutivo que había oído alguna que otra vez en la voz de su padre. Había muy poca gente que la llamase por su nombre completo, Nicole, desde que tenía uso de razón, siempre había sido Nikki... Y ella parecía tener todas las papeletas para haberla metido en esto.

Limpió el vaho del espejo con una mano y se encontró con su imagen borrosa, tenía el pelo rubio suelto cayéndole por la espalda, la toalla se ajustaba a su menuda figura y sus ojos parecían haber adquirido esa profundidad que solían mostrar ante la cercanía de la muerte.

—Pero ¿por qué? —murmuró para sí, ladeó la cabeza y miró hacia la puerta cerrada con llave—. ¿En qué demonios estabas pensando, tía Nikki?

Su tía no tenía la menor idea de su particular afinidad con el otro lado, ignoraba su capacidad para ver el aura de aquellas personas que estaban cerca de la muerte o como se sentía atraída hacia ellas, cómo tenía la inexplicable necesidad de acompañarlas en sus últimos momentos hasta que sus almas pasaban al otro lado.

En alguna ocasión creía haber visto incluso sombras rondando a esas personas, siluetas que parecían acompañarles en su último suspiro, pero cuando eso sucedía, apartaba la mirada hasta que se marchaban.

No quería que la viesen, no quería que supiesen que era consciente de su presencia, de hecho, hacia todo lo posible por escapar de ese extraño tipo de atracción, por ignorarla, pero en ocasiones era tan difícil...

—Y con él esa atracción es incluso más acuciante —murmuró poniendo en palabras sus emociones.

Un mensajero. Cuando le preguntó que era, se limitó a decir que era *un mensajero*, pero ¿de quién? ¿De qué?

Se estremeció. Nadie vivo tenía un aura tan intensa, no con esa huella tan tangible, de mil y una formas, ese hombre debería

estar muerto, debería haber cruzado ya al otro lado y no estar en su cocina haciendo Dios sabe qué cosa.

Se posó una mano por el pelo con gesto desesperado. El corazón empezó a latirle con más fuerza o puede que solo fuese producto de su nerviosismo, de saber con arrolladora seguridad que él estaba en algún lugar al otro lado de esa puerta y sentir la necesidad de ir a su encuentro.

—No puedes perder la cabeza ahora, Olimpia, no es un buen momento —le dijo a su reflejo en el espejo—. Sal ahí fuera y échalo, dile que se vuelva a casa y te deje en paz. Entonces llama a tu tía y dile que meta sus narices en algo más productivo.

Asintió para sí, le lanzó un beso a su propio reflejo y giró sobre sus pies desnudos decididos a echar a aquel tipo de su casa.

Le quitó el pestillo a la puerta del baño, respiró hondo y la abrió. Al momento un delicioso arma a café llegó hasta su nariz, la boca se le hizo agua y acabó por dejarse llevar por el aroma hasta el umbral de la puerta de la cocina.

Él estaba de espaldas a ella, sorbiendo el café mientras miraba por la ventana. A pocos centímetros de él, sobre la mesa del desayuno, había otra humeante taza.

—Te he preparado un *capuchino*... —Aquellos ojos color zafiro se giraron entonces en su dirección y todo pensamiento coherente abandonó su mente—. Supuse que podría... apetecerte.

La mirada que deslizó sobre ella la estremeció, se sintió más desnuda que nunca y, contraria a la vergüenza que debería haber sentido, tembló de inesperado deseo.

—No... No me apetece.

Se dio la vuelta con tal rapidez, que acabó dando un pequeño resbalón que la llevó directa al suelo. El golpe le arrancó el aire de los pulmones, un relámpago de dolor le atravesó la cadera y no pudo evitar soltar un exabrupto en el mismo momento en que él aparecía por la puerta.

—Olimpia, ¿estás bien?

Apretó los dientes y se negó a soltar una sola lágrima mientras aferraba la maldita toalla con fuerza contra su cuerpo mientras intentaba sentarse.

—¡Esto es culpa tuya! ¡Lárgate de mi casa! —Levantó la cabeza y señaló con el brazo la salida—. ¡Vete!

Le escuchó chasquear la lengua y un segundo después estaba acuclillado a su lado, con las manos sobre su cuerpo, comprobando que estaba de una sola pieza.

—¡No me toques! —le pegó cada vez que sus manos se posaban sobre ella—. No tienes derecho a...

—Silencio.

¿Acababa de mandarla callar? ¿Cómo se atrevía?

—¡No voy a callarme, capullo! ¡Quítame las manos de encima!

Pero no lo hizo, la levantó del suelo sin esfuerzo alguno y clavó una vez más esos zafiros en ella.

—¿Siempre montas pataletas cuando no te sales con la tuya?

—Yo no monto pataletas.

—¿Y esto qué es?

—Una efusiva declaración de intenciones.

Su respuesta lo cogió por sorpresa, entonces se echó a reír, una carcajada de verdad, de esas que notabas en todo el cuerpo.

—Por los dioses, tienes respuesta para todo.

Su risa era agradable, sexy y contagiosa, posiblemente se hubiese reído también si no estuviese prácticamente desnuda y en sus brazos.

—Déjame en el suelo —gruñó.

—Lo haré cuando esté seguro de que no te romperás la crisma intentando escapar de mí.

Dicho lo cual se dirigió hacia el pasillo que le había prohibido visitar.

—¿Me dices cuál es tu dormitorio o tengo que adivinarlo?

—¿Te digo dónde está la puerta de salida, que parece que se te ha olvidado?

Sonrió, se limitó a mirar hacia delante y mantener esa sexy sonrisa en los labios.

—No te caigo bien, ¿eh?

—No te conozco como para emitir tal juicio.

—Una respuesta inteligente —admitió y le dedicó una soslayada mirada—. Así que, ¿qué te parece si empezamos a

conocernos?

—Te ha enviado mi tía, ¿verdad? —le soltó—. Quiero decir, todo este rollo del encuentro fortuito, la seducción... el darte las llaves... Todo esto lo ha orquestado ella.

—No he visto a Niké desde... hace siglos —replicó con una mueca—. ¿Derecha o izquierda?

—¿No ibas a adivinar?

Sus labios se curvaron de nuevo y deslizó la mirada sobre su cuerpo.

—Puedo adivinar que tienes una figura preciosa, una piel blanca y unos pechos suculentos.

Abrió los ojos como platos, sus palabras volvieron a hacerla consciente de que estaba prácticamente en cueros.

—¡Bájame! ¡Suéltame ahora mismo! ¡Déjame en el...!

Sus protestas fueron ahogadas por su boca. La besó, incursionó en su boca, la acarició con la lengua y se bebió sus protestas. Era persuasivo, seductor, no había agresividad en su toque, pero sí dominación, una sutil manera de decirle que no era necesario que luchase y que rendirse era una buena opción.

No supo cuándo cedió, pero se encontró devolviéndole el beso y suspirando en su boca un segundo antes de que él lo interrumpiera.

—Tu dormitorio.

—No te lo diré —declaró mirándolo a los ojos, reafirmándose a pesar de que su cuerpo había abandonado la lucha.

Sonrió y le miró los labios.

—Niké no tiene nada que ver con esto —le dijo entonces—. No sabía ni que existías hasta esta misma mañana, cuando te caíste de la bici, sobre mí... Hasta ese momento, no fui consciente de que eras alguien muy parecida a mí.

Tragó y mantuvo la mirada sobre él.

—No sé a qué te refieres.

—Tú también ves aquello que los demás no ven. —No era una pregunta—. La presientes, sabes cuándo llegará...

Lo certero de sus palabras que hicieron temblar.

—Sabes quien tiene su marca.

Se estremeció.

—Y la has visto en mí, del mismo modo que yo la veo en ti —terminó con suavidad—. Eres parte de ella... ambos lo somos.

Negó con la cabeza.

—Yo no soy...

Volvió a besarla. Fue suave, un roce de labios, pero suficiente para que quisiera responderle, para que quisiera esa cercanía.

—No te tocaré si no quieres que lo haga, te dejaré si es lo que deseas, lo último que quiero es ahuyentarte... —comentó lamiéndose los labios, mirándola—. Pero no voy a mentirte para hacer que te sientas bien, eres como yo, eres parte de ella y por más que queramos huir, nunca correremos lo bastante rápido... Ella...

Le tapó la boca con los dedos, interrumpiéndole, sus palabras haciendo eco todavía en sus oídos.

—La puerta de la izquierda —murmuró.

Le sostuvo la mirada, echó un vistazo en esa dirección y acto seguido, la dejó resbalar hasta el suelo.

—Puedo dejarte aquí y esperar en la cocina —le dijo—. Soy consciente de que no me conoces, de que soy un extraño para ti...

Tenía razón, sus palabras eran coherentes y aun así, estando en sus brazos, estando ahora delante de él, habiendo escuchado esas palabras...

—No me gusta el *capuchino* —respondió y, rogando para sus adentros no equivocarse, se dejó llevar por el instinto y se soltó la toalla dejándola caer al suelo—. Solo lo tengo para las visitas...

La recorrió con la mirada.

—¿Y qué es lo que te gusta?

—El chocolate.

Bajó sobre ella, planeando ante sus labios.

—Lo recordaré.

La besó, con ternura, con persuasión, permitiéndole elegir algo que hasta ese momento no sabía ni que quería y lo eligió por encima de todo, lo eligió a pesar de esa vocecita en su cerebro que le ordenaba detenerse, lo eligió porque, de un modo que todavía no entendía, lo había estado esperando toda su vida.

CAPÍTULO 10

Olimpia estaba sumergida hasta las orejas en una delirante fantasía. No existía otra forma de explicar lo que ocurría, lo que quiera que hubiese dado comienzo en el mismo momento en que se conocieron.

No había una explicación lógica para su comportamiento, para una necesidad que nacía tan solo en su presencia y que los había conducido a ese febril encuentro en su dormitorio.

Recuperó el aire en el breve paréntesis que le permitieron sus labios, sus manos recorrían ahora su cuerpo desnudo, jugaban con sus pechos, torturándola y excitándola más allá de lo imaginable.

Echó la cabeza atrás y gimió cuando su boca encontró ese pequeño punto en su garganta, uno cuya existencia desconocía, que la hacía contorsionarse y humedecerse cada vez más.

—Deja de pensar —escuchó su voz cerca del oído—, no hay nada por lo que debas preocuparte. —Dejó su cuello un breve instante y la miró a los ojos—. Este momento es nuestro, deja todo lo demás detrás de esa puerta…

Deslizó los nudillos por su brazo desnudo, indicando con un breve gesto la puerta del dormitorio.

—Siénteme, Olimpia, solo siénteme y deja que se desvanezca todo lo demás.

Volvió a besarla, su lengua traspasó la línea de sus dientes y se encontró con la suya, iniciando un caliente y lento baile erótico ante el que solo pudo gemir. Notó sus manos moldeándole los pechos, bajando por sus costillas, acariciándole el ombligo para que finalmente, una de ellas, se introdujese entre sus piernas, acariciándola.

—Tu cuerpo habla por sí solo —ronroneó, tras dejar un sendero de besos que recaló en su oído—, escúchale, deja que te muestre el camino…

—No necesito de ese tipo de indicaciones para saber por dónde…

Las palabras se le atascaron en la garganta cuando las caricias masculinas se volvieron más osadas y uno de esos largos y gruesos dedos se introdujo en su interior.

—No, sé que no las necesitas —replicó risueño antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja mientras la masturbaba, entrando y saliendo de ella, extendiendo la humedad natural que lubricaba su sexo—. Lo sé por la manera en que te humedeces, por lo caliente que estás… y eso hace que desee más de ti, que lo desee todo. ¿Me lo darías, Olimpia? ¿Me darías todo?

Gimió incapaz de lograr que sus labios dejasen escapar una respuesta coherente.

—Quiero verte disfrutar, quiero escucharlo en tu boca, en sus gemidos y en la manera en que tu cuerpo responde a mi llamado.

Su cerebro se había convertido en papilla para bebés y poseía su mismo intelecto. Todo lo que pudo hacer fue girar la cabeza, encontrar su boca e iniciar un lánguido beso al que él respondió con absoluta generosidad.

—¿Eso es un sí, Olimpia?

¿Un sí a qué? ¿Qué diablos le había preguntado? ¿Importaba acaso? Todo lo que deseaba en esos momentos era deleitarse en el calor del cuerpo masculino, en la dureza de sus músculos y el ardor que le provocaban sus manos. Él la trataba con delicadeza, sabía qué teclas presionar para obtener una nota perfecta y no podía más que obedecer sus órdenes como un instrumento bien afinado.

—Sí.

Sí a todo lo que quisiera hacerle, a que siguiese cortejándola de esa manera y la cuidase con el mimo que ponía en cada una de sus caricias. Había extrañado tanto sentirse querida de esa manera, sentir que era algo más que un mero objeto. Una mujer quería sentirse deseada y atesorada aunque solo fuese una vez en la vida y

el que ella lo consiguiese con ese completo desconocido la dejaba tan estupefacta como el hecho de le estuviese permitiendo tanto.

¿Por qué había accedido a esto? ¿Por qué anhelaba sus caricias como si hubiese estado esperándolas toda la vida?

—Ven a mí, solo déjate ir y ven a mí —escuchó su voz, alta y clara en su oído—. Siente y disfruta de lo que te doy, no pienses en nada más. Deja que te entregue aquello que ambos anhelamos, soy el único que puede hacerlo, el único que entenderá la profundidad de lo que eres, de lo que siempre has sido y lo que serás.

Le mordisqueó el labio inferior, lo chupó con fuerza y lo dejó ir.

—Ven… —repitió con esa voz melosa y sensual que la deshacía por completo—. Solo ven…

Se dejó ir por completo, prisionera de sus palabras. Su cuerpo cedió a sus demandas y suspiró al sentirle abrirse paso entre sus piernas, al notar la punta de su miembro empujando en su abertura, deslizándose en ella hasta que la sensación de sentirse repleta por ese duro miembro le arrebató el aliento.

—Reaper —pronunció su nombre echando la cabeza hacia atrás, aferrándose a sus hombros y apretando la cadera contra la suya mientras escalaba su cuerpo, enroscándose alrededor de su cintura.

—Te tengo… —gruñó él, antes de sentirlo abandonar su ceñido sexo para volver a penetrarla con suavidad.

Su unión se convirtió en un lento vaivén, un baile íntimo lleno de besos y caricias que la fueron desarmando hasta dejarla totalmente desnuda y a su merced. Clavó los dedos en sus hombros y se recreó en la intensidad compartida, en la marea de sensaciones que la arrastraban sin remedio hacia un demoledor orgasmo que casi podía acariciar.

—Oh dioses —gimió, sacudiendo la cabeza, buscando de nuevo su boca y envolviendo su lengua con la de él prisionera de una creciente necesidad.

Le lamió los labios y la apretó contra la pared, utilizando esta como punto de apoyo, mientras entraba y salía de su cuerpo con mayor fuerza y velocidad.

—No mentes a aquellos que nos han abandonado, mi Olimpia —le susurró al oído—. Aquí solo estamos tú y yo, solo nos tenemos el uno al otro…

—Reaper —gimió en su oído, ciñéndole con los muslos, deseando lo que él le daba.

—¿Más? —le susurró él.

Ella asintió.

—Pídelo —replicó con un masculino gruñido de placer—. Pronuncia mi nombre, pequeña diosa. Dime lo que deseas y te complaceré.

Se lamió los labios.

—Te quiero a ti —admitió sintiendo que se liberaba con esas palabras—, quiero esto, deseo más de esto, quiero sentirme así siempre… Quiero sentirte así…

—¿Así? —Giró sus caderas, tocándola en un punto especialmente sensible que la dejó jadeando.

—¡Sí!

Escuchó su risa un segundo antes de que le diese aquello que había pedido, llevándola más y más alto, volviéndola loca de deseo e impidiéndole al mismo tiempo pensar en cualquier cosa que no fuese ese hombre poseyéndola y marcándola de por vida.

Una y otra vez pronunció su nombre y pidió más de ese exquisito placer, de la ternura con la que la envolvía y la hacía ascender a las nubes. El orgasmo llegó sin previo aviso derribando las barreras que había instalado en su interior, arremetiendo con todo hasta dejarla totalmente expuesta a su amante y a lo que él quisiera hacer con ella.

Se aferró a él con desesperación, ocultó el rostro en su hombro mientras la utilizaba para llegar a su propia liberación, empujando con fuerza contra ella, follándola como si quisiera perderse eternamente en ese erótico momento.

—No te escondas de mí —lo escuchó gruñir un segundo antes de que una de sus manos le ciñese la barbilla obligándola a encontrarse con su mirada—. Nunca te escondas de mí, Olimpia, nunca te escondas de mí.

Su boca encontró entonces la suya en un hambriento a la par que suplicante beso en el que ahogó el grito de su propio orgasmo.

CAPÍTULO 11

Estoa de Átalos
Ágora Griega, Atenas

«Dame una buena razón para no arrancarte los ojos ahora mismo, mensajero».

Reaper ignoró la brusca y potente voz que atravesó el éter, abandonó la cama en la que dormía plácidamente su compañera y, tras arroparla y asegurarse de que no se despertaría en un buen rato, se vistió con un solo pensamiento y dejó que aquel tirón lo guiase al lugar en el que acababa de ser convocado.

Hizo una mueca al encontrarse en la *Estoa de Atalos*, a esas horas de la noche la única iluminación que proveía iluminación eran los focos que realzaban el tamaño de aquel monumental edificio.

Su antiguo amigo y compañero de batallas, lucía su antiguo atuendo, evidenciando con la espada en la mano y el ceño fruncido en su rostro que aquella convocatoria no traía consigo una reunión amistosa.

—¿Qué haces rondando a mi hija?

Dejó que su cuerpo se cubriese con su propia armadura y se dispuso a hacer frente a la encarnación de la Fuerza.

—No la estoy rondando...

—Más te vale que no lo hagas, que ni siquiera la mires, porque ella está fuera de tu menú.

Apretó los dientes y luchó por dominarse.

—No eres nadie para decirme con quien debo o no pasar mi tiempo —le soltó—, y mucho menos para prohibirme estar cerca de

Olimpia. Ella me pertenece, nació para mí, puedes consultar con esas tres zorras griegas que tejen el destino...

Su respuesta fue enarbolar la espalda y lanzarse hacia él con furia y rabia a partes iguales.

—¡No tocarás un solo pelo de su cabeza!

Descargó el arma sobre él, obligándole a convocar sus espadas gemelas, el único regalo que le había hecho Hades. El sonido del acero con acero resonó en el solitario edificio, chispas de colores surgieron del contacto enviándolos a ambos a varios metros de su oponente con la fuerza de su ataque.

—¡Deja de comportarte como un energúmeno! —escupió—. Es mi mujer, ni tú, ni ninguno de los dioses que una vez me disteis la espalda vais a apartarla de mi lado. ¡No me arrebataréis de nuevo lo que le pertenece!

—¿Qué has dicho?

Sus ojos se convirtieron en dos ascuas ardientes, su rostro enrojeció y empezó a bufar como un toro.

—¿Tu mujer? ¡*Tu mujer*! —Emitió un grito ensordecedor que hizo temblar el suelo a sus pies—. Te mataré, te mataré de modo que no vuelvas a volver a la vida.

Se preparó para un nuevo ataque, incluso sonrió, había echado de menos una buena pelea de vez en cuando.

—Te desafío a que lo intentes —declaró burlón —, pero he de advertirte que ya lo intentaron otros y no consiguieron nada. La Muerte siente una especial atracción por mí, no me permite morir y, créeme, he intentado liberarme de sus garras, pero al parecer la única que puede darme ese fin es *mi mujer*...

Entrecerró los ojos y se lanzó de nuevo sobre él.

Lucharon como en los viejos tiempos, cada golpe de espadas resonaba como un trueno en el solitario foro, no había contención, ni reservas, su oponente no se refrenaba lo más mínimo y sabía que si no tenía cuidado, podría terminar recibiendo algún corte.

No había mentido al decir que no podía morir, la muerte lo eludía, pero eso no quería decir que no sangrase, Hades se había encargado de hacérselo ver de las maneras más creativas.

—Eso es porque todavía nadie te ha cortado en pedacitos —rugió lanzándose sobre él con todo lo que tenía.

Sin embargo, antes de que sus respectivas armas pudiesen encontrarse, una cegadora luz los separó de golpe.

—¡Suficiente!

Niké apareció entre ellos, vestida para la guerra, tan altiva y hermosa como la guerrera que era.

—¡Parad de una puta vez! —Los fulminó con la mirada—. ¿Habéis perdido la cabeza o qué? ¿Queréis cabrear a medio Olimpo o qué?

—No te metas, Niké, esta escoria ha seducido a mi niña...

Niké puso los ojos en blanco.

—Tu niña es mayor de edad y puede acostarse con quien le dé la gana —lo apuntó con el dedo.

—Niké —gruñó amenazante.

—Le pertenece a Xanthus —insistió cabreada—. Nació para él porque ninguno de nosotros tuvo los ovarios o huevos de enfrentarse a Atenea y hacerle ver que se había equivocado.

El inesperado comentario lo cogió por sorpresa.

—Todos nosotros lo condenamos —insistió desafiando a su hermano.

—¡Traicionó a los suyos!

—¡Me engañaron! —protestó él—. Esas malditas *Hisminas* se presentaron en el campo de batalla... ¡Jamás habría dado la espalda a mis hermanos!

—Todos fuimos engañados, *Strategos* —declaró Niké—. Pero tú fuiste el único que pagó por todos nuestros pecados.

—Niké...

—Xanthus tiene derechos sobre Olimpia, del mismo modo que ella los tiene sobre el *Strategos* —zanjó la mujer—. La madre de tu hija se encargó de dárselos, así que punto en boca y deja de joder.

Con eso, le dio la espalda y lo miró a los ojos.

—Cuida de ella. —No era una petición, era una advertencia—. Porque si derrama una sola lágrima por tu culpa, no te salvará ni el maldito Hades.

Miró a Kratos y este entrecerró los ojos.

—Una sola lágrima y no dudaré en hacerme un collar nuevo con tripas.

Los miró a ambos.

—Yo no seré el que le haga daño —admitió en voz baja—, todo parece indicar, que el culpable de ello seréis vosotros…

Su respuesta trajo consigo un bramido del dios.

—Voy a matarte y a la mierda...

—¡Kratos! —lo detuvo Niké y lo fulminó a él con la mirada.

—Puede parecer mortal, puede vivir como mortal, pero sus poderes no pertenecen a este mundo —insistió, enfrentándose con ellos—. Es hija de dos deidades, eso la hace una diosa de pleno derecho... ¡Y no tiene la menor idea de ello!

Avanzó sin temor hacia ambos.

—Pero que se puede esperar de los dioses, que se puede esperar de aquellos que solo ven a los mortales como meros peones de su tablero de juegos, las cabezas de turco perfectas o alguien a quien utilizar para sus propios juegos —siseó, no se dejó nada—. Yo soy responsable de mis actos, de mis decisiones y mis equivocaciones, pagué por ellas, pagué muy caro... Aún sigo pagándolo y es de nuevo por vuestra propia necesidad de redención.

Se lamió los labios y contuvo su mal humor.

—Hacedme un favor y olvidaos de mí —siseó—. Olvidaos de nosotros, porque desde esta misma noche, existe un *nosotros* y no dejaré que nadie se interponga.

—Si piensas que voy a dejar a mi hija en tus manos...

Reaper hizo desaparecer sus armas y lo miró.

—Ya lo has hecho —replicó Niké, quien parecía ver aquello con otros ojos—. Lo hiciste en el mismo momento en que decidiste darle la espalda para casarte con esa ninfa...

Puso los ojos en blanco.

—Si ya habéis terminado —miró a uno y al otro—, mi mujer me espera.

Sin más, inclinó la cabeza y se esfumó dejándolos solos.

—Deberías haber dejado que le cortase los huevos.

—Cállate, idiota —resopló—. ¿Era necesario que sacases la espada?

Resopló con obvio cansancio.

—Ella no está preparada para esto, no tiene la menor idea de qué se le viene encima…

—¿Y de quién crees que es la culpa? —le recordó ella.

Resopló y sacudió la cabeza.

—No puedo dejar que siga a ciegas, no cuando él parece más que dispuesto a reclamarla y quedarse con ella —resopló—. Hades no lo dejará marchar, no sin pelear…

—Y por eso mismo ha llegado el momento de decirle a Olimpia quién es en realidad, para que ella sí pueda hacerlo.

—Esperaba no tener que hacerlo nunca, Niké.

Su hermana asintió.

—No eres el único, Kratos —admitió ella—. Pero ella nació para salvarle, es el regalo que quiso hacerle Celesta para contrarrestar todo el daño que le hicimos nosotros… Ahora, debemos poner de nuestra parte y preparar a esa muchacha para aceptar su papel de diosa.

—Solo espero que este plan que urdiste para unirlos no termine estallándonos en la cara.

Ella asintió.

—Lo mismo espero, hermano, lo mismo espero.

CAPÍTULO 12

Minutos después,
Reino del Inframundo.

—¿Quién es ella?

Reaper se mordió la lengua y procuró mantener una expresión en blanco mientras comparecía ante Hades.

Hades lo había convocado nada más hubo abandonado el *Ágora Antigua,* sintió el tirón en su voluntad y se dejó llevar. No era el momento de desafiar al *Señor de los Muertos*, sabía muy bien como terminaban sus escaramuzas y ahora mismo necesitaba toda su anatomía intacta, la piel sobre los músculos y sus ojos dentro de las cuencas.

Se presentó ante él en la infernal sala de audiencias y procuró no mostrar ni una sola emoción ante el circo de almas en distintas fases de castigo con las que había decidido decorar la lúgubre sala.

El Dios era justo en sus juicios, incluso amable con las almas destinadas a los *Campos Elíseos*, pero aquellos destinados al *Tártaro*... disfrutaba especialmente castigándolos antes de enviarlos a la tortura eterna.

Procuró que no se le secase la boca y habló.

—Es una mensajera —respondió, dándole una pincelada de verdad y guardándose los detalles—. Una humana tocada por la muerte.

La manera en que descruzó las piernas y volvió a cruzarlas, no era precisamente una buena señal. Las manos que reposaban sobre

las calaveras que formaban parte de la silla del trono, empezaron a abrirse y cerrarse, para finalmente detenerse en seco.

—¿Y su alma?

Apretó los dientes.

—No está lista para ser cosechada —replicó intentando mantener el tono lineal y no dejar traslucir el miedo y el odio que sentía en esos momentos. Si se atrevía a ir a ella, le clavaría la maldita espada entre los ojos.

—Una verdadera lástima —declaró, se llevó los dedos al mentón y se lo frotó lentamente—. Pero ¿qué es el tiempo para un inmortal?

Sus labios se curvaron lentamente en una peligrosa sonrisa.

—Un alma tocada por la muerte, custodiada por dos dioses menores... —Sus palabras dejaban claro que sabía más de lo que había dejado ver, que lo había puesto a prueba y había fallado—. Es asombroso como se ha mantenido a salvo de ojos curiosos, lejos incluso de la mirada de mi hermano... Pero los secretos antes o después se desvelan, ¿no es así, *mi general*?

Sus ojos se clavaron en él.

—Una hembra valiosa, la tuya...

Se obligó a seguir callado, a no dejar salir ni un solo sonido de su garganta.

—Un regalo inesperado, una diosa vinculada por nacimiento y herencia a mi reino...

—Es humana, ha vivido como humana, no pertenece a la generación Olímpica...

—No, ella es nieta de Titanes, hija de la Muerte y la Fuerza... —parecía saborear sus propias palabras—. Una combinación exquisita y tan valiosa que cualquier dios querría reclamarla para su causa.

Se inclinó hacia delante y cruzó las manos sobre una de las rodillas.

—Tráemela, haz que tome partido por el *Inframundo* y permitiré que vivas a su lado.

—No.

La negativa brotó de sus labios sin pensarlo dos veces, algo que borró rápidamente esa sonrisa de los labios del Dios.

—Lo harás —declaró con frialdad—. La traerás, la comprometerás y me jurará lealtad. Entonces, tendrás tu libertad.

Sus últimas palabras lo impactaron.

—No puedes...

—Me perteneces, *Strategos*, desde el momento en que llegaste a este mundo, tu alma me pertenece y la encuentro bastante provechosa como para liberarla sin sacar algo del mismo valor —declaró con absoluta satisfacción.

—Mi respuesta es *NO*.

La lentitud con la que descruzó las piernas y se levantó del trono no predecía nada bueno y lo sabía.

«Niké, vigila de cerca de Olimpia, tienes que protegerla en mi ausencia».

Notó la rápida respuesta de la *Diosa de la Victoria* en su mente, su presencia fue como una caricia y, antes de que pudiese decir algo al respecto, añadió.

«Hades sabe de su existencia y la quiere en sus filas».

«¡No!».

La voz que resonó en su mente no era la de la diosa, pero coincidió al cien por cien con su propia voluntad.

—Nunca he traicionado a los dioses y nunca lo haré —sentenció con la cabeza bien alta—. No te la entregaré, no te entregaré lo que me pertenece.

El Dios se detuvo ante él, sus ojos refulgieron y sus labios mostraron la más aterradora de las sonrisas.

—Veamos cuanto tiempo serás capaz de mantener esas palabras.

Un latigazo de ardiente calor le atravesó la espalda, haciéndolo caer de rodillas un instante antes de ver las primeras gotas de su sangre manchando el suelo.

«Volveré a por ti, Olimpia, te juro que volveré a por ti».

Solo esperaba conservar la vida suficiente para hacerlo cuando Hades terminase con su tortura.

CAPÍTULO 13

Casa de Olimpia,
A la mañana siguiente

Olimpia refunfuñó y volvió a meter la cabeza debajo de la almohada cuando aquel infernal sonido reverberó en su habitación. Se revolvió debajo de las sábanas y gimió, apretando la tela contra sus oídos mientras iba saliendo poco a poco del plácido sueño en el que se hallaba sumergida.

Deslizó la mano fuera de las sábanas y palpó en busca del maldito despertador, sus dedos chocaron con él derribándolo de la mesilla de noche, pero ni siquiera aquello fue suficiente para acallarlo.

—Cállate ya maldito cacharro —gimió, mientras se esforzaba por abrir los ojos. Se los frotó y se inclinó sobre el borde de la cama para encontrarlo sobre la alfombra—. Oh, cállate yaaaaa...

Estaba claro que lo suyo no eran las acrobacias, pues terminó resbalando ella misma hacia el suelo arrastrando la ropa de cama consigo.

—*Ouch*.

Se revolvió, cogió el despertador y lo apagó con un resoplido, luchó hasta conseguir sentarse y se quedó congelada cuando la sábana resbaló hasta su regazo y se dio cuenta de que estaba completamente desnuda.

Su mente reaccionó al momento trayendo consigo lo ocurrido la tarde anterior, su fortuito encuentro en la *Plaza Kotzia*, la aparición de Nikki y ese hombre aquí en su casa, con sus llaves, mirándola

como si la entendiera, como si fuese una parte de ella misma que hubiese perdido tiempo atrás.

Se le encendieron las mejillas, el calor se le extendió por toda la piel y acabó mirando a su alrededor como si esperase que alguien le saltase encima de un momento a otro, solo que ese «alguien» parecía no estar en la misma habitación.

Se lamió los labios.

—¿Reaper?

No hubo respuesta, aunque tampoco es que hubiese levantado mucho la voz. Echó un nuevo vistazo y vio luz por debajo de la puerta del cuarto de baño adyacente.

Se envolvió en la sábana y se acercó sigilosa, agudizando el oído antes de aventurarse a llamar.

—¿Reaper? —Llamó de nuevo.

No obtuvo respuesta, ni un ruido, ni un pequeño sonido, nada. Frunció el ceño y empujó encontrándose el cuarto vacío.

La inesperada sensación de abandono que la atravesó la sorprendió y estremeció por igual, pero pronto quedó relegada por una creciente vergüenza para consigo misma.

Su ausencia la hizo muy consciente de lo que había pasado, de la forma en que había actuado con un completo desconocido. Sus palabras la habían desarmado, hicieron que bajase la guardia, que creyese en esa extraña química existente entre ambos y se había dejado seducir.

—Idiota, idiota, idiota —resopló, volvió a la cama y se dejó caer sobre ella—. ¿Cómo has podido ser tan idiota?

Se acostó de espaldas y se mantuvo unos segundos con la mirada clavada en el techo.

—Has caído bajo, Olimpia, muy bajo.

Y la única culpable de ello era su tía Nikki.

¿Cómo demonios había permitido que pasase algo así? ¿Por qué había dejado que ambos se saliesen con la suya?

—¿Qué mierda me está pasando?

Sacudió la cabeza, se incorporó y miró de nuevo a su alrededor sintiéndose acongojada, con ganas de llorar y, malditos fueran todos, ¡ella no lloraba!

Respiró profundamente, se levantó de un salto y se metió en el baño, dispuesta a empezar la mañana maldiciendo a los hombres y a todo ser vivo del planeta.

Se vistió rápidamente con unos viejos *jeans* y una sudadera, se cepilló bien el pelo y se lo ató en una larga coleta que luego retorció hasta convertirla en un moño, abrió la puerta de su dormitorio y...

—Buenos días, cariño, ¿ya estás despierta?

—¿Papá?

Frente a ella, con ese aspecto de montaña indestructible y mirada inquisitiva, se encontraba su progenitor; Kratos Polemos.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a visitarte.

Sacudió la cabeza y lo miró de arriba abajo.

—Has venido a visitarme. —No pudo evitar repetir—. ¿Cómo?

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con cómo? —chasqueó y se cruzó de brazos—. ¿Acaso no puedo venir a visitar a mi única hija?

Ladeó la cabeza y finalmente la sacudió.

—Todavía estoy dormida, es eso —declaró, se pasó las manos por el rostro y volvió a mirar delante de ella. Lo que creía parte de algún disparatado sueño seguía allí—. ¿Por qué sigues aquí?

Los ojos masculinos se entrecerraron sobre ella, la miró de una forma extraña, un escrutinio que le provocó un escalofrío.

—Será mejor que vengas a la cocina y te tomes un chocolate para empezar, tu tía ha preparado suficiente para todo un ejército.

¿Chocolate? ¿Su tía?

—¿Nikki también está aquí?

—¡En la cocina, cariño!

La voz de la mujer la hizo dar un respingo.

—De acuerdo, ahora sí que sé que estoy soñando —masculló y empezó a darse palmaditas en el rostro—. Despierta, Olimpia, despierta, estás teniendo una horrible pesadilla en la que tu familia se ha apropiado de tu casa.

—Deja de decir tonterías y muévete.

Su padre hizo ese corpachón a un lado para dejarla pasar, chasqueó la lengua y la empujó con suavidad, haciéndola muy

consciente de que su presencia era real y no producto de su imaginación.

—¿Cómo habéis entrado en mi casa?

—Con las llaves que le has dado a tu tía.

Arrugó la nariz, esas eran las llaves que la muy traidora le había entregado a Reaper la tarde anterior.

¿Se las habría devuelto? ¿Habría venido esa mañana para comprobar que estaba de una pieza y se había encontrado con él? Pero ¿y su padre? ¿Qué hacía su padre en Atenas? Él vivía con su nueva novia en el *Pireo*.

—No entiendo nada —gimió y se peinó el pelo con los dedos, arrancando algún mechón flojo de su recogido.

¿Dónde estaba Reaper? ¿Se habría encontrado con su padre? ¿Qué habría pensado de su presencia en su piso?

Demonios, nada de aquello tenía sentido.

—Buenos días, cariño —la saludó Nikki nada más traspasaron el umbral de la cocina. La mujer tenía su delantal puesto y, a juzgar por el desayuno puesto sobre la mesa, llevaba un buen rato cocinando—. El desayuno está casi listo.

Se la quedó mirando, observó todo a su alrededor y empezó a barajar la posibilidad de que todo lo que había pasado con Reaper no hubiese sido otra cosa que un vívido sueño. Su subconsciente podía muy bien haberse montado una increíble película a raíz de su primer encuentro y haberla reproducido esa noche…

—¿Qué hacéis los dos aquí? —Su mirada fue de uno al otro—. ¿Y por qué no habéis llamado como personas civilizadas en vez de allanar mi casa?

—Mi intención era venir sola, pero tu padre puede ser realmente cabreante algunas veces, así que no me quedó otro remedio que permitirle que me acompañase y viese con sus propios ojos que seguías de una pieza.

No estaba entendiendo absolutamente nada.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Eso mismo le dije yo —replicó ella, mirando al hombre que permanecía en el umbral—. Pero ya sabes lo cabezota que es.

—Vale, alto ahí, no entiendo absolutamente nada de lo que está pasando aquí.

—Reaper.

Escuchar el nombre en boca de su progenitor le provocó un escalofrío.

—Kratos, ¿qué habíamos hablado?

—Espera, ¿él es real?

—Lo mato, voy a matarle y deshacerme de su cadáver —gruñó él con visible irritación—. Te lo dije, Niké, te lo dije…

—Ay, cállate ya de una buena vez —chasqueó su tía y le hizo señas para que fuese a su lado—. Claro que es real, te lo presenté ayer, ¿recuerdas? Le pedí que te acompañase a casa, le di mis llaves, las cuales me devolvió esta mañana.

Hizo una pausa y se la llevó hacia el rincón de la nevera, dónde bajó la voz y le dijo al oído.

—Volverá a tu lado tan pronto cómo le sea posible —murmuró al tiempo que le cogía la mano y se la apretaba con suavidad—. No pienses que ha huido, ahora que te ha encontrado, luchará con uñas y dientes por ti.

No pudo evitar echarse hacia atrás, soltándose de su mano para mirarla como si le hubiese salido una segunda cabeza.

—Me parece que se os ha freído el cerebro a todos, a mí la primera —aseguró, pero las palabras que había pronunciado su tía habían deshecho el nudo de inquietud y vergüenza que llevaba en su pecho, procurándole alivio—. En serio, esto no… no tiene ni pies ni cabeza.

—Ven, lo primero que debes hacer es sentarte —la guio la mujer, pues ella parecía haber perdido toda capacidad de razonar en esos momentos—. Te vas a tomar el chocolate caliente que he preparado y… vas a escuchar lo que tiene que decir tu padre.

Enarcó una ceja y miró a su progenitor, quién frunció el ceño y prácticamente fulminó a su hermana con la mirada.

—¿Ahora me dejas a mí el marrón? —resopló.

—Eres su padre, te corresponde a ti ponerla al tanto de sus raíces —le soltó con tal seguridad que incluso ella estuvo a punto de asentir en acuerdo.

—Y tú su tía, la que la ha criado y consentido toda su vida —replicó él con gesto de fastidio.

Resopló y miró a los dos.

—De acuerdo, ahora sí que me estáis preocupando, ¿qué demonios pasa aquí?

—Kratos.

Con un cansado e irritado resoplido, su padre se giró hacia ella y mirándola a los ojos le soltó.

—Hija, tu madre y yo somos dioses del panteón griego —declaró con firmeza—, así que, eso te convierte a ti en una diosa de pleno derecho.

Se lo quedó mirando y, durante un par de eternos segundos, el silencio se hizo completamente en la cocina.

Sacudió la cabeza, se cruzó de brazos y replicó.

—De acuerdo, papá, ¿a quién has dejado embarazada ahora?

Solo había una posibilidad para que su padre saliese con semejante gilipollez en aquellos momentos.

—Te lo dije —replicó él mirando a su tía.

—Serás burro —declaró ella y, tras emitir un profundo resoplido, su tía hizo lo impensable, sufrió una inesperada y sobrenatural transformación allí mismo que hizo que se le detuviese el corazón—. Lo que dice el bruto de tu padre es cierto, Olimpia, Kratos y yo somos dioses y tu madre, Celesta, también lo es… Eso, cariño, te hace a ti una deidad, una diosa relacionada con la muerte…

Sus ojos volaron hacia su padre y vio cómo sufría la misma transformación que su tía, una que la dejó sin aliento.

De acuerdo. No sé qué narices te metiste ayer, Olimpia, pero estás teniendo una alucinación de campeonato.

CAPÍTULO 14

Olimpia no podía dejar de mirar a uno y a otro, de entre todas las cosas que podían inventarse aquellos dos, el proclamarse dos divinidades griegas se llevaba la Palma.

Pero entonces, estaba el pequeño detalle de que su tía Nikki pareciese un etéreo elfo, con un par de alas blancas a la espalda, su mismo pelo rubio y una Palma en una mano y una corona de laurel en la otra. Era la personificación de la diosa de la victoria, tal y como la representaban las esculturas.

Y su padre, ese hombre que siempre le recordaba a una montaña, parecía un antiguo gladiador, sus ojos brillaban con la fuerza que corría por sus venas y que emulaba a uno de los hijos del titán Palas.

Conocía los mitos y las leyendas que hablaban de los titanes, de los dioses y diosas de la mitología griega, se había criado con sus historias, pero de ahí a... ¿Esto?

—Este tiene que ser el sueño más largo y rocambolesco que he tenido en mi vida.

Su padre puso los ojos en blanco y se llevó las manos a las caderas, su voz parecía atronadora, mucho más fuerte y potente de lo normal.

—No es ningún sueño...

—¿Qué no? La tía Nikki tiene alas y tú... tú pareces un gladiador puesto hasta las cejas de esteroides —catalogó sin pensárselo dos veces—. Los *Dioses de la Victoria y la Fuerza*, hijos de los *Titanes Palas* y *Estigia*... menudo numerito... ¿Y quién dices que es mi madre? ¿Celesta? ¿La representación de la muerte? ¿Cómo la describían...? Ah sí. Pelo rubio y largo, vestida de blanco,

con una vela eterna en una mano y unas sandalias con alas a lo Hermes...

Soltó una nerviosa carcajada.

—Jesús, menudo panorama —jadeó divertida—. Eso me convierte en, ¿qué? *Hija de la Muerte y la Fuerza*... ¿Qué sale de ahí?

—Alguien muy especial —aseguró su tía—. La luz de la esperanza para un hombre que fue maldecido por los dioses y traído de vuelta por la dama blanca.

Se volvió hacia la mujer y se encontró con sus brillantes y sobrenaturales ojos.

—Eres capaz de sentir y ver a aquellos tocados por la muerte, de escucharles y guiarles —fue poniendo en palabras su secreto—. Y tienes la fuerza para mirarles al rostro y ver el más allá.

La miró a los ojos sin saber qué decir, sintiéndose expuesta y al mismo tiempo envuelta en una absurda realidad.

Despiértate, Olimpia, despiértate.

Necesitaba volver a la realidad, despertar en su cama y terminar con este rocambolesco sueño.

—Este sueño se está convirtiendo en una extraña pesadilla —masculló, los miró a uno y al otro y levantó las manos—. Me vuelvo a la cama. Con un poco de suerte, solo tendré que darme media vuelta y todo esto se esfumará.

—Olimpia, no estás dormida, ni siquiera soñando...

—Oh, lo estoy, créeme que lo estoy —los señaló a ambos—. Porque solo en mis más rocambolescos sueños podríais aparecer como un duendecillo con alas o *Conan*.

—¿Conan? ¿Acaba de llamarme *Conan*?

Su alada tía puso los ojos en blanco.

—Por los dioses, es igual de terca que tú —replicó mirándole, entonces se giró hacia ella y, llevándose las manos a las caderas añadió—. Tendríamos que haber hecho esto desde el principio, pero ambos queríamos que tuvieses una vida normal, tu madre deseaba que tuvieses una vida normal...

Hablaba de la mujer que la había traído al mundo y luego la había abandonado en la puerta de su padre como si fuese una vieja

amiga, cuando para ella no era otra cosa que una completa extraña.

La única madre que conocía se había divorciado de su padre cuando cumplió quince años, decidió seguir su propio camino sin mirar atrás, sin acordarse siquiera de ella. En muchos aspectos, su tía había sido la única figura materna que tenía, a la que reconocía como tal.

—No sé quién es mi madre biológica y, en estos momentos, no puede importarme menos quién sea.

—Olimpia —la voz de su padre fue como un trueno—. No manches el nombre de tu madre de esa manera, ella te dejó con nosotros para protegerte.

—¿Protegerme? ¿De quién? ¿De la muerte? —Bufó y puso los ojos en blanco—. Ah, no, espera, ella es la Muerte...

—Olimpia...

Levantó ambas manos y negó con la cabeza.

—No, se acabó —se cubrió los oídos—. Voy a despertarme ahora, olvidaré todo esto y me despertaré de una maldita vez...

Su padre resopló, su tía agitó las alas y se cruzó de brazos.

—Bueno, ya lo intentamos a tu manera, Niké, ahora lo haremos a la mía.

Sin darle opción a réplica, avanzó hacia ella y, antes de que pudiese abrir la boca, le acarició la frente con los dedos y, como si se abriese una compuerta, empezó a ver y escuchar su propio pasado y quién era ella en realidad.

CAPÍTULO 15

Seis meses después…
Atenas

El tiempo no significaba nada en el Inframundo, no había algo como el día y la noche para poder llevar una cuenta y, cuando te encontrabas encerrado entre cuatro paredes, encadenado y torturado una y otra vez, dejabas de intentar averiguar cuantos días, meses o años, habían pasado desde entonces.

Hades no había tomado nada bien sus continuas negativas, cada no equivalía a una nueva paliza, a una horrible forma de mutilación, pero sus labios seguían sellados, su garganta volvía a emitir una negativa siempre que le era posible arrancar algún sonido. Se había convertido en un círculo interminable, uno en el que había conservado la cordura a duras penas, para finalmente serle permitido salir y volver al «trabajo».

Reaper levantó el rostro para empaparse del calor y la luz del sol de la que le habían privado los últimos seis meses. Lo que para él había sido un puñado de tiempo, en el mundo de los mortales equivalía a medio año, una larga ausencia para la mujer a la que se había visto obligado a abandonar nada más encontrarla.

Respiró profundamente empapándose del aroma de las especias de las tiendas y los vendedores que salpicaban las aceras, la boca se le hizo agua habiendo estado privada de alimento tanto tiempo; si bien no podía morir, no significaba que no pasase hambre.

Todo parecía estar en su lugar, en el horizonte, envuelta por el manto azul del cielo, se recortaba la eterna figura de la Acrópolis, a su alrededor la ciudad bullía de actividad, se oían *«kalimera»* por doquier, un típico saludo griego que equivalía más a un *«hola, ¿qué tal?»* que a un *«buenos días»*.

Continuó por la acera, sorteando a los turistas que acarreaban su maleta, a los oriundos con sus prisas, hasta que vio el cartel del pequeño obrador con la oferta del día. El aroma del pan recién hecho le encogió el estómago, en el mostrador, a un lado de la puerta que permitía la entrada al local, un hombre atendía a la clientela, pero era la mujer rubia que vio al fondo de la tienda la que captó toda su atención.

Llevaba el pelo recogido en la nuca en un moño que había hecho con la trenza que recordaba cayéndole por la espalda, un delantal manchado de harina rodeándole la cintura, pero había algo más notable, el aura que había reconocido en ella tenía un tono más fuerte, más vivo, cómo si la parte humana hubiese cedido a su herencia divina y la mostrase cómo era en realidad; la hija de dos dioses.

La vio desaparecer más allá del umbral que se encontraba al final del pasillo y cedió a la necesidad de ir tras ella, de verla de nuevo. Echó un fugaz vistazo al mortal que atendía a la clientela, el cual parecía estar totalmente concentrado en entender el pedido de una mujer que le hablaba en inglés y se coló en el interior del obrador.

El aroma del pan recién hecho se mezcló con el de las empanadas de carne, con las especias e incluso aromas dulces que le hicieron la boca agua. Todo ello venía acompañado de un extraño sonido, de algo golpeando con fuerza contra una superficie y solo al llegar al umbral por el que había desaparecido su mujer, entendió a qué se debía.

Olimpia estaba en la cocina del obrador, goleando con inusitada saña un enorme bollo de masa de algún tipo y el aroma dulce que había notado, procedía del chocolate, aún humeante, que reposaba en un cazo ya fuera del fuego.

Algo no iba bien, pensó al ver la inusitada rabia con la que golpeaba la masa, pero sin duda lo más sorprendente fue ver el brillo en sus ojos azules, el causado por las lágrimas no derramadas.

—Nada importa, no pienses en ello, no pienses en nada, vacía tu mente —la escuchó murmurar en voz baja, una letanía que

repetía una y otra vez—. Puedes con ello, lo has hecho bien hasta ahora, no te vengas abajo…

Cogió la masa con ambas manos, la levantó de la mesa y la golpeó de nuevo haciendo temblar todo lo que permanecía sobre esta. Se pasó el dorso de la mano por las mejillas dejando un nuevo rastro de harina mezclado con sus lágrimas y continuó con el proceso de amasado sin ser consciente todavía de su presencia.

—¿Insiste en casarse con esa mujer? Pues que se case, que sea feliz y tengan un montón de… ¡Y yo que coño sé que saldrá de ahí! —rezongó levantando ligeramente la voz—. Debería haber un veto para contraer matrimonio y procrear con según qué cosas. Ya no estamos en la *Antigua Grecia*, por dios, hoy por hoy diseccionarían a una puta rana si esta se le diese por ladrar… Y él es un dios, un puto dios…

Reaper se encogió cuando vio cómo descargaba de nuevo el puño sobre la masa, hundiéndolo con saña; debía confesar que se alegraba de no ser él el destinatario de semejante furia.

—¿Por qué no puedo tener una vida normal como el más común de los mortales? —musitó echándose hacia atrás, pasándose el dorso de la mano por los ojos para eliminar las lágrimas que habían empezado a caer y dejar a su paso un rastro de harina—. No quiero ser lo que soy, no quiero añorar a alguien que me ha abandonado…

Cerró los ojos con fuerza y las lágrimas corrieron por sus mejillas dejando un surco a su paso.

—No fue decisión mía dejarte…

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiese encontrar una mejor forma de expresar su disconformidad.

Ella alzó la mirada de golpe, clavándola en él con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—Tú...

La forma en la que lo miraba le provocó una punzada en el corazón, parecía aliviada y al mismo tiempo temerosa de tenerle ante ella.

—Olimpia…

Dejó la mesa y avanzó lentamente hacia él, ladeando la cabeza, mirándole de arriba abajo cómo si temiese que fuese un espejismo o algo irreal.

—¿Reaper?

Asintió y vio cómo esos ojos azules se iluminaban con un brillo sobrenatural, notó algo en ella que no había estado ahí antes y que tiró de él con tal fuerza que su alma gritó por ir a su encuentro.

—Siento haberte hecho esperar, pequeña.

La chica acortó la distancia entre ambos hasta que pudo posar la mano sobre su pecho. El jadeo que escapó de sus labios y la mirada anhelante en sus ojos cuando levantó la cabeza y se encontró con los suyos, fue un inesperado regalo.

—Eres tú… —musitó observando su propia mano como si no pudiese creer en lo que veían sus ojos—. Eres real…

—Tanto como puedo serlo, supongo.

Sus palabras arrancaron un paulatino sonrojo a sus mejillas, dio un paso atrás y su mirada cambió dejando a un lado el asombro para dar paso a una fiera y caliente rabia.

—¡Cómo te atreves! —le asestó un manotazo en el pecho, allí dónde lo había tocado previamente—. ¿Cómo te atreves a aparecer ahora? —Volvió a pegarle—. Estaba a punto de convencerme de que no eras real, que solo fuiste un mal sueño.

—Yo también me alegro de verte, Olimpia.

—¡Vete al diablo! —siseó y dio un nuevo paso atrás, mirándole de nuevo como si todavía tuviese dudas de su presencia—. ¡Y quédate con él!

No pudo evitar poner los ojos en blanco y replicar.

—He pasado estos últimos seis meses en su compañía y no me apetece lo más mínimo volver a disfrutar de sus atenciones.

Sus palabras la paralizaron, algo pareció pasarle por la cabeza porque un inesperado temor atravesó su mirada y tuvo que apoyarse en la mesa, que estaba detrás de ella, para no caer.

—Olimpia —caminó hacia ella cuando empezó a perder el color.

Ella levantó la mano, cerró los ojos y luchó por respirar profundamente.

—No… no me toques —pidió en un susurro—. Ahora no…

Frunció el ceño dispuesto a protestar, pero algo lo detuvo, ese sexto sentido que había adquirido a lo largo de los siglos y que lo había llevado a localizar a las almas que necesitaban de guía.

El cuerpo femenino pareció desdibujarse ante él, su rostro adquirió unas facciones más marcadas y su pelo un brillo sobrenatural.

Esta era la diosa que habitaba en el interior de ese cuerpo humano, la divinidad asociada con la muerte y era tan hermosa como aterradora en su poder.

No lo pensó, sabía que no podía hacerle daño, por el contrario, le necesitaba, cómo él a ella, así que fue a ella y la envolvió en sus brazos.

—Ya estoy aquí —le dijo al oído, sintiendo como el menudo cuerpo iba perdiendo el calor y, al mismo tiempo, encontrando en ese frío helador un inmenso alivio para sus todavía recientes heridas —. Estoy aquí.

Para su sorpresa, envolvió los brazos alrededor de su cintura y se pegó a él, una silenciosa manera de darle la bienvenida.

CAPÍTULO 16

Olimpia sentía que se hundía entre las olas de un mar embravecido.

Desde aquella noche compartida seis meses atrás, su vida había dado un giro de trescientos sesenta grados. Todo lo que conocía, todo lo que sabía se había esfumado y la realidad había entrado como un cañonazo arrasando con todo.

Dioses del Olimpo, Titanes, inmortales… lo que siempre había visto como parte de su cultura, del folclore en el que se había criado, ahora resultaba tener una pátina de realidad que le afectaba en primera persona. Su particular visión empezó a cobrar sentido, su cercanía con la muerte se reveló como parte de su genética y con ello llegó también el deber de aprender sobre quien era, lo que podía hacer y cómo evitar que esos dones heredados por parte de sus progenitores, se convirtiesen en parte de ella, una que comprendiese por fin.

Pero para lo que no estaba preparada fue para echar de menos a un hombre al que solo había visto dos veces, un inmortal condenado al *Inframundo* por un crimen que no había cometido y cuya salvación había dado como resultado su propio nacimiento.

Ella había nacido para él, para completarlo, para salvarlo y el saberlo no ayudó gran cosa a comprender su repentina desaparición, ni por qué lloraba por las noches o sentía que se quedaba sin aire ante su ausencia.

Siempre había sentido que le faltaba algo, que había perdido una pieza durante el camino, pero el no saber qué era, la había mantenido más o menos entera… hasta que Reaper se cruzó en su camino y completó el puzle.

Había batallado consigo misma, con su recuerdo, se había peleado con su tía y su padre hasta el punto de pasar casi un mes sin dirigirles la palabra, para finalmente recurrir a ellos cuando el peso de la realidad se hizo tan acuciante que estuvo a punto de perder la razón.

Su *diosa interior*, cómo se había empeñado en llamar a la parte de sí misma que era incapaz de controlar, había despertado ante el peso de quién era, ante la aceptación de su otra mitad y la había conducido a un estado febril del que solo su madre, su verdadera madre había sido capaz de extraerla.

Celesta se había presentado ante ella para guiarla, para mostrarle el camino a seguir, le enseñó a aceptar el porvenir y no luchar contra lo inevitable.

«Eres su mensajera, Olimpia, no su Ejecutora, tienes la fuerza para resistir a su llamado y comandarlo al mismo tiempo».

Mientras su madre se limitaba a pasear entre los mortales sin ser vista, tocando a aquellos que la necesitaban y conduciendo sus almas al descanso final, ella podía ver el término de la vida, podía encauzar el camino de aquellos que se habían quedado atrás y conducirlos hacia su morada final o hacia el recolector que les perteneciera.

Nunca, en toda su vida, había aprendido tanto al hablar con los muertos, con aquellos que habían quedado atrás por uno u otro motivo y que ansiaban o no el continuar.

En esos últimos meses se había encontrado con un anciano griego de la época de *Platón* que decía estar dónde tenía que estar, cuyo deseo era permanecer todavía en la tierra un poco más para inspirar a aquellos que venían en busca de respuestas. También se había topado con una mujer perdida, alguien de finales del siglo dieciséis que deseaba volver con su marido y no sabía cómo hacerlo.

Todos, de un modo u otro, le habían aportado una serenidad que no había encontrado hasta el momento, una motivación para aceptar quién era y lo que podía hacer y no cerrarse al miedo y a la locura.

Pero incluso entonces, había seguido echando en falta aquello que le había sido arrebatado, a quién había estado esperando toda

su vida aún sin ser consciente de ello, el mismo hombre cuyo aroma especiado penetraba ahora en su nariz, cuyo calor absorbía esa frialdad que la rodeaba y que no conseguía alejar con nada.

—¿Es chocolate eso que huelo?

El inesperado comentario hizo que levantase la cabeza y se encontrase con esos ojos penetrantes. No había podido olvidarlos, ni el tono de su voz, ni sus caricias, cada vez que cerraba los ojos podía volver a revivirlo todo como si estuviese allí, como ahora.

—Trufa —respondió y, como si se hubiese acordado en ese preciso momento de la crema, le soltó y empezó a mirar a su alrededor—. Es la crema de trufa para los bollos…

Los cuales, recordó abriendo los ojos como platos, tenía que sacar del horno.

—Ay Dios —gimió, cogió rápidamente las manoplas de encima de la mesa y cruzó el pequeño obrador hacia el horno—. Que no se hayan quemado…

Su mente obró el milagro de volver a ponerse en modo trabajo, sacó la bollería recién hecha del horno y la trasladó a una esquina de la mesa. El dulce aroma de la masa le hizo la boca agua y no pudo evitar lamerse los labios.

—Eso huele bien.

Volvió a mirar en dirección a la voz y se sintió aplacada con tan solo comprobar que seguía en el lugar en el que lo había dejado. El verle allí, el haberle sentido por fin, era como un milagro.

—¿También eres de dulce?

Avanzó hacia la mesa y cogió la cuchara con la que había estado removiendo la crema y la hundió en el cazo.

—¿Puedo?

No pudo decir que no, era imposible hacerlo al ver la mirada de deseo que bailaba en sus ojos.

—Adelante.

Tenía que estar penalizado por ley tener un aspecto tan sexy cuando alguien probaba chocolate.

—Increíble —admitió, relamiéndose, para luego dejar la cuchara en un recipiente apartado—. ¿Vas a rellenar esos bollos con la crema?

Asintió.

—Esa es la idea.

La forma en la que deslizó la mirada por la pequeña habitación le dijo que estaba inspeccionando el lugar.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiese retenerla, debería conformarse con que estuviese allí, con que estuviese vivo, pero las cosas que le habían dicho Niké y su padre… Se estremeció ante el solo recuerdo y no pudo evitar sentir como le hervía la sangre al imaginarse al dios del Inframundo tal y como se lo habían pintado.

—No es necesario que lo sepas. —Fue su respuesta, entonces rodeó la mesa y fue hacia ella—. Ahora estoy aquí.

—¿Por cuánto tiempo?

—Tanto como me sea posible —admitió sin vacilar.

Se lo quedó mirando y negó con la cabeza.

—Esto… No sé cómo… Yo solo…

No la dejó terminar, posó un dedo sobre sus labios y se inclinó sobre ella.

—Tenemos mucho de lo que hablar, pero por ahora, déjame hacer algo que deseo más que nada en este maldito mundo.

Retiró el dedo y lo sustituyó por sus propios labios, engulléndola en sus brazos y reclamándola como lo hizo la primera vez. Se derritió contra él, suspirando cuando sus lenguas se encontraron, sin oponer resistencia alguna, sin pensar en nada que no fuese su sabor y su cuerpo pegado al suyo.

No tenía sentido, ni siquiera ahora, después de haber pasado tanto tiempo pensando en ello, tenía sentido el que lo desease tanto, el que quisiera que se quedase a su lado. La realidad era que no conocía a ese hombre, todo lo que había escuchado de él pertenecía a otra época, a otro mundo, pero no a ella.

Rompió el beso, pero no se apartó, se permitió respirar su aroma, su presencia antes de decir en voz alta.

—Sí, tenemos que hablar —rescató sus propias palabras, dio un paso atrás y lo miró—. Y puedes empezar por hacerlo ahora mismo, respondiendo a mi pregunta inicial. ¿Dónde has estado?

Se lamió los labios, degustando su sabor y dejó escapar un suspiro.

—No es algo que necesites saber, Olimpia.

—Pero quiero saberlo —insistió, manteniéndose firme—. Quiero saber por qué te fuiste de esa manera, quiero saber por qué has tardado seis meses en volver. Necesito saberlo, Reaper.

Sacudió la cabeza, pero la sorprendió con una respuesta directa.

—He estado en el Inframundo, en la inestimable compañía de Hades.

Tragó, no pudo evitarlo. Las palabras de su padre se habían grabado en su mente desde el momento en que las pronunció.

—¿Qué te ha pedido el *Dios del Inframundo*?

Su tranquila aceptación así como el haber formulado la pregunta correcta, pareció tomarlo por sorpresa.

—He tenido algo de tiempo para lidiar con algunas cosas, cómo el hecho de que seas un inmortal al servicio de *Hades*, que *Atenea* te haya enviado allí y mi madre, *Celesta*, te trajera de vuelta sin tu permiso —resumió pronunciando unas palabras que se había repetido demasiadas veces en voz alta, intentando comprender, intentando ver el motivo de cada uno de esos actos—. Ahora sé quién soy, lo que soy… para ti.

Algo cambió en sus ojos y en su postura, cómo si se hubiese deshecho de un enorme peso que llevaba sobre los hombros.

—¿Lo sabes?

—Seis meses dan para mucho...

Para más de lo que cualquier mortal debería enfrentar, pensó, entonces se recordó a sí misma que ella no era una mortal cualquiera.

—Dímelo, por favor.

Negó una vez más con la cabeza y extendió la mano para acariciarle la mejilla.

—Me pidió algo que no estoy dispuesto a darle, que nunca le daré —declaró con total sinceridad—. Puede hacer el pino puente si quiere, no se lo entregaré.

—¿El qué?

Sonrió y ladeó la cabeza.

—Es difícil enfrentarme a ti cuando eres toda ternura y calidez —dijo acercándose de nuevo a ella para esta vez atraerla hacia él y rodearle la cintura con sus brazos—. Hubiese preferido que siguieses siendo la irritante mocosa que tropezó con la bicicleta y se me cayó encima, que me golpeó con la bolsa de las empanadas porque eso haría las cosas mucho más sencillas.

—Dame diez minutos y volveré a insultarte —replicó empujándole con las manos sin que él cediese ni un centímetro.

—Déjalo, ya no sería lo mismo —aseguró mirándola a los ojos, recorriendo todo su rostro y deleitándose en ello—. Nada ha sido lo mismo desde que te encontré, desde que supe que me pertenecías… Y quiero más de eso, quiero más de esto, de ti, de lo que eres, de lo que haces, tanto como sea posible.

—Te volverás a ir. —No era una pregunta, Niké se lo había explicado, no era fácil abandonar el servicio de un dios cuando este no quería que lo abandonases.

—Ahora estoy aquí —le recordó una vez más.

Una respuesta que no comprometía a nada.

—Olimpia… —pronunció su nombre, le acarició una vez más la mejilla y retiró los dedos manchados de harina—. Tienes harina hasta en las pestañas.

Frunció el ceño ante la inesperada apreciación, entonces sonrió, no pudo evitarlo, era un comentario absurdo dentro de aquella conversación, pero también un alivio.

—Es lo que pasa cuando trabajas en un obrador.

—¿Y quién es... tu empleado?

—¿Argus? —preguntó y echó un vistazo a la puerta que llevaba a la tienda. Se había olvidado totalmente de él—. Es un amigo de la infancia, totalmente mortal.

—¿Solo eso?

La pregunta la tomó por sorpresa y al final acabó riendo a carcajadas. Y, señor, qué bien sentaba eso.

—Apareces de repente en mi vida, la pones patas arriba en apenas una noche y a la mañana siguiente desapareces y todo a mi

alrededor estalla en pedazos —resumió ella—. ¿Y tras seis meses ausente, me preguntas eso?

Por un momento pareció algo avergonzado por sus palabras.

—No quería que tu vida cambiase, Olimpia, no era plenamente consciente de lo que estaba pasando hasta que te reconocí —admitió—. Si hubiese existido otra manera…

Ahora fue ella la que lo silenció posando los dedos sobre sus labios.

—Déjame conocerte —pidió mirándole a los ojos—. Somos dos desconocidos, nos hemos encontrado en un momento para el que ninguno estaba preparado, solucionémoslo y empecemos por el principio.

Dio un paso atrás y le tendió la mano.

—Hola, Soy Olimpia Ward, trabajó en un pequeño obrador de mi propiedad haciendo pan, empanadas y dulces y, desde hace unos cuantos meses, soy diosa a tiempo parcial.

Él se la quedó mirando, sonrió de soslayo y le cogió la mano.

—Reaper, en otra vida fui general de las fuerzas griegas al servicio de Atenea, hoy trabajo para Hades como uno de sus segadores —declaró y le apretó la mano con suavidad—. Y he pasado toda la eternidad buscándote.

—Pues ya me has encontrado —declaró ella, acercándose de nuevo a él, entonces señaló los bollos que acababa del horno—. Tengo que terminar esto, meter esa masa en su molde... ¿Te importa esperarme?

—Llevo tanto tiempo esperándote que unas horas más no significan gran cosa —declaró y se quitó la chaqueta, quedándose en camiseta—. Así que, dime, ¿cómo puedo ayudar?

Parpadeó y lo miró de la cabeza a los pies.

—¿En serio?

Él le sonrió.

—Ponme a prueba.

Correspondió a su sonrisa y asintió.

—De acuerdo, veamos que tan bien se te da rellenar unos bollos.

Tenerle en el obrador ya era extraño de por sí, pero aquel sería un momento que no olvidaría mientras viviese.

CAPÍTULO 17

Una semana después…

—¿Llegaremos en algún momento a la cama?

Olimpia se echó a reír ante el comentario de su amante y ocultó el rostro en su hombro. Tumbada contra su costado, con una de sus piernas entre las de él, la alfombra sirviéndoles de colchón y su mano jugando con el suave vello que espolvoreaba su pecho, entendía perfectamente a lo que se refería.

Desde que Reaper se personó en el obrador una semana atrás, no se habían separado más que unos pocas horas cada día, el tiempo necesario para poder sacar adelante su trabajo o hacer alguna entrega ocasional. Fiel a su palabra, se había quedado junto a ella, permitiéndole conocer esa parte de él que le era ajena y que necesitaba tanto o más que el resto de su persona.

Su compañía se había revelado ocurrente, tierna en unos momentos, fogosa en otros, no era un hombre que dijese que sí a todo, sabía cómo exponer sus puntos de vista, defenderlos y también ceder cuando veía que se había equivocado.

Y era una fuente inagotable de información sobre la antigüedad, una de la que se encontró disfrutando en más de una

ocasión.

Pero sin duda, los momentos que no cambiaría por nada en el mundo, eran estos, cuando estaban piel con piel y no hacían falta las palabras para expresarse, cuando todo lo que necesitaban era una caricia o un beso.

No sabía si aquello podía catalogarse de flechazo, pues no lo encontraba tan superficial, pero tampoco podía asegurar que lo que sentía por ese hombre fuese amor, pues no había tenido tiempo para cultivarlo… Lo que había entre ambos iba mucho más allá de cualquier emoción humana, una conexión que venía de un tiempo infinito y que solo tenía sentido cuando ambos formaban un solo ser.

Desde aquella primera y última noche, no habían vuelto a tocar la cama, en realidad, no encontraban el tiempo suficiente para llegar a ella. El salón y la cocina solían ser sus lugares de encuentro favoritos, en especial esta última, pues su amante había desarrollado un gusto adquirido por el chocolate y le gustaba sobre todo cuando podía lamerlo sobre ella.

Compartir el desayuno, la comida o la cena había sido algo nuevo, se había instalado una rutina entre ambos que solía sacar a la luz algunas curiosas manías o costumbres de la otra persona, pero también les daba pie a hablar, a contarse cosas y descubrir quién había debajo de la piel de la persona que tenías delante.

A pesar de ello, Olimpia era muy consciente de que había cosas que se guardaba para sí mismo, datos que no quería compartir. En esas ocasiones se limitaba a sonreír, negar con la cabeza o simplemente besarla para acallar sus protestas. Para él, el Dios del Inframundo era un tema tabú, al igual que lo eran los últimos seis meses.

No quería pensar en ello, pero cada vez que veía las marcas en su piel, unas que no habían estado ahí la primera vez, se le encogía el estómago. Sus dedos a menudo seguían viejas cicatrices, preguntándose dónde las había adquirido y por qué, unas veces se atrevía a preguntar y obtenía susurradas respuestas, pero otras se limitaba a guardar un mortal silencio y era en esos momentos en los que creía saber el por qué no deseaba mencionar a Hades.

«Nunca hagas tratos con los dioses, Olimpia, ni siquiera la muerte los merece».

No lo decía abiertamente, pero sabía que le guardaba rencor a Celesta por haberle traído de vuelta, el mismo rencor que guardaba a los dioses a los que había entregado su lealtad y devoción y que lo habían condenado sin juzgarle siquiera.

La traición que se le achacaban era un peso en su alma, uno que lo arrastraba hacia el fondo, pero no podía compararse con la de aquellos que lo habían conducido a esa situación.

Los que una vez consideró amigos, le dieron la espalda y lo condenaron sin una sola palabra, los que debieron escucharle, darle el beneficio de la duda, reaccionaron demasiado tarde y la segunda oportunidad con la que quiso obsequiarle Celesta al ver la equivocación de los dioses, había supuesto para él una condena más que una salvación.

Todos, de alguna manera, habían herido a ese hombre que la acunaba con ternura entre los brazos, que la hacía sentirse cuidada, querida y tan importante como una diosa.

—¿Reaper?

Él inclinó la cabeza hacia ella, para mirarla.

—¿Qué ocurre?

Se lamió los labios y se acomodó de manera que pudiese mirarle.

—¿Qué fue lo que le prometiste a Hades?

Sintió el inmediato cambio en su cuerpo, la tensión que lo recorrió y el imperceptible movimiento que hizo.

—No le hice ninguna promesa. —Su respuesta fue seca, carente de emoción alguna—. Simplemente me recordó algo y me ofreció la posibilidad de trabajar para él o… seguir bajo sus cuidados eternamente.

Se incorporó de golpe y acarició una cicatriz especialmente fresca que cruzaba su pecho.

—¿Cuidados como estos? —replicó y notó en su voz el peso de la diosa que habitaba bajo su piel—. ¿Esa fue su oferta? ¿Unirte a sus filas o ser torturado durante toda la eternidad?

Sus ojos se encontraron y se limitó a asentir muy lentamente.

—Me recordó que no tenía nada por lo que luchar…

—Me tienes a mí —declaró sin pensar.

Estiró la mano y hundió los dedos en su pelo, deslizándolos por él.

—Hay momentos en los que no sabes qué es lo que te espera, si alguna vez tendrás la oportunidad de escapar del infierno, si hay algo mejor del otro lado… —comentó en voz baja mientras jugaba con su pelo—. Él sabía cómo utilizar las palabras y yo estaba demasiado agotado para seguir negándome. Era obtener esto eternamente —resbaló la mano libre allí dónde todavía posaba la suya—, o servirle… Y opté por la segunda opción.

Dejó escapar un resoplido y negó con la cabeza.

—No soy del todo inocente, Olimpia, no acabé en el territorio de Hades solo por obra de los dioses, fue mi mano la que empuñó la espada que acabó con su vida, con la de la favorita de Atenea… —Se lamió los labios, parecía que le costaba hablar—. Fui yo el que atravesó el corazón de Electra con la espada. Las *Hisminas* sembraron el caos, nos confundieron, pero fue mi mano la que perpetró tal crimen… En una guerra entre dioses, son los inocentes los que salen heridos, nunca ellos…

Dicho eso, volvió a deslizar la mano por su espalda, reanudando las caricias que le había prodigado hasta el momento.

—Por eso no quiero que te veas envuelta en esto, no es tu lucha, pequeña diosa, no hay necesidad de que salgas herida.

Pero era su lucha, lo era desde el mismo momento en que Celesta le dio la vida para que pudiera encontrarle y liberarle de todas las cadenas que los dioses del Olimpo le habían puesto.

Si tan solo supiera cómo…

—¿Qué fue lo que le dijiste a mi tía? ¿Qué le dijiste a Niké para que se presentara en mi casa con el chalado de mi padre a la mañana siguiente de tu partida? —Se apoyó en su pecho para poder mirarle a los ojos—. ¿Qué les dijiste para que ellos decidieran que era el momento de quitarme la venda de los ojos?

—Le pedí a Niké que te cuidase en mi ausencia —se limitó a responder—. Que ambos lo hicieran, no era justo que siguieses en la ignorancia, ya no…

Le sostuvo la mirada y frunció el ceño.

—¿Y Hades?

—Olimpia…

—¿Debo ir a él y preguntárselo yo misma?

La manera en la que se levantó y le apretó los brazos con los dedos hasta el punto de lastimarla, le dijo todo lo que su boca no se había atrevido a pronunciar hasta el momento.

—¡Te lo prohíbo! —Clamó y vio en sus ojos, en su rostro, en el aura que lo envolvía, quién era en realidad—. Jamás te acerques a él. Tu sitio está aquí, en el mundo de los vivos, no ahí abajo…

—Reaper, me estás haciendo daño…

La soltó al momento, se miró las manos y sacudió la cabeza, entonces la atrajo contra él, envolviéndola con su cuerpo.

—Nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, acudas a su llamado —le susurró al oído en una ardiente súplica—. Prométemelo, Olimpia, prométeme que siempre te mantendrás a este lado.

—No acudiré a su llamado —aceptó, escogiendo muy bien sus palabras—. Te lo prometo, siempre me mantendré a este lado y no acudiré a su llamado, pero…

—Nada de peros.

—Pero… —insistió con mayor énfasis—. Tú deberás prometerme también algo.

—¿El qué?

Le cogió el rostro entre las manos y lo miró fijamente.

—Que vivirás para mí —sentenció—. Porque mi vida no tiene sentido si tú no estás en ella, lo sé, he podido darme cuenta después de todos estos años echándote de menos, aún sin saber que existías.

—Siempre he vivido por ti y seguiré haciéndolo mientras la muerte no requiera otra cosa de mí.

Asintió.

—De acuerdo, eso tendrá que valer —aceptó y lo besó en los labios, sellando el acuerdo.

CAPÍTULO 18

No había vuelta atrás, pensó Reaper mientras contemplaba el descanso de su compañera, la única mujer que se le había metido bajo la piel y que había hecho que, por unos pocos días, sintiese que había merecido la pena todo el padecimiento sufrido para llegar a conocerla.

Atrás quedaban las dudas y la culpabilidad, de una manera extraña, Olimpia había conseguido que hiciese las paces con su pasado o, al menos, con parte de él.

Sabía que llegaría el día en el que podría presentarse ante sus antiguos camaradas, aquellos que habían caído luchando a su lado, para pedirles perdón y enfrentarse a sus reproches, si los tenían, pero hasta que ese momento llegase, lucharía por conservar lo que el destino había puesto en su camino.

Se inclinó y le acarició el pelo con suavidad, un roce de los dedos que hizo que se revolviese ligeramente para finalmente suspirar en su sueño.

—Duerme ahora, *agapi mou*[2] —le susurró—. Y ruega a quién crees que quiera escucharte que la mañana nos encuentre bajo el mismo cielo.

Quién le diría que el amor llamaría finalmente a su puerta, que una mujercita como ella conseguiría que su corazón latiese de nuevo. Pero aquello iba más allá del amor romántico, era un sentimiento indefinido, de encuentro y pertenencia, cómo si después de tanto viajar al fin hubiese encontrado el lugar en el que descansar su maltrecha alma.

La arropó solo para encontrársela revolviéndose una vez más, aunque esta vez se dio la vuelta, hasta quedar de cara a él. Abrió un

poco los ojos y curvó los labios en una tierna sonrisa.

—¿No puedes dormir?

—Me he entretenido mirándote —declaró y le acarició el pelo—. Vuelve a dormirte.

Parpadeó, estaba claro que no se había despertado del todo.

—No te vayas —musitó cogiendo su mano y apretándola contra su pecho, al calor de sus senos—. Si tienes que hacerlo, yo iré contigo… No dejaré que te haga daño…

Sus palabras lo calentaron por dentro.

—*Shh*. Estoy aquí, duérmete.

Se llevó la mano a la mejilla y la usó como almohada, dejando claro incluso en el sueño que no estaba dispuesta a dejarle ir.

—No puedes irte, me enfadaré si lo haces y créeme, Reaper, no te gustará nada verte enfadada… —masculló somnolienta—. No te perderé otra vez, no ahora… que te he… encontrado…

Sonrió, sintió cómo su pecho se llenaba de calidez y cómo su corazón latía con más fuerza ante esas palabras.

—Nunca me perderás —le susurró al oído—, siempre seré tuyo. Esté donde esté, serás mi única dueña, la única con la que bailaré el resto de mi vida… y mi muerte.

Un te quiero no era suficiente, demasiado mundano y al mismo tiempo muy pobre como para expresar lo que ella era para él, lo que sería por toda la eternidad.

—Vive por mí, Olimpia —la besó con suavidad—, disfruta la vida que te han dado por los dos.

Retiró su mano muy lentamente, con cuidado de no despertarla y sonrió al verla suspirar.

«La abandonas de nuevo».

La voz de censura que le taladró la mente lo llevó a sonreír con ironía. Se incorporó, le dedicó una última mirada y abandonó el dormitorio que por fin habían conseguido compartir y se trasladó con un pensamiento a los pies del *Partenón*, en la Acrópolis.

—No puedo quedarme a su lado cuando Hades está empeñado en traerla a sus filas.

El colosal guerrero de brazos cruzados parecía una estatua más del complejo arqueológico, un hallazgo que sin duda daría de que

hablar a los conservadores del lugar.

—Renuncias a ella a pesar de que te pertenece.

Se limitó a encogerse de hombros, aunque su decisión no era tan sencilla como eso.

—Hago lo que tengo que hacer para protegerla —replicó y añadió—. ¿No es lo que vosotros habéis hecho durante todos estos años?

Sacudió la cabeza, el pelo negro le cayó sobre los ojos, pero no hizo gran cosa para escudar la expresión que dominaba su mirada.

—Sigues olvidando quién eres.

Negó con la cabeza.

—Nunca he estado tan seguro de quién soy como en este mismo momento, Kratos, nunca he visto mi cometido tan claro como ahora.

La encarnación de la Fuerza frunció el ceño y resopló.

—No le va a hacer ni pizca de gracia que te marchas ahora que has vuelto a ella —declaró como un padre que advertía al novio de su hija con que algo muy malo le ocurriría si lastimaba a su florecilla —. Si derrama una sola lágrima por tu culpa…

—Te encargarás de estar ahí para secárselas —declaró con firmeza, mirándole a los ojos como lo había hecho en los viejos tiempos—. Estarás a su lado para evitar que haga algo estúpido y desafíe a los dioses.

Enarcó una ceja ante su respuesta. Parecía sorprendido de que la conociese tan bien.

—La estás privando de elegir su propio camino.

Volvió a negar con la cabeza.

—Estoy impidiendo que haga algo estúpido, cómo convocar a Hades y entregarle justo lo que quiere para que me deje ir —declaró con rotundidad—. Puede que no lleve tanto tiempo a su lado como vosotros, pero la entiendo, amigo mío, la entiendo porque es una parte de mí…

—A estas alturas ya no sé si compadecerte o darte un puñetazo —chasqueó el guerrero—, supongo que puedo hacer las dos cosas al mismo tiempo mientras te acompaño.

La declaración de Kratos lo dejó sin palabras durante un eterno segundo.

—Si ya te has cansado de este mundo hay mejores maneras de pasar al otro que hacerle una visita a Hades.

—Estoy muy satisfecho con este mundo, especialmente ahora que he vuelto a casarme —declaró con rotundidad—. Mi futura esposa me ha amenazado con despellejarme si no vuelvo a casa y es capaz de hacerlo, créeme, así que… Será mejor que aligeres el paso o serás tú el que se enfrente a la ira de una nereida.

—¿Por qué haces esto?

—Porque no quiero ver a mi niña llorar por las esquinas cómo lo ha estado haciendo estos últimos seis meses —replicó con un bufido—. No es sano para un padre ver a tu hija deshaciéndose en lágrimas y lo es mucho menos cuando esa hija es la puñetera Muerte en sí misma, así que… A menos que quieras que te corten las joyas de la corona, *Strategos*, ya puedes empezar a pensar en un plan para librarte del capullo de Hades.

La de vueltas que daba la vida, pensó mirando al hombre que, en otra época, había sido su mano derecha en el campo de batalla, el mismo que ahora estaba dispuesto a volver a combatir junto a él por una sola mujer.

«Mi señora Atenea, si me estáis escuchando, proteged a los insensatos que han servido y sirven bajo vuestro mandato. Yo ya estoy perdido, pero mi esposa necesitará a los suyos cuando todo esto acabe».

No hubo respuesta, nunca la había, pero si había un lugar en el que siempre quedarían las plegarias dirigidas a la diosa, era ese antiguo templo.

CAPÍTULO 19

«Olimpia».

La suave voz se coló en su sueño, deslizándose sinuosa en su subconsciente, alertándola con la urgencia que escuchaba en su tono.

«Olimpia, ha llegado el momento».

Siguió el sonido y, cómo si se sumergiese en un sueño, se encontró caminando en la oscuridad, sus pies descalzos avanzando a través de un suelo de pulido mármol negro hacia una figura tenuemente iluminada por la luz de una vela.

A medida que avanzaba, la figura iba definiéndose un poco más, revelando el cuerpo de una mujer alta, delgada, vestida de blanco, cuyos pies estaban calzados con unas sandalias doradas con alas que la mantenían unos centímetros por encima del suelo. En su mano derecha llevaba una palmatoria, el pelo largo y suelto le caía sobre los hombros, hasta la altura de los pechos, en un tono rubio tan pálido que podía pasar por blanco, pero fueron sus ojos, de un límpido azul, los que la dejaron sin aliento.

—Madre.

Los pálidos labios se curvaron ligeramente y la delicada cabeza asintió en respuesta, pero no se movió del lugar, manteniendo la distancia.

—Mi pequeña Olimpia. —Ahora pudo escuchar su voz, la cual era como una dulce caricia sobre su piel—. Mi hermosa y dulce, niña.

Esa etérea figura flotó hacia ella, hasta quedar a pocos centímetros de ella, pero no la tocó, en ningún momento hizo ademán de hacerlo.

—No puedo, amor, la muerte no puede encontrar su propia muerte, aun si esta es una tarea eterna que nunca tendrá fin.

Sus palabras no tenían sentido y, al mismo tiempo, lo tenían todo.

—Te tuve en mis brazos el día en que naciste y es un recuerdo que me acompañará durante toda la eternidad —aseguró con una cálida sonrisa. Si bien no podía tocarla, podía sentir la caricia de sus ojos sobre ella—. Así está escrito y así será, la *Muerte de los Dioses* está en tus manos.

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos parecieron aclararse un poco, el peplo que a duras penas ocultaba las curvas de su cuerpo se movía como mecido por un aire invisible.

—Los dioses siempre se han creído inmortales, no se dan cuenta de que llegará el momento en que sus vidas se extingan —dijo con voz suave, melodiosa—. Y esa perpetuidad los ha llevado a obrar sin medida en la antigüedad, solo la pérdida de fieles ha evitado que se alcen de nuevo con el poder… Pero esta es la era de los mortales, no de los dioses y así deberá ser durante el resto de la eternidad.

—No entiendo lo que quieres decir, madre.

—Tú naciste para cambiar eso, para recordarle a los poderosos que también pueden caer y dar esperanza a los caídos, prometiéndoles una nueva vida —continuó—. No permitas que los dioses sigan dirigiendo los pasos de aquel que luchó en su nombre, libérale de las cadenas que lo retienen, recupera aquello que te pertenece, sé aquello para lo que naciste…

Sus palabras estaban dirigidas a una única meta, a una única persona, pero ¿cómo llegar a conseguirlo?

—¿Cómo puedo hacerlo? No soy… no soy una buena diosa, a duras penas estoy aprendiendo lo que soy, lo que puedo llegar a hacer, yo no…

Ladeó la cabeza, levantó la mano libre y la sostuvo en el aire sin tocarla, pero su caricia le llegó igual, sintiéndola en su rostro, arrancándole lágrimas de necesidad.

Quería tocarla, quería abrazarla, ella le había dado la vida y, la quería, siempre la había querido a pesar de su ausencia.

—Mamá…

—Solo escucha a tu corazón, *kóri mou*[3], tienes la fuerza necesaria para enfrentarte al destino y doblegarlo a tu voluntad —le aseguró con firmeza.

Su corazón. Siempre había intentado guiarse por él, hacer lo que le dictaban sus emociones, pero cada vez era más difícil desoír esa voz en su interior, dejar de sentir el frío que le helaba las venas y apagaba lo que debía sentir.

—Eres la única que puede salir victoriosa de esta batalla, la única que puede liberar a un inocente de su prisión —continuó ella y clavó esa mirada azul en la de ella—. El reino del Inframundo se rige por reglas que no pueden ser quebrantadas, aunque su *Señor* tiende a burlarlas cuando así le conviene.

—¿Quieres decir que Hades ha burlado las reglas para quedarse con el alma de Reaper?

Los labios femeninos se estiraron lentamente.

—Solo un alma que ha pasado al otro lado puede ser juzgada por el tribunal —declaró con sencillez—. Solo quién sea capaz de pagar al barquero, puede dejar las *Praderas de los Condenados* y cruzar el río para enfrentarse a los jueces del tribunal, quienes valorarán a dónde deben ser llevadas esas almas.

Normas, leyes, incluso los muertos las tenían.

—Un alma que ha muerto y vuelto a la vida, solo encontrará su camino en la Muerte, porque ella es su destino, la única con la que podrá danzar eternamente —concluyó—. Tú eres esa Muerte, eres su camino, su destino y mientras estéis juntos, no habrá soledad que os aqueje, ni eternidad a la que desafiar con el olvido.

Apretó las manos contra su vientre para impedirse sucumbir a la necesidad de tocarla, de abrazarla, sabiendo que aquello solo propiciaría el desastre.

—Cumple con tu propósito, Olimpia, encuentra lo que has buscado por tanto tiempo —le dijo y su voz, al igual que su silueta

empezó a alejarse de ella, cómo si la oscuridad la engullese por a poco a través de un corredor que se iba extendiendo.

—Madre… ¡Mamá!

Una cálida brisa le acarició el rostro y la arrastró consigo hacia atrás, brindándole una vertiginosa sensación de caída.

«Vive, korítsi mou[4]*, vive una larga vida y sabe que siempre estarás presente en mi corazón».*

Cerró los ojos y se dejó envolver por sus palabras, por su tibieza. Estaba allí, podía sentirla, si estiraba la mano casi podía tocarla, podía abrazarla…

«Olimpia».

Su voz se hizo más lejana, el tono cambió, pero podía sentirla aún, podía verla, podía…

—Olimpia, despierta…

Luchó por abrir los ojos, por extender la mano hacia ella…

—No... No te vayas —musitó—. Espera, por favor... no...

—¡Olimpia!

Abrió los ojos de golpe, los pulmones dejaron de funcionarle y durante una milésima de segundo se quedó sin aire. Entonces respiró de golpe, su corazón empezó a latir a toda velocidad y ladeó la cabeza para encontrarse con la mirada de su tía puesta sobre ella.

Pero no era su tía quien la miraba, era la diosa Niké en toda su vena guerrera.

—¿Qué ocurre?

—Xanthus ha vuelto con Hades. —Sus palabras fueron como un golpe en el estómago, un puñetazo que la despejó por completo—. Va a enfrentarle y eso no puede traer nada bueno consigo, especialmente porque tu padre ha ido con él.

Se incorporó de golpe y se dio cuenta de que estaba sola en la cama, las palabras de su tía le provocaron palpitaciones.

—¿Qué?

—Xanthus. Tu padre. Hades. ¡Fiesta!

—¡Mierda!

—Sí, eso mismo —declaró su tía, entonces la miró e hizo una mueca—. Permíteme.

Al momento acabó vestida de pies a cabeza, su atuendo digno de una antigua diosa griega.

—Así está mejor —admitió, entonces se la quedó mirando unos segundos en silencio—. Ha venido a ti, ¿no es así?

El vivo recuerdo de la presencia de su madre acudió a su memoria y le llenó los ojos de lágrimas.

—Es… es hermosa.

La mujer sonrió y sus propios ojos se empañaron.

—Siento que no hayas podido conocerla antes —admitió y añadió—. Nunca he visto a Celesta amar a alguien, pero sin duda, a ti te ha amado.

Asintió, lo sabía, lo había visto en sus ojos, lo había sentido en sus caricias.

—Ella… Ella me ha dado lo que necesito —admitió secándose las lágrimas al momento—. Sé cómo hacer que Hades me devuelva a Reaper.

—¿Y a qué estamos esperando?

Asintió, respiró profundamente y la miró.

—Dime cómo puedo presentarme en el *Reino del Inframundo* —señaló hacia el suelo—. Ya es hora de que los Dioses tengan una conversación con su Muerte.

CAPÍTULO 20

Palacio de Hades,
Reino del Inframundo

Reaper hizo una mueca al ver al perro de tres cabezas durmiendo plácidamente su siesta en lo que parecía la caseta de perro tamaño montaña más hortera que había visto en su vida.

—¿Qué coño es eso?

—Un regalo de la *Reina del Inframundo* para *Cerbero*.

Kratus ladeó la cabeza y frunció el ceño ante el enorme bicho que no se molestaba ni en abrir uno solo de sus ojos.

—¿Lo ha drogado?

Negó con la cabeza.

—No. Simplemente sabe que no es sabio meterse conmigo, la última vez que lo hizo perdió una de sus cabezas —aseguró y continuó adelante.

El pasillo estaba más sombrío que de costumbre, los dos enormes colosos de piedra parecían más silenciosos de lo normal, pero no tardaron en reaccionar, moviéndose al unísono para cortarles el paso.

—¿Quién osa atravesar los dominios de nuestro señor? —La pregunta surgió al mismo tiempo, un fuerte y grave eco emitido por los dos enormes gigantes obsidiana.

—Soy Reaper, *Segador de la Muerte* y traigo conmigo a Kratos, *Señor de la Fuerza*.

Como si fueran uno solo, los dos colosos se retiraron a sus puestos, flanqueando de nuevo la delicada y hermosa puerta que se

alzaba ante él.

—Interesante sistema de seguridad el que se ha montado aquí abajo.

Se limitó a mirarle de soslayo antes de posar su mirada en la delicada puerta de madera blanca y ver ese delicado y dulce rostro apareciendo sobre ella.

«¿Qué buscas en el otro lado, Segador?».

Extendió la mano y la posó con suavidad sobre la lisa piedra, permitiéndole que leyese la verdad en sus palabras y quién sabía si algo más.

—Al señor de sus dominios —replicó contemplando ese pálido y triste rostro—. Deseo tener una audiencia con él.

Los vacíos ojos se desviaron entonces hacia su acompañante.

—Soy Kratos y estoy aquí para escoltar a Xanthus.

Escuchar su verdadero nombre en labios del guerrero le provocó una punzada de nostalgia.

Esos ojos sondearon a su compañero un segundo antes de escuchar como la puerta cedía, abriéndose.

—Estás a tiempo de dar media vuelta —le informó, mirándole de soslayo.

—¿Y perderme la diversión? —chasqueó la lengua y avanzó a su lado, recorriendo con la mirada las enormes columnas blancas que flanqueaban el corredor que conducía a la sala del trono.

Reaper notó que algo iba mal en cuanto vio el trono vacío, el silencio de la sala era ensordecedor, no había gritos de condenados, ni risas de los que iban camino a los *Campos Elíseos*, todo lo que se escuchaba era el crepitar de las llamas de los pebeteros que iluminaban la estancia.

—*¡Ad el castillo!* —Alzó la voz—. *Papi, ¡he vueltoooo!*

Sabía que había sonado un pelín peliculero, pero hacía tiempo que había perdido su sentido de auto conservación. Pese a ello, el silencio se mantuvo, un silencio absoluto que hizo que le subiese un escalofrío por la columna.

—¿Hola? Jefe, vengo a presentar mi dimisión —exclamó, esperando que de un momento a otro lo fulminase un rayo o apareciese algún esbirro demoníaco para hacerle callar.

—Has perdido la cabeza por completo —escuchó mascullar a Kratos, quién se mantenía atento a cualquier posible ataque.

—Pasa unas vacaciones en este lugar y luego me cuentas si eres capaz de mantener la cordura —replicó en voz baja.

El silencio empezaba a ponerlo nervioso.

—Hades, no tengo todo el día para…

No pudo ni terminar la frase, pues la espalda empezó a dolerle como si se la estuviesen abriendo a base de latigazos. Cayó hacia delante, jadeando de dolor y sintiendo al mismo la sangre resbalando de su carne abierta.

—Joder —siseó, escupiendo al suelo la sangre que había inundado su boca después de haberse mordido el interior—. Si llego a saber que estabas de tan buen humor, habría venido antes.

—Serás gilipollas…

Sí, sin duda lo era y también un suicida, pensó tras escuchar el siseo de su acompañante. No había otra explicación para que soltase tales perlas cuando el *Dios del Inframundo* estaba de pie en medio de la sala y con un humor que era mejor evitar por su alta tasa de mortalidad.

—Llegas en el mejor de los momentos, Reaper —declaró. Podía ver las puntas de sus botas a medida que caminaba hacia él, incluso en sus pisadas se palpaba la nobleza, el atractivo y el aura de supremo poder que envolvía al ser ante el que comparecía—. Y con compañía, además. Hacía tiempo que no se cruzaban nuestros caminos, Kratos.

—No sueles confraternizar mucho con los de arriba, Hades.

La sombra que pasó por el rostro del Dios era una promesa mortal, una que su compañero ignoró completamente.

—¿Qué te ha traído hasta mis dominios?

—Él.

Su mirada se posó entonces sobre su persona y el peso de su poder hizo que le fuese imposible levantarse del suelo. Al dios le gustaba tener a todo el mundo de rodillas y mostrándole pleitesía o lo que era lo mismo, que le tenían un miedo de cojones.

—¿Traes un invitado sin pedirme permiso o avisarme primero, recolector?

—Se ha presentado solito, *mi señor*, no ha sido cosa mía.

Su respuesta fue mirarle y posar la mirada más allá de ellos, frunciendo al mismo tiempo el ceño.

—Pero no fue él a quién te pedí que trajeses.

No, no lo era, pero su encargo estaba fuera de discusión, jamás traería a Olimpia a ese lugar; antes muerto.

—*Mi esposa* no tiene cabida en este lugar.

Sabía que estaba firmando su propia sentencia con esas palabras, pero Olimpia era suya y no había otra manera en la que pudiese referirse a ella sin ofenderla.

Kratos le dedicó un ligero asentimiento, aprobando su elección de palabras.

—*Tu esposa* pertenece a este reino —replicó Hades, haciendo un burlón hincapié en la palabra «esposa»—. Olimpia es la puerta al otro lado, capaz de abrir el paso hacia los *Campos Elíseos* o hacia el Tártaro si esa es su elección… Es la *Muerte* en sí misma, una cuya fortaleza no tiene parangón… Es una diosa de pleno derecho y tú… tú no eres más que un mortal caído en desgracia.

Un latigazo de luz le atravesó la espalda, enviándolo por completo al suelo, abriendo nuevas heridas a través del cuero de su chaqueta.

—Y como *Diosa de la Muerte*, debe prestar sus servicios al *Reino de los Muertos*.

El dolor era tan ardiente que le llevó un momento encontrar de nuevo la respiración. Se obligó a apretar los dientes, apoyó las palmas sobre el frío y prístino suelo de mármol negro y se incorporó hasta quedar sentado sobre sus talones.

—No —declaró con fiereza, clavó los ojos sobre él y negó con firmeza—. Ella pertenece a la luz, no a la oscuridad.

El rostro del Dios se afiló al punto de ver prácticamente su calavera a través de la piel.

—¿Se ha instaurado hoy el día de *Jode con Hades* y he matado al mensajero antes de dejarle emitir su mensaje?

Había verdadero fastidio en su voz, estaba claro que no le gustaba que se le llevase la contraria.

—Yo diría que el muchacho ha sido muy claro, Hades —declaró Kratos, a quién parecía traerle sin cuidado si lo convertían en pincho moruno allí mismo—. Olimpia no pondrá un pie aquí abajo y mucho menos para hacerte de recadera.

Los ojos del Dios se encendieron.

—No tienes autoridad en este lugar, *Fuerza*.

El aludido se limitó a encogerse de hombros.

—Y tú no la tienes sobre otros dioses —le soltó como si tal cosa —. Y mi hija, no solo es una Diosa, es nieta de *Titanes*… cuya primera generación, debes conocer bien, ya que tengo oído que llevan dándote dolor de cabeza desde que los encerrasteis en el Tártaro.

Los escritos decían que los Dioses Olímpicos habían vencido a los Titanes, engañándolos y encerrándolos en el Tártaro, pero muy pocos sabían que el Tártaro había sido creado precisamente por ellos, como un elemento de balanza entre el bien y el mal… Y, tal y como acababa de decir Kratos, no eran precisamente vecinos ejemplares.

—Si el Padre Zeus no la ha reclamado a sus filas, ¿qué te hace pensar que ella querrá unirse a las tuyas?

Una petulante sonrisa le curvó los labios.

—Que su *marido* pasará el resto de la eternidad en el Tártaro si no lo hace…

—No puedes… —empezó Kratos.

—Sí, por supuesto que puedo —declaró y lo señaló—. Él me pertenece, me ha pertenecido desde el momento en que puso un pie en mi territorio y aceptó mis reglas.

Sus ojos brillaron, adquiriendo ese tono rojizo que prometía muerte y desmembramientos a la carta.

—Le ofrecí una salida a su actual situación y la aceptó —declaró con fingida seriedad.

—Si llamas situación al hecho de que me encerrases y torturases por el mero placer de hacerlo sin permitirme comparecer ante el juicio del *Tribunal de las Almas*, sí, podríamos decir que sí —declaró Reaper, pronunciando cada palabra con mucho cuidado—. Fue *Niké* quién me atravesó con una espada y *Tánatos* quién me

trajo hasta la orilla del *Estigia*, fue *Celesta* la que retuvo mi alma antes de abandonar por completo la vida y me condenó a vagar entre dos mundos y fuiste tú quién me encerró y torturó hasta que no me quedó otra salida que aceptar tu propuesta…

—No hubo un juicio —declaró Kratus con voz fuerte, contundente, evidenciando una falta en el reinado de Hades.

—No, no lo hubo —declaró él, confirmando las palabras de su camarada.

—En ese caso, exijo que se lleve a cabo el *Juicio de Radamante.*

La sala pareció quedarse sorprendentemente silenciosa tras escuchar aquella voz, los tres se volvieron al unísono y Reaper hizo un verdadero esfuerzo por ponerse en pie al verla.

—Olimpia —jadeó al verla. Sacudió la cabeza y se volvió hacia Niké, quién la acompañaba—. ¿Qué has hecho? ¡Llévatela! ¡Sácala de aquí!

—¡No!

Su voz resonó con el toque de una campana de difuntos en la sala, sus ojos azules brillaban con un aura sobrenatural y su pelo rubio caía en una cascada sobre su espalda, brillando con un halo fantasmal. La mujer que se enfrentaba a ellos no era una mortal, era una diosa y estaba bastante cabreada.

—Exijo el juicio del *Tribunal del Hades* —insistió avanzando hacia ellos, deteniéndose delante del Dios, el cual le sacaba una buena cabeza y la doblaba en envergadura—. Toda alma que llega al Inframundo debe ser juzgada de modo que pueda recorrer uno de los tres caminos, es la ley.

El dios apretó los dientes, pero levantó la cabeza y la miró como si no fuese otra cosa que un insecto.

—¿Qué sabrá una pequeña diosa criada entre humanos sobre las leyes del Hades?

Ladeó la cabeza de esa manera que solía hacerlo y su voz sonó demasiado dulce al responder.

—¿Qué sabe un viejo dios sobre la *Muerte de los Dioses*? —replicó y, Reaper no pudo evitar sorprenderse al ver la palidez que de repente embargaba el rostro del dios.

—No, no es posible que tú… —murmuró el dios y sacudió la cabeza, dando un paso atrás y mirándola como si la puerta de los Titanes se hubiese abierto y estos hubiesen escapado dispuestos a cobrar venganza.

—Soy hija de la *Buena Muerte* y de la *Fuerza*, sobrina de Tánatos, *Dios de la Muerte* y de Niké, *Diosa de la Victoria* y nieta de los titanes Palas y Stigia —enumeró con un ligero encogimiento de hombros—. Nací para salvar a los humanos de las egoístas decisiones de los dioses y decirles que su *Muerte* ya está aquí.

Levantó ligeramente la cabeza y enderezó la espalda de modo que pareció un poquito más alta y, sobre todo, más regia.

—Decide, Hades, el *Tribunal* para *mi marido* o... la *Muerte de los Dioses* eligiendo el *Inframundo* como lugar vacacional.

—No puedes matar a los dioses, su muerte traería una ruptura en el equilibrio del universo…

—¿Tú crees? —replicó llevándose un dedo al mentón con gesto pensativo—. Según yo lo veo, la humanidad prácticamente se ha olvidado de vosotros, sois… Anotaciones en viejos pergaminos, historias que intentan explicar el nacimiento de una antigua cultura y, o sí, un reclamo turístico brutal… Pero, más allá… ¿Qué sois?

Chasqueó la lengua y agitó un dedo delante de su rostro.

—Como muy bien has dicho, me crie como una mortal y puedo decirte, sin lugar a equivocarme, que les dan exactamente igual los dioses de la antigüedad.

—Perra…

Su insulto hizo que se recurriese a sus últimas fuerzas y se pusiese de pie.

—No… te atrevas… a insultarla…

Al escuchar su voz, Olimpia se giró y la mirada en su rostro cambió automáticamente a una de horror y preocupación.

—Por todo lo sagrado, ¿qué te ha hecho? —jadeó ella y, un segundo después estaba a su lado, sujetándolo con su menudo cuerpo, permitiéndole que se apoyase en él a pesar de la sangre—. Estás sangrando, esto es sangre…

—Shh, estoy bien.

No le creyó, no solo eso, sino que la diosa en su interior salió a la superficie y cada uno de los presentes sintió por primera vez lo que significaba la muerte para un inmortal.

—¡Exijo el juicio, Hades! ¡Ya!

El Dios clavó su ardiente mirada llena de odio en él, sabía que había perdido, que no podía negarse a una petición de un igual, sobre todo cuando dicha diosa podía matarlo con solo un chasquido de los dedos.

—Que se convoque el juicio —siseó, obviamente nada complacido con todo aquello.

CAPÍTULO 21

Plaza del Tribunal,
Reino del Inframundo

Para la mayoría de las personas, el infierno no era sino una metáfora, una manera de englobar todo el mal, toda la corrupción y la desesperanza que existía en la humanidad, muy pocos entendían que el reino de los muertos era mucho más que eso.

No sabía si se debía a su capacidad para sentir la muerte, para ser consciente de todos aquellos que quedaban atrás o a las enseñanzas y la educación que había recibido de su padre y su tía que hacía que su visión de Hades fuese mucho más allá del concepto infernal.

El *Inframundo* era un territorio basto, dividido en varios reinos sobre los que gobernaba Hades, pero no era el que tenía la última palabra sobre las almas que llegaban hasta allí.

Las *Islas de los Bienaventurados*, los *Campos Elíseos*, el *Territorio de los Muertos*, los *Prados Asfódelos,* el foso del *Tártaro*, los cinco ríos del Hades... Ahí abajo había un lugar para los héroes, para las personas de bien, para aquellos que ni siquiera habían destacado, pero no habían cometido crimen alguno y para los criminales, almas que debían enfrentarse al tribunal o vagar eternamente por los *Prados Asfódelos* hasta que algún familiar o amigo le entregase la moneda con la que poder pagar al barquero.

Olimpia miró a su amante, Niké había empezado a atender sus heridas, unas provocadas por la necesidad de control de un imbécil con el ego desproporcionado, uno al que acababa de hacer frente.

—Olimpia, estoy bien, puedes dejar de fruncir el ceño de esa manera.

Negó con la cabeza, su pelo voló en todas direcciones, pero fue incapaz de decir una sola palabra. Tenía miedo de hacerlo, temía qué, en el momento en que abriese la boca, no podría detenerse y acabaría llorando por lo que le habían hecho.

Los dioses habían jugado con su vida, lo habían abandonado sin más en la orilla de los *Prados de los Condenados* sin una maldita moneda y su propia madre le había impedido morir, poniéndole al momento en la mira de Hades.

A muchos niveles, su familia era la culpable de todo aquello.

—Lo que te hicieron, de lo que te privaron... —apretó los labios una vez más y sacudió la cabeza—. Fue injusto... no tenían derecho...

Su respuesta fue tenderle la mano y no dudó, a pesar de todo lo que había dicho, de todo lo que había hecho, estaba aterrada, se había limitado a dejarse llevar por la adrenalina y ahora que se le había apagado... se sentía como una niña pequeña aterrada y sin saber cómo proceder.

La envolvió con los brazos y la besó en la cabeza.

—Estoy aquí, estoy bien...

—Y una mierda que lo estás —protestó ahogando las palabras contra su pecho—. Estás sangrando, tu espalda...

—He pasado por cosas peores.

Sus palabras no fueron un consuelo, al contrario, no hicieron otra cosa que aumentar su rencor hacia el maldito dios que le había hecho eso.

—No puede hacerlo, debiste exigir...

—Las cosas aquí abajo no funcionan de una manera... lógica, especialmente cuando son los propios dioses los que propician el que llegues aquí.

—¿Desde cuándo se premia a los dioses por joderle la vida a alguien inocente? —protestó—. Mi padre y mi tía me lo contaron, me dijeron lo que pasó... Fue un estúpido juego entre dos deidades para ver quién meaba más lejos. Os utilizaron a ti y a los tuyos, te engañaron, no fuiste el culpable de lo sucedido y sin embargo te

culparon por ello —resumió—. ¿Qué clase de justicia es esa? Los que tenían que estar aquí abajo son Atenea y Ares, no tú.

—Olimpia, cuida tus palabras —la reprendió Niké—. Este no es un buen lugar para mentar a otros dioses, no a menos que quieras cabrear aún más a Hades.

—Me importa una mierda lo que ese hijo de puta piense al respecto —siseó, dejando salir de nuevo a la diosa que llevaba dentro—. Si vuelve a poner una sola mano sobre *mi marido*, lo m...

No pudo terminar la frase, ya que Reaper le tapó la boca con la mano y negó con la cabeza.

—No, pequeña diosa, tu voz puede ser ley aquí abajo y no queremos tener que vernos con el resto de los Olímpicos cuando este lugar se vaya al garete.

Resopló bajo su mano, pero asintió conforme.

—Te dije que no vinieses —le dijo él retirando su mano y se giró a Niké—. ¿Por qué la has traído?

—Porque es dónde debe estar —le aseguró e hizo algo en su espalda que provocó que él jadease y apretase los dientes con fuerza.

—Niké, por favor, ya lo han torturado bastante, no contribuyas al trabajo —pidió pasando del enfado a la preocupación en dos segundos.

Dios, se estaba volviendo bipolar, ese lugar estaba sacando todo tipo de emociones de su interior y algunas de ellas, hacían que se sintiese de nuevo eso frío helador en las venas.

—Debes controlar tus emociones, cariño, no quisiera que dejases frito a alguien por un subidón —le dijo y palmeó el hombro de Reaper—. He cerrado las heridas, terminarás de curarte con el tiempo.

—Gracias.

Dicho eso se volvió de nuevo hacia ella y la miró detenidamente.

—Me gusta tu nuevo look.

Se sonrojó ante su inesperado comentario y se esforzó por dar una respuesta digna.

—Debía causar una impresión adecuada —respondió con un carraspeo—. Y creo que lo he logrado.

—Créeme, casi se lo hace en los pantalones —comentó Niké, quien cruzaba la sala para reunirse con Kratos, que acababa de aparecer en el umbral de la entrada principal.

Su padre se había ausentado casi al mismo tiempo que Hades, no habían sido más que unos pocos minutos, pero a juzgar por la expresión de su rostro, había sido suficiente para encabronarlo.

—Xanthus, el tribunal ha aceptado revisar tu caso.

Él asintió y se puso en pie, no sin dificultad, estaba claro que le tiraban las heridas de la espalda.

—En ese caso, no les hagamos esperar —replicó y se giró hacia ella—. No volveré a dejarte, te lo juro.

Le cogió la mano y se la apretó.

—Te lo recordaré cuando pienses en volver a hacer algo estúpido.

El beso que recibió en respuesta fue suficiente para infundirle valor.

«Has llegado hasta aquí, Olimpia, ya solo puedes seguir adelante».

CAPÍTULO 22

Había cosas que una nunca esperaba encontrarse en su vida y esta debía ser sin duda la primera en su lista, pues, ¿quién podría imaginarse siquiera la posibilidad de terminar en el Inframundo griego y asistir a una vista del Tribunal de las Almas?

Olimpia miró a los tres hombres que aguardaban de pie en una amplia plaza, cada uno de ellos representaba a un gran rey de la antigua Grecia, convertidos en jueces de las almas por su honestidad, generosidad y sentido de la justicia.

Minos, *rey de Creta*, Éaco, *rey de Egina* y Radamantis, el *hermano de Minos*. Se decía que mientras Éaco juzgaba a los occidentales y Radamantis a los orientales, Minos emitía el voto decisivo que debía enviar a las almas juzgadas a su morada final.

—Xanthus de Grecia, se ha puesto en conocimiento de este tribunal que exiges el veredicto para tu sentencia.

Reaper apretó su mano y avanzó.

—Mi señor, todo lo que pido es que mi alma sea juzgada apropiadamente —pidió con humildad—. Dejo en manos del tribunal el destino que me corresponda y lo acataré como tal.

—¿Eres tú quién lo ha conducido hasta aquí, *Diosa de la Muerte Final*?

Parpadeó al escuchar la voz del rey de Creta en su cabeza, como si le hubiese ha ido mente a mente. Los ojos del hombre estaban sobre ella, limpios, carentes de expresión, esperando una respuesta.

Casi podía jurar que era capaz de ver a través de ella, ver quién era en realidad, lo que había sido y lo que sin duda sería algún día.

—Soy quien lo acompañará en esta vida y en todas las demás —pronunció entonces en voz alta—. Su alma irá de mi mano y la mía de la suya, por toda la eternidad.

El hombre miró entonces a sus acompañantes, con quien parecía intercambiar impresiones en alguna especie de código.

—Hades, *Señor del Inframundo*, ¿cuáles son las pruebas que queréis presentar ante este tribunal?

La mención de su nombre hizo que ambos se giraran en el momento en que el dios hizo su entrada triunfal en la plaza.

—Mis señores jueces, comparezco ante el tribunal para reclamar mi derecho como soberano del mundo de los muertos sobre un alma que quebrantó las reglas y abandonó los *Prados Asfódelos* sin pagar su diezmo al barquero.

De nuevo se miraron entre ellos, comunicándose silenciosamente.

—Reclamó su alma como mi posesión y su servicio como pago por su transgresión —insistió, echando una furtiva mirada en su dirección—. Y reclamo también el servicio de la *Diosa de la Muerte Final* para el *Inframundo*, como una de las mensajeras que es.

Apretó los dientes y habría ido a por él si Reaper no le hubiese apretado la mano en ese momento.

—No pertenezco al *Inframundo*, como tampoco pertenezco al *Olimpo* a pesar de llevar su nombre —replicó mucho más serena de lo que pensaba que estaría—. No puedo ser reclamada cuando ya lo he sido. Solo respondo ante un dueño, ante el alma que está siendo aquí juzgada, porque la suya complementa la mía desde el mismo momento en que fue arrancada de las garras de la Parca y traída a la vida.

Sus palabras parecieron llamar de nuevo la atención de los jueces, que clavaron su mirada en ella al unísono.

Que la juzgaran sin así debía ser, pero no permitiría que su amante siguiese por más tiempo en las manos de Hades.

«Solo un alma que ha pasado al otro lado puede ser juzgada por el tribunal».

La voz de su madre volvió a resonar en su mente, sus palabras una verdad tan a la vista que todos la habían pasado por alto.

«Un alma que ha muerto y vuelto a la vida, solo encontrará su camino en la Muerte, porque ella es su destino, la única con la que podrá danzar eternamente».

Se aferró a la mano que sostenía la suya, respiró profundamente.

—Yo...

—Esta alma no pertenece al *Inframundo*, no pertenece al mundo de los muertos, porque le pertenece a la mismísima muerte. —La voz de Éaco resonó en la solitaria plaza, sus ojos se clavaron en ella y finalmente en Hades—. No puede ser juzgada, su lugar no está aquí, ni allí, su voluntad no obedece a nadie más que a la Parca. Y ella es quién decide sobre el destino de los Dioses, por lo que no puede ser atada a un solo lugar. La Diosa Olimpia pertenece tanto al *Inframundo*, como al *Monte Olimpo* y al *Mundo de los Mortales*, ella es el final de todo y el principio, su palabra es ley...

—¡No! —Se adelantó Hades—. Pertenece al *Inframundo*, exijo su reclamo...

—No me reclamarás —musitó en voz baja, su cuerpo acusó la frialdad en sus propias palabras, el eco de la diosa en ellas, pero no se detuvo, no estaban ni su padre ni su tía para detenerla—. Ningún dios vivo o muerto me reclamará jamás, pues mi voluntad es solo mía, llevaré el final sobre todo el que desafíe mis privilegios, que niegue mis palabras y solo responderé a aquel para el que he nacido, por quién viviré y moriré las veces que haga falta para permanecer siempre a su lado.

Cerró los ojos tan solo un segundo y cuando volvió a abrirlos, el mundo parecía otro, mucho más claro, todo parecía más intenso y allí donde posaba la mirada, veía la vida que esperaba a ser vivida, la que había quedado atrás y el manto de olvido que antes o después lo cubriría todo.

—Soy la melodía del olvido, los pasos y giros de la vida, el compás que acompaña cada respiración hasta el último aliento, quien decide cuándo empezar y cuándo terminar, soy aquello que no se ve y lo que siempre estará desde el inicio hasta el final de los tiempos. Quien tome mi mano, sabrá lo que significa bailar con la

Muerte por toda la eternidad —concluyó y bajó la mirada hacia la mano que sostenía la suya con fuerza.

—Hay bailes por los que merece la pena morir —murmuró Reaper y se llevó su mano a los labios—. Y tú siempre serás mi último vals.

Asintió lentamente y se giró hacia él.

—Que así sea.

Al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras, el destino se asentaba sobre ambos con la fuerza de un trueno que llegó acompañado de la ira de un Dios derrotado en su propio territorio.

—De todas las deidades existentes tú eres la única que tiene poder para acabar con los de su propia clase —declaró mirándola a los ojos—. Cuida tus palabras a partir de ahora, pequeña diosa, o un día serás tú misma la que lamente haberlas pronunciado.

Clavó su mirada en él, pero no dijo nada, no podía, pues debajo de toda esa rabia en los ojos del dios, también encontró el peso de la soledad.

—En cuanto a ti. —Se volvió hacia Reaper—. Te devuelvo tu nombre, quedas libre de mi servicio, pero nadie podrá librarte de la marca de la muerte que te impusieron los dioses al traerte de vuelta. Seguirás viviendo en un limbo, no serás parte de un mundo, ni parte del otro. Al final, los dioses a los que serviste te entregaron un castigo mucho peor del que encontrarías jamás por mi mano.

Antes de que pudiese responder, el tribunal emitió su veredicto.

—Xanthus de Grecia, tu alma no pertenece a este reino, ni tampoco al de los dioses, debes volver al mundo de los mortales y continuar allí tu eterna penitencia —sentenciaron—. Tu destino está en manos de la Muerte, ella será tu camino durante toda la eternidad.

Una mano anciana levantó un típico mazo de juez y lo hizo resonar como el estrépito de un cañonazo. No bien lo levantó de nuevo, el mundo a su alrededor se desvaneció y ambos se encontraron, junto a Niké y su padre, Kratos, a los pies del Partenón, donde una hermosa mujer morena que emulaba la efigie esculpida en las estatuas los recibió.

—Mi señora Atenea...

La voz de Reaper dio nombre a la diosa que permanecía ante ellos.

—*Xanthus de Grecia*, bienvenido de nuevo a la vida.

EPÍLOGO

Dos semanas después…
Atenas

—¿Hay alguna forma de evitar que cada dios del Olimpo venga de visita?

Reaper la miró desde su posición en la cama, tendido de espaldas y con las manos detrás de la cabeza. Sonrió ante el tono irónico en la voz de su mujer, era un milagro que su pequeña diosa no hubiese cerrado la puerta en las narices a sus indeseados visitantes.

El resultado del juicio en el *Inframundo* había corrido como la pólvora entre los *Olímpicos*, no era usual que a Hades le pateasen el culo y todos sentían curiosidad por conocer a la diosa que lo había hecho posible, así como también querían asegurarse que clase de mujer era la que se había revelado como la *Muerte Final* para los dioses.

—Puedes darle con la puerta en las narices cada vez que llamen —le dijo y sonrió para sí—. O venderles todas las empanadas y el pan que tengas a mano, al menos de ese modo le sacarás provecho a las visitas.

—¿Qué crees que he estado haciendo durante toda la semana?

Se rio. Habían empezado a acosarla incluso en su lugar de trabajo, algo que había tomado como una injerencia insoportable y que acabó convirtiendo en un beneficio obligándoles a comprar sus empanadas.

Al final había optado por dejar de ir al obrador durante esa semana y lo había dejado todo en manos de su empleado.

—Empiezo a plantearme el amenazar con una muerte lenta a cualquiera que llame a nuestra puerta en los próximos días si así podemos tener un poco de privacidad —declaró subiéndose a la cama y acurrucándose contra él.

El tenerla así, cerca de él, era como un bálsamo para sus innumerables cicatrices, aún ahora, casi un mes después del perdonarse ante el tribunal, le asombraba la fuerza interior que tenía, el compromiso que había adquirido con él y lo fácil que resultaba quererla. Porque la quería, con cada día que pasaba, con cada nueva cosa que aprendía sobre ella, se enamoraba un poco más.

Olimpia era su otra mitad y no podía imaginarse el futuro sin ella a su lado.

—Y lo hago extensible a mi padre y a mi tía —aclaró con un mohín—. Ellos deberían dar ejemplo, pero ¿lo hacen? No.

Dejó escapar un profundo suspiro y se giró para mirarle.

—¿Has vuelto a verla?

No. No había vuelto a verla desde el momento en que se vieron trasladados al Partenón, pero esa inesperada reunión había sido suficiente para él.

La *Diosa de la Sabiduría y la Guerra* había mostrado abiertamente su felicidad al verle libre de una cadena de acontecimientos, había dicho, que habían comenzado por su falta de visión. La diosa se había mostrado contrista y arrepentida, le había pedido perdón por todo lo ocurrido y prometió reparar los errores del pasado, aun si para él esa reparación llegaba demasiado tarde.

Había sido la mano de Olimpia, todavía enlazada en la suya, la que le hizo recordar algo importante; si no hubiese ocurrido todo aquello, ahora no la tendría junto a él.

Curiosamente, el haber visto de nuevo a Atenea y tener la oportunidad de dar voz a la injusticia cometida por medio de su verdad, le había permitido sacarse esa última espina que siempre había tenido clavada.

No guardaba rencor a la diosa, por el contrario, estar de nuevo ante ella le hizo recordar la clase de hombre que había sido y quien quería ser a partir de ahora.

—Por primera vez en... una eternidad, puedo pensar en ella como lo hice antaño —respondió a su compañera—. Y eso me da paz. No necesito verla, sé que si llego a necesitarla, acudirá a mí.

—Lo hará —murmuró abrazándole—. Algo me dice que lo hará sin dudar.

Bajó los brazos y la atrajo hacia él, disfrutando de su contacto.

—No puedo creer que hayas hecho algo tan temerario como ir a buscarme ahí abajo.

Se incorporó y lo miró con expresión irónica.

—¿Ahora yo soy la temeraria? —replicó con un bufido—. Perdona, pero ¿quién fue el idiota que decidió volver con su carcelero para alejarlo de mí?

—¿Y quién fue la inconsciente que se presentó en el Hades sin pararse a pensar en el peligro que corría?

—De acuerdo, tú eres idiota y yo soy inconsciente —declaró ella con un resoplido—. Tenlo presente, porque si vuelves a cometer otra estupidez como esa, yo iré detrás para patearte el culo y traerte de vuelta.

Se rio y bajó sobre ella, capturando su boca en un suave beso.

—Mi dulce panadera, mi diosa, mi amor —le acarició la nariz—. Mía en la vida y en la muerte. Mía por toda la eternidad.

—Tuya, mi amado *Strategos*. Siempre tuya.

---

[1] Hijas de Eris, diosa de la discordia, eran las personificaciones de los combates y las disputas.

[2] *Amor mío* en griego.

[3] Hija mía en griego.

[4] ***Mi niña*** en griego